

Antologías de los Dragones - Volumen 1



Los Dragones de Krynn

Editado por
Margaret Weis y Tracy Hickman

Lectulandia

Los creadores de la saga Dragonlance, Margaret Weis y Tracy Hickman, han seleccionado para este libro diversos cuentos de autores tan reconocidos como Richard A. Knaak, Douglas Niles, Jeff Grubb o la propia Margaret Weis.

Entre otras historias, el lector encontrará las aventuras de una tropa de élite de los ingenieros del primer ejército de los Dragones, las peripecias de un solámnico empeñado en acechar a un peligroso espectro, o las andanzas de un minotauro capturado por un hechicero que quiere someterlo a una prueba cruel e insólita. Una nueva inmersión en el fabuloso e inagotable mundo de Krynn, poblado por las criaturas más míticas: los dragones.

Lectulandia

Nancy V. Berberick & Douglas Niles & Roger E. Moore & Jeff
Grubb & Don Perrin & Richard A. Knaak & Margaret Weis & Kevin
Stein

Los dragones de Krynn

Dragonlance: Antologías de los Dragones 1

ePub r1.0

Enhiure 26.11.13

Título original: *The Dragons of Krynn*

Nancy V. Berberick & Douglas Niles & Roger E. Moore & Jeff Grubb & Don Perrin & Richard A. Knaak & Margaret Weis & Kevin Stein, 1994

Traducción: Marta Pascual

Ilustración de portada: Paul Jaquays

Diseño de portada provisional: alnoah

Diseño de portada definitivo: helike

Editor digital: Enhiure

Colaborador: helike

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Índice

Una noche de estrellas fugaces

Nancy V. Berberick

Presas fáciles

Douglas Niles

Un dragón hasta la médula

Roger E. Moore

Pirita

Jeff Grubb

Brigada de Ingenieros del primer ejército de los dragones

Don Perrin

Kaz y los hijos del dragón

Richard A. Knaak

Los mejores

Margaret Weis

La búsqueda

Kevin Stein

Una noche de estrellas fugaces

[Nancy V. Berberick]

Todos dijeron que lo que ocurrió cuando tenía quince años no fue culpa mía. Nadie dijo: «Si Ryle hubiera sido más rápido... si hubiera sido más fuerte». Nadie dijo que mi padre todavía estaría vivo si yo hubiera visto el jabalí a tiempo, si hubiera gritado más fuerte, si no me hubiera quedado paralizado por el miedo que me impidió coger el arco y lanzar un cuadrillo a tiempo. Pero yo sabía la verdad. Aquella calurosa noche de verano recorrí un largo trecho de vuelta a El Cuervo cabalgando sobre un caballo y guiando al otro, la menuda yegua que transportaba el cuerpo destrozado de mi padre. Esa noche vi muchas estrellas fugaces, retazos de luz brillante cruzando el cielo negro que impregnaban la oscuridad como lágrimas vertidas por la verdad.

El jabalí asestó un golpe con la testuz e hirió de muerte a mi padre, pero fue mi miedo lo que le mató.

Ya de adulto, la gente me llamaba Ryle Espadas, porque pasé los diez años después de la muerte de mi padre perfeccionando mis aptitudes como guerrero como se afilan uñas y dientes, y luego me dediqué a vivir de ello. Probablemente os parecerá una fanfarronada, pero de todas formas os diré que, en esta parte de Krynn, se podían contratar muy pocas espadas mejores que la mía. La gente decía «Ryle Espadas nunca huye asustado de los ladrones y saqueadores. Tampoco tiene miedo de los goblins, ni de ningún animal del bosque».

Y así fue durante un tiempo. Como decía la gente, yo no tenía miedo de nada. El terror que me acechaba era que alguien pudiera volver a morir a causa de mi miedo.

Escogí ese oficio para enfrentarme al terror y vencerlo, como un niño al que le asustan los fantasmas y salta con avidez las vallas de los cementerios sólo para demostrar que no tiene ningún miedo. Pasado un tiempo, empecé a creer realmente que me había olvidado de los viejos temores, y durante una temporada nunca pensé que estaba «saltando muros de cementerio» cuando me pagaban por escoltar a tiernas doncellas y sus preciadas dotes a través del bosque y llevarlas al lugar donde se celebraba la boda, o por proteger y guiar a los viejos acaudalados de posibles bandidos cuando tenían que ir río abajo a visitar a sus parientes. Al cabo de un tiempo, llegué a creer que hacía un trabajo honesto. No sabía que el miedo no puede olvidarse hasta que se perdona.

Cuando no tenía ningún encargo, vivía en la taberna de El Cuervo, en un pequeño aposento sobre la sala común. En aquellos días, el pueblo no era exactamente como hoy, una bulliciosa encrucijada de tiendas de vinos, posadas, tabernas y herrerías agrupadas en torno al mejor vado sobre el río Rabia Blanca, justo donde sus curvas se

deslizan por un estrecho valle al pie de las montañas Kharolis. Un verano me enamoré de la rubia Reatha, la hija del barquero. Yo la amaba, y ella me amaba a mí, pero en invierno me dijo que en mi corazón no había suficiente espacio para ella y para los fantasmas del pasado.

—Olvídalo —dijo triste y afligida—. Ryle, los accidentes de caza son muy comunes. Por favor, olvídale.

Esos comentarios reavivaban el tan profundamente enterrado miedo, la vieja culpa. Yo no quería despertar mis temores y, por eso, acusé a Reatha de animarme a olvidar a mi padre. Intentó por todos los medios hacerme comprender lo que quería decir. Y yo procuré a toda costa no escucharla. Al llegar la primavera, ya no estábamos juntos, pero nos mirábamos de lejos. Mis ojos podían encontrarla en una calle llena de gente; los suyos podían encontrarme en la oscuridad.

La taberna se llamaba La Rosa de El Cuervo. El nombre le venía del pueblo y de las rosas trepadoras blancas y rojas que cubrían la valla de madera que circundaba el jardín de la taberna. El emparrado del rosal se encontraba detrás de las rectas hileras de nabos, zanahorias, patatas, judías y remolachas, propiedad de Cynara Taberera, quien los cultivaba desde que era una niña. Era el típico jardín que se describe en las canciones y en el que uno se sentía invitado a sentarse en la confortable silla de madera, o en el banco de piedra anexo al muro cubierto de rosas. De vez en cuando, me sentaba a la sombra del emparrado en compañía de Cynara, pues era una buena amiga. Era viuda, y se hubiera casado con mi padre, también viudo, si él hubiera sobrevivido a la excursión de caza que hicimos juntos. Me había cuidado como una madre desde la muerte de mi padre. Decía: «la mala suerte y los jabalíes no cambiarán lo que siento por ti, chico».

Un día, a principios de verano, que dormitaba bajo el emparrado de rosas mientras oía el sonido de fondo de las abejas sobre las flores, se abrió la puerta trasera con el acostumbrado chirrido del gozne inferior. Un enano entró con decisión en el jardín y cerró la verja de golpe. Se acercó y se paró frente a mí con la cabeza algo levantada, ese gesto que los enanos tienen incluso cuando uno está sentado y ellos de pie y los ojos de ambos están a la misma altura.

El enano preguntó si yo era Ryle Espadas, a lo que respondí afirmativamente. Sólo se molestó en emitir un gruñido para agradecer mi respuesta.

—¿Quién quiere saberlo?

Me dijo que era un viejo amigo de Cynara y que se llamaba Tarran Quebracho, y luego se sentó en el banco junto al muro. Era un banco precioso, con un relieve de rosas trepadoras en los laterales y en las patas, trabajado por un maestro escultor a partir de una pieza de mármol blanquísimo. La mayoría de la gente se paraba admirarlo, incluso aquellos que solían verlo a menudo. Pero Tarran Quebracho ni

siquiera le echó una ojeada. Se sentó y se quedó mirándome fijamente.

Él me observaba y yo a él. Tenía el rostro pálido y una barba oscura, lisa y aseada. Era muy delgado y bastante alto para ser un enano, llegaba a la altura del pecho de un humano de estatura media. Tenía el aspecto señorial de los habitantes de Thorbardin y parecía ser de mediana edad, lo que significa que tenía unos noventa años. A pesar de su delgadez, era bastante robusto, pero le faltaba el brazo derecho. Un broche de oro y esmeraldas en forma de dragón en vuelo sujetaba la manga vacía.

—¿Qué quieres, Tarran Quebracho?

—He venido a verte.

El fuerte estallido de unas carcajadas procedentes de la taberna nos interrumpió. Era un cúmulo de voces que se alzaban a gritos en tono de mofa. Alguien vociferó:

—¡El dragón! ¡Venga, cuéntamelo todo otra vez y será la cien en lo que va de año! —Y las risas estallaron de nuevo en La Rosa de El Cuervo, extendiéndose hasta el jardín.

El enano estaba quieto sobre el banco de piedra, entre las rosas, con la cabeza erguida y expectante.

—¿Nunca has oído la historia, Tarran Quebracho?

Asintió con la cabeza.

—La he oído. Hay un Dragón de Cobre que vive bajo las montañas, a gran profundidad, allí donde incluso nosotros, los de Thorbardin, no vamos jamás. Le llaman Garra.

Una brisa cálida agitó las rosas por un instante dejando tras de sí un perfume embriagador que casi se podía palpar.

—Ese mismo —dije—, aunque nunca he oído la parte de la historia sobre su nombre y ni siquiera sé si es un macho. De todos modos, el resto de la historia cuenta que el animal, si es macho, custodia un gran tesoro del tamaño de la taberna, y se dice que el dragón no es lo peor con lo que uno puede toparse allí.

—En eso la historia se equivoca. —Tarran tocó una de las rosas esculpidas en el lateral del banco y resiguió el perfil de un pétalo de mármol con el dedo, acariciando la suavidad de la capa de líquen verde ocre—. Garra es lo peor que uno puede encontrar bajo la montaña.

Tarren estaba muy quieto, y la luz del atardecer brillaba en el broche de piedras preciosas colocado donde en su día tuvo el brazo. El resplandor parecía dar vida al pequeño dragón de esmeraldas y casi se podía distinguir su aliento en el hombro de Tarran.

—Tú has visto ese dragón —afirmé.

—Lo he visto. Hace veinte años. —Tarran estaba inmóvil como una estatua, pero golpeaba suavemente con el dedo la rosa de piedra—. Mañana volveré.

—Déjame adivinar —dije—. Quieres matarlo, ¿no es cierto?

Desde luego, era una broma. Todo el mundo sabe que para matar a un dragón se necesitan varios ejércitos. Pero Tarran se tomó la broma con aire circunspecto, como si yo hubiera hablado en serio.

—Si pudiera matar al dragón —contestó—, no lo haría. La muerte de *Garra* no es la mayor venganza que puedo obtener.

Dejé de sonreír.

—¿Y tienes esa venganza totalmente planeada?

—La tengo. Quizá creerás que es una venganza fría, que llega demasiado tarde, pero me ha costado mucho dejar de gritar en sueños.

Gritos de terror, alaridos que se propagaban en la oscuridad de la larga noche.

Aparté la vista de él y de su reconocimiento del miedo como se aparta la vista de un ser deforme, fingiendo ese gesto de educación que el sentido común nos dice que está mejor que mirar fijamente al lisiado haciéndole tomar conciencia de su deformidad. Lo que el sentido común indica y lo que el gesto es en realidad son dos cosas distintas. En el fondo, la gente no suele considerar la lesión o la deformidad como una enfermedad, sino como algo que pudiera contagiarse. Y eso es lo que me ocurría a mí con cualquier confesión de temor.

Pero al manco Tarran parecía no importarle el hecho de que su miedo fuera demasiado horrible a mis ojos. Era su miedo, y le pertenecía. Se inclinó hacia adelante, con el codo apoyado en la rodilla, y un destello en sus ojos oscuros.

—Ryle, Cynara dice que tu espada está en alquiler. La gente me ha dicho que cuando tienes un encargo, lo cumples, y que no vas a matarme o robarme y salir corriendo ni te vas a sentir incapaz de llevar a cabo la tarea.

—Dicen bien —contesté—. Ninguna de las posibilidades tendría futuro.

Desprendió el broche de dragón de su manga vacía y me lo tendió. Yo lo cogí y me ensimismé con el verde brillante de las esmeraldas de las alas y el destello de luz de los ojos de rubí.

—Esto es una muestra ínfima del tesoro que se esconde bajo la montaña, Ryle Espadas.

Le devolví el broche. El oro, las esmeraldas y los rubíes brillaban como un arco iris entre los dos. Movié bruscamente el hombro derecho como si su cuerpo no pudiera olvidar lo que fue un día; antes de conocer al dragón era diestro. Sin embargo, reaccionó a tiempo y cogió el broche con la mano izquierda.

—Como ves —dijo sonriendo por primera vez, y forzadamente—, necesito una mano. Si vienes conmigo y me ayudas a vengarme del dragón, la mitad de lo que podamos coger el suya.

Me decidí rápidamente, como siempre.

—Mi espada es tuya —concluí—. Y como eres amigo de Cynara, no discutiré por los honorarios.

Eso también era una broma, pero Tarran ya había sonreído una vez ese día y no vio la necesidad de volver a hacerlo. Dijo que partiríamos por la mañana y no habló más. Cuando se marchó, me quedé sentado durante un largo rato hasta el anochecer. Oí la voz de Reatha un par de veces, primero su agradable risa y luego su tono quedo y confidencial, mientras ella y una amiga pasaban por el jardín al otro lado del muro. Cerré los ojos y la imaginé ataviada con las piezas preciosas procedentes del tesoro del dragón, un cáliz de oro en la mano, o un collar de diamantes luciendo sobre su pecho como gotas de agua.

Cuando la última luz se extinguía, Cynara se acercó al jardín para traerme la cena y se sentó en el banco de piedra a verme comer. Pasado un rato, dijo:

—¿Tarran te ha contratado?

—Sí.

Al oír esto, se quedó callada un rato. Era una mujer menuda y las rosas la rodeaban formando un arco; la fragancia de las flores era siempre su propia esencia.

—Ryle, él quiere terminar con un fantasma —sentenció cuando ya era prácticamente de noche—. Eso es lo que, en realidad, el dragón significa para él.

Yo me encogí de hombros y dije que si eso era lo que Tarran quería, era asunto suyo. El mío era mantenerlo a salvo durante el viaje, ayudarlo en lo que me pidiera y volver convertido en un hombre rico.

—¿No te da miedo pensar que quizás en la oscuridad, bajo la montaña, puedas encontrarte con alguno de tus propios fantasmas, Ryle?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, un hálito extraño en una calurosa noche estival, pero sonreí como si ella estuviera bromeando y contesté:—No he visto un fantasma en mi vida, Cynara, y no creo que empiece a verlos ahora.

Me levanté, la besé en la mejilla y le di las buenas noches. Tenía la piel tan suave como uno de los pétalos de sus queridas rosas. Ella cogió mis manos entre las suyas y me deseó buena suerte.

Por la mañana, cuando Tarran y yo fuimos a tomar el transbordado que cruza el río, Reatha estaba pescando en la orilla, con el pelo dorado suelto y la falda recogida en la cintura para que no le estorbada. La luz rosada del amanecer brillaba en sus piernas, que levantaron una estela de agua como pequeños diamantes cuando corrió a buscar a su padre, el barquero.

Me estuvo observando mientras cruzábamos el río, y ella sabía que yo lo notaba. Al llegar a la otra orilla, me giré y Reatha levantó la mano para decirme adiós.

—¿Es amiga tuya? —preguntó Tarran.

—Sí —dije en tono seco.

—¡Ah! —movió la cabeza indicando que había entendido—. ¡Qué pena!

No nos dijimos mucho más durante el resto del día.

Tarran estaba sentado y observaba el resplandor de las estrellas en la noche estival, esas luces diminutas agrupadas que se apreciaban mejor porque no había lunas, ya que la luna roja y la plateada acababan de ponerse. Habían pasado dos días desde que salimos de El Cuervo y estábamos acampados justo encima de la línea de árboles, cerca de una gran pendiente rocosa. En mitad de la pendiente, se apreciaba la entrada a las famosas cavernas, ya que el negro contrastaba con la claridad de la roca. Por la mañana, entraríamos y descenderíamos por su interior.

Cynara nos había llenado las alforjas con cecina y fruta, y haces de teas a guisa de antorchas. Dentro de las cuevas no había ni provisiones ni luz. De momento, para la cena, confiábamos en mi destreza para cazar y, gracias a mis pequeñas flechas para atrapar aves, conseguí coger un par de perdices gordas. Tarran comía mientras observaba el resplandor en el cielo, y cuando terminó, dejó de mirar las estrellas que brillaban en la noche y se acercó al fuego.

Durante un rato no dijo nada. Estaba sentado y me miraba desde el otro lado del fuego como si quisiera ver en mi interior.

Cogí mi espada y la puse sobre mis rodillas, agarré la piedra de amolar y empecé a pasarla sobre el filo reluciente. Sus ojos fijos en mí me pusieron nervioso, y mantuve el acero entre él y yo para intentar desviar su mirada.

Sonrió vagamente como si hubiera comprendido y dijo con suavidad:

—Cuando vinimos aquí hace veinte años, éramos cinco, mi hermano, otros tres parientes y yo. En Thorbardin se dice que estas cavernas están repletas de filones de plata y oro, pero no vinimos aquí por eso. La gente de Thorbardin maldice al dragón y se lamenta por la pérdida de la plata y el oro, pero no le dan importancia y excavan en otros lugares. Los otros y yo... éramos unos jóvenes alocados que queríamos encontrar el tesoro de la leyenda.

La luz dorada del fuego se relegaba en los cuchillos que llevaba encima: un par de puñales de filo recto, tres dagas con el borde ondulado, y un largo cuchillo cuya empuñadura estaba bellamente ornamentada. Como era manco, no podía utilizar ni el arco ni la espada, y el hacha la manejaba con dificultad excepto cuando la lanzaba. Como le faltaba un brazo, a Tarran le gustaban los cuchillos.

—El tesoro estaba allí —dijo, pero su voz ya no era suave, sino que tenía un tono de aspereza—. Era tan espectacular que no lo hubiéramos imaginado ni en sueños. Y también estaba *Garra*. Su nombre le hace justicia. Es como una garra, larga y veloz, y muy afilada. Es de color cobrizo, viejo y le ciega la codicia...

Sus palabras se apagaron y siguió recordando en silencio. Tenía un aire tan ensimismado que no supe si había terminado la historia. Abajo, en el bosque, se oyó el ulular de una lechuza; y el de otra que le contestó.

—Descubrimos el tesoro —dijo Tarran con un suspiro—, y el dragón nos

encontró a nosotros, claro. Ahora ya no tengo hermano, sólo tengo el recuerdo de su muerte. Se llamaba Yarden, y nuestros amigos eran Rowson, Wulf y Oran. Eran hijos de Lunn Golpe de Martillo, familiares míos. Los vengaré a todos.

—¿Cómo vas a vengarte sin matar al dragón?

—*Garra* es un avaro —dijo—. En Thorbardin decimos que un avaro acumula cosas para esconder aquella que le es más preciada. Yo sé lo que el dragón esconde. Si se lo arrebato, lo lamentará durante el resto de su vida. Y eso tiene que ser mucho tiempo.

Las llamas del fuego se avivaron momentáneamente y después volvieron a perder intensidad dejando el rostro de Tarran en la oscuridad. Movi6 la cabeza hacia atr6s levemente y mir6 por encima de m6 hacia la negra entrada de las cavernas. No pod6 verle la cara; no pod6 leer en sus ojos o adivinar lo que pensaba. Pasado un instante, me volvi6 a mirar e inclin6 la cabeza ligeramente.

—Buenas noches —dijo, y su voz son6 apagada, obsesiva.

Me qued6 sentado un buen rato preparando mis armas. Hice un paquete con las flechas para atrapar aves y las sustitu6 en la aljaba por otras con puntas de acero. El contacto de las armas en la mano me hac6 sentir c6modo; era el acero para luchar contra el enemigo y el miedo. As6 lo sent6 esa noche.

Mientras trabajaba, empec6 a pensar en Reatha, en sus cabellos dorados, en sus piernas bronceadas, en sus suaves y rosadas pantorrillas iluminadas por el sol. Al otro lado del r6o hab6a levantado la mano para despedirse de m6. A pesar del tiempo que hab6a pasado, segu6a sin mirar a nadie como me miraba a m6.

Termin6 mi tarea enseguida, me tumb6 delante del fuego y me qued6 dormido. No estaba inquieto y dorm6 bien, pero, de repente, casi al amanecer, me despert6 con un escalofr6o, y en el cielo, hacia el oscuro oeste, vi la estela brillante de una estrella fugaz que, formando un arco, descend6a hacia el suelo como una flecha plateada.

Aviv6 el fuego con algunos troncos para calentarme mientras esperaba que Tarran se despertara. Deber6a haber tomado la estrella fugaz como una advertencia, como el recuerdo de un miedo que no quer6a admitir, pero no lo hice. Hab6a puesto demasiado empe6o en fingir que hab6a vencido mucho tiempo atr6s la vieja culpa y el miedo a que alg6n d6a, de nuevo, mi cobard6a causar6a una muerte.

Dejamos el mundo exterior antes de que amaneciera con la esperanza de que la pared rocosa estuviera fr6a y h6meda, pues ten6amos que escalar un trecho hasta la entrada. Tarran me hizo subir primero.

—No querr6s que un manco vaya delante de ti... Si me caigo, te arrastrar6a conmigo hacia abajo... Venga, sube.

Ten6a raz6n, as6 que empec6 a trepar. Por suerte, iba encontrando buenos asideros para las la manos y para los pies. Ya en el saliente, cog6 una tea y la encend6 con un

pedernal. La fulgurante antorcha desprendía su luz por toda la repisa, y así podía ver a Tarran mientras ascendía. A diferencia de mí, él no utilizaba la mano para impulsarse, sino sólo para mantener el equilibrio, pues se apoyaba completamente en los pies. Cuando estuvo a mi alcance, me asió de la mano que le tendía y dejó que le izara hasta el saliente. Como era tan delgado, no fue difícil. Una vez a salvo, Tarran le dio la espalda al sol naciente y me guio hacia el interior de la montaña, escenario de sus pesadillas.

La luz procedente del exterior se mantuvo detrás de nosotros durante mucho más tiempo del que había imaginado, como si fuera un perrito pegado a nuestros talones, pero pronto se extinguió y sólo se apreciaba la luz de la antorcha, danzando sobre las paredes húmedas y el humo pálido que flotaba delante de nosotros a merced de alguna corriente cavernosa. Seguíamos un camino estrecho, las paredes se iban cerrando a nuestro paso y el techo era cada vez más bajo, hasta el punto que tuve que agacharme para pasar por donde Tarran lo había hecho fácilmente. Cuando llevábamos un rato caminando, levantó una mano en señal de atención.

—¡Escucha!

—¿Qué?

Se quedó muy quieto. La luz de la antorcha se reflejaba en sus oscuros ojos, y sus pupilas se agrandaron a causa del titilar del fuego. Giró la cabeza levemente, y los ojos, hasta entonces negros, lanzaban destellos rojizos, como los de un lobo de la noche. Los ojos de los enanos son así, cambian para adaptarse a la luz del entorno.

—Ahí —dijo—, ¿lo oyes?

Entonces oí una respiración que no era ni la de Tarran ni la mía.

—Así es como suena el dragón cuando duerme —dijo Tarran—, pero no sé si ahora está durmiendo. Aquí dentro hay eco, y los ecos también se repiten a su vez. — Me miró de cerca con la cabeza ladeada—. ¿Estás bien?

—Claro que sí —dije con cierta frialdad.

Arqueó una ceja como si hubiera oído algo extraño.

—No pasa nada si tienes miedo, chico.

Le dije que no tenía miedo de un eco y soltó una risa breve y seca.

—Bien, entonces sigamos. Aún nos queda un trecho.

Comprobé que la aljaba estaba todavía en mi cadera y palpé la espada en mi cintura. Mi arco, de madera de tejo y sin encordar, colgaba de un asidero en mi espalda. Con la antorcha en alto, seguí a Tarran por el estrecho pasadizo. Al largo de todo el camino, el resuello del dragón ascendía procedente del suelo y descendía del húmedo techo. Parecía como si saliera del interior de las propias paredes.

Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí..., susurraban los ecos de la bestia escondida en su guarida.

Si hubiera sido lo suficientemente listo para escuchar en mi interior, me habría

dado cuenta de que el miedo que llevaba profundamente enterrado empezaba a despertar.

¡Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí!

Cuando salimos del estrecho pasadizo, Tarran volvió a pararse, y yo alcé la antorcha hacia adelante. Ante nosotros, se abría un nuevo camino. Estábamos sobre un precipicio tan ancho que ni siquiera se adivinaba el otro lado. Tarran lanzó una piedra al vacío, y esperamos a oír cómo llegaba al fondo, y seguimos esperando y esperando.

—Sigamos —dijo, cuando estuvo seguro de que yo le había comprendido.

El sendero descendía serpenteante por el margen del foso, y allí, el eco del resuello del dragón no era el único sonido. Otras voces susurraban como fantasmas que surgían de la oscuridad.

Alguien, mucho tiempo atrás, había murmurado un secreto. Era otra voz que gemía en las garras frías del terror, y que sonaba como un dedo helado que me apuntaba a la nuca. Un buscador de tesoros hablaba de esperanza y oro, y alguien había gritado, cien años atrás, mientras la oscuridad lo engullía al caer.

Al oír de nuevo la respiración, todos los fantasmas, los antiguos ecos, se desvanecieron en un silencio que precedió a un aullido, un rugido pavoroso. A la luz vacilante de la antorcha, el rostro de Tarran resaltaba blanco como la cera por encima de su negra barba. Estaba temblando, y las gemas de su broche brillaban como dardos de luz en la oscuridad.

—Es *Garra* —dijo, escrutándome como si estuviera buscando una señal del temor que yo afirmaba no sentir.

Con el estómago encogido, anuncié que ya había reconocido al dragón, y luego propuse que nos moviéramos. Siguió avanzando con cuidado y lentamente mientras yo lo seguía.

El sendero era ancho, así que Tarran y yo podíamos andar el uno al lado del otro y aún quedaba espacio para otra persona entre nosotros y el precipicio. Tomamos un desvío que conducía hacia el oeste, pero enseguida perdí el sentido de la orientación debido a la espiral del camino. La tea que había prendido en el exterior se consumió, y encendí otra con las ascuas. Cuando la tercera había ardido hasta la mitad, Tarran se paró y me quitó la antorcha. La levantó y la adelantó un poco. La luz se reflejaba sobre todo el muro rocoso como una cascada de fuego, como un río dorado y silencioso, y él permaneció quieto como una estatua.

Los susurros procedentes de las profundidades resonaban a nuestro alrededor.

—¿Qué es? —pregunté.

Tarran se apartó para dejarme ver lo que había ante nosotros. El camino quedaba cortado a sus pies por un hueco dos veces mayor que yo. Di un golpe con el pie en el

estrecho trozo saliente que aún se mantenía. Las piedras cayeron rodando al abismo: las más pequeñas chocaban contra los lados ruidosamente y las grandes caían en silencio.

—Daremos la vuelta y buscaremos otro camino —dije.

—No hay otro camino.

Giró sobre sí mismo y observó fijamente la oscuridad. Estaba tan cerca del borde que sólo de verle se me encogía el estómago. Los ecos fantasmales gemían y repetían promesas de oro y plata, joyas y riquezas. *Sigue... aguanta... lo encontraremos... más de lo que nunca... vale la pena arriesgar la vida...* El dragón seguía bramando y rugiendo una y otra vez.

Levanté la antorcha tanto como pude y vi que allí, a lo largo de todo el camino, la pared estaba sembrada de pequeños afloramientos. Casi ninguno servía de sujeción, pero había una protuberancia más larga que probablemente podía aguantar más peso.

—¿Te asustan las alturas, Tarran Quebracho?

Lo dije en broma y se rio, pero no con una risa breve y seca, sino con una alegría repentina de la que yo creía que carecía.

—Me gustaría conocer a un enano al que le asusten de verdad.

Cogí un rollo de cuerda resistente de mi bolsa, hice un lazo rápidamente y lo lancé hacia arriba. El lazo se deslizó sobre la protuberancia y quedó fijado a ella. Hice otra lazada, a modo de estribo, al extremo de la cuerda y pregunté a Tarran si quería ir primero. Me dio la antorcha, se enrolló una vuelta de cuerda alrededor de la mano, se agarró y se dio impulso. Inclinandose hacia el precipicio, dejó que su peso le balanceara de nuevo hacia el camino.

Cuando estuvo a salvo al otro lado, me lanzó la cuerda y le pasé la antorcha por encima del agujero. Esperamos a que la luz de la tea volviera a ser constante y, entonces, me colgué la bolsa, me preparé y salté. Estuve unos instantes colgando de la cuerda. Allí, casi parado encima de la oscuridad y el vacío, miré hacia abajo, hacia la negrura del agujero. Ese vacío infinito me hizo sentir como si e estómago me flotara, como si pudiera elevarme al soltar la cuerda.

Un rugido agudo y amenazador surgió de las profundidades invisibles. Me agarré sobresaltado, pero la cuerda me resbaló de las manos. El áspero cáñamo me quemaba la piel. Sentí el vértigo de la caída, aunque luego me recuperé.

El eco de los rugidos del dragón seguía sonando. Tarran profirió un grito al ver cómo me quedaba meciéndome sobre el vacío.

—¡Ryle!... ¡Ryle!... ¡Ryle!

Casi no sentía la cuerda en mis manos y ya notaba de nuevo la fuerza que me arrastraba hacia el vacío cuando Tarran tiró la antorcha, se adelantó tanto como se atrevió —más de lo que hubiera debido—, consiguió agarrar mi bolsa e intentó corregir el balanceo. A mis pies, la antorcha era como una diminuta estrella fugaz que

se extinguía en la negrura eterna.

Me quedé colgando, pero sin saber si estaba sobre el vacío o en el saliente.

—¡Suelta la cuerda! —gritó Tarran—. ¡Ahora!

Inmediatamente, el eco de la cueva repitió: *¡Suelta la cuerda!... ¡ahora!*

Estaba a oscuras y tuve que confiar ciegamente en Tarran. Así que solté la cuerda y me di un fuerte golpe contra el muro. Las rodillas me temblaban y estaba mareado, tropecé y me agarré al hombro de Tarran.

—¡Tranquilo, chico! ¡Vas a conseguir que nos caigamos los dos!

El terror que me había encogido el estómago se había apoderado de todo mi cuerpo como un veneno. Cuando se apartó de mí, me tambaleé. Tarran me agarró del brazo para sostenerme con tanta fuerza que supe que más tarde me saldrían magulladuras.

—¡Quédate aquí! —dijo—. Quédate aquí. Voy a encender una antorcha.

Temblando y totalmente mareado, me apoyé en la roca mientras él cogía una tea de mi bolsa. Rascó el pedernal en el muro de piedra y saltó una chispa, pero se apagó. Luego, otra. Por fin, la tercera prendió, y Tarran dio las gracias al dios de los enanos. Reorx, por concedernos la luz. Levantó la nueva antorcha y por primera vez vi en su rostro algo de color, una señal de alivio.

—¿Estás bien?

El sudor frío me corría por el cuello y la espalda como si fuera la mano helada de la muerte.

—¡Claro que estoy bien! —contesté, y estaba completamente seguro de que daba esa impresión.

Sin embargo, la imagen de la antorcha cayendo, esa estrella fugaz, seguía en mi mente como un recordatorio de la verdad.

Estaba aterrorizado. Casi había provocado que los dos nos cayéramos al vacío, e incluso que Tarran muriera. Así fue aquella vez en que, muerto de miedo, no pude sacar el arco, ni lanzar la flecha, ni matar al jabalí que estaba abatiendo a mi padre.

Tarran puso su mano sobre mi brazo y todos mis músculos se tensaron por el contacto.

—Ahora cálmate. Estás de nuevo aquí, sobre suelo firme.

Pero yo no tenía miedo de las alturas, ni de caerme. Era aún peor, y debió de notarlo porque su voz sonó diferente. Debajo de esa seguridad me pareció percibir la duda y cierto reparo.

—Sigamos —dije rudamente, y le quité la antorcha.

Asintió con los ojos entrecerrados y se puso en marcha. Yo podía adivinar lo que pensaba del mismo modo que se percibe el estallido de una tormenta. Se estaba preguntando si se había equivocado al contratarme. No me dijo nada de ello, y yo me mostré frío y rudo; no le pregunté nada y no dejé que él lo hiciera. No tenía intención

de hablar del miedo que él sospechaba.

Y eso fue lo que nos mantuvo callados. Tarran había pasado veinte años aprendiendo a no gritar en sueños, veinte años esperando hasta que por fin pudo domeñar su terror y urdir su venganza.

Había decidido correr el riesgo y confiar en que no se había equivocado al contratarme. Yo, por mi parte, había pasado diez años construyendo una honradamente merecida reputación detrás de la cual pudiera esconder la única verdad que nadie debía descubrir: que mi miedo volvería a matar a alguien que confiara en mí. Si ahora me retractaba, lo haría cubierto de vergüenza, como un cobarde al que los viejos señalan con el dedo, del que las mujeres se compadecen y los niños se burlan. Un cobarde al que Reatha pudiera rechazar por lástima.

Pero Tarran y yo teníamos razones para seguir adelante.

Abandonamos el camino de curvas después de caminar un trecho. No habíamos llegado al fondo del abismo, ni siquiera, según Tarran, habíamos descendido una décima parte de toda la distancia, pero encontramos un cruce en el sendero y la vía de la izquierda nos condujo hacia el interior de un túnel como un pequeño pozo. A medida que andábamos, yo agachado nuevamente, los ecos procedentes del precipicio se iban desvaneciendo y acabaron por desaparecer, aunque se empezó a oír otra vez la respiración de Garra, aquellos rugidos y gemidos de antes. El sonido de la bestia nos acompañó mientras pasábamos del pozo a una explanada rocosa grande y amplia.

Una corriente de agua encauzada en un canal de piedra recorría el espacio; era una fuente subterránea que parecía brotar de la roca y fluir hacia el interior de la oscuridad.

—¿De dónde procede, Tarran?

Se encogió de hombros.

—El subsuelo de Krynn está formado por numerosas capas. El agua procede de aquí debajo, igual que cualquier manantial del mundo exterior.

Del techo sobresalían numerosas estalactitas como carámbanos de piedra. Diversos grupos de estalagmitas ascendían desde el suelo, algunas tan altas como árboles. Justo detrás de la boca del túnel, las hileras de ambas formaciones se juntaban por dos lugares diferentes, configurando unas columnas desde el suelo hasta el techo en forma de entrada. Tarran dijo que era un buen lugar para descansar, ya que habíamos estado bajo tierra la mayor parte del día.

—En el exterior —replicó— están saliendo las lunas.

Me afligí al pensar en esa imagen y en el sonido de los grillos y el resplandor de las estrellas en la noche oscura.

Tarran daba vueltas alrededor de la amplia caverna mientras comía; tocaba las paredes, palpaba los montones de rocas y luego regresaba a las tres columnas. Habíamos encajado una antorcha entre algunas rocas cerca del reflejo del agua de la fuente, pero incluso así la luz era escasa. Yo estaba sentado al lado de la antorcha mirando a Tarran, aunque sólo veía una sombra oscura.

—Yo era escultor de piedra —dijo apoyando la mano en una columna reluciente. Su mirada indicaba que, para él, era como estar tocando un ser vivo.

»Con un martillo y un cincel, podía obtener cualquier figura de una roca de este tamaño.

Suavemente, casi con ternura, susurró:

—No es magia, pero a mí casi me lo parecía.

Se giró y se apartó bruscamente de aquello en lo que ahora sólo podía soñar.

—Así conocí a Cynara —dijo—. No toda la roca de buena calidad se encuentra en Thorbardin. De vez en cuando, solía buscar cerca de las ciudades. Ella era una niña cuando la vi por primera vez, detrás de la taberna plantando rosales de espinas. Fui yo quien le construyó el banco del jardín como regalo de bodas. —Se paró y sonrió tristemente—. Era el regalo de su primera boda. Cuando ya llevaba algún tiempo viuda, se iba a volver a casar, pero su prometido murió. Probablemente tú sabes más que yo de eso, pues eres de El Cuervo. En cualquier caso, Cynara es amiga mía desde hace mucho tiempo. ¿De qué la conoces tú?

Me aparté de la luz, cogí con las manos un poco de agua helada y me la bebí. Tragaba lentamente, manteniendo el agua en la boca para calentarla. Estaba tan fría como la nieve, y si tragaba demasiado rápido, podía darme un calambre en el estómago.

Finalmente, dije:

—Era con mi padre con quien se iba a casar esa segunda vez, pero murió en un accidente de caza.

Los suspiros del dragón se oían a nuestro alrededor, y aunque Tarran percibió la importancia de mi respuesta, no dio ninguna señal de ello.

—Lo siento —dijo, incómodo por creer que se estaba inmiscuyendo en el dolor de otra persona.

—Yo también.

Tarran se alejó de las rocas. Se sentó cerca de la antorcha, y la luz se reflejó en los filos de sus cuchillos y provocó destellos en los ojos del rubí del broche que colgaba de su inexistente brazo derecho. Su mirada era insegura, como si no se atreviera a decir algo, pero aun así lo dijo.

—¿Te sientes mejor? —apartó su mirada un momento— por lo de antes, me refiero.

—Ahora tengo tierra firme bajo mis pies nuevamente —contesté resuelto—.

Estoy bien.

Allí sentado, pensativo, sus finos labios fuertemente apretados dibujaban una línea delgada. En el canal de piedra, el agua helada corría sobre la roca, murmurando suavemente.

—A ti no te asustan las alturas, ¿verdad, Ryle?

—No más que a ti. —Eso era verdad y me reí para demostrárselo—. Pero tenía miedo de que no me crecieran las alas con suficiente rapidez.

La antorcha despedía chispas, pequeños rayos de luz que sobrevolaban la fuente en un arco y se perdían en la oscuridad. Tarran me miraba fijamente, sin pestañear, sin mover sus negros ojos.

—Ryle, escucha.

La respiración del dragón nos llegaba repetida por el eco, como el mar cuando rompe en la orilla. Tarran se acercó y puso su mano sobre mi pecho. Me miraba de forma oscura y extraña, como si pudiera saber todo lo que había en mi corazón sólo con tocarme. Yo quería apartarme, sin embargo me quedé quieto, temeroso de parecer asustado.

—Dicen que no le temes a nada, Ryle Espadas, pero seguro que se equivocan; todo el mundo tiene miedo de algo. Mira en tu interior, Ryle, y busca tu peor temor, tu miedo más profundo. ¡Escucha!

Se levantó con la cabeza erguida y los ojos tan negros como el abismo. Sus pupilas se dilataron para adaptarse a la creciente oscuridad.

—*Garra* se alimenta por la noche en el bosque en el que nadie osa adentrarse. Si tenemos suerte y vamos con mucho cuidado, no lo veremos. Conseguiré vengarme, y saldremos de aquí con las bolsas y los bolsillos llenos de riquezas suficientes para vivir como reyes.

»Pero si nos falla la suerte —continuó Tarran—, y *Garra* nos ve aunque sólo sea una vez, sabrá cómo mirarte y reconocerá tu temor más profundo, el miedo que te paraliza, y usará ese terror y te matará con él como si fuera una espada que pudiera partirte en dos.

La antorcha goteaba, despedía chispas en la oscuridad, pequeños rayos de luz en forma de arco. Luego, oscureció totalmente; la reducida ascua no pudo aguantar mucho tiempo.

—Yo fui el primero al que vio *Garra* —dijo Tarran en un murmullo—, y el primero al que atacó. Me hirió y me dejó ensangrentado a medio camino entre él y mis amigos.

Sus palabras eran como pesadas piedras, primero una, luego otra, y yo sentía su peso en mi pecho como si me estuvieran construyendo un túmulo sobre mí antes de tiempo.

—*Garra* me usó de cebo, y ellos picaron. Primero, Yarden... luego, los demás.

No pude hacer nada para impedirlo. Estaba entre el dragón y ellos... totalmente indefenso.

La gente no debería hablar de estos temores, y menos en la oscuridad.

—Cállate, Tarran —exigí—. No quiero oírlo.

Hablé con rudeza, como si me dirigiera a un cobarde que me estuviera revelando su acción más deleznable. No tenía derecho a hablarle así y me odié por el silencio que causaron mis palabras, pero no pude disculparme, a pesar de que sabía que debía hacerlo. El descubrimiento de sus miedos más horribles era otra grieta más en un dique ya resquebrajado.

—Estar asustado no es malo, Ryle. Aquí es mejor que lo estés.

Cerré los ojos y me quedé callado.

—Bien, sólo te diré una cosa: si no sabes cuál es tu peor temor, será mejor que pases la noche intentando descubrirlo. No creo que quieras que sea *Garra* quien te lo muestre.

No le contesté ni le dirigí la palabra durante el resto de la noche. Por la mañana, Tarran me preguntó si había dormido bien, y le dije que sí. Movié la cabeza pensando que yo era un loco testarudo. Cuando creía que no le miraba, echó un vistazo hacia el túnel que conducía al abismo y al camino de curvas, el sendero de vuelta. Pero no dijo nada de no seguir adelante. Había ido demasiado lejos... y yo también.

Durante todo el día estuvimos atravesando cámaras y cuevas, pequeñas y grandes, estrechas y anchas. En todo momento, Tarran recordaba el camino.

—Entré por aquí, salí por allá —sonrió amargamente—. Eso lo hice más despacio que aquello.

»Al salir, aún conservaba el brazo derecho y llevaba el hueso colgando del hombro. La carne del brazo había sido desgarrada por dos zonas y los músculos quedaban a la vista. —Me contó esto y dijo que un hombre nunca debería ver cómo es su interior. Se había cubierto y se había hecho lo que había podido, pero cuando consiguió salir y lo encontraron, el brazo ya despedía ese hedor gangrenoso. Antes de que alguien se lo dijera, él ya sabía que iba a ser manco para el resto de su vida.

Yo le seguía de cerca y nunca tomó el camino equivocado, sólo se paraba un momento para decidir la dirección que íbamos a seguir. Yo calculaba el tiempo contando las antorchas, y así supe que habíamos andado un día entero cuando llegamos a un estrecho y bajo túnel, igual que aquel que se alejaba del camino de curvas a lo largo del borde del precipicio. Este túnel era mucho más largo que el primero e igual de bajo. Cuando salimos de él y accedimos a una amplia plataforma, tenía calambres en todos los músculos de la espalda y en los hombros de haber estado agachado tanto tiempo. El saliente era como una galería que rodeaba una gran sala real.

Todo el lugar olía a dragón, ese olor rancio propio de los reptiles, la esencia de

una edad infinita. Tarran empezó a respirar de forma agitada, como si estuviera intentando no ahogarse. Levanté la vista hacia el borde luminoso que surgía en torno al agujero del techo. La luna plateada y la roja se veían juntas en un cuadrado de cielo, vertiendo su luz al interior del túnel a través de la grieta. Gracias a su claridad, pude distinguir montones de huesos esparcidos por la galería, costillares de vacas y caballos. Los huesos más pequeños eran de ciervos y de alces. Vi un cráneo de oso y lo que debía de ser el esqueleto de un minotauro, con una calavera astada mayor que la de cualquier toro que jamás había visto. La sangre reseca cubría la plataforma, del color de la herrumbre; goteaba por el borde y manchaba las paredes de la sala de la bestia. Aquí era donde *Garra* traía a sus víctimas nocturnas. Aquí, en esta amplia repisa, cenaba el dragón. Debajo de nosotros, dieciocho metros más abajo, se encontraba la guarida de la bestia, vacía, como Tarran había dicho. Garran era un cazador nocturno. Por encima, tan arriba que tenía que doblar el cuello para verla, se abría la salida y la entrada del dragón.

—Hay un camino para bajar —dijo Tarran quedamente, con voz casi inaudible. Señaló hacia la izquierda y, al levantar la antorcha, pude ver algunos huecos en la piedra, como escalones.

—No son tan regulares como los peldaños —dijo el enano—. Algunos son más largos que otros, pero servirán.

—¿Quién los construyó?

—*Garra*. El dragón tiene un sistema para convertir su aliento en ácido cuando le conviene. ¿Lo sabías, no?

Hasta entonces, no.

—¿Y por qué ha construido estos peldaños aquí?

—Ya lo verás.

No dijo nada más y se quedó ensimismado, como cuando le vi por primera vez en el emparrado de rosas de Cynara. Encordé mi arco y me lo colgué en el hombro. Luego, me aseguré que tenía las flechas con puntas de acero a mano y saqué la espada de la vaina. Eran armas fuertes y de buena calidad y siempre me habían hecho sentir seguro. Pero esta vez no era así; todo el pelo se me erizó y sentí un picor en los brazos y en el cuello mientras seguía a Tarran Quebracho hacia la guarida del dragón.

Yo pensé que había visto los cráneos esparcidos por el suelo antes que Tarran. Quizá fue así, pero él ya sabía que estaban allí.

Eran los restos óseos de cuatro enanos, a juzgar por su tamaño. Las calaveras no eran de un color blanco puro, pues no habían estado expuestas al sol, al viento y a la lluvia. Eran de color marrón, viejas y brillantes, y las cuencas de las mandíbulas y de los ojos se apreciaban claramente. Uno de los cráneos estaba partido justo por la mitad, y los otros tres, aunque enteros, estaban rajados.

—Rowson —dijo Tarran señalando una de las tres calaveras enteras—. Y ahí está Wulf. Oran es el de más allá.

Se acercó y se arrodilló al lado del cráneo partido, cuyas dos partes se encontraban algo alejadas del resto. Levanté la antorcha. Tarran estaba arrodillado en el suelo justo en medio de una gran mancha oscura, una extensa línea de color marrón herrumbroso. Allí había yacido ensangrentado y rogando a sus amigos que huyeran, aunque éstos no lo habían hecho. Todos retaron al dragón para salvarlo, todos mordieron el cebo y acabaron muertos, y Tarran yació solo en su propia sangre con los cuerpos mutilados de sus familiares esparcidos a su alrededor. Sus gemidos agonizantes poblaban sus pesadillas desde hacía veinte años.

Tarran tocó la calavera partida muy suavemente, como si estuviera tocando carne viva. Ahí estaba su hermano, y la mancha del suelo era la sombra de su sangre.

—Los mató de una forma horrible —dijo Tarran. Se puso de pie y se acercó a mí—. Lo hizo de una forma muy cruel.

Mientras hablaba no miraba ni la marca de sangre ni a mí, sino que desataba la correa de sujeción de cada uno de sus cuchillos para asegurarse de que saldrían suavemente de sus fundas cuando los necesitara. Puso el cuchillo largo con el mango de incrustaciones a mano.

—¿Estás listo, Ryle?

Le contesté que sí con la boca reseca.

—Apaga la antorcha.

Dudé, porque me resistía a quedarme a oscuras.

—Hazlo.

Lo hice, y cuando mis ojos se acostumbraron había más luz de la que hubiera creído. La enorme abertura del techo filtraba la luz de las estrellas y de las lunas hacia el interior en una columna blanquecina y oblicua. Y entonces, bajo esa luz uniforme, vi algo más que sangre y los oscuros cráneos de los desafortunados parientes de Tarran. Vi el tesoro del dragón que se alzaba desde el suelo como una montaña de arcos iris iluminados por las lunas.

—Es un bonito tesoro —dijo Tarran en voz baja—, piedras preciosas en bruto procedentes de las montañas de Karthay, torques doradas de Istar, anillos de Palanthas... cálices y bandejas de las torres de los magos, de las salas de los caballeros, de las mesas de los señores elfos de Silvanost.

—Mira aquello —continuó señalando una espada. La hoja catiba picada por la herrumbre, deslustrada por los años; el mango era un rubí, una piedra maciza tallada para una mano delgada—. Pertenece a una reina de los elfos y se cuenta que la forjó ella misma hace tanto tiempo que en la actualidad su pueblo casi no recuerda ni su nombre. Todo esto lo ha robado *Garra* para esconder la cosa que le es más preciada.

En un susurro, como si estuviera rezando, pregunté:

—¿Qué podría ser máspreciado que este tesoro para la bestia?

—Yo lo vi —contestó mirándome de reojo. Ahora parecía ensimismado, como si estuviera reviviendo un mal sueño—. Cuando estaba ahí en el suelo como cebo, vi lo que la bestia custodiaba, lo que siempre intentó esconder con cada movimiento de sus alas.

Recorrimos todo el contorno de la mancha de sangre que se extendía alrededor de las calaveras. A la luz de las lunas, Tarran estaba pálido. Pasamos por montones de topacios sin tallar; era como si camináramos a través de fuego helado. Oculto tras el montículo, detrás del tesoro, encontramos otro cráneo. Era de un dragón, y destacaba entre todas las piezas que formaban parte del tesoro de *Garra*.

De un tamaño mayor que yo, este cráneo, como los otros, estaba oscurecido por los años. Los colmillos estaban cubiertos de oro, las cuencas de los ojos embellecidas con plata y tapadas con un rubí grande, como mis dos puños juntos. Se distinguían también siete espinas óseas que debían de haber sido el inicio de una cresta que recorría toda la espalda del dragón. Estaban cubiertas por fundas de plata y adornadas con unas redes de delgados hilos dorados de los que pendían diamantes y zafiros de un azul intenso.

Toqué una de las redes, y las joyas chocaron suavemente entre sí y produjeron un delicado tintineo.

—Tarran, ¿qué es esto?

Suspiró y emitió un débil gemido.

—Esto es lo que el avaro pretende esconder. ¿Crees que alguien miraría detrás de esa montaña de baratijas, eh?

Ese esqueleto, cubierto de oro, plata y piedras preciosas, era el tesoro de *Garra*. Tarran lo había visto. Cuando sus parientes murieron asesinados uno a uno. Tarran apreció la forma de su venganza detrás de la masa brillante del tesoro robado.

Avanzó un poco, como si quisiera tocar el cráneo, pero no llegó hasta él ni lo tocó. Dejó caer la mano apenas levantada.

—Por eso la bestia construyó los peldaños en su guarida —dijo—. Algún maestro joyero, o más de uno, tuvo que entrar para hacer este trabajo. Es una obra propia de enanos. *Garra* debió de hacer un trato con alguien de Thorbardin hace mucho tiempo.

Levantó su cuchillo largo, y lo miró como si fuera la primera vez que lo veía. Lo movió hacia uno y otro lado, y las incrustaciones del mango y el acero azulado brillaron a la luz de las lunas. Luego, de repente, invirtió la empuñadura, y utilizó el cuchillo como un reluciente martillo. Gimiendo, con un dolor que le atenazaba el alma, golpeó el cráneo del dragón. A causa del golpe, que sin duda era un primer arranque de venganza, uno de los espinazos cubiertos de plata se desprendió de la cresta ósea y cayó a mis pies. Una red dorada de zafiros crujió, se deslizó y aterrizó en el suelo con un gran estruendo. Me acerqué a cogerla, y Tarran se giró hacia mí

con ojos furibundos.

—¡No hasta que haya pulverizado este maldito cráneo! Rompió otro espinazo y lo desprendió de la cresta mientras gritaba una maldición; era el grito, tanto tiempo anhelado, para liberarse de un viejo dolor. Arrancó un rubí de una de las cuencas de los ojos, y su lamento sonó como los gritos de un soldado sediento de sangre saqueando la guarida del enemigo.

Ésta no era mi venganza; yo no tenía que causar todos esos destrozos. Me aparté, tenso e incómodo, y me coloqué bajo la luz de las lunas para cumplir la tarea para la que había sido contratado: custodiar la consumación de la venganza. Con los ojos fijos en la gran abertura del techo, pasé por delante de la montaña de tesoros y me dirigí al centro de la guarida, dando un amplio rodeo a la zona por la que estaban esparcidas las calaveras de los amigos de Tarran, y esquivando la vieja mancha de sangre que cubría el suelo de piedra.

Tarran arrancó un diente del cráneo del dragón con un puntapié. Sus gritos eran como sollozos. No me giré para verlo. La venganza es algo privado y, si un hombre quiere llorar por ello, tiene derecho a hacerlo en la intimidad.

Recorrí toda la guarida, observando el cielo —y por tanto sin mirar al suelo—, y tropecé con algo. Retrocedí pensando que era una vieja reliquia ósea de algún muerto desafortunado, pero vi que no era así. En la oscuridad, no podía distinguir de qué se trataba y, con el pie, lo lancé hacia el centro de la guarida, a la luz de las dos lunas. Era un fragmento de una cáscara de huevo vieja y correosa. Es posible que en la guarida viviera alguna vez una hembra de dragón. Con un escalofrío, me giré y vi a Tarran arrancando otro diente del cráneo que algún maestro joyero había adornado con joyas y oro como si de una reina se tratara.

En el exterior, el viento gemía como un lamento; su sonido me estremeció todo el cuerpo. Tarran parecía no darse cuenta de nada y arrancó otro diente del cráneo del dragón. El gemido del viento aumentó de repente, y me erizó el pelo de la nuca y el de los brazos.

—¡Tarran!

Una sombra, un gran charco oscuro, avanzaba rápidamente por el suelo. Y entonces vi al dragón, el perfil de la bestia encuadrado por la abertura. Mostraba sus inmensas alas y su cuerpo de color cobre brillaba en un gran destello rojo a través de la oscuridad, como una estrella caída del cielo.

—¡Tarran!

La guarida se impregnó de un fuerte hedor a sangre y se llenó con el sonido del crujir de huesos de dos cuerpos pesados que cayeron sobre la repisa de piedra, un alce y una vaca. Era la cena. Agarré a Tarran por el brazo y, de un tirón, lo aparté del esqueleto.

—¡Vámonos! ¡No vale la pena morir por esto!

Con una expresión salvaje en sus oscuros ojos, intentó desembarazarse de mí que le cogía de su único brazo con fuerza, pero como era manco, no pudo impedir que le arrastrara fuera de allí.

No llegamos muy lejos, sólo detrás del cráneo cubierto de joyas. Allí, me arrodillé y le arrastré hacia mí. La preciosa reliquia familiar de *Garra* quedaba ahora entre nosotros y la bestia. Para asegurarme, agarré a Tarran con fuerza y le tapé la boca y la nariz con la mano. Casi no podía respirar, y por eso tuvo que calmarse. Cuando me pareció que se había recuperado de la rabia que le cegaba, retiré la mano, señalé hacia arriba y, con el dedo sobre los labios, le indiqué que guardara silencio. Lo único que esperaba era que el oído de *Garra* no fuera demasiado fino y no pudiera captar los fuertes latidos de mi corazón.

Oímos a la bestia mientras comía, oímos cómo arrancaba la carne y el crujido de los huesos; oímos cómo el Dragón de Cobre lamía la sangre caliente antes de que resbalara por los bordes de la repisa. Me tapé la cara con los brazos para evitar el hedor, para no vomitar.

Mientras *Garra* comía entre gruñidos como un glotón ante un festín, Tarran se acercó a mí y, con gestos, me indicó que el dragón se marcharía a beber agua en cuanto hubiera terminado. Me dispuse a esperar. Las manos me temblaban tanto que tuve que apretarlas con fuerza para resistir el miedo.

De repente, se hizo el silencio y pude oír cómo goteaba la sangre al caer por el borde de la repisa hacia el suelo de la guarida. Entonces, *Garra*, ya saciado, se incorporó sobre sus inmensas patas traseras gimiendo de placer. La luz de las lunas se reflejaba en los colmillos manchados de sangre y en las garras se distinguían aún trozos de carne colgando. La luz se deslizaba por el cuello de la bestia coronado por una cresta, centelleaba entre las púas y giraba en torno a las cobrizas escamas. *Garra* extendió sus alas, correosas y grandes, y luego, de repente, las impulsó hacia abajo y dio un salto.

La corriente de aire que provocó al marcharse esparció el hedor de los despojos, de la sangre, de los huesos y del contenido, aún sin digerir, del estómago de los dos animales.

Tarran y yo salimos a gatas de detrás del cráneo de dragón y corrimos hacia la escalera, todavía cubierta de sangre, hacia la salida. Pasamos a toda prisa por delante del tesoro y ni siquiera le echamos un vistazo, como si fueran los restos de un montón de grava.

Garra debió de percibir alguna cosa extraña mientras sobrevolaba la guarida, y se giró. Quizá fue un destello de luz estelar en mi espada o el brillo repentino de la luz de las lunas sobre el cuchillo de Tarran, o nuestras sombras. El dragón rugió y se situó sobre la abertura, tapando la luz.

El ácido caía como si fuera lluvia; eran las babas mortales del dragón que caían

sobre la piedra. Todo empezó a fundirse: los anillos y pulseras doradas, un cáliz de plata, la hoja oxidada de la espada de rubíes de la reina de los elfos. Una gota de ácido cayó sobre mi espada y solté el arma justo a tiempo para que no me salpicara en la mano. *Garra* rugió de nuevo y entonces no oí un sonido bronco, sino una palabra iracunda.

—¡Ladrón!

El sonido estremeció toda la caverna y retumbó en mis propios huesos mientras yo intentaba colocar, con manos temblorosas y pegajosas, una flecha en la cuerda del arco. Entonces, el dragón vio lo que realmente habíamos hecho y, aullando, arremetió contra Tarran.

—¡Profanador!

Los instintos que con tanto esmero había procurado afinar, tomaron el control y yo sólo fui el instrumento de una fría determinación. Me giré, respiré, y lancé una flecha de acero, pero fallé el tiro. No alcancé el ojo de la bestia por un palmo y el cuadrillo se clavó bajo una escama. Maldiciendo, Tarran lanzó un puñal, y la hoja tocó a la bestia en una zona sin escamas, justo por debajo de su ojo izquierdo.

—¡Te voy a dejar ciego, bastardo! —gritó Tarran, y lanzó otro puñal en el mismo momento en que yo disparaba otra flecha.

Pero nuestro blanco ya no estaba allí. Tomando impulso con las correosas alas, *Garra* voló hacia la abertura del techo.

El dragón se había marchado y yo no había desfallecido cuando se me necesitaba, por ello di las gracias a gritos al dios que me estuviera escuchando.

—Demasiado pronto —dijo Tarran—. Sólo está cogiendo impulso para abalanzarse de nuevo. ¡Vámonos!

Su advertencia fue como un estímulo. Nos olvidamos de la gratitud y de todo lo que no tuviera que ver con la supervivencia y corrimos hacia la escalera, pasando a toda prisa por los agujeros provocados por el ácido que todavía resbalaba en los bordes. Sin embargo, en mi interior, una voz alegre celebraba la victoria con regocijo: *No he desfallecido, no me he quedado paralizado por el miedo.*

La guarida quedó completamente a oscuras cuando el dragón se interpuso entre nosotros y la luz de las lunas, pero la escalera estaba justo a nuestro alcance.

Pero, de repente, me di cuenta de que ya no corríamos los dos, sino que sólo yo subía a tientas hacia los primeros peldaños. Tarran resbaló en la sangre, se tambaleó y cayó justo cuando la bestia furiosa se abalanzaba de nuevo.

Me giré en la escalera, coloqué la flecha en el arco y la lancé directamente a las mandíbulas abiertas de la bestia. En ese mismo instante, Tarran se incorporó sobre las rodillas emitiendo gemidos de dolor y maldiciendo su impotencia. Lanzó el cuchillo con el mango de incrustaciones y perforó la lengua del animal.

Garra sangraba y gritaba de rabia y de dolor. Se apartó y se impulsó de nuevo

hacia arriba para salir de la guarida, Tarran intentó levantarse, pero se volvió a caer. Tenía un tobillo roto.

—¡Vete! —gimió. Su rostro estaba pálido a la luz de las lunas y sus ojos brillaban oscuros como el azabache. El terror dibujaba unas arrugas profundas en su cara—. ¡Ahora, Ryle, vete!

No iba a hacerlo, así que di un paso hacia él, bajando el peldaño cubierto de sangre. Luego me paré; el sudor me resbalaba por la espalda, frío como el terror.

Algo me tocó. No era una mano en el hombro ni un soplo de brisa; no era nada parecido. Era la cabeza del dragón, que en ese momento se inclinaba por el borde de la abertura del techo de la guarida y miraba hacia abajo como un enorme buitre.

Garra agitó las alas y provocó un viento tan fuerte que me arrojó contra la pared rocosa y me inmovilizó allí. La bestia me miraba, miraba a esa cosa indefensa, un ladrón inútil, un infeliz con dos piernas. Su mirada clavada en mí era como si algo frío, duro y afilado penetrara en lo más profundo de mi ser, donde se aloja el corazón y todas las cosas que sé y recuerdo, que espero y temo. En aquel momento, allí de pie, estaba más desprotegido que los viejos y oscuros huesos esparcidos por la guarida del dragón, y la bestia seguía cerniéndose en el borde de la abertura con la luz de las Lunas reflejada en las garras y en los dientes.

—¿No vas a ayudar a tu amigo, Ryle?

Tarran gimió. Los dos sabíamos que él volvía a ser el cebo.

—¿Tienes miedo? ¿Tienes miedo de no ser lo bastante rápido? ¿O suficientemente valiente? ¿Estás paralizado, Ryle Espadas?

El estómago se me revolvía debido al miedo que me provocaba mi acusador. Las manos me temblaban tanto que se podía oír el golpeteo de la flecha que intentaba colocar en el arco.

—*Te voy a dar la oportunidad que no tuviste el valor de aprovechar para tu padre.* —*Garra se rio mientras entretejía dos pesadillas en una sola.* —*Corre a buscar al enano, Ryle Espadas, yo cuento.*

—¡Ryle! ¡No lo hagas! —gritó Tarran, el cebo—. ¡No lo hagas!

Intenté de nuevo colocar la flecha y me hice un corte en la mano con la punta de acero. La sangre me corrió por el brazo. Había disparado una flecha a la boca de la bestia y otra cerca del ojo. Ya estaba herida, pero ni mucho menos de muerte; esta inútil flecha no podía dañarla.

—*El hombre de hoy no es mucho más valiente que aquel chico, ¿verdad? El jabalí mató a tu padre mientras estabas allí temblando, Ryle Espadas. Después de todos estos años, las cosas no han cambiado tanto* —siseó *Garra* con una voz gélida.

En los brillantes ojos de Tarran, en su palidez casi transparente, pude distinguir una comprensión repentina y una gran desesperación.

El dragón soltó una fuerte carcajada, pues podía ver el interior de los dos

corazones.

—*¡Tarran Quebracho! ¡Viejo amigo! ¿Crees que dirá que esta última cobardía también fue un «accidente de caza»?*

Tarran consiguió apoyar una rodilla en el suelo e intentó levantarse con la pierna sana. No pudo, y siguió arrastrándose con el codo y la rodilla una y otra vez en un proceso angustioso. Cuando volvió a caer, no había podido recorrer ni un metro.

Ese dragón tenía el alma fría como la de un gato; le gustaba jugar con su presa. Mientras se reía, extendió sus alas moviendo el aire. El hedor de su banquete impregnaba la estancia de un olor a muerte. Las sombras se cernían sobre los huesos esparcidos por el lugar eran los suyos, y la sangra que cubría el suelo, incluso los gemidos de Tarran mientras intentaba alcanzar la escalera.

El sudor, o las lágrimas, me surcaban el rostro. Parecía sangre. Iba a volver a suceder. Tarran iba a morir igual que mi padre había muerto, asesinado por mi miedo. O, como les ocurrió a los amigos de Tarran, yo iba a morir mordiendo el cebo que el dragón me ofrecía, la posibilidad de salvar la vida de Tarran.

—*Eres débil, Ryle. Siempre lo has sido* —la voz de *Garra* era sepulcral, como la de un fantasma—. *Débil, inútil, incluso aunque hubieras visto el jabalí a tiempo. Ninguna flecha de tu arco lo hubiera detenido. ¡Inútil!*

Lo era totalmente, entonces y ahora, y mis flechas insignificantes, las afiladas puntas de acero no iban a herir a *Garra*, y en cambio él podía agarrar a Tarran y aplastarlo hasta matarlo antes de que yo pudiera alcanzarlo. No había forma de ganar este juego cruel, igual que no hubo forma de detener al jabalí quince años atrás.

El miedo se me pasó de repente. Las sombras volvían a ser sólo sombras, y ya no se me aparecía ningún fantasma. El perdón, aunque doloroso, es así de rápido y definitivo.

Me giré para cambiar el objetivo. *Garra* dejó de reírse. En el silencio, oí la fatigada respiración de Tarran. Apunté la flecha, certera, directa y mortal, hacia el cráneo de dragón que brillaba envuelto en su aparatosa capa de joyas y piedras preciosas. Rápidamente, me llegó el involuntario pensamiento de la bestia.

—*¡Mi querida Llamarada!*

Así se llamaba su pareja, la hembra de Cobre que antaño brillaba como una llamarada, como un relámpago y un destello deslumbrante, y que, a la luz de las lunas, era como una hoguera dorada. Si mi flecha iba bien dirigida al blanco, alcanzaría la frágil reliquia y la convertiría en un montón de piedras preciosas y astillas de huesos. *Garra* lo sabía, y yo también.

—Tarran —dije, como si fuera un soldado dando una orden—, ven aquí.

Se arrastró de nuevo sobre el codo y la rodilla y me pareció que transcurría una eternidad hasta que llegó a tocar el primer peldaño con la mano. *Garra* rugió con un gran estruendo. Gruesas gotas de ácido se desparramaron por la guarida. Pero ahora

se trataba ya de una amenaza hueca, un gesto inútil. Si la baba corrosiva llegaba a salpicar a Tarran, yo lanzaría mi flecha. *Garra* lo sabía, y esa certeza era un grillete de hierro que le impedía moverse mientras miraba cómo Tarran ascendía con dificultad por los peldaños cubiertos de sangre, ayudándose con la mano, arrastrando una pierna, y empapado en sudor como si estuviera bajo una tormenta.

Cuando Tarran me alcanzó en la escalera, ya no pude seguir observándole, sólo le oía. Subí detrás de él de peldaño en peldaño. No aparté los ojos del cráneo del dragón en ningún momento, y aquella reliquia cubierta de joyas era como un imán que mantenía mi flecha apuntándola. Tarran llegó a la cornisa, aquella galería redonda repleta de sangre, huesos y desechos y, finalmente, penetró en la oscuridad de la abertura. Su último gemido me indicó que había llegado todo lo lejos que podía por sí solo.

Garra también lo adivinó, y se giró serpenteando su largo cuello hacia la galería y la abertura en la que Tarran yacía.

Justo cuando la bestia estaba empezando a reírse, lancé mi flecha, que cruzó la galería con un silbido. La luz de las lunas centelleó en la punta de acero. El cráneo cubierto de joyas, los restos de su adorada *Llamarada*, se resquebrajaron como el hielo y los fragmentos volaron por todas partes.

Garra gritaba como si se estuviera muriendo, y yo me agaché y cogí a Tarran entre mis brazos. Sólo le oí pronunciar un débil gemido como cuando uno despierta de una pesadilla. Quizás era yo quien despertaba.

La bestia no nos persiguió por las cavernas, pero el aullido de su dolor, la venganza de Tarran, no nos abandonó en todo el camino.

Llegamos a El Cuervo a finales de verano. No fue fácil salir de las cavernas y, una vez fuera, no podía dejar solo a Tarran. Lo cuidé con esmero, como si fuera de mi familia. En una ocasión dijo que me debía los honorarios, pues no habíamos cogido ni la más pequeña menudencia del tesoro de *Garra*. Y concluyó que me recompensaría con creces si esperaba hasta que llegáramos a Thorbardin, ya que era uno de los más ricos de ese reino de montaña. Pero yo le contesté que no iba a ir a Thorbardin con él, aunque tuve que admitir que hubiera sido algo digno de ver, las siete grandes ciudades bajo la montaña. Le dije que lo cuidaría hasta que estuviera bien y pudiera volver él solo.

—Entonces, me dirigiré a casa —dije—, de vuelta a El Cuervo.

Sonrió con ese gesto sesgado tan propio de él y afirmó que iría conmigo a visitar a su vieja amiga Cynara. Ese mismo día, por la noche, me preguntó si creía que la hija del barquero me conocería cuando nos volviéramos a ver.

—¿Por qué no? —pregunté sorprendido entre risas.

—No eres el mismo chico que salió de allí, Ryle. Mira de vez en cuando en tu

interior.

Y lo hice una mañana en un tranquilo estanque mientras la niebla se estaba levantando, pero me vi más o menos como siempre, quizá con la cara un poco más delgada, pero más o menos igual.

Sin embargo, Tarran tenía razón cuando dijo que yo no era el mismo de antes. Cuando llegamos al río Rabia Blanca era Reatha quien manejaba el transbordador. Saludó a Tarran con seriedad, pero cuando me vio se le iluminó el rostro. Me preguntó si estaba bien. Y yo, tranquilamente, le conteste que sí. A la luz dorada del atardecer, sonrió, porque reconoció la verdad cuando la vio, y me creyó.

Nos casamos poco después en el emparrado de rosas. Tarran estuvo a mi lado, y Cynara al lado de Reatha. No hubo joya alguna para embellecer a la novia, excepto un delgado anillo de oro para su dedo. Y tampoco hubo ningún fantasma que se interpusiera entre nosotros.

Presas fáciles

[Douglas Niles]

—Los tenemos: el río les queda detrás; mucho mejor para matarlos —gruñó Chaltiford rebotando de emoción.

—Es estúpido cabalgar por ahí —coincidió Delmarkiam Gran Cuchillo, jefe de la tribu de Chaltiford.

Los dos ogros se encontraban en un terraplén cubierto de hierba que dominaba el valle del río. Una hilera de jinetes ataviados con armaduras, Caballeros de Solamnia, patrullaba por la ribera cercana, moviéndose a un ritmo constante corriente abajo. Si, como se rumoreaba, el vasto ejército de Huma y sus dragones estaban en algún lugar lejano hacia el norte, este destacamento, más de tres veintenas de caballeros, corría realmente un grave peligro.

Aunque todos los jefes de la batalla habían avanzado hacia el borde del promontorio, hasta el momento no los habían visto. Los hombres de Chaltiford, una tropa de seis docenas de guerreros, se desplazaron hacia abajo para ocultarse, al igual que otras numerosas compañías de humanoides grandes y rudos. Como jefe de una tribu pequeña, Delmarkiam estaba al mando de un grupo de habitantes de su pueblo y algunos parientes.

—Llegarán demasiado lejos —advirtió Chaltiford.

En efecto, la compañía de Chaltiford tenía que atacar con rapidez o los jinetes humanos pronto estarían fuera de su alcance.

—¡A la carga! —gritó Delmarkiam, muy parco cuando daba órdenes.

Otros veinte jefes emprendieron aproximadamente la misma acción, y un rugido largo y ensordecedor retumbó desde las alturas hasta la ribera del río. En ese momento, los caballeros miraron hacia arriba e inmediatamente hicieron girar a sus caballos en dirección a la amenaza que les sobrevinía. Chaltiford imaginó el miedo que debían de sentir al ver a miles de ogros atacándolos violentamente, y ese simple pensamiento le provocó un escalofrío de placer.

Los doce clanes de ogros, todos unidos bajo el estandarte de la Reina de la Oscuridad, avanzaban acosando a sus enemigos.

Durante breves instantes, el tiempo que tardaron en cargar ochocientos metros, Chaltiford saboreó uno de los episodios más gloriosos de su larga y violenta vida. Los rudos y sanguinarios guerreros, cargando en línea frontal, hacían retumbar todo el suelo bajo su pavorosa embestida.

Delante de ellos, la pequeña compañía de caballeros en sus pesadas armaduras formaron un círculo cerrado con los caballos, pero aun así no podían proteger sus flancos. Además el río a sus espaldas, demasiado profundo para vadearlo, bloqueaba

la retirada.

Un gran semental se encabritó ante Chaltiford, pero él lo golpeó con la porra y le rompió la pata. El jinete se abalanzó con la espada sobre la mano del ogro y le rozó la muñeca, pero Delmarkiam Gran Cuchillo interpuso su espada, cuya punta era de piedra, entre Chaltiford y el caballero.

El humano, herido en el vientre, gruñó, y Chaltiford levantó de nuevo la porra y abatió al desgraciado haciéndole caer del caballo. Unos ocho o diez ogros se agolparon con impaciencia alrededor del caído para asestar los últimos golpes mientras Delmarkiam, en un arrebato final, rajó la garganta del caballo.

Chaltiford profirió un aullido de triunfo levantando su porra ensangrentada. A su lado, el jefe de su banda, el ogro lugarteniente, se enfrascó con violencia en el combate y empezó a perseguir a su próxima víctima.

Sin embargo, los caballeros resistían con una disciplina sorprendente y una ferocidad impresionante. Tras el primer ataque, reunieron a sus caballos y formaron un grupo compacto. Los ogros seguían atacando denodadamente, pero no conseguían acercarse lo suficiente para abatir a los insolentes humanos de sus monturas.

Los caballeros emprendieron toda una racha de contraataques y lograron mantener a sus brutales enemigos en guardia. Chaltiford admiraba su valor a pesar de que ansiaba su sangre, pero su porra seguía anhelando más muertes. Aullando por la frustración, se lanzó contra el muro de caballos, pero el dolor de las magulladuras producido por las coces con los cascos herrados le hicieron caer.

Al final, los brutales ogros, más numerosos, rodearon completamente al pequeño grupo de jinetes. Las hachas y los martillos resonaban contra las espadas y los escudos, y el campo de batalla retumbaba con el fragor y el caos de una cruda batalla. Los gritos de los hombres, de los ogros y de los caballos se confundían en un estruendo de dolor y rabia.

A pesar de todo, menos de la mitad de los humanos había sido abatida de sus monturas, cuando Chaltiford dirigió su mirada hacia el cielo, inspirado por una premonición.

La muerte, en forma de brillantes colores metálicos, se abalanzaba sobre él. Los dragones de Huma habían llegado y se precipitaban desde el cielo en una reluciente embestida, Oro y Plata, Latón y Bronce, todos conducidos por jinetes, muchos de los cuales empuñaban las lanzas mortales que habían cambiado el rumbo de la batalla de forma tan decisiva.

Todo el ejército de ogros se acobardó al ver a los enormes reptiles. Muchos de aquellos inmensos humanoides cayeron de bruces al suelo, arrastrándose patéticamente, demasiado aterrorizados para intentar enfrentarse a los grandes animales alados.

Los caballeros que aún resistían en sus monturas recuperaron las fuerzas y

arremetieron con una carga inesperada. Chaltiford levantó la porra y, por suerte, desvió un golpe que le habría destrozado la cara.

Delmarkiam lanzó una estocada a uno de los caballos, aunque sólo consiguió cortar el aire. De repente, parecía que los caballeros habían conseguido romper el cerco de ogros.

Los dragones descargaban toda su furia sobre los ogros, que se daban a la fuga. Los compañeros de Chaltiford sangraban por los cortes producidos por las garras y los colmillos; otros agonizaban bajo las llamaradas del aliento de los dragones y las babas de ácido cáustico. Durante unos minutos frenéticos, la propia vida de Chaltiford se convirtió en una sucesión aterradora de encuentros con la muerte casi fatales.

Vio cómo Delmarkiam era arrastrado por el suelo y aplastado por unas potentes garras. El ogro, herido de muerte llamaba a gritos a su amigo, pero Chalt escapó corriendo, aterrorizado por la cercanía de los dragones.

Otros reptiles alados surcaron el cielo, cubriendo completamente el sol. Chaltiford, temblando de miedo, se abalanzó sobre la tierra húmeda y hundió su rostro en el barro, mientras un inmenso Dragón Dorado hacía jirones con sus garras a los ogros que había a su alrededor. Cuando huía arrastrándose desesperadamente, unas mandíbulas le arrancaron casi por completo una oreja de un chasquido.

El ogro corrió precipitadamente hacia unos arbustos para protegerse del estallido sobre su cabeza de la llama abrasadora del aliento de un dragón, a una altura que no ponía en peligro su vida, pero que levantó ampollas en su espalda y redujo a cenizas la larga coleta atada en la nuca.

Al dejar la batalla, Chaltiford se levantó y corrió a refugiarse en un bosque cercano. Sin embargo, tampoco entonces estaba completamente a salvo, ya que un intrépido caballero galopaba tras él montado en un gran corcel. A duras penas, el ogro consiguió llegar a las primeras ramas y esconderse entre un matorral de espinos, pero la lanza del caballero iba pinchándole y azuzándole muy de cerca. Las espinas de las ramas le rasgaron la carne magullada y quemada, y el dolor le provocó más miedo y se lanzó a una huida más desesperada.

Pasó varias horas corriendo aterrorizado, jadeante, y hasta entonces no se atrevió a reducir el paso y caminar a trompicones. Mientras andaba ciegamente, la tormenta de emociones que sufría en su interior atenuaba la sensación de cansancio.

Chaltiford estaba herido, furioso, vencido, humillado, frustrado... una letanía cruda y depresiva. Y aun así no podía olvidar que, al menos, ¡estaba vivo!

—¡Maldigo cien veces a los Caballeros de Solamnia! —gruñó en voz alta como si esperara que los árboles de los márgenes del camino pudieran encogerse de miedo ante la fiereza de su voz.

«Después de todo, hubo un tiempo en que aquí, en las montañas Kharolis, el

rugido de un ogro era un sonido temido y respetado. Desde luego, esto era en los tiempos anteriores a los caballeros, a los dragones de colores metálicos y a las malditas lanzas», pensó Chaltiford tristemente.

¿Por qué habían tenido que enfrentarse a un enemigo tan capaz?, se repetía una y otra vez, diciéndose a sí mismo que la guerra de la Reina de la Oscuridad se había convertido en una inmensa pérdida de tiempo y de sangre. ¿Ogros contra caballeros y dragones? Demasiados ogros estaban muriendo.

Lo que necesitaba era alguna presa fácil, decidió Chaltiford. Era un ogro grande y fuerte y debería ser capaz de encontrar algo pequeño y débil, como en los viejos tiempos, y abatirlo sin dificultad. A partir de ahora, eso es lo que iba a hacer. ¡Estaba harto de guerras, campañas y batallas contra reptiles voladores que rugían llamaradas de fuego!

Siguió su larga y penosa caminata durante varios días. Sus pasos le condujeron hasta el interior de las montañas Kharolis, no por ninguna razón en particular, sino porque sus instintos, trastornados por el miedo, le indicaban que las alturas escarpadas le protegerían de los humanos repugnantes y de sus despreciables aliados, los dragones de colores metálicos.

Por otro lado, la amenaza de los enanos siempre estaba presente en las montañas. Chaltiford conocía a los enanos, había matado a muchos de los bajitos y barbudos guerreros y los detestaba casi tanto como a los solámnicos. Pero sabía que Thorbardin estaba bastante lejos, hacia el sur, y en esta cordillera quedaban pocos enanos. Por el momento, Chaltiford prefería correr el riesgo de toparse con los enanos antes que afrontar la certeza de que los dragones y los caballeros gobernaban las Llanuras de Solamnia.

El ogro jefe subía con dificultad por un valle rocoso y árido cuando vio algo que le hizo detener su marcha. Al principio, temió que todas sus maniobras evasivas hubieran sido en vano. La luz del sol, que iluminaba sesgadamente la sierra oriental, se reflejaba en una superficie brillante delante de él, una piel de escamas onduladas, tan relucientes como una moneda de oro puro.

¡Un dragón! El cuerpo inmenso y serpentino estaba tumbado sobre la ladera de una montaña sólo a ochocientos metros de distancia. El alado animal reposaba en la base de una escarpada pendiente, y al menos hasta entonces, no se había percatado de la presencia de Chaltiford.

Al ogro le empezaron a temblar las rodillas y cayó al suelo con un débil gemido. Con los ojos muy abiertos, miraba embobado al inmenso reptil dorado al que odiaba y temía más que a cualquier otra cosa. La criatura yacía, aparentemente tomando el sol, en la base de una agrupación rocosa áspera y muy escarpada. La pendiente que se alzaba ante el dragón tenía una extensión de varios cientos de metros y terminaba en uno de los picos más altos de esta parte de la cordillera Kharolis.

Aunque el dragón no se había movido, el ogro no estaba seguro de si le había visto. Luego, cuando su miedo fue disipándose lentamente, Chaltiford se percató de algo. Por la postura y la actitud del dragón, se dijo Chaltiford con un entusiasmo creciente, nada parecía indicar que estuvieran vivos.

Los párpados del ogro se entornaron sobre sus perversos ojos, parecidos a los de un cerdo, y una mirada astuta sustituyó al poderoso terror que había desfigurado su rostro momentos antes. Chaltiford se levantó y corrió hacia unas piedras cercanas. Las rocas sobresalían del suelo formando un montículo de una altura suficiente para ocultarle del dragón. Desde detrás de la roca, se dedicó a observar a la inmóvil criatura.

Allí Chaltiford estaba a salvo. Fue entonces cuando distinguió una herida abierta en el cuello de la criatura, cuya ala yacía extendida a un lado de una forma muy extraña, dislocada de su posición normal.

El ogro estudió con sagacidad a su ancestral enemigo.

Chaltiford seguía estremeciéndose de repulsión, aunque la difícil situación del dragón le provocaba cierto placer. La criatura debía de haber sido verdaderamente pavorosa cuando estaba viva, pues su cuerpo era de proporciones descomunales. ¿Cuántos tesoros podía acumular un animal como éste durante toda su vida? ¡Seguramente, una cantidad inimaginable!

Justo después de que esta idea se le pasara por la cabeza, se le ocurrió otra inmediatamente, con una rapidez inusual: cualquiera que fuera la cantidad de tesoros que el dragón había acumulado, en esos momentos nadie los custodiaba.

La criatura podía haber ido a morir allí después de volar una distancia ilimitada. Pero, por la gravedad de sus heridas, Chaltiford dedujo que el dragón no habría podido viajar durante mucho tiempo en ese débil estado. No, el reptil dorado debía de rondar por las cercanías cuando el destino inexorable lo abatió.

Chalt decidió acercarse un poco. Temblaba, pues, incluso muerto, el monstruo seguía siendo inmenso y horrible. Avanzaba a gatas, ya que era lo único que el ogro podía hacer para obligar a sus débiles piernas a moverse. Sin embargo, a medida que Chaltiford se adelantaba en su precavida aproximación y no percibía ninguna señal de movimiento en las doradas escamas, empezó a dominar su miedo.

Cuando el ogro llegó al descomunal cuerpo, casi se pavoneó, sacó el pecho y balanceó confiado la porra sobre su hombro. Se encaramó sobre un miembro inmenso e inerte y pensó incluso en asestarle una patada de desdén, pero se contentó con escupirle.

Los ojos inyectados en sangre del ogro brillaban mientras inspeccionaba el cadáver del espantoso enemigo de su tribu. Vio que una de las alas del dragón estaba plegada y marcada por cicatrices, como si hubiera sufrido una grave herida mucho tiempo atrás. Chaltiford dedujo que, aunque la herida había sanado, el dragón no

había podido volver a volar.

El animal presentaba otras heridas mucho más recientes, y el ogro pensó que ésas tenían que haber sido las causantes de la muerte. Aunque no era un maestro de la lógica, Chaltiford había visto suficiente carne mutilada y muerta o cuerpos agonizantes para comprender la naturaleza de la herida mortal. Un largo corte cruzaba el cuello del dragón, y el ogro supo que ésa era la herida mortal. Pero el animal dorado no había sucumbido a un arma, pues ni una Dragonlance produciría una herida tan ancha y profunda.

Instintivamente, el ogro dirigió su mirada hacia un lado para examinar la escarpada pared rocosa que se elevaba hacia el cielo y terminaba en un pico alto cubierto de nieve. En la mitad del risco distinguió una protuberancia de piedras. Unas manchas de color marrón oscuro mezcladas con restos de escamas doradas desdibujaban la superficie del afloramiento y confirmaban la sospecha de Chaltiford: el dragón, ya debilitado, se había venido abajo y se había roto el cuello en la caída.:

Pero ¿por qué estaba el dragón allí solo cuando tantos miembros de su especie libraban batallas en las llanuras? Desde luego, con el ala herida, el reptil no hubiera servido de mucho en las grandes formaciones voladoras, pero entonces, ¿por qué intentó ascender un pico tan alto y empinado? Las ideas bullían en la apresurada mente de Chaltiford.

Un ruido de piedras captó la atención del ogro, que se dio la vuelta, levantó su porra y miró furtivamente hacia la ladera de la montaña. Varias piedras salieron rodando de debajo de la cola del reptil muerto.

Chaltiford corrió hacia adelante con la porra en alto. Se agachó para investigar, y escudriñó el interior de un agujero oscuro que quedaba oculto por la cola del dragón junto a unas rocas.

Dos ojos dorados le miraban con un brillo inocente. El dragón que vio era una miniatura de su madre, y su tamaño, de apenas sesenta centímetros de longitud, no le confería ningún rasgo de la majestuosidad aterradora del animal adulto. Además, sus alas eran diminutas y aún no las podía utilizar. La pequeña criatura dio un paso hacia adelanté. Cuando la pequeña cabecita emergió de entre las sombras, Chaltiford dio un golpe seco con la porra y aplastó el cráneo de un mazazo.

Luego, se quedó paralizado; la excitación le corría por las venas. ¿Por qué estaba esa cría de dragón allí? La respuesta era obvia: en algún lugar cercano estaba la guarida del dragón.

Vio algunas hendiduras próximas a la punta del risco; seguramente, las había hecho el dragón con las garras al rascar desesperadamente cuando perdió el equilibrio y se cayó. Por encima de las marcas de las garras, distinguió, con cruel regocijo, el perfil sombrío de la entrada de una cueva: había encontrado la guarida del dragón.

Estremeciéndose de contento, Chaltiford estudió la empinada montaña. A su

izquierda y a su derecha se alzaban otras laderas rocosas más suaves. También eran muy escarpadas, pero el ogro, familiarizado con el terreno montañoso, sabía que podía escalar por ambos lados. Evidentemente, la cría había descendido por la ladera más sencilla, ya que no podía volar.

La certeza de que encima de él se situaba la guarida del dragón le produjo una fuerte excitación. Un reptil enorme como ése tenía que haber custodiado un tesoro verdaderamente espectacular.

Estaba anocheciendo, así que el ogro decidió descansar para iniciar la escalada al amanecer. Chaltiford se acomodó entre dos piedras no demasiado cerca del cuerpo inerte del dragón, y se sumió en un profundo sueño reparador. Mientras dormía, soñó que estaba rodeado por montañas de oro que brillaban como cien soles relucientes.

Cuando se despertó, no perdió el tiempo. Se levantó, cogió su porra, se dirigió hacia una de las escarpadas y serpenteantes laderas de la montaña y empezó a trepar por la base sembrada de rocas.

Subía de forma constante. A sus espaldas, se extendía un vasto panorama de montañas, riscos y valles. Sin embargo, los ojos del ogro no se apartaron de las rocas que tenía delante y siguió ascendiendo hacia el agujero negro del pico de la montaña.

El ascenso era duro y, en algunos lugares, Chaltiford se vio obligado a colgarse la porra del cinturón para poder escalar con las dos manos. Aun así, había escalado muchas pendientes tan difíciles como aquélla, y nunca con un aliciente tan atractivo.

El señuelo del tesoro era cada vez más intenso en la mente del ogro. Las imágenes de su sueño, montañas de oro brillante, enardecían su imaginación. ¡Riquezas! Chaltiford pensó que estaba rozando la opulencia. Cuando volviera a su pueblo, los ogros cantarían sus hazañas y explicarían la historia de su triunfo. Podría elegir a las hembras, y los machos jóvenes y fanfarrones se quedarían embobados ante las maravillosas riquezas de Chaltiford.

A los ogros les encantaba el oro sin ningún motivo especial. En eso, y en alguna otra cosa, se parecían mucho a los enanos. El oro era lo que más les seducía. La proximidad del precioso metal les hacía la boca agua, y la posibilidad de poseerlo ensombrecía cualquier otra recompensa.

Los ogros del pueblo de Chaltiford sufrían una inanición casi total cuando los exploradores de la Reina de la Oscuridad llegaron para reclutarlos para la guerra. Sin embargo, cuando les preguntaron qué querían a cambio de ello, ninguno de los humanoides pidió comida; todos deseaban oro. Los jefes humanos habían conseguido sus servicios a cambio de insignificantes pepitas de oro. Ahora, esas menudencias tendrían poco valor comparadas con el tesoro que Chaltiford estaba a punto de conseguir... ¡para él solo!

¿Cuánto oro encontraría en el inmenso tesoro del dragón? ¿Serían puñados de monedas o de pepitas? Quizás, y el mero pensamiento le dejó sin respiración, hallaría

un montón de relucientes y pesados lingotes.

Desde luego, Chaltiford tenía claro que habría piedras preciosas, plata y otros ornamentos, que también se iba a llevar. La plata la utilizaría para hacer regalos a las mozuelas cuando regresara a su pueblo y el resto de chucherías lo intercambiaría por el camino. Pero todo ello palidecía al lado del oro que le impulsaba a continuar.

Con la mente ocupada en tales pensamientos, Chaltiford no se percató del transcurso del día. Cuando finalmente se detuvo para calcular lo que había avanzado, se dio cuenta de que casi había llegado a la cima de la montaña y que el sol ya se había escondido por el oeste.

Desde lo alto de un repecho, el ogro vio la guarida del dragón y la amplia y oscura entrada. Con gran excitación, empezó a trepar por ella y cruzó una repisa rocosa. Consiguió agarrarse con sus largos brazos a una estrecha grieta que había en la roca. Apoyado en los pies, se impulsó para acercarse un poco más a la guarida. El saliente no era muy ancho, y en algunos lugares los talones de Chaltiford quedaban colgando por encima de un precipicio de varios cientos de metros.

Cada paso que daba lo hacía con extremo cuidado y, para cada movimiento, necesitaba un lugar firme al que sujetarse. A pesar del ritmo lento, Chaltiford avanzó bastante, y al cabo de una hora divisó la oscura entrada de la cueva en forma de arco justo encima de él.

Hizo un esfuerzo para impulsar la masa de su enorme cuerpo hacia arriba. Sus duras botas arañaban la roca buscando un lugar en el que apoyarse; gruñía y se agarraba, y la desesperación era como una neblina que le enturbiaba los ojos. Al darse un fuerte impulso, Chaltiford cayó rodando hacia adelante y, a pesar de que la guarida estaba muy próxima, se quedó jadeando durante algunos minutos hasta que se sintió preparado para levantarse e iniciar el saqueo.

Se levantó y examinó la cueva. A sus espaldas, se extendía la grandeza de la cordillera Kharolis, pero todos sus sentidos seguían puestos en el objetivo inmediato de la guarida.

Por primera vez sintió una punzada de miedo. Sacó la porra del cinturón y el suave mango del arma reforzó considerablemente su valor. El suelo uniforme de la caverna le atraía hacia el interior y, con cuidado, caminó por debajo del techo abovedado.

Sus ojos se acostumbraron rápidamente a la oscuridad. Se oían los crujidos de sus pies sobre piedras pequeñas y, al mirar al suelo, vio que estaba cubierto de fragmentos de huesos roídos. Varios cráneos, de ciervos, cabras monteses y alces, estaban esparcidos por el lugar. Los restos de huesos habían sido quebrados y astillados por algún ser deseoso de obtener el tuétano del interior.

Al avanzar unos pasos, Chaltiford distinguió un inmenso montón de ramitas y pieles. Parecía el nido de un pájaro, aunque dentro habría cabido fácilmente el ogro y

un par de sus amigos. Cuando miró dentro, vio fragmentos de cáscaras de huevo.

El nido era una prueba irrefutable de que ésa era la guarida del dragón. En algún lugar del interior, probablemente en el hueco más alejado de la cueva, Chaltiford encontraría las riquezas del reptil. La idea le provocó punzadas de placer por todo el cuerpo y le puso la piel de gallina.

Quebrando los trozos de cáscaras con las botas, Chaltiford pasó por encima del nido y se adentró en la cueva. El tortuoso pasadizo continuaba hacia el interior y se dividía en numerosas y amplias estancias. Chaltiford pensó que nos de los pasillos habían tenido que ser muy incómodos para el descomunal reptil, pues eran muy estrechos.

El ogro avanzó con cuidado a través de diversas estancias balanceando su porra adelante y atrás. Sus ojos, brillando de avaricia, se esforzaban por ver en la oscuridad.

Oyó un sonido parecido al que produce un roedor cuando se escabulle. Se giró, pero sólo vio las sombras de rocas inertes ¡Allí! Algo se alejaba corriendo a una velocidad espeluznante y Chaltiford dio un grito de sorpresa. Instintivamente, el ogro se lanzó al suelo y entonces se dio cuenta de que se trataba de murciélagos. Cientos de esas pequeñas criaturas volaban por encima de su cabeza procedentes de las profundidades de la cueva. Tras unos segundos, la bandada de murciélagos había pasado.

Al levantarse, el ogro exhaló un bufido de desprecio mientras se sacudía el polvo. Cogió la porra otra vez y, al sentir el peso en sus manos, se tranquilizó.

La siguiente cámara de la extensa red de la caverna era inesperadamente grande. El techo, alto, repleto de agujas de piedra que colgaban como carámbanos, formaba una bóveda sobre su cabeza. En el suelo, había varios estanques de aguas cristalinas, y cerca encontró espinas de pescado.

Mientras recorría la cueva, Chaltiford creyó oír de nuevo algo que se movía a sus espaldas, pero no vio nada. Se cambió la porra a la mano izquierda y con la derecha cogió un trozo grande de roca. Siguió caminando y, de vez en cuando, giraba la cabeza a ambos lados como si desafiara a la oscuridad a que le mostrara alguna señal de movimiento.

Cuando Chaltiford llegó al final de la cueva, ésta permanecía en silencio. Un arco estrecho conducía a un pasillo sinuoso; unos pasos más allá, las paredes se abrían a cada lado, y de nuevo se encontró en una amplia cámara subterránea. Sin embargo, a diferencia de las salas anteriores, el suelo de esta parte de la cueva no era uniforme.

En lugar de eso, la roca formaba una fuerte pendiente bajo los pies del ogro. Chaltiford apenas podía distinguir el fondo rocoso y desigual de un agujero a unos seis u ocho metros de distancia. La depresión ocupaba la mayor parte de esa caverna, a pesar de que unas repisas de roca estrechas y medio derruidas se extendían a los lados. El rudo humanoide vio que, más allá del agujero, el oscuro camino abovedado

conducía a otra cámara subterránea.

Algo brillaba en el interior de esa sala, y el corazón de Chaltiford latió con fuerza. Las palmas de las manos le empezaron a sudar y entornó los ojos, esforzándose desesperadamente por ver en la oscuridad. Poco a poco, sus ojos le confirmaron lo que su mente se había atrevido a imaginar.

La boca del ogro se abrió en una expresión de asombro. ¡Ahí estaba el oro, una pequeña montaña de oro, tal como la había vislumbrado en su imaginación!

También le deslumbraron otros colores. Vio el reluciente verde, que sólo podía proceder de las esmeraldas, y muchos puntos carmesí que debían de ser rubíes. También vio grandes objetos verdes y negros que dedujo que eran de jade, y granates, ágatas y turquesas que sumaban su brillo multicolor al inmenso montón de tesoros.

Chaltiford se relamió los labios sin darse cuenta de que las babas habían empezado a gotearle por la barbilla.

Gracias al inmenso esfuerzo que hizo su tosco cerebro, pudo contener su impulso de abalanzarse por encima del agujero en un desesperado intento de saltar al otro lado.

Se obligó a buscar un camino en torno al obstáculo. Decidió que cualquiera de las repisas medio derruidas podía ser una solución, así que, encogiendo sus encorvados hombros, Chaltiford se dirigió hacia la derecha. Al asomarse al agujero, comprobó que, aunque era profundo, una caída no sería mortal. Sin embargo, el fondo estaba cubierto de rocas irregulares que aseguraban un aterrizaje desagradable, así que el ogro tomó todas las precauciones posibles para no pisar en falso.

Afortunadamente, el espacio le permitía caminar sin tener que agarrarse a la pared con las dos manos, así que llevaba la porra preparada y la balanceaba con la mano izquierda a medida que avanzaba, ya que sentir el mango en la mano le tranquilizaba y aumentaba su confianza.

De todos modos, se recordaba constantemente que no debía preocuparse por nada.

Oyó unos pasos rápidos a sus espaldas, se giró y colocó la espalda contra la pared. Se quedó anonadado al ver a otro minúsculo dragón que saltaba por la repisa sólo unos pasos detrás de él. Su cabeza no era mayor que la de una serpiente y reposaba sobre un cuello flexible y ondulado. Las patas delanteras de la criatura terminaban en unas afiladas garras y, a pesar de su pequeño tamaño, miraba al inmenso humanoide sin ningún miedo.

Chaltiford golpeó fuertemente con la porra, partió algunas piedras y esparció la grava, pero el pequeño dragón se apartó rápidamente hacia atrás antes de que el golpe le alcanzara.

El ogro tuvo que admitir que para ser una criatura tan diminuta, la cría era condenadamente rápida. Si hubiera sido una rata o una ardilla, con toda seguridad, el golpe las hubiera espachurrado contra la repisa. Sin embargo, el dragón desapareció

justo cuando la porra empezaba a caer.

«Lo importantes que se ha marchado», pensó Chaltiford. No podía haberle causado mucho daño, pero lo último que deseaba era un fastidioso animal pisándole los talones mientras se ocupaba de su incierta travesía.

Al dar otro paso, su pesada bota hizo caer algunas piedras sueltas de la repisa, y Chaltiford se dio cuenta de que la operación iba a ser más difícil de lo que había sospechado. La plataforma era cada vez más estrecha, y tuvo que apretar la cara contra la pared de la caverna mientras se apoyaba con los dedos de los pies. La superficie de la roca estaba cubierta de numerosas grietas y agujeros, lo que le facilitó encontrar muchos puntos donde sujetarse y, por tanto, poder seguir con la pesada porra en la mano izquierda.

Para su enojo, el pequeño dragón volvió a aparecer, y lo siguió a toda prisa por el saliente. La criatura se irguió sobre las patas traseras y miró fijamente al ogro desde unos tres metros de distancia. Tenía las alas desplegadas y las movía torpemente, igual que hizo su hermano allí, al lado del cuerpo de la madre. Por eso, Chaltiford dedujo que la criatura era todavía demasiado joven para volar. Una lengua diminuta y bifurcada se movía entre los dientes afilados como agujas y sus ojos brillaban con una extraña urgencia.

Esos colmillos representaban una amenaza para el humanoide, que consideró la posibilidad de regresar y perseguir a la criatura por la repisa para asustarla, o preferiblemente matarla, antes de continuar la búsqueda del tesoro.

Pero la cercanía de ese montón de oro resultó ser un señuelo demasiado atractivo. Con una fuerte patada, el ogro hizo retroceder al animal. Entonces, Chaltiford continuó su travesía por la repisa. A cada paso, caían piedras sueltas, y el ogro se agarró fuertemente con su mano libre mientras estudiaba con esmero dónde ponía los pies.

De nuevo, alguien arañaba el saliente a sus espaldas. El inmenso humanoide se maldijo por no llevar la porra en la mano derecha, pues la cría estaba muy cerca, pero el precario equilibrio le impedía cambiar el arma de mano. Incluso así, con los pies presionando firmemente la roca, Chaltiford consiguió pasar la porra por detrás de su cuerpo y cogerla con la otra mano, y entonces levantó el voluminoso palo y esperó a que el pequeño dragón se acercara un poco más.

Sin embargo, la criatura se quedó quieta mirándolo con esos ojos penetrantes. El ogro casi estuvo a punto de volver a golpearlo, pero sabía que el animal podía huir mucho más rápido y que no podría alcanzarlo. Así pues, Chaltiford se giró otra vez hacia su objetivo y se consoló pensando que, al menos, ya había cruzado la mitad del precipicio.

De nuevo volvió a oír ese ruido familiar de unas garras sobre las piedras, aunque esta vez el sonido procedía de algún lugar delante de él. En medio de la repisa estaba

sentado pacientemente otro pequeño dragón, a una distancia considerable. Y Chaltiford soltó un bufido de enojo, ya que, aunque el reptil hubiera estado más cerca, él tenía la maldita porra en la mano equivocada.

Desde luego, tampoco esa cría iba a detenerlo. El ogro continuó apartando los guijarros sueltos a puntapiés. Presionó la cara contra la pared de roca y, por el rabillo del ojo, vio que el primer animal le seguía otra vez por la repisa.

Maldiciendo, Chaltiford distinguió las siluetas de otros pequeños dragones que surgían sigilosamente de la oscuridad por detrás de su atrevido hermano. Cuando giró la cabeza a la izquierda, vio que otras crías se habían unido a aquella que bloqueaba el camino que debía seguir.

El ogro estaba seguro de lo que debía hacer: tenía que seguir avanzando. Aquel tesoro todavía le atraía y no iba a verse privado de su merecida recompensa. Los insignificantes reptiles le miraban con ojos inmensos y fascinados, pero no dieron ningún indicio de apartarse a medida que el ogro acercaba. Movía su porra adelante y atrás, hacia los reptiles que había a su espalda, y de nuevo se impulsó con los pies y se cambió la porra a la otra mano por detrás del cuerpo.

Entonces se dio cuenta de que un pequeño dragón estaba agazapado detrás de una grieta, justo ante sus ojos. Chaltiford parpadeó e intentó distinguir al reptil que se encontraba apenas a un palmo de distancia. Las pequeñas mandíbulas se abrieron mostrando unos dientes realmente grandes.

Los ojos del animal centellearon de perversión al inspirar con fuerza. Las escamas doradas se hincharon en el abultado pecho y, entonces, arrojó por su boca una pequeña llamarada. El fuego abrasó la cara de Chaltiford, le quemó las cejas y le chamuscó la piel de su nariz protuberante.

Con un gemido de dolor, Chaltiford se apartó del dragón y de la repisa en la que se apoyaba. Tropezó y cayó hacia atrás al vacío sobre un montón de piedras desiguales que cubrían el suelo del agujero. Los huesos de las piernas y de los hombros le crujieron por el golpe, y la porra fue a parar a cierta distancia con un gran estruendo.

Y de nuevo oyó aquel ruido, los arañazos de unas garras diminutas contra la piedra. Aunque estaba cegado por el fuego, el ogro pudo localizar fácilmente a los dragones por el sonido. Las crías se estaban acercando, descendían por las paredes del hoyo sin ninguna dificultad.

Chaltiford estaba agonizando, pero lo único que podía hacer era gemir. Ninguno de sus miembros respondía a las desesperadas órdenes de su cabeza. Y aunque se esforzaba por distinguir alguna cosa, sus ojos tampoco funcionaban.

Sin embargo, escuchaba muerto de miedo cómo avanzaban los reptiles.

Entonces, entendió esa peculiar urgencia que había percibido en los ojos de las crías. Con los clientes apretados debido al dolor, se dio cuenta de que la expresión de

los dragones era natural.

Después de todo, su madre estaba muerta y ellos estaban solos en la guarida desde hacía mucho tiempo. La explicación era muy simple: tenían hambre.

Un dragón hasta la médula

[Roger E. Moore]

El tercer aviso de desahucio llegó con el correo de la mañana un día de finales de primavera, mientras caía un chaparrón. La propietaria se había enterado de la existencia de los gnomos y de sus aparatos mecánicos —una vez había quedado atrapada en un Dispositivo de Facilitación de Entrada y Salida— y, por tanto, decidió ponerse en contacto con su diminuto inquilino desde lejos.

El cartero, que ahora estaba empapado hasta las cejas, conocía personalmente a los gnomos. Recientemente, había aprendido a no meter su mano en la abertura en forma de trampa del Receptáculo para Misivas de hierro situado en el exterior de la oficina de los gnomos. Ese día se aproximaba con mucha precaución. Cogió la carta por una esquina, procuró no colocarse delante del aparato y depositó suavemente el correo dentro de la caja sin tocar para nada el metal. Luego deslizó la carta en el interior y apartó la mano con rapidez. La tapa se cerró de golpe con un fuerte sonido. El cartero suspiró aliviado y se marchó, con los dedos intactos.

Siempre-en-las-nubes, el destinatario de la carta, estaba trabajando en su mesa cuando llegó el correo. Ni siquiera se movió mientras una gran máquina, el Interceptor Reactivo de Paquetes Postales y Sobres —rediseñado—, se deslizaba por la pared de la puerta de entrada emitiendo repetidas explosiones. La carta no terminó convertida en confeti por los fillos abrecartas —ése fue el destino del primer aviso de desahucio— ni quedó atrapada en los rodillos de la cinta transportadora y, por tanto, tan manchada de aceite que hubiera parecido un trapo desgastado y grasiento, tal como le sucedió al segundo aviso. En lugar de eso, la carta fue levantada suavemente de la cinta por un brazo mecánico, que la estrujó y la convirtió en una bola del tamaño de una naranja; más tarde la colocó en la mesa del gnomos.

Siempre-en-las-nubes estuvo un cuarto de hora más dando los últimos retoques a sus planos para construir una gigantesca máquina de taladrar piedra, capaz de perforar un agujero perfectamente triangular en una montaña; estaba seguro de que todo el mundo necesita una máquina de este tipo alguna vez. Una de las frases favoritas de Siempre-en—las-nubes era: «Nunca se sabe cuáles van a ser las próximas tendencias en perforación de túneles», o también «esto debería funcionar», o «mandé el dinero del alquiler por correo ayer mismo». O incluso esta otra: «Desde luego, tendremos que controlar cuando la ponga en funcionamiento».

—Esto debería funcionar —dijo con aire de satisfacción dejando el lápiz sobre la mesa.

Automáticamente, cogió la bola de papel de su mesa, cubierta de papeles con anotaciones, y la desplegó sin apartar ni una vez los ojos de los planos acabados. Con

una sonrisa de excitación en sus labios, miró el aviso de desahucio, lo colocó sobre el montón de papeles de algo más de medio metro de altura que había en la bandeja de «Pendientes» y bajó de la silla. Luego, se desperezó, estiró su arrugada ropa de trabajo y se dirigió a la cocina. Al salir, cerró la puerta de golpe.

—No queda brécol —refunfuñó después de hacer una rápida inspección en los estantes—. Estoy seguro de que ayer le dije a Squib que comprara brécol en el mercado.

Abrió la puerta que daba a la oficina y gritó:

—¡Squib! ¡Squiiiiib!

Detrás de uno de los muchos montones de papeles que había en la oficina se oyó a alguien arrastrando los pies. Momentos después, un enano andrajoso sólo un palmo más alto que el gnomo de poco más de un metro que le había llamado apareció por detrás del montón de papeles y se puso de pie tambaleándose. Con el pelo castaño despeinado hacia un lado y los de la barba de punta como si le acabara de caer un rayo encima, el enano gully saludó al gnomo con los ojos bizcos mientras se mordía los labios y dejaba entrever sus dientes torcidos.

—¡Ah! Ahí estás —dijo Siempre-en-las-nubes, volviendo a la cocina—. Excelente. Estaba buscando un poco de brécol para comer. Acabo de terminar unos planos nuevos que seguramente mejorarán nuestras dudosas condiciones financieras de estos últimos meses, y tendría que enviarlos por correo para un posible...

El enano gully, también hambriento, se dirigió hacia la cocina y por poco se cae rodando al suelo cuando el gnomo abrió la puerta de golpe y salió corriendo con los ojos como platos.

Siempre-en-las-nubes corrió hacia el montón de «Pendientes», agarró el arrugado aviso de desahucio, lo puso debajo de la lámpara y lo leyó por segunda vez.

—¡Por el gran Reorx! —gritó—. Envié el dinero del alquiler por correo ayer mismo, o quizá fue hace una semana, o dos, pero vamos, ¡no puedo creer que me eche de mi oficina! ¡Dice que debemos el alquiler de tres meses! Es imposible, porque ahora recuerdo que rellené la orden bancaria y la puse en un sobre y te la di a ti, Squib, y la orden cubría el alquiler de los próximos tres...

Siempre-en-las-nubes se quedó sin habla cuando vio cómo se iluminaba la cara de su fiel Squib. El enano gully metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó una bola de papel arrugado y manchado. Con una amplia sonrisa, la levantó y se la dio al gnomo.

Siempre-en-las-nubes cogió una silla, se sentó y desplegó el papel. Después de leerlo por encima, cerró los ojos, y el papel cayó al suelo.

—Se suponía que tenías que echarlo al correo —dijo sin levantar la vista—. He gastado el resto del dinero en comida y he tenido que pedir un préstamo para pagar el alquiler del taller, o sea, que nuestra cuenta corriente está a cero. Estaba esperando

otro trabajo de investigación geológica para estos días, pero ahora nos han desahuciado, y me iba a poner a cocer un poco de brécol, pero quizá podamos encontrar algo para cenar entre los restos de basura, si antes no vomito.

El gnomo suspiró profundamente y luego se levantó irguiendo su minúsculo cuerpo. Se acarició la barba blanca con gesto ausente y se arregló el chaleco verde.

—Tenemos que perseverar, mi buen y paciente —siguió diciendo, aunque Squib ya no estaba allí—. He vivido entre los humanos durante la mayor parte de mi vida, y ya he pasado antes por otros períodos financieros duros; éste también lo superaremos. Un verdadero dragón tiene valor, y sabe lo que debe hacer y lo hace, así que nosotros debemos ser como dragones, fuertes, valientes y decididos. Igual que los dragones, Squib.

Pero el ánimo de Siempre-en-las-nubes flaqueó por un instante. Si fracasaba, probablemente tendría que dejar la enorme ciudad de Palanthas, la joya de todo Ansalon, y volver al hogar de los gnomos en el Monte Noimporta. Seguro que allí la demanda de estudios geológicos era mucho mayor, porque el Monte estaba situado en el interior de un volcán inactivo, pero cobrar los trabajos realizados era imposible. El Gran Banco de Noimporta había modificado todo el sistema contable después de la Guerra de la Lanza y, actualmente, las finanzas de cientos de negocios y gremios se habían hundido sin remedio. Siempre-en-las-nubes había emigrado doce años atrás para probar suerte en Palanthas.

Los comienzos fueron muy duros. Durante doce años se dedicó a trabajos esporádicos y a labores domésticas en una ciudad inhóspita y, con esfuerzo, consiguió el dinero y los materiales para poner en marcha su negocio y construir el Dragón de Hierro, su gran máquina minera y su razón de ser. Estuvo doce años aprendiendo las peculiares costumbres de los humanos, hasta el punto de que Siempre-en-las-nubes se sorprendía a veces a sí mismo pensando y hablando con frases cortas como ellos. Los mejores momentos de estos años fueron los que pasó montando el Dragón de Hierro, ajustando cada tuerca y cada tornillo en el almacén que había alquilado unas casas más allá.

Siempre-en-las-nubes hizo una mueca mientras se frotaba su gran nariz inconscientemente. No quería dejara Palanthas. Le había tomado cariño a esa gran ciudad, llena de magia, rebosante de belleza y miseria. Había sido feliz al abandonar el ruidoso confinamiento del Monte Noimporta para ver «el mundo real».

Siempre-en-las-nubes no era como los demás gnomos. En primer lugar, porque a veces entendía a los humanos, pero además porque sus inventos con frecuencia funcionaban. Uno de ellos, el Receptáculo Semihermético Erradicador de Desechos por Dilución, Excitación y Rotación, tenía incluso cierto valor comercial, aunque todavía tenía que ser perfeccionado para que dejara de convertir la ropa sucia en jirones de tela.

Allí vivía bien. Tenía su negocio. Tenía al Dragón de Hierro. Tenía al fiel Squib, su único amigo y la única persona en la que confiaba para pilotar al Dragón. Aunque el enano gully no pudiera pronunciar ni una palabra, Squib era un genio manejando aparatos mecánicos.

Pero aparte de eso, no había nada más por lo que alegrarse. Él y Squib iban a morir de hambre, pues en el almacén sólo había aceite de motores y piezas de máquinas. No, mejor dicho, sólo él iba a morir de hambre: Squib solía comer lo que encontraba entre las basuras de las carnicerías y otras tiendas de comestibles. Siempre-en-las-nubes era demasiado orgulloso y tenía un estómago muy delicado para pensar en eso. El gnomo se miró los zapatos sumido en una total depresión. No se le ocurría nada nuevo. Quizás el aceite para motores tuviera algún valor nutritivo.

De repente, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta. El gnomo dio un brinco, y luego llamó a Squib a gritos. El enano gully había desaparecido de nuevo. Murmurando en voz baja, Siempre-en-las-nubes cruzó el umbral y abrió la puerta.

Tres hombres esperaban fuera bajo la lluvia, ajenos a los chorros de agua que les corrían por la cara. Uno era larguirucho y tenía la barba pelirroja, el otro era alto y con el pelo negro y el tercero, muy musculoso y rubio. Por alguna razón que no podía desentrañar, Siempre-en-las-nubes tuvo la impresión por un momento de que eran hermanos.

—Buenos... señor —dijo el primero, el pelirrojo. Hablaba con una sonrisa, pero vacilaba entre una palabra y otra como si el idioma fuera extraño para él—. Estudios sobre Minas y Minerales Siempre-en-las-nubes que estamos buscando —y esperó una respuesta.

—Yo soy Siempre-en-las-nubes —dijo finalmente cuando recordó que podía hablar como un humano.

Al oír eso, los tres hombres esbozaron una amplia sonrisa que dejaba ver todos sus dientes.

—Siempre-en-las-nubes, muy bien —dijo el pelirrojo—. Muy bien. Una mina deseamos un estudio de usted. Usted queremos contratar.

Siempre-en-las-nubes los miró embobado.

—Desean contratarme —repitió, y luego se golpeó leve, mente la cabeza—. ¡Oh! ¡Oh, sí!

Olvidándose de todo completamente, el gnomo cerró la puerta de golpe y corrió hacia la mesa de su despacho. Revolvió sus papeles como un loco y buscó sus archivos. Luego, se acordó de la puerta, cerrada volvió a toda prisa y, azorado, la abrió de par en par. Los tres hombres seguían allí esperando bajo la lluvia en sus empapados trajes.

—¡Por Reorx! —gritó el gnomo—. ¡Entren, entren de una vez!

Los tres hombres entraron sin dar ninguna importancia al hecho de que sus ropas

estaban empapadas. Siempre-en-las—nubes se afaná en quitar los papeles de unas sillas para que pudieran sentarse. Squib apareció por detrás de la alacena con los pelos de su rala barba morena llenos de migajas y trozos de fruta seca medio masticados, y enseguida recibió el encargo de ofrecer a los visitantes mojados una taza caliente de leche fresca de cabra. Los tres hombres miraron sus tazas en silencio y luego las dejaron a un lado cerca de los montones de papeles.

—Tendrán que excusar el desorden —dijo Siempre-en—las-nubes, incapaz de contener su excitación—. El negocio ha estado un poco parado, desde luego, por culpa del tiempo, pero he mantenido la esperanza de que unos elegantes caballeros como ustedes necesitaran asistencia profesional en cuestiones geológicas, petrográficas, mineralógicas, o incluso gemológicas, según sea el caso, y yo fui el primero de mi promoción en ingeniería minera y geología; obtuve el diploma secundario en mecánica...

Poco a poco, fue bajando el tono hasta que se calló. Los tres hombres lo miraban otra vez de esa forma tan peculiar. Durante un instante, horroroso, Siempre-en-las-nubes pensó que si alargaba la mano y los tocaba, estarían huecos, como un muñeco de papel. Un escalofrío le recorrió la columna y enseguida borró el pensamiento de su mente.

—... pero, de todas formas, sólo estoy hablando sin sentido —terminó enseguida—. ¿Qué clase de asistencia profesional necesitan?

Los tres hombres intercambiaron una mirada y luego volvieron a mirar al gnomo. Esta vez fue el rubio grande el que habló:

—Una mina necesitamos —empezó, pero luego se corrigió a sí mismo—. No, una mina tenemos. Usted necesitamos un estudio de mina. ¿Comprende? —Siempre-en-las—nubes asintió con la cabeza y el hombre siguió—: Una mina que tenemos se rompió.

—Hundida —dijo el hombre de pelo oscuro—. Derrumbamiento en mina.

—Sí, una mina que tenemos hundida. Usted necesitamos estudio. La mina tenemos que excavar. Usted necesitamos excavar. ¿Comprende?

—Sí, claro —dijo Siempre-en-las-nubes—. Ustedes quieren que yo realice un estudio de su mina derrumbada para ver si es segura, y comprobar si todavía contiene minerales de valor u otros recursos. Y ustedes quieren que realice las excavaciones.

—Sí —dijo el rubio—. ¿Esclavos tiene para cavar?

—Obreros —interrumpió el hombre moreno de forma brusca—. Obreros.

El rubio asintió enérgicamente y, al hacerlo, las gotas de agua salían despedidas de su largo y húmedo cabello.

—Sí, obreros.

«Qué casualidad», pensó Siempre-en-las-nubes.

—Resulta que tengo una máquina que excava. La inventé yo. Aquí mi fiel Squib

es el piloto del Módulo de Mando a Babor y a Estribor. Squib manejará la máquina que realizará las excavaciones en su mina.

Los hombres volvieron a mirarse y gesticularon con las manos abiertas de forma muy peculiar.

—Usted explica máquina —dijo el pelirrojo volviéndose hacia el gnomo—. ¿Cómo catapulta?

—No, no, no, no se parece en nada a una catapulta. No es una máquina para sitiar. Es una máquina para cavar, el Dragón de Hierro. La construí yo mismo, con la ayuda de mi fiel Squib, claro.

—¿Dragón? —preguntaron el pelirrojo y el rubio al mismo tiempo con los ojos abiertos como platos—. ¿Dragón?

De repente, Siempre-en-las-nubes soltó una carcajada rompió la tensión.

—¡Oh, no! No es un dragón «de verdad». Disculpen la confusión. Se trata de una gran máquina, un dispositivo pulsado a vapor que se mueve sobre ruedas, como un carro a vapor... ¡Oh! Claro, probablemente no hayan visto ninguna a menos que hayan estado en el Monte Noimporta, pero funciona bien, yo no me preocuparía por eso. No hemos tenido muchos dragones de verdad por aquí. De hecho, no hemos tenido ninguno, desde la Guerra de la Lanza hace quince años, así que las cosas están bastante tranquilas por aquí, más o menos.

Entonces, dudó por un instante, pero luego siguió.

—No quisiera ser maleducado, desde luego, pero tengo que preguntarles, sólo debido a mi gran curiosidad, ya comprenderán. Tengo ese defecto desde que era un niño... pero tengo la impresión de que ustedes no son de por aquí, de Palanthas. Estaba pensando que... su forma de hablar es muy interesante, y me ha sorprendido bastante..., bueno, saben, no tiene nada de malo, pero... me ha parecido como si, bueno, como si vinieran de alguna otra parte, quizá no muy lejos de aquí —terminó la frase tosiendo—. No tiene demasiada importancia, y podemos...

—Del este —dijo el pelirrojo—. Del este somos, de muy lejos. Y ahora, usted contratar queremos, ¿hacer investigación?

—Desde luego —contestó Siempre-en-las-nubes, azorado y a la vez contento de cambiar de tema. Inmediatamente se acordó de otra cosa—. Eh..., espero que, al decir esto, no me consideren un descarado, pero necesitaría un depósito, si es posible, un adelanto, vaya, ya entienden.

El hombre rubio alto desató una bolsa húmeda que llevaba en el cinturón y se la tendió al gnomo, que de algún modo quedó decepcionado, pues la bolsa era más ligera de lo que había esperado. Él pensaba recibir monedas de acero, pero el interior de la bolsa hacía un ruido muy suave al moverla.

Con los nervios de punta, debido a los acontecimientos sucedidos por la mañana, Siempre-en-las-nubes tiró de las cuerdas que cerraban la bolsa, la colocó de forma

que el interior quedara iluminado por la lámpara y miró dentro.

—¡Oh! —dijo con un hilillo de voz.

—Dinero no tenemos —manifestó el hombre rubio—. Diamantes, sí, pero dinero no tenemos. ¿Diamantes usted coge?

Durante un instante, Siempre-en-las-nubes intentó no desmayarse.

—Desde luego —repuso con voz aguda—. Oh, desde luego.

Los tres hombres sonrieron enseñando sus dientes brillantes.

Dos horas después de que los hombres se hubieran marchado, Siempre-en-las-nubes recorría entre charcos las largas y serpenteantes calles del distrito comercial de Palanthas. No se había abrochado la gabardina y había olvidado sus botas, pero no le importaba mojarse. Corría ligero como una pluma. Acababa de pagar a su patrona y al propietario del almacén el alquiler de todo el año siguiente, aunque la patrona había pedido el doble del alquiler normal como medida de seguridad ante futuros impagos. Siempre—en-las-nubes, ahora mucho más rico de lo que hubiera soñado jamás, había guardado bajo llave las gemas que le quedaban en un banco de comerciantes. Y aún sería mucho más rico cuando cobrara la cantidad final que le debían una vez concluida la operación minera. Sus preocupaciones económicas habían desaparecido para siempre.

Había dejado de llover. Unas nubes oscuras y grises cubrían las inclinadas laderas de las montañas Vingaard que rodeaban la Ciudad Nueva. Unos asnos silenciosos y los caballos, empapados y abatidos, levantaron la vista cuando el gnomo cruzó a toda prisa. Ya podía ver el tejado rojo del almacén y, aunque le faltaba el aire y estaba exhausto, aceleró el paso.

Al llegar a los grandes portones dobles del almacén, redujo la marcha y se paró. Respiraba con dificultad y apoyó la cabeza en la pared desconchada de pintura. Mientras recuperaba el aliento, palpó los bolsillos de su gabardina en busca de la llave del candado, pero no la encontró. Jadeó con dificultad, aterrorizado por la posibilidad de haber olvidado el manojito de llaves en su oficina o haberlo perdido en su loca carrera para liquidar sus deudas. Justo entonces metió una mano temblorosa en el bolsillo de sus pantalones y tocó el frío metal de las llaves.

Respiró con alivio, las sacó, e introdujo cuidadosamente una de las llaves en el candado de la cadena que mantenía las puertas cerradas, dio una vuelta y el candado se abrió. Siempre-en-las-nubes empujó la puerta y entró.

El aire frío despedía un fuerte olor a aceite y a grasa. Media docena de esferas metálicas brillantes suspendidas del alto techo por finas cuerdas emitían una pálida luz blanquecina. Siempre-en-las-nubes había pagado una fuerte suma a un joven mago por esos conjuros de luz constante, pero había valido la pena. Las lámparas iluminaban su taller a todas horas del día o de la noche, y así podía trabajar hasta que

se caía de hambre o de sueño.

El resultado de esos años de trabajo se erigía ante Siempre-en-las-nubes ocupando prácticamente toda el área del taller con su asombroso volumen. El gnomo suspiró y levantó la vista hacia su creación con lágrimas de alegría en los ojos. El monstruo negro dormía profundamente, ajeno a su presencia.

El Dragón de Hierro tenía una longitud similar a tres carros juntos y una anchura de una tercera parte. Debajo de sus seis enormes ruedas, las piedras del pavimento se habían hundido un palmo en el suelo debido a su descomunal masa. El cuerpo principal era un gran cilindro de hierro, con una caldera en un lado, del que surgía un laberinto de tubos y válvulas como una hiedra negra y nudosa. Se había instalado un par de cabinas recubiertas de hierro a cada lado en lo alto de la parte posterior, una para el piloto y otra para el comandante, Squib y Siempre-en-las-nubes respectivamente. En la parte delantera del cilindro, se apreciaba un inmenso bloque de palancas y mandos de dirección del que sobresalía un gran conjunto perforador de acero gris terminado en tres brazos, dos por debajo y uno por encima, del grosor del cuello de un dragón. Las puntas bifurcadas del taladro colgaban suspendidas en las alturas por encima de la cabeza del gnomo, y brillaban relucientes al resplandor de la mágica luz.

La máquina era mucho más gigantesca, fría y fea que si hubiera aparecido en una pesadilla, pero para Siempre-en—las-nubes era tan bonita como el rostro del ser amado, y más potente que todo un ejército de dragones. Además, dentro de sólo unos días iba a realizar su primer trabajo.

—Gracias Reorx por guiar mi mano —susurró el gnomo, que de repente se sintió humilde en presencia de su obra. Luego, respiró profundamente, levantó la barbilla y se dirigió a la tienda para comprar todo lo necesario para realizar un cambio de aceite y una puesta a punto completa.

Las horas le pasaron sin darse cuenta. Cubierto de mugre, Siempre-en-las-nubes canturreaba para sí mientras trabajaba debajo del chasis central de las ruedas posteriores comprobando los amortiguadores. Aparte de un par de nidos de pájaro y de los restos usuales de ratones, la gran máquina estaba en el mismo estado desde que la revisó por última vez. Se estiró para comprobar el ajuste de una tuerca en un perno.

A su derecha, sonó un tintineo al caer algo metálico al suelo. Sobresaltado, Siempre-en-las-nubes levantó la vista y vio la llave de acero que había usado para entrar en el almacén. Había quedado atravesada en un hueco del pavimento entre dos piedras.

Un poco más allá de la llave, justo al lado de la rueda, había dos botas negras altas, sucias de barro y húmedas. Entonces, una de las botas se levantó levemente, flexionando la puntera.

—El tiempo vuela cuando uno se lo pasa bien, ¿verdad? —dijo una voz de

hombre desconocida.

Siempre-en-las-nubes espiró muy lentamente. Sintió un impulso irracional de arrastrarse hasta el interior de la maquinaria del Dragón de Hierro y esconderse, pero, en lugar de eso, levantó la llave cuidadosamente con dedos temblorosos.

—Se la había dejado en el candado —dijo la voz procedente de las botas arrastrando las palabras.

Siempre-en-las-nubes se mordió el labio inferior. ¿Sería un guardia municipal entrometido? Si era así, zanjaría la cuestión rápidamente: Siempre-en-las-nubes tenía dinero para sobornarle.

El gnomo recobró la calma:

—Gracias —gritó mientras terminaba a toda prisa de comprobar la tuerca—. Estoy con usted enseguida, si me lo permite. Estoy un poco ocupado, el mantenimiento de estos aparatos siempre lleva tiempo, ya sabe.

El hombre se apartó mientras Siempre-en-las-nubes, entre gruñidos, intentaba salir de debajo del chasis sin tocar la barra de pistones que conectaba las tres ruedas laterales. El gnomo vio inmediatamente que el hombre no pertenecía la guardia municipal.

Era alto, como todos los humanos. Tenía el pelo negro, muy rizado, el rostro marcado por la viruela y la piel cetrina. No llevaba armadura y sus ropas eran normales, y tampoco portaba armas, al menos ninguna que Siempre-en—las-nubes pudiera ver. Sus ropas estaban bastante secas, a excepción de las botas, y llevaba una gorra de color gris claro que Siempre-en-las-nubes había visto en la cabeza de la mayoría de visitantes de la parte central de Ansalon, en Estwilde.

Siempre-en-las-nubes echó un vistazo por detrás del hombre y vio que las puertas de entrada estaban cerradas.

—Interesante —dijo el hombre, recorriendo con la vista el monstruo de hierro que se alzaba al lado del gnomo. El desconocido masticaba alguna cosa, probablemente un trozo de resina o goma condimentada, una golosina que se había hecho muy popular en algunos lugares después de la Guerra de la Lanza—. ¿Lo construyó usted mismo?

Siempre-en-las-nubes sintió un indicio de orgullo entre su nerviosismo.

—Pues... sí, eh... lo hice yo. Me llevó doce años construirlo, encontrar todas las piezas adecuadas y... y todo. —Se aclaró la garganta—. Confieso que no esperaba tener compañía en el taller esta mañana, señor eh...

El hombre asintió, pasando por alto la insinuación. Seguía masticando su resina y mirando al Dragón de Hierro con ojos calculadores.

—Así que es usted un hombrecillo muy ocupado, ¿verdad? —dijo.

Siempre-en-las-nubes se quedó pasmado. Hacía mucho tiempo que nadie había sido tan claramente grosero con él refiriéndose a su altura.

—Sí, lo soy. —dijo bruscamente—. Y ahora, si me permite volver a mi...

—¿Esta cosa es segura o explota cuando se pone en marcha? —preguntó el hombre con una mueca burlona—. Nunca se sabe lo que puede ocurrir con las cosas de los gnomos. No se ofenda.

Siempre-en-las-nubes tardó un instante en poder articular las palabras.

—Tengo que decirle que no se trata de un aparato corriente —dijo enfadado—. He incluido todas las medidas de seguridad necesarias, y no existe absolutamente ningún riesgo de funcionamiento defectuoso o explosión de la caldera, siempre que el comandante mantenga abiertas las válvulas de liberación de presión cuando el vehículo esté parado y siempre que los niveles de agua se controlen adecuadamente. Los elementos calefactores no funcionan con combustible y son bastante seguros, ya que son un poco mágicos de origen, y me atrevería a decir que montar a caballo podría ser más peligroso, o sea, que sería bastante estúpido que, a pesar de ciertos incidentes desafortunados, alguien sugiriera que sólo porque algo está construido por un gnomo puede ser peligroso.

—Es un aparato impulsado a vapor, ¿verdad? —interrumpió el hombre. Parecía divertirse—. ¿Arranca lechos de flores con estos grandes taladros que tiene en el morro? ¿Es un «arrancaflores» a vapor?

Ésa fue la gota que colmó el vaso. Siempre-en-las-nubes irguió los hombros a la defensiva.

—Perdone usted, pero ya estoy harto de esta conversación y voy a tener que pedirle que se vaya y me deje seguir con mi trabajo, pues es muy importante y, sencillamente, no tengo tiempo de estar charlando...

—¿Ha tenido visitas esta mañana? —preguntó el hombre, como de pasada—. Tres tipos, ¿verdad?

—¿Y qué pasa si es así? —replicó Siempre-en-las-nubes.

El hombre no contestó enseguida. En lugar de eso, se acercó al Dragón de Hierro y pasó el dedo por encima de un tubo pintado de negro que recorría la cubierta del alojamiento superior de las ruedas. —¿Le dijeron sus nombres?

—A diferencia de otra gente, ellos... —el desagradable comentario fue a morir en los labios de Siempre-en-las-nubes cuando se dio cuenta, para su sorpresa, que los tres hombres no le habían dicho cómo se llamaban, ni tampoco Siempre-en-las-nubes se había acordado de preguntárselo—. No se lo diré —acabó diciendo el gnomo—. De todas formas, ¿por qué tendría que importarle eso usted?

—Bueno... digamos que, de algún modo, esos tres tipos y yo estamos en el mismo negocio. Buscamos cosas. Quizá sólo siento un poco de curiosidad por saber qué es lo que están buscando. Por razones personales.

El hombre se reclinó en el alojamiento de las ruedas, y luego, de repente, miró a Siempre-en-las-nubes casi con amabilidad.

—Usted regenta un negocio de minería, ¿verdad?

«Si fuera más alto —pensó el gnomo—, le daría un puñetazo en las narices y lo echaría de allí». Cerró los puños con impotencia. «Si fuera más alto...».

—¿Verdad? —preguntó de nuevo el hombre arqueando las cejas.

—Sí —refunfuñó el gnomo.

El hombre sonrió.

—¿Le han pedido que realice unos trabajos de extracción?

—Así es —dijo Siempre-en-las-nubes lentamente—, es un asunto entre mis clientes y yo.

—Ya. —El hombre levantó la mirada y examinó las alturas sumido en sus pensamientos—. Quizá. —Se quedó pensando un rato más y luego volvió a mirar la masa silenciosa del Dragón de Hierro—. ¿Y usted ha aceptado el encargo?

—Le he dicho que eso es algo entre mis clientes y yo, y su educación no es mucho mejor que la de un goblin.

El hombre dejó de masticar resina, y su sonrisa se desvaneció. Movi6 la cabeza casi con tristeza mientras exhalaba el aire por la nariz, y mir6 al gnomo con ojos fríos y vacíos.

Siempre-en-las-nubes se quedó petrificado. La rabia se convirtió en miedo de haber ido demasiado lejos. Dio un paso hacia atrás y, de repente, tomó conciencia de sus limitaciones físicas.

Transcurrieron unos minutos interminables. Lentamente, el hombre sacó algo de debajo del abrigo y puso el objeto a la vista con mucha parsimonia.

La luz fría brillaba sobre la superficie de una hoja de acero pulido, un enorme cuchillo de cazador de un solo filo y profundas ranuras que, a Siempre-en-las-nubes, le pareció casi una espada. Unas runas rojas decoraban el acero. El est6mago del gnomo se encogió de repente. «Tengo que salir corriendo —pensó frenético—. Tengo que desaparecer de aquí». Pero, para su desgracia, estaba paralizado por el miedo y era incapaz de hacer otra cosa que mirar embobado.

El humano levantó el cuchillo de caza y empezó a rascar la pintura del tubo del Dragón de Hierro, desprendiendo las escamas con los dedos. Después de rascar la pintura de una zona de aproximadamente un palmo de largo por un centímetro de ancho, asintió con la cabeza como si estuviera satisfecho de su inspección.

—Buen trabajo —dijo, bajando la mano en la que llevaba el cuchillo. La inmensa daga apuntaba hacia los pies de Siempre-en-las-nubes—. Supongo que es mejor que me vaya y le deje volver a su trabajo.

Siempre-en-las-nubes no dijo nada, incapaz de apartar su mirada del cuchillo.

El hombre sonrió vagamente y asintió. Luego, se giró y caminó hacia los portones. Cuando casi había llegado al umbral de la puerta, se dio la vuelta. El cuchillo había desaparecido.

—Mmmm, ¿sabe?, estaba pensando —dijo el humano—, que si sus clientes llegan a saber algo de mí, podría tener muchos problemas. Si yo fuera usted, no les mencionaría esta agradable charla que hemos tenido.

Esperó el tiempo necesario para asegurarse de que el gnomo había captado el mensaje, luego abrió las puertas y salió. Antes de marcharse, giró la cabeza hacia el gnomo y se despidió con la mano; después, desapareció.

Siempre-en-las-nubes tardó un rato en darse cuenta de que en el exterior el sol empezaba a brillar entre las nubes. Percibió que el tráfico callejero aumentaba por el repiqueteo de los cascos de los caballos y el traqueteo de los carros sobre el empedrado. Pasados unos minutos, consiguió reunir el valor necesario para acercarse a la puerta y mirar a un lado y a otro de la calle. No había ningún rastro del humano.

Siempre-en-las-nubes cerró la puerta de golpe, corrió el pesado cerrojo y pasó una cadena por los portones.

Los transeúntes se percataron de que no se oía ningún sonido procedente del almacén, cosa rara, ya que normalmente había mucho ruido siempre que el gnomo estaba dentro.

El fiel Squib era el encargado de preparar los entrantes para la cena, ya que los tres hombres tenían que volver a firmar los contratos y a ultimar los detalles de la misión de Siempre-en-las-nubes. El gnomo sabía perfectamente que la idea de Squib sobre lo que era un alimento comestible no concordaba con la de nadie, a excepción de la de otro enano gully, pero también confiaba en Squib para perderse rápidamente por Palanthas cuando salía de compras, como hacía siempre. Esto proporcionaría al gnomo y a sus clientes algunos minutos de paz para hablar sobre la misión. Si Squib regresaba pronto, en última instancia Siempre-en-las-nubes podía dejar, con toda generosidad, que el enano gully se comiera lo que él mismo hubiera cocinado, desde luego a solas en la cocina y con la puerta cerrada.

Los tres humanos llegaron al anochecer. No se habían molestado en peinarse o arreglarse las ropas, pero esos detalles significaban muy poco para Siempre-en-las-nubes, que los hizo pasar al interior y los invitó a sentarse.

—Sí —suspiró Siempre-en-las-nubes—, debo decir que ha sido un día bastante ajetreado desde que vinieron a verme esta mañana, señor...

Los tres hombres asintieron al unísono.

—Mmmm —musitó Siempre-en-las-nubes, mirando al hombre pelirrojo que era el que estaba más cerca—. Lo siento mucho, pero creo que he olvidado preguntarles su nombre.

El rostro del hombre se iluminó al comprender la pregunta.

—Harbis —contestó—. Harbis mi nombre es.

Los otros dos parecían sorprendidos, pero luego también respondieron.

—Klarmun —anunció el rubio robusto.

—Skort —dijo el alto.

Siempre-en-las-nubes respiró con alivio.

—Menos mal —comentó—, no saben lo agradable que es encontrar a gente tan educada que dice su nombre, no como otros que conozco. —Estuvo a punto de hablar más de la cuenta cuando el recuerdo del cuchillo de caza le volvió a la memoria—. ¿Quieren beber un vaso de leche de cabra? —dijo cambiando de tema mientras cogía la jarra y vertía las bebidas. Con una sonrisa forzada, repartió las tazas.

Los tres hombres cogieron sus bebidas y las volvieron a colocar en el plato sin mirarlas.

—Nosotros queremos usted hablar de nuestra mina, contratamos usted para excavar —empezó el rubio robusto. Palpó su chaleco de piel de ciervo con la mano y sacó un pedazo de pergamino doblado.

El rubio musculoso desplegó el papel cuidadosamente, lo alisó, y lo colocó bajo la luz mortecina de la lámpara. Una cara estaba completamente en blanco, a excepción de algunas marcas burdas que parecían haber sido dibujadas con un trozo afilado de carbón. Siempre-en-las-nubes miró el papel confuso hasta que reconoció en un mapa dibujado la bahía de Branchala al norte, la ciudad de Palanthas, y la Antigua Calzada del Sur que conduce hacia las montañas en dirección a la Torre del Sumo Sacerdote y las tierras de Solamnia.

Klarmun carraspeó y señaló con decisión sobre el papel.

—Ahora estamos aquí —dijo señalando Palanthas—, y pronto estamos allí. —Deslizó el dedo hasta un punto justo al este del camino del sur que salía de Palanthas. Siempre— en-las-nubes calculó que estaría a unos quince kilómetros de distancia de la ciudad, y nuevamente se sintió aliviado. El Dragón de Hierro podía recorrer esa distancia y volver fácilmente con un tanque lleno de agua.

—¿Ahí está situada su mina? —preguntó.

Los tres hombres asintieron.

—Desde camino aquí, usted vuela... —Klarmun tosió y empezó de nuevo—. Usted va aquí, dentro corriente de agua seca.

—Riachuelo seco —corrigió el alto Skort de pelo oscuro Klarmun asintió enérgicamente.

Siempre-en-las-nubes había salido en muy pocas ocasiones de Palanthas desde su llegada a la ciudad hacía ya años, y por eso desconocía la zona que indicaban los hombres. Sin embargo, como el Dragón de Hierro tenía un chasis semiflexible y amortiguadores resistentes, quizá podría aguantar una subida por el lecho de un riachuelo.

—El lecho del riachuelo, ¿es de roca sólida? —preguntó—. ¿De barro? ¿O está cubierto de grava?

—¡Ah, piedra! —dijo Klarmun—. Muy amplio, fácil caminar.

—Bien. Allí Squib pilotará el Dragón de Hierro. —Siempre-en-las-nubes se percató de que los hombres lo miraban con sorpresa—. Oh, sí, el buen Squib es el piloto. Creo que ya se lo había mencionado. Él manejará el Dragón de Hierro en su primera expedición. En realidad, tiene mucho talento para manejar los aparatos mecánicos, aunque nadie lo diría. La verdad es que me ha ayudado mucho en la construcción del Dragón de Hierro y nunca he ido tan lejos sin él. Un sabio, ésa es la palabra que le corresponde. —Siempre—en-las-nubes prescindí con tacto de la expresión «sabio idiota»—. Es un pícaro listo y tiene muy buen corazón; cuando uno llega a conocerlo es un verdadero placer estar con él. Una vez encontré la manera de... ¡Ah!, la cena debe de estar lista. Enseguida vuelvo.

Se oía un leve silbido de vapor procedente de la cocina. Siempre-en-las-nubes bajó de su silla y salió corriendo. Apareció de nuevo unos minutos más tarde — después de proferir toda una sarta de palabrotas y gritos de dolor— con varios boles llenos de diversos vegetales cocidos. Los puso sobre la mesa, uno al lado de cada cliente, y se sopló los dedos quemados. La combinación Cocedor de Alimentos, Mezclador y Limpiador de Platos no acababa de funcionar.

—Ya sé que es algo fuera de lo normal que el contratado ofrezca una cena a los que lo contratan —dijo alegremente—, pero realmente ha sido un día extraordinario y supongo que puedo permitirme ciertas libertades con el protocolo. ¡Ah!, bueno, vamos allá, aquí está todo. Allí tenemos un poco de vegetales picados, con algas en lugar de brécol, que no quedaba nada en el mercado, y algunas patatas de Palanthas, cocidas dos veces. Aquello de allí es un zumo muy sabroso, bastante fresco y, para acompañarlo, he hecho, aunque ya sé que no es la época, el pastel de nueces con nata agria de Yute de lord Amothus. Es un tipo de pastel muy especial y éste es el primero que he sido capaz de hornear sin la cocina. He puesto más nueces de lo normal, espero que no les importe. A Squib le gusta así.

Ninguno de los tres hombres se movió para probar la comida. El pelirrojo, Harbis, tragaba saliva y parecía mareado.

—Pregunta —dijo Skort. Se inclinó hacia adelante tapando con las manos el bol de apetitoso zumo como si lo protegiera—. ¿Cuándo usted empieza a excavar la mina?

—¿Cuándo? —Siempre-en-las-nubes se sirvió un montón de vegetales en el plato—. Bueno, he inspeccionado el Dragón de Hierro esta mañana justo después de que ustedes se marcharan y... mmmm, todo está correcto. Por lo tanto, lo único que tengo que hacer es instalar un tubo en los drenajes de lluvia y retocar la caldera principal, lo cual no debería llevarme mucho tiempo, dada la lluvia que ha caído esta mañana. Luego, tengo que hacer una última comprobación de los sistemas y debo obtener el permiso de las autoridades municipales para circular con un vehículo de grandes

dimensiones por la ciudad, aunque quizá podría salir sin el permiso esta vez, ya que los oficiales suelen ser muy comprensivos con los inventores a veces, pero no siempre, según he podido comprobar en...

—¿Cuándo? —repitió Skort pacientemente.

—Pasado mañana —dijo Siempre-en-las-nubes. Tendió la mano para coger las patatas, pero se paró un momento—. Ahora pueden comer —dijo mirando los platos vacíos de sus invitados.

Harbis sudaba. Klarmun jugueteaba con un trocito de patata frita. Skort no miraba la mesa.

—Dos días, bueno —dijo Skort con satisfacción—. En mina los tres estaremos, esperando a mediodía. Caminar bueno para nosotros, vemos a usted allí. —Hizo una breve pausa y luego continuó—. Recuerde, usted pedimos que no hable sobre mina o excavación con otros. Secreto nuestra mina.

—¿Perdón? —Siempre-en-las-nubes había terminado de servirse y estaba a punto de comerse el pastel de nueces con nata agria.

Los tres hombres se miraron y luego Klarmun hizo un intento de comer, dejando a un lado el trocito de patata con alivio.

—Usted sobre esto, nuestra mina, no hable. No bueno todos sepan. Secreto.

Siempre-en-las-nubes asintió.

—Sí, ya recuerdo que usted dijo eso mismo esta mañana justo antes de que... justo antes de que se marcharan. —Pensó en el hombre del taller con el gran cuchillo. De repente, palideció como si se hubiera quedado sin sangre. ¿Qué estaba pasando?

—Diamantes dimos a usted, usted de nuestra confianza —dijo Skort. Sus ojos ahora parecían más grandes—. Si alguien de nuestra mina sabe, tenemos muchos problemas, sí, problemas. Usted nuestra confianza y... también su amigo. ¿No problemas?

Hubo un breve silencio. Siempre-en-las-nubes sintió una punzada de miedo.

—No hay problemas. Ninguno en absoluto.

—No problemas —repitió Skort con un gesto de aprobación—. Si problemas, nosotros tenemos usted...

La puerta de entrada se abrió de golpe, sin aviso. El viento frío de la noche se coló en el interior. Una figura achaparrada y sucia que acarrea un cubo entró tambaleándose.

—¡Squib! —gritó el gnomo.

El enano gully tenía el cuerpo cubierto, de la cabeza hasta los pies llenos de barro, de grandes arañazos que le sangraban. Sus ropas, normalmente andrajosas, estaban echas trizas y olía como si se hubiera estado revolcando en una letrina.

—¡Por el gran Reorx! ¿Te han atacado? —Siempre-en-las-nubes bajó de la silla tan rápido que estuvo a punto de caerse. Se acercó a Squib corriendo—. ¿Te han

pegado?

Squib movió los ojos de un lado a otro y negó con la cabeza sin soltar el cubo. Primero puso una mano sobre los ojos a modo de visera, como si buscara algo. Luego, señaló, emitió un breve silbido mientras hacía un gesto con su mano libre en forma de garra y representó la escena de una batalla con un enemigo felino. Al final, izó el cubo con un gesto de triunfo y levantó la mano libre con el puño cerrado por encima de la cabeza. Después, ofreció el cubo a los hombres sentados a la mesa.

Siempre-en-las-nubes clavó los ojos en el cubo y posteriormente los abrió con horror. El cubo estaba lleno casi hasta el borde de ratones muertos.

Squib había traído los «entrantes».

Siempre-en-las-nubes estaba avergonzado.

—¡Squib, por mi tatarabuelo Molinillo-de-aire, no! No vamos a ofrecer a nuestros... nuestros invitados...

Su voz se fue desvaneciendo. Harbis, con una expresión de alivio en la cara, arrancó el cubo lleno de ratones de la mano del enano gully. Un cúmulo de risas estalló alrededor de la mesa. Squib cogió una silla y se acercó a los tres hombres mientras Harbis iba ofreciendo los ratones a los demás, que los aceptaron con grandes suspiros.

Siempre-en-las-nubes cogió su plato, lo retiró de la mesa y lo llevó a la cocina. Esperaba que sus clientes le perdonaran su rudeza, aunque ahora ya sabía que eran bárbaros vestidos con ropa civilizada. Siempre-en-las-nubes se sentó en el suelo y cortó un trozo del pastel de nueces con nata agria, pero siguió imaginándose que estaba repleto de cabezas y colas de ratones. Apartó su plato tristemente y se bebió un vaso de agua para calmar las náuseas provocadas. No todo el mundo, pensó, está hecho para ser vegetariano.

Firmaron los contratos a la mañana siguiente, cuando Siempre-en-las-nubes ya se había recuperado. La comida fue un éxito total desde el punto de vista de los humanos, y del de Squib, pues el enano gully no sólo se comió varios ratones, sino también todo el pastel de nueces con nata agria.

El día transcurrió rápidamente. Siempre-en-las-nubes pidió a unos guardias municipales que hicieran ronda por el taller para comprobar si alguien rondaba por allí; la generosa donación que hizo a las arcas de la guardia municipal y a los fondos destinados a las viudas sirvió para que los guardias se tomaran un inusitado interés por alejar a los niños y a los vagabundos de su puerta. Así, el gnomo se sintió mucho más seguro y pudo cargar el tanque del Dragón de Hierro conectando una manguera al desagüe del taller y extrayendo toda el agua que necesitaba de las alcantarillas para llenar la descomunal caldera de la máquina de perforación.

Después de pasar todo el día haciendo la comprobación final de la máquina, Siempre-en-las-nubes llevó a Squib al taller para que probara el Dragón de Hierro. El

gnomo y el enano gully se encaramaron a sus respectivas cabinas, y Siempre-en-las-nubes, con su acostumbrado comentario sobre «daños colaterales», decidió probar la máquina a un cuarto del vapor normal.

Al principio reinó un gran silencio en el taller. Sin embargo, pasados diez minutos, la inmensa caldera del Dragón de Hierro empezó a emitir un leve rumor. Siempre-en-las—nubes notó que la máquina empezaba a acumular potencia y a temblar levemente. Aunque en Palanthas se aplicaban unas leyes muy estrictas con respecto a los ruidos nocturnos, los humanos que no podían soportar el constante martilleo se habían mudado mucho tiempo atrás de esa manzana de casas, así que Siempre-en-las-nubes no estaba preocupado por posibles problemas con la justicia.

El rumor fue aumentando hasta que las paredes del taller empezaron a temblar por el efecto de unas ondas sónicas tan fuertes que el gnomo pensó que casi podía verlas. Los tapones de cera y las gruesas orejeras que llevaba puestas amortiguaban bastante el ruido. Squib estaba tranquilo y ajeno. Su equipo consistía en unos anteojos inmensos y unas orejeras que le daban el aspecto de un insecto, un traje acolchado y unos guantes recios para protegerse de los chorros de vapor. Siempre-en-las-nubes llevaba un atuendo similar.

A un cuarto del vapor total, el Dragón de Hierro daba señales de entrar en funcionamiento. Un tubo cercano al alojamiento principal de las ruedas traseras reventó. Squib y Siempre-en-las-nubes tiraron de las palancas, desconectaron los cables y apagaron los mandos y los botones. La vía de vapor quedó cortada. Poco después, un chorro de aceite salió disparado de una juntura que se había roto justo por debajo del conjunto de la cabeza perforadora, pero Siempre-en-las—nubes no hizo caso. La prueba de arranque había transcurrido tal como él esperaba.

Igual de satisfactoria fue la posibilidad que tuvo Siempre-en-las-nubes de ver a Squib desplegando su peculiar talento con los controles del magnífico vehículo. El gully mudo no podía contar hasta tres, como muchos de su clan, pero era capaz de desmontar cualquier aparato y volverlo a montar de forma impecable, una capacidad que había salvado al gnomo del desastre en este proyecto cientos de veces. Squib había superado todas las pruebas de pilotaje que Siempre-en-las-nubes preparó. Manejaba sin cometer ningún error el complejo conjunto de cuadrantes: palancas, botones, motores, dispositivos de alarma, timbres temporizadores, indicadores y otros aparatos que tenía ante sí en su pequeña cabina. El gnomo perdonó felizmente a Squib cualquiera de sus ofensas, incluso la de los «entrantes» de la noche anterior.

Siempre-en-las-nubes disminuyó la presión de la caldera pasados unos minutos, pues no creyó necesario realizar más pruebas. El día siguiente, al amanecer, aumentaría la presión al máximo y accionaría el mando principal. El Dragón de Hierro se pondría en marcha para ir al encuentro de los clientes en la mina. Sería un momento histórico. Quizá, pensó, la ciudad le reconocería su hazaña con alguna

recompensa, como una estatua y un saco lleno de dinero. Nunca se sabía.

La máquina quedó completamente apagada a medianoche según el reloj de arena, el único objeto de cristal del taller que no había sufrido daños a causa del ruido. Una vez efectuadas las últimas reparaciones, Siempre-en-las-nubes indicó a Squib que no se molestara en limpiar, y salieron por la pequeña puerta trasera del taller. Poco después, Squib desapareció para escarbar entre un montón de basura.

El gnomo continuó el paseo solo, disfrutando de la brisa nocturna e intentando apaciguar el fuerte murmullo que aún tenía en los oídos. Hasta pasados quince minutos, Siempre-en-las-nubes no volvió a distinguir los ruidos normales de la calle.

Curiosamente, todos los perros del vecindario estaban ladrando como locos. En las ventanas de las habitaciones se veían muchas luces encendidas y le pareció que en la calle había una cantidad extraordinaria de gente discutiendo y señalando en la dirección de la que el gnomo venía. Se encogió de hombros, pues supuso que el cálido tiempo primaveral había sacado a la gente a la calle, y se puso a canturrear desafinando.

Cruzó por una callejuela y luego torció por una calle oscura muy cercana a su casa. Mientras caminaba, oyó un crujido detrás de él, como si hubiera caído una piedra. Se giró, pero no vio nada raro.

Cuando volvió de nuevo la cabeza hacia adelante, se tropezó con las piernas de un hombre.

El gnomo gritó sin querer del susto. Se apartó y levantó la cabeza.

—¡Por la patente de viga de aluminio de mis antepasados!, ¡qué susto! Tendrá que perdonarme...

Al reconocer la cara del hombre, Siempre-en-las-nubes trató de emprender la huida, pero una mano despiadada le agarró con fuerza del antebrazo derecho y le hizo volver al callejón a empujones. Siempre-en-las-nubes perdió el equilibrio y se cayó.

—El tiempo vuela cuando uno se lo está pasando bien, —¿verdad?

El gnomo tardó unos instantes en poder articular las palabras. El terror le impedía mirar hacia arriba.

—He guardado el secreto —dijo jadeando—. Se lo juro. Si usted fuera tan amable de revisar su estrategia para hacer amigos y dejarme marchar, yo... ¡ahhhh!

El humano agarró con fuerza las ropas del gnomo y lo levantó en vilo del suelo, empujándolo contra la pared del callejón. El gnomo estaba demasiado asustado para gritar pidiendo ayuda. Las manos del hombre aflojaron lentamente las ropas empapadas del gnomo. Luego, el hombre se arrodilló delante de Siempre-en-las-nubes y tanto su rostro como su perfil eran claramente visibles en la oscuridad. Empezó a cepillar suavemente la ropa del gnomo como SÍ fuera un viejo y amable amigo.

—Qué mala caída ha sufrido allí —dijo el hombre suavemente. Acabó de

ocuparse de la ropa y miró fijamente al gnomo—. Quiero saber si se va a marchar de la ciudad para ayudar a sus amigos y cuándo. Y espero que no diga que no es de mi incumbencia.

Siempre-en-las-nubes intentaba desesperadamente liberarse, hacer algo para defenderse.

—Le he hecho una pregunta —dijo el hombre.

—Mañana por la mañana —susurró el gnomo hoscamente—. Partimos antes del amanecer.

El hombre bufó enojado.

—Ya me imaginaba que algo estaba pasando cuando he oído que su «arrancaflores» impulsado a vapor se ponía en marcha esta noche. ¡Por los dioses de Krynn, se oía por toda la ciudad! No me sorprendería que los ciudadanos quemaran su pequeño taller como venganza por no haber podido dormir. Los gnomos tienen un sentido común como el cerebro de un mosquito. Y usted tiene aún menos del normal por relacionarse con esos amigos suyos tan especiales.

Se quedó un momento pensativo y luego respiró profundamente.

—Bien, amiguito, le diré lo que va a pasar. Antes de dejar la ciudad con sus tres robustos colegas, usted va a...

—Zorlen —dijo una voz. Sonaba como la de Klarmun.

Siempre-en-las-nubes y el hombre se giraron inmediatamente. Bajo la pálida luz de una lámpara lejana, el gnomo pudo ver la silueta de alguien parado en la entrada del callejón, alguien alto y de brazos musculosos, con el pelo hasta los hombros. El hombre se quedó paralizado.

Siempre-en-las-nubes se abalanzó hacia adelante. Se tiró con todo su peso contra el hombre arrodillado delante de él y le hizo caer de espaldas. Entonces, el gnomo salió corriendo del callejón por el mismo camino que había entrado, tropezando en la oscuridad con el empedrado y las rasuras.

Detrás de él, oyó a alguien que maldecía, luego, unos ruidos metálicos sobre las piedras, y más palabrotas. La pelea fue desvaneciéndose a medida que él se alejaba a toda prisa.

Siempre-en-las-nubes no sabía cuánto tiempo había pasado cuando llegó tambaleándose a la puerta de su casa y se apoyó en ella. Le quemaban los pulmones y no podía respirar. Intentó girar el tirador de la puerta, pero estaba cerrada. Tiró de él con fuerza, aunque luego lo soltó y se palpó el bolsillo en busca del manojito de llaves.

Las llaves habían desaparecido.

Después de buscar infructuosamente, Siempre-en-las-nubes se sentó en el umbral y se tapó la cara con las manos. Debía volver y encontrar las llaves. Tenían que estar allí, pues se acordó del sonido metálico que había oído cuando su asaltante le había empujado contra la pared: fueron las llaves al caer del bolsillo del chaleco.

Siempre-en-las-nubes hubiera preferido morir antes que volver al callejón, pero la llave del taller y la de su casa estaban en el manojito. Si esperaba hasta el amanecer, alguien podía llevárselas.

«Saca el dragón que llevas en el interior», se dijo. Sabía que era cualquier cosa menos un dragón. Podía engañarse y pensar que era valiente y que sabía lo que debía hacer, pero no era verdad.

Cuando encontró el callejón, ya era de noche. No se oía ningún ruido. Todas las luces se habían apagado y la oscuridad era casi total. Tuvo que palpar la pared del callejón para poder continuar.

Como todos los gnomos, la visión de Siempre-en-las-nubes era sensible a los rayos infrarrojos, y por eso podía distinguir cualquier fuente de calor en la oscuridad, pero no vio nada caliente en la entrada del callejón. Mantuvo la cara pegada a la pared mientras deslizaba las manos por el empedrado tocando con los dedos restos malolientes sin identificar y otras porquerías.

La búsqueda de las llaves duró una eternidad. Siempre-en-las-nubes perdió la noción del tiempo. Se preguntó si no había sufrido ya bastante. Tenía las manos y la ropa cubiertas de basura, le llegaba el mal olor de excrementos de animales, y fruta podrida, y moho, y, de repente, sangre, mucha sangre.

«Por favor, que no encuentre un cuerpo —rogó—. Que encuentre mis llaves, y me voy. Por favor, que encuentre mis llaves, que encuentre...».

Tocó algo metálico con la punta de los dedos. Poco a poco fue acercando la mano y cogió las llaves.

Nunca en la vida hubiera pensado que fuera posible sentirse tan aliviado y ligero como él se sentía en ese momento. Después de todo, Reorx había escuchado sus plegarias.

El gnomo suspiró y se apartó de la pared. De repente, tropezó con algo que estaba detrás de él y se cayó al lado de un objeto blando y húmedo. Siempre-en-las-nubes soltó un grito de pánico. Casi podía palpar el intenso olor a sangre fresca.

Un cuerpo del tamaño de un hombre yacía sobre las piedras del callejón. No se movía y estaba más frío que un cuerpo vivo.

La primera pregunta que le vino a la cabeza cuando pudo poner en orden sus pensamientos fue si era Klarmun o el asaltante. Al cabo de un momento, pudo reunir el coraje suficiente para levantarse y averiguarlo. Miró a su alrededor pero no vio ni oyó nada, así que se inclinó sobre la cabeza del hombre. Lentamente, el gnomo acercó la mano y le tocó el pelo. Era grueso y muy rizado y estaba pegajoso debido a la sangre seca. Klarmun había gritado el nombre de Zorlen. Zorlen estaba muerto.

Siempre-en-las-nubes apartó la mano y dio un paso hacia atrás.

La cabeza salió rodando más allá del resto del cuerpo y fue a parar al pie del gnomo dejando un rastro de sangre.

Siempre-en-las-nubes se quedó rígido de miedo y soltó un gemido. Se apartó nuevamente y luego se desmayó.

Tenía algo caliente entre las manos. Siempre-en-las-nubes lo cogió sin pensar, vagamente consciente del olor del jugoso caldo. Entonces, alguien le empujó las manos hacia su boca, lo que hizo verter un poco del líquido caliente de la taza que sostenía. Empezó a beber. La boca y los dedos le escocían a causa del caldo, pero siguió bebiendo. Al cabo de un rato, Siempre-en-las-nubes apartó la taza vacía y se arrebujó en la manta que tenía sobre los hombros.

Se percató con sorpresa de que estaba en su propia cama. Alguien le colocó los pies dentro y los tapó con la manta. «Qué bien», pensó. El gnomo se durmió al instante.

Una mano nudosa y sucia dio unos palmaditas suaves sobre el bulto que roncaba por debajo de las mantas y levantó la taza del suelo. Squib sorbió las últimas gotas de caldo, luego recogió del suelo las inmundas ropas de Siempre-en—las-nubes y se dirigió al Receptáculo de Erradicación de casi cuatro metros de largo, que a veces funcionaba, situado en la parte trasera de la oficina. No tenía ni idea de lo que el gnomo había hecho en el callejón hasta tan entrada la noche en ese horrible estado, pero era obvio que su jefe había vuelto a casa mucho más tarde de la hora habitual. El gnomo había tenido la suerte de que el valiente Squib estuviera cazando a su roedora presa en ese momento, justo en el callejón donde tuvo lugar la pelea. De no ser así... Squib se estremeció sólo de pensar lo que podía haber pasado. Seguro que algo malo, igual que lo que le pasó al otro tipo, el señor «Sincabeza». Squib se había quedado tan anonadado que incluso había dejado escapar al ratón.

Al volver del Erradicador, que resonaba alegremente con fuerza mientras destrozaba la ropa, el enano gully entró en la cocina y se sirvió otra taza de caldo. Bebió un sorbo y suspiró satisfecho. De todos los platos que sabía cocinar, la sopa de crema de rata era el mejor. Esperaba que su jefe hubiera sabido apreciarlo.

A la mañana siguiente, el cielo relucía sobre las montañas que rodeaban Palanthas. Los granjeros pasaban por las calles montados en sus carretas repletas con los productos para el mercado. En el puerto de la bahía, las gaviotas chillaban y los cuervos graznaban con fuerza.

Unas manos nudosas abrieron el par de portones de madera para que entrara la luz del amanecer y luego agitaron bruscamente al bulto escondido entre las mantas de la cama contigua. El gnomo se despertó con un grito y dio un golpe sin querer a la silla que había al lado de la cama. El montón de papeles de metro y medio de altura que había sobre la silla se tambaleó y cayó sobre el gnomo, dejándolo enterrado bajo una

multitud de páginas blancas.

—¡Aaaagggghhhh! —gritó Siempre-en-las-nubes convencido de que le estaban atacando de nuevo. Se defendió agitando los brazos, expulsando montones de apuntes viejos de su cama. Squib se apartó con prudencia y se escondió debajo de la mesa.

Tras calmarse y sopesar la situación, Siempre-en-las-nubes se recostó entre las mantas intentando apaciguar los latidos de su corazón. Los acontecimientos de la noche anterior quedaban ahora más lejanos, aunque no por ello eran menos aterrorizadores.

Squib se arrastró con cuidado hasta la cama y tocó suavemente el brazo de Siempre-en-las-nubes, a la vez que señalaba hacia la ventana y la luz que entraba a través de ella. Siempre-en-las-nubes se giró, y luego volvió a mirar a Squib confuso. De repente, comprendió.

—¡Oh! ¡Por todos los dioses de Krynn! —Con un renovado terror, Siempre-en-las-nubes batalló con sus mantas para liberarse—. ¡Tenemos que ir al taller! ¡Habíamos planeado encontrarnos con nuestros clientes en la mina a mediodía!

Los siguientes minutos transcurrieron de forma confusa. Mientras intentaba ponerse precipitadamente un par de pantalones limpios, Siempre-en-las-nubes se acordó de que Klarmun, su cliente, con el que iba a encontrarse dentro de poco, era un asesino. Sólo de pensarlo metió el pie en la pernera, con tanta fuerza que hizo un agujero en los calzones. Se los quitó y se abalanzó a toda prisa en busca de otros. Entonces, siguió reflexionando y pensó que Klarmun había acudido a rescatarlo y quizá por eso podía perdonarse el crimen. Quizá. El mero pensamiento hacía palidecer al gnomo. Se saltó el desayuno —porque el Instrumento Térmico para Despensa de Mantenimiento de Radiación Equipotencial había quemado todas las tostadas—, y Squib y él, el primero con una taza caliente de una especie de caldo jugoso en las manos, salieron a la calle a toda prisa.

Siempre-en-las-nubes se quedó atónito al ver unas grandes hojas de papel pegadas en las puertas del taller. Alzó la mirada para leer lo que estaba escrito.

—Aviso —leyó en voz alta—. En el día de hoy, la guardia municipal de Palanthas ha establecido que, hasta nueva orden, el dispositivo mecánico almacenado en estas dependencias no debe ser manejado dentro de los límites de la ciudad, por orden del sargento Liam Jeraws, ya que el excesivo ruido que con tanta violencia perturbó al vecindario la noche anterior, puede ser permanentemente... Pero ¿qué tontería es ésta? —Siempre-en-las-nubes soltó un gruñido mientras rodeaba el edificio en dirección a la entrada posterior—. Y pensar en todos los sobornos que he tenido que hacer para que ahora me vengan con esto. ¡Es vergonzoso! Hoy en día ya nadie respeta el dinero.

Squib eructó como si manifestara su acuerdo. Se limpió la boca y la barba con la manga y siguió a su jefe hacia el interior del taller.

Tardaron unos minutos en ponerse las ropas de protección, guantes, cinturones con herramientas, tapones para los oídos, gafas y orejeras. Y se entretuvieron otros más en volver a quitárselos cuando ambos se dieron cuenta de que tenían que ir a la letrina antes del viaje.

—Demasiados nervios —murmuró Siempre-en-las— nubes.

Una vez equipados nuevamente, realizaron una última comprobación de las cajas de suministros que contenían alimentos, herramientas, ropa y muchos metros de vendas limpias, por si acaso.

Pasados diez minutos, la ruidosa caldera estaba a un cuarto de su potencia total. A media potencia, se oyó un silbido agudo que desencadenó todo un coro de timbres de alarma en los dos grandes pistones de dirección. La monstruosa máquina rugía y se estremecía como si dentro tuviera lugar un terremoto.

Todos los malos recuerdos de la noche anterior se desvanecieron. El gnomo se sentía mucho más alto, más alto incluso que un humano. La sangre le hervía en las venas siguiendo el ritmo de las ondas sonoras que retumbaban por todo el taller. Una nube de polvo caía del techo.

Siempre-en-las-nubes miró por la ventana a su derecha a la cabina de Squib, y en ese mismo momento el enano gully volvió la cabeza y captó la mirada. El enano gully mostraba una sonrisa de oreja tapada por orejera a oreja tapada por orejera, y sus bizcos ojos apenas se distinguían tras las gruesas gafas. Había llegado el momento.

—¡Adelante, hacia nuestro destino! —gritó Siempre-en-las-nubes señalando en dirección a las puertas, pero su voz se perdía en el caos reinante.

Squib asintió felizmente y, aunque no podía oír nada, apretó con fuerza el acelerador y accionó el mando principal para aumentar la potencia del Dragón de Hierro al máximo.

El gnomo dijo de repente:

—Primero tenemos que abrir las puertas —y luego añadió—: Tenemos que evitar los «daños colat...» ¡ay!

Demasiado tarde. El estruendo de la máquina le retumbaba en los oídos. Las turbinas y los pistones silbaban. El Dragón de Hierro emitía un agudo y machacón sonido metálico que ascendía por el techo hasta el cielo, cuyas vibraciones destrozaron el reloj de cristal que había en la parte posterior del taller.

Siempre-en-las-nubes lo observaba todo con una mezcla de asombro y horror, y un orgullo impresionante en el momento en que los gigantescos taladros atravesaron las puertas de madera del taller. Luego, el Dragón de Hierro destrozó la pared con facilidad y la atravesó. El monstruo negro avanzó a través del agujero y se dirigió directamente a la calle, curiosamente sin transeúntes. Las ruedas de la máquina aplastaron un carro de melones abandonado. Las expertas manos de Squib hicieron

una maniobra rápida con los controles y el Dragón de Hierro pivotó suavemente sobre sus ruedas traseras para girar a la derecha por una calle que se vació rápidamente. La gente parecía muy excitada al verlos pasar.

«Seguro que lo estarán», pensó el gnomo orgulloso. Siempre-en-las-nubes nunca había imaginado, ni en sus sueños más atrevidos, que conducir el Dragón de Hierro fuera así. El suelo de hierro vibraba violentamente como si un gigante lo estuviera aporreando y le golpeaba las plantas de los pies sin piedad. Se mantenía erguido a duras penas, agarrándose a los tubos y a las palancas con todas sus fuerzas. Casi todos los controles de cristal se rompieron enseguida, y algunos se estropearon sin remedio, pero, aun así, el Dragón de Hierro parecía funcionar perfectamente.

¡Y qué ruido! Todo el aire vibraba como grandes olas que rompen en los acantilados durante una tormenta. Parecía que las casas se estremecían de pavor ante el invento de Siempre-en-las-nubes. Seguramente, la ciudad le recibiría como un héroe cuando volviera de su primera misión. Tal vez, cientos de personas se agolparían en su taller de investigaciones geológicas con nuevos proyectos de minas para excavar, nuevas fortunas para descubrir y una avalancha de elogios para el genio.

El Dragón de Hierro recorrió toda la calle en dirección a la intersección con la Antigua Calzada del Sur, de tres carriles. Siempre-en-las-nubes echó un vistazo a sus espaldas pero no podía ver gran cosa debido a la nube de polvo y polvo que dejaban a su paso. Sin embargo, podía asegurar que el camino estaba sufriendo unos daños considerables. Hizo una mueca sólo de pensar que tendría que gastar otro diamante o dos en las reparaciones de la calzada, pero valía la pena conservar las buenas relaciones públicas.

También causaron algún que otro problema. Dos carros abandonados quedaron destrozados bajo las inmensas ruedas de la máquina y una de las piezas de madera que había quedado esparcida por el suelo obstruyó la barra de dirección trasera. El Dragón de Hierro se tambaleó hacia la izquierda, chocó con seis árboles añosos que bordeaban la avenida y los hizo trizas, hasta que la tabla se desprendió y Squib pudo recuperar el control de la máquina.

Al llegar a la intersección con la Antigua Calzada del Sur, el Dragón de Hierro giró para emprender el tramo final de su viaje. Al dar la vuelta, Siempre-en-las-nubes se encontró de cara a una nerviosa multitud de guardias municipales que blandían sus porras, y a un hombre y a una mujer vestidos con túnicas rojas que llevaban algunos magos de la ciudad. El pelotón estaba sólo a treinta metros de distancia.

—Oh, oh —murmuró el gnomo, aunque su voz quedaba apagada por el estruendo. Cogió un cordón y tiró de él para activar un silbato de alarma antes de parar la máquina. Los guardias se agacharon asustados al oír el silbido. Luego, tiraron sus armas al suelo y, con la boca bien abierta y las orejas tapadas con las manos,

salieron huyendo. Los magos vestidos de rojo eran los que corrían más rápido. Siempre-en-las-nubes decidió que ya no había necesidad de parar, así que continuaron.

A través de las ventanas de la máquina vieron los últimos edificios de la ciudad. La parte frontal del Dragón de Hierro subía de forma constante por la Antigua Calzada del Sur en el extremo sudeste del distrito comercial. Estaban al pie de las montañas. A partir de allí, la calzada presentaba un tramo de curvas a derecha e izquierda —como los andares de un borracho— a lo largo de varios kilómetros, pero sólo tardarían algunas horas en llegar a la mina si el nivel de vapor se mantenía alto.

El *Dragón* de Hierro chocó contra una estatua de bronce sobre un pequeño pedestal de piedra que había en la calzada, dio un tumbo bastante fuerte antes de romper la figura y la base de piedra. El gnomo salió botando de la silla pero, por la ventana delantera, pudo ver que había algo en la calzada delante de ellos, justo en el recorrido del monstruo.

Era un hombre vestido con una túnica negra. Siempre—en-las-nubes se puso de puntillas y echó otro vistazo.

En realidad, parecía un elfo. Estaba allí de pie, tranquilamente, a menos de cuarenta y cinco metros, con los brazos cruzados encima del pecho mientras observaba la máquina que se acercaba. Siempre-en-las-nubes podía ver los negros ojos del elfo perfectamente. Le miraban a él fijamente, y la sangre se le heló en las venas.

Hasta el más humilde de los gnomos de Palanthas había oído hablar de Dalamar, jefe de la Orden de Túnicas Negras, uno de los magos más poderosos que existían. Siempre-en-las-nubes recordaba vagamente haber oído que Dalamar tenía como sirvientes a espectros, y que monstruos horribles vivían sometidos a su voluntad. En el pasado, Siempre-en-las-nubes había tenido sueños muy desagradables debido a otros rumores sobre Dalamar, pero ver al elfo oscuro mirándole de verdad era mucho peor que cualquier pesadilla. El gnomo intentó activar el silbato de alarma, pero el cordón se había movido y no estaba a su alcance. Siempre-en-las-nubes miró a la derecha y vio que el fiel Squib estaba batallando con una válvula de mando y no prestaba la más mínima atención ni a la calzada ni al solitario Obstáculo.

Saludos Siempre-en-las-nubes-piensa-en-las-musarañas-no te-enteras, dijo una voz fría y oscura en la mente del gnomo.

Siempre-en-las-nubes no había oído su nombre completo desde hacía muchos años, por eso le aterrorizó oírlo ahora en su mente, como si se lo dijera un fantasma. Sus pensamientos se quedaron atascados como una caja de cambios con un palo dentro.

Perdóname por utilizar el contacto mental directo contigo, pero una conversación

normal es casi imposible, dijo la voz. Ayer por la noche me despertó el estruendo de tu máquina, y hace sólo un cuarto de hora he tenido que interrumpir mis estudios por la misma razón. Además de molestarme, tu aparato ha eliminado el tráfico de varias calles, ha reducido la población de esta ciudad a la anarquía, y ha causado daños en este distrito por un coste de varios miles de moneda. No me importaría lo más mínimo lanzarte a ti y a tu miserable aparato a la bahía y, de hecho, siento una gran tentación de hacerlo ahora mismo.

Al gnomo le flaqueaban las rodillas. Se agarró al borde de la ventana para no caerse e intentó reunir fuerzas para lo que le esperaba.

La cara del elfo oscuro, ahora sólo a cuatro metros de distancia, se iluminó con una sonrisa.

Por otra parte, sin querer, me has divertido y complacido, continuó la voz. Me desagradaba mucho la estatua de Elistan que has reducido a escombros. Elistan era un benefactor y, a la vez, el estúpido más grande que he conocido, y su estatua parecía una broma pesada. Además, tenía un parecido terrible, así que vamos a dejarlo en empate. Puedes marcharte.

Entonces, el elfo oscuro giró hacia la niebla y desapareció. Tres segundos después, el Dragón de Hierro pasó justo por el lugar en el que había estado el elfo y continuó su explosiva marcha hacia las montañas. Siempre-en-las-nubes estuvo un buen rato sin aliento, esperando a que Dalamar reapareciera y llevara a cabo su amenaza, pero luego cerró los ojos y abrió la boca para dar las gracias a Reorx con una plegaria.

Sin embargo, te recomiendo que tardes bastante en volver, dijo la voz bruscamente. Y mejor que vuelvas a pie, si es que regresas algún día.

No se oyó nada más.

Aparte de aplastar un carro cargado de fruta y una comadreja sorda, el Dragón de Hierro y su tripulación abandonaron la antaño tranquila ciudad sin más incidentes.

Siempre-en-las-nubes tuvo que gesticular frenéticamente con las manos para que Squib comprendiera las señales y detuviera la gigantesca máquina a veinticinco kilómetros fuera de la ciudad, ya en el interior de las montañas Vingaard. Los chorros de vapor salían despedidos por los tubos y las válvulas de la máquina y el estruendo retumbaba en los valles y los riscos. Siempre-en-las-nubes estaba tan cansado por el desahogado viaje que, de momento, era incapaz de caminar levantar cualquier cosa con las manos. Al bajar por la escalera, se cayó y aterrizó en el suelo. Se estaba quitando las piedras que se le habían clavado en las manos cuando apareció Squib.

El gnomo se retiró la protección de las orejas e intentó hablar, pero apenas se oía a sí mismo debido al continuo ruido que aún retumbaba en sus oídos. Gesticuló en vano, y luego agarró a Squib por el brazo y lo arrastró hasta la parte trasera de la

máquina, ahora parada. Señaló el cauce seco del arroyo que se extendía a través de la calzada en dirección perpendicular a su trayectoria. Después de algunos gestos más, Squib captó la idea de que tenía que ascender por el cauce del río y, temblando, se montaron de nuevo en el vehículo. Los estallidos se oyeron de nuevo por todas las montañas. El Dragón de Hierro giró lentamente sobre sus ruedas traseras, las cuales lanzaban piedras a su paso, y emprendió su camino sobre el áspero suelo.

Ahora, la marcha era mucho peor que antes. No es que la Antigua Calzada del Sur estuviera en sus mejores condiciones en esa zona, pero el suelo era pedregoso y el enano gully tenía que conducir a menos velocidad. Siempre-en-las-nubes iba dando bandazos de un lado a otro de la cabina mientras las cajas y los armatostes botaban a su alrededor. El gnomo chocaba con la cabeza en los tubos e instrumentos cercanos tan a menudo que era desagradable. Más de una vez, casi estuvo a punto de salir despedido de la cabina por la ventana lateral.

Después de lo que le parecieron mil años de tormento, Siempre-en-las-nubes vio, aturdido, que el Dragón de Hierro se detenía. La máquina se balanceó suavemente sobre las ruedas y luego se asentó con otro coro de chorros de vapor y Explosiones metálicas.

«No sólo estoy sordo —pensó mientras yacía en el suelo de la cabina abrazado a un tubo con sus cortos brazos—, sino que también tengo los huesos de mi pobre cuerpo hechos polvo. Tendré que comprarme un cuerpo nuevo, lo que significa otro diamante gastado, pero valdrá la pena. Pediré un cuerpo más alto, si es posible».

Squib, apenas afectado por el viaje, y con una sonrisa, cogió a Siempre-en-las-nubes y lo bajó por la escalera. Para reanimarlo le ofreció un poco de caldo sabroso de un recipiente sellado. Siempre-en-las-nubes apartó la taza de un manotazo. ¡A saber con qué había hecho la sopa el enano gully!

Siempre-en-las-nubes se percató enseguida de que Squib había parado la máquina, pues sencillamente no se podía ir a ninguna otra parte. La corriente, amplia como un camino, manaba antaño desde lo que parecía una caverna a un lado de la montaña. La caverna se había hundido hacía mucho tiempo y, probablemente, la corriente se secó también entonces. Mientras Squib examinaba de pasada el Dragón de Hierro, Siempre-en-las-nubes se quitó las orejeras, las gafas y los guantes y, aunque se le doblaban las piernas, salió a inspeccionar la zona.

Lo que en principio parecía una caverna, en realidad, no lo era. Era la entrada, construida por enanos, de lo que tal vez fue una vieja mina, una mina de hierro, a juzgar por los trozos rojizos de hematites que cubrían el suelo. Siempre-en-las-nubes parpadeó al pasar sus manos sobre las piedras que enmarcaban la entrada sepultada. Seguramente los mismos enanos que habían construido Palanthas en el pasado también excavaron esta mina. Siempre-en-las-nubes calculó que no había habido obreros trabajando en la mina desde hacía...

—Cientos de años —suspiró Siempre-en-las-nubes. Comprobó que podía volver a oír su voz, aunque el ruido constante de los oídos no había cesado.

—Diez siglos —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Con el corazón en un puño, Siempre-en-las-nubes respiró y se dio la vuelta.

Harbis y Skort estaban sólo a unos cuatro metros de distancia. Ninguno de los dos sonreía y, aunque estaban cubiertos de polvo parecían no notar el calor.

—Por los dioses misericordiosos, ¡qué susto me han dado! —Siempre-en-las-nubes se rio y se introdujo el dedo meñique en la oreja derecha—. Me he quedado un poco sordo, pero pronto estaré bien. ¿Ésta es la mina de la que me hablaron?

—Así es —dijo Skort. Echó un rápido vistazo a la entrada y luego volvió a mirar al gnomo—. Discúlpenos por haberlo asustado, pero hemos preferido dar un rodeo por el otro lado de montaña para no quedar ensordecidos por su... singular Dragón de Hierro.

—¡Ah!, no tiene importancia —contestó Siempre-en-las-nubes alegremente. El gnomo notó algo diferente, pero no podía determinar qué era—. Bueno, aún nos quedan cinco horas hasta que se ponga el sol, así que, si quieren que empecemos a perforar, sólo necesitamos unos minutos para que mi asistente prepare la máquina para la operación. Hemos tenido un viaje un poco duro hasta aquí, tengo que...

Se quedó callado en mitad de su explicación. Primero sintió un miedo irracional y luego tragó saliva y levantó la vista hacia Skort.

—Debo decir que su lenguaje ha mejorado mucho desde la última vez que lo vi. Déjeme que le felicite por su habilidad. Ha conseguido aprender el idioma mucho más rápido que la mayoría de la gente. No es una crítica contra los humanos, ya me entiende, pero sí que resulta un poco raro.

—Tendrá que disculparnos por el engaño, pero queríamos parecer diferentes de lo que somos —dijo Skort secamente—. El papel de bruto me va muy bien; a veces vale la pena parecer poco sofisticado. Mis socios no son tan hábiles con a lenguaje como yo, así que su representación era más genuina. Y sí, cuanto antes empiece usted a perforar, mejor. Estamos ansiosos de poner en marcha nuestro negocio de nuevo.

—Desde luego —asintió Siempre-en-las-nubes indeciso e incapaz de decir cualquier otra cosa.

Se giró para mirar la entrada de la mina pero, en vez de eso, vio a Harbis con las manos en las caderas tapándole la visión. Mejor dicho, Harbis parecía tener las dos manos en las caderas, aunque, en realidad, con una mano sostenía el mango de un largo cuchillo que llevaba atado a su muslo derecho.

—¡Oh! —dijo Siempre-en-las-nubes, y miró nuevamente a Skort asustado.

—Empiece a excavar, por favor —dijo Skort—. Le hemos pagado muy bien por su trabajo y estamos deseosos de ver los resultados.

—Mmmm, resultados... claro —repitió el gnomo—. Desde luego.

Miró por última vez el cuchillo de Harbis y luego se dirigió hacia el Dragón de Hierro, resistiéndose al impulso de salir corriendo.

Sin embargo, antes de llegar a la gigantesca máquina se paró de repente y miró hacia atrás. Cuando ya había empezado a hablar, Siempre-en-las-nubes pensó que se estaba buscando problemas, pero no pudo resistirse. Tenía que saberlo.

—Perdóneme —dijo—, pero no veo a su amigo Klarmun. Espero que no le moleste que pregunte por él.

Skort y Harbis miraron fijamente al gnomo durante unos instantes. La hoja de la daga de Harbis se deslizó fuera de la funda unos siete centímetros.

—Klarmun ha tenido que quedarse en la ciudad con un viejo conocido —dijo Skort fríamente—. Continúe.

Harbis volvió a guardar lentamente el cuchillo, aunque su mano seguía agarrando fuertemente el mango.

Siempre-en-las-nubes asintió de nuevo y, maldiciendo, se dirigió hacia el Dragón de Hierro. Por dinero había vendido sus servicios a agentes de la oscuridad, y ahora querían resultados. No eran bárbaros crueles en absoluto, sino actores que representaban sus papeles, cazadores de fortunas o ladrones. Obviamente, pensaban que en la mina se escondía algún tesoro y matarían para conseguirlo. Siempre-en-las-nubes había sido un estúpido. Estaba vivo sólo porque les resultaba útil, y porque sabían que no iba a traicionarlos.

La excitación que el gnomo había sentido durante el viaje hasta allí se había esfumado. Ahora temblaba sólo de pensar en el agudo dolor de una puñalada en la espalda y se preguntaba cuánto tiempo estaría vivo.

Skort había insinuado que conocían a Zorlen, «un viejo conocido» había dicho, pero lo más seguro era que fuera un viejo enemigo. ¿Acaso sospechaban los tres hombres que Siempre-en-las-nubes le había contado sus planes a Zorlen? ¿Qué harían si pensaban que lo había hecho?

Con la mente ocupada en todas estas disquisiciones, el gnomo apenas podía pensar en el trabajo mientras intentaba inspeccionar la situación con su asistente. El fiel Squib señaló algunas partes de la máquina que habían sufrido daños durante el viaje de varias horas, pero, en conjunto, el Dragón de Hierro había aguantado bien. No había razón alguna no empezar a perforar enseguida.

Suspirando profundamente, Siempre-en-las-nubes hizo una señal con la mano a los dos hombres y les indicó que iban a iniciar la perforación. Cuando les explicó que harían mucho ruido y que desprenderían muchas piedras, por lo «los daños colaterales serían extraordinarios», los dos hombres asintieron y bajaron hacia el cauce del río para apartarse del radio de peligro.

Siempre-en-las-nubes dio unas palmaditas en la espalda de Squib, y luego subió por la escalera de hierro hacia su cabina. Una vez allí, cerró con cuidado la puerta y

colocó varios blindajes en las ventanas para protegerlas de las piedras, por último, miró por la ventana de estribor para ver lo que estaba haciendo Squib.

Una de las grandes cajas de suministros que había detrás de Siempre-en-las-nubes se movió y chirrió. La tapa se abrió. Siempre-en-las-nubes se giró asustado. Una figura sucia se levantó del interior de la caja sosteniendo la tapa abierta con un brazo. El pelo negro y rizado del hombre estaba cubierto de sudor, y la sangre reseca le manchaba la cara.

—El tiempo vuela cuando uno se lo pasa bien, ¿verdad? —dijo el hombre con voz suave y cansada. Siempre-en-las-nubes no podía pronunciar ni una palabra. Estaba mudo de miedo y de sorpresa.

El hombre, Zorlen, movió la cabeza para despejarse.

—Soy yo, pequeño amigo —dijo—. No te molestes en contestar, de todos modos casi no puedo oír nada por culpa del estruendo de tu «arrancaflores». He tenido que acompañaros en vuestro viajecito a las montañas. Teníais muchas cosas en este armatoste, pero supuse que no las echaríais en falta, así que las saqué y me metí dentro la noche de nuestro encuentro en el callejón. Me costó más de lo que pensaba, pues nuestro amigo resultó ser muy bueno con la navaja, mejor de lo que esperaba.

El hombre hizo una mueca de dolor y luego sacó el otro brazo de la caja. En la mano vendada sostenía el inmenso cuchillo de caza manchado de sangre.

Siempre-en-las-nubes pudo articular de nuevo las palabras.

—Pero, estabas m-m-muerto —consiguió balbuceará no t-t-tenías...

Zorlen soltó una débil risita.

—Parecía muerto, ¿verdad? Yo también lo pensé. El cadáver era igual que yo. Siempre lo hacen, ya sabes. La muerte cambia a todos esos draconianos sivak, tanto si son ellos los que matan como si los matan a ellos. Tuve que asegurarme de que estaba bien muerto antes de... —Zorlen levantó el mango de su gran cuchillo y lo deslizó suavemente por su garganta—. El mejor remedio para los dolores de cabeza que existe.

—Draconianos —repitió el gnomo aturdido.

Zorlen se frotó las orejas.

—Draconianos. Sabía que estos tres estaban tramando algo. He seguido a los bastardos escamosos desde Kalaman, al este de aquí. Robaron algunos documentos de un viejo mago amigo mío después de hacerlo trizas. Sabían lo que buscaban y adónde querían ir. La Reina de la Oscuridad debía de haberles advertido. Se llevaron sólo los documentos escritos por los enanos de Palanthas, los que hablaban de sus minas. Mi amigo recopilaba viejas historias como ésta. Luego, mataron a unos campesinos y les robaron las ropas y la identidad.

Zorlen tenía que gritar para lograr que su voz se oyera por encima del ruido, cada vez mayor, que producía el vapor de la máquina.

—Hace mucho tiempo, en la Era del Poder, los enanos encontraron algo en el interior de esta mina. Después sellaron la entrada y no regresaron jamás. Tus tres amiguetes descubrieron su secreto y ahora lo quieren para ellos, y te han reclutado para ayudarles a conseguirlo.

—¡Espera! —protestó Siempre-en-las-nubes—. ¡No son amigos míos, son clientes!

Nunca los había visto hasta hace dos días. Me contrataron, y además tampoco sé lo que quieren.

Zorlen suspiró y asintió. Fuera, la gran máquina empezó a retumbar con gran estruendo.

—Pensé que quizá fuera así, pero no estaba seguro. Al principio creí que tal vez fueras uno de ellos, pero luego me di cuenta de que no era así. Hacías demasiadas estupideces, actuabas como un verdadero gnomo.

Siempre-en-las-nubes no estaba seguro de si debía sentirse aliviado o insultado.

—¿Cómo pudiste confundirme con uno de ellos?

—Nunca está de más ser un poco paranoico. —Zorlen sonrió tristemente—. Si los draconianos sivaks matan a alguien, pueden adoptar su imagen durante un tiempo, ya sea un gnomo o un ogro. Me parece que fui un poco rudo contigo, porque no sabía si eras uno de ellos o sólo un lacayo. Te debo una disculpa. Sin embargo, lo que tenemos que hacer ahora es...

Zorlen se levantó y se reclinó contra la tapa de la caja. En ese momento, los silbidos procedentes del exterior se convirtieron en un trueno ensordecedor. El Dragón de Hierro avanzaba hacia adelante. Siempre-en-las-nubes se cayó a un lado. Zorlen perdió el equilibrio, salió disparado hacia la pared trasera, y su cabeza golpeó el grueso hierro negro. Quedó extendido en el suelo, fuera de la caja, como una muñeca de trapo. El largo cuchillo cayó ruidosamente al suelo.

—¡Zorlen!

Siempre-en-las-nubes intentó desesperado reanimar al hombre, pero fue inútil: estaba fuera de combate. Siempre—en-las-nubes cogió precipitadamente las orejeras y las gafas y se las puso. También se introdujo unos tapones de cera en las orejas. La descomunal máquina avanzaba hacia adelante, palmo a palmo, recobrando el equilibrio a cada momento gracias a las habilidades de Squib. ¿Qué pasaría si los draconianos miraban dentro y veían a Zorlen? Skort y Harbis podían ponerse muy furiosos. El gnomo hizo lo único que se le ocurrió: volvió del revés la caja vacía y cubrió el cuerpo inconsciente de Zorlen con ella.

Siempre-en-las-nubes levantó cautelosamente por el mango el cuchillo manchado de sangre y, después de pensar un momento, lo colocó debajo de la caja junto a Zorlen. El humano parecía decir la verdad. Después de todo, no le había hecho daño cuando tuvo la ocasión. Se merecía una oportunidad de vengar a su amigo mago

muerto, aunque Siempre-en-las-nubes rezó para que el gran humano no se despertara hasta que el trabajo hubiese terminado y estuvieran de vuelta y a salvo en Palanthas.

Un nuevo ruido procedente del interior del Dragón de Hierro empezó a oírse. Era una vibración lenta y regular acompañada de un zumbido que iba en aumento. Siempre-en-las-nubes se asomó a la ventana delantera y vio que los tres enormes taladros giraban cada vez a mayor velocidad. El polvo formó una nube que se elevaba desde el suelo debido al ritmo creciente de la vibración.

El Dragón de Hierro avanzó hacia adelante y se movió bruscamente cuando los taladros entraron en contacto con el viejo desprendimiento rocoso. Siempre-en-las-nubes ajustó los anteojos. Una espesa nube de polvo y fragmentos de piedras se esparcieron por el interior de su cabina a través de las ventanas. Se tapó la boca con el abrigo protector y pensó que ojalá hubiera diseñado una bufanda a modo de armadura. De hecho no importaba, ya que estaba encerrado en su propia máquina perforadora con un vengador loco, y fuera le esperaban unos humanos que probablemente eran unos draconianos sedientos de sangre y capaces de transformar su cuerpo a voluntad.

Siempre-en-las-nubes se agachó. La nube de escombros y polvo era cada vez mayor y obstruía la entrada de luz y aire. De todos modos, tenía que admitir con orgullo que, a pesar de lo mal que iban las cosas, el Dragón de Hierro estaba funcionando perfectamente.

Cuando por fin los taladros se pararon, estaba demasiado oscuro para leer los pocos dispositivos y controles que todavía funcionaban. Dentro de la cabina se había acumulado un montón de polvo de roca de tres palmos de altura. Siempre-en-las-nubes abrió la puerta trasera para sacarlo con una pala, pero entonces se dio cuenta de por qué estaba oscuro: el Dragón de Hierro había perforado la entrada, la había traspasado y estaba aproximadamente a treinta metros bajo tierra.

Se retiró con cuidado las orejeras y se quitó los tapones de cera. Encendió una lámpara de aceite y cogió una escobilla del cuadro de herramientas. Estaba quitando el polvo de la maquinaria cuando se acordó de Zorlen. Con mucho cuidado, realizó una inspección, vio que el hombre todavía estaba inconsciente, limpió el polvo que había alrededor de la caja y abandonó la cabina, silenciosamente, por la escalera.

El fiel Squib ya estaba abajo inspeccionando la máquina. A la pálida luz de la lámpara, su amplia sonrisa fue un regalo tan agradable como el sol en un día lluvioso. El gnomo y el enano gully se abrazaron y se felicitaron, y luego procedieron a revisar el Dragón de Hierro.

—Confío en que todo esté bien —dijo Skort al cabo de unos instantes mientras él y Harbis cruzaban el montón de rocas aplastadas y se dirigían hacia la máquina perforadora.

Siempre-en-las-nubes dio un brinco. Casi se había olvidado de sus dos clientes amenazadores.

—Excelente —anunció rápidamente—. Todo va sobre ruedas, no se han producido daños permanentes ni problemas, no más de los rasguños habituales o abolladuras...

—Bien —interrumpió Skort—. Tengan la amabilidad de esperar aquí.

Se acercó al impertérrito Harbis, y los dos hombres pasaron por encima de los inmensos carriles que habían formado las ruedas del Dragón de Hierro y se dirigieron hacia el interior del amplio túnel de la mina. No llevaban ninguna lámpara.

—Supongo que debería coger la linterna de la cabina para ellos —murmuró Siempre-en-las-nubes mientras los veía alejarse—. Quizá me darían otro diamante o dos por... —su voz se desvaneció. Los dos hombres habían desaparecido en la oscuridad sin aflojar el paso.

Se quedó mirando durante unos instantes.

—¡Qué raro! —dijo débilmente. Se adelantó y aguzó la vista. Sólo el suave sonido de sus pisadas sobre la roca marcaba su paso, e incluso eso quedaba apagado por el silbido de vapor procedente de la gran máquina.

Durante unos veinte segundos, las fuerzas de la prudencia y el atrevimiento estuvieron luchando en la mente de Siempre-en-las-nubes. Al final, ganó la curiosidad, que ha matado a más gnomos que a gatos.

—Mi buen Squib —susurró a su amigo, que de nuevo se estaba hurgando la nariz—. Por favor, espérame aquí al lado de la máquina. No me sigas, sólo espérame. —Dudó un momento y luego añadió—: Si aquellos dos hombres vuelven sin mí, sube a bordo del Dragón de Hierro, enciértrate en la cabina y regresa a Palanthas. Párate a la entrada de la ciudad y deja la máquina allí. No te pares por ninguna otra cosa, bueno, sólo si te encuentras a alguien vestido de negro.

«Me van a matar —pensó—. Estos draconianos, si eso es lo que son, me oirán, y luego me cortarán en trocitos como un pastel de nueces con nata agria. Ni siquiera el Gremio del Monte Noimporta de Anatomía, Fisiología y Envasado de Carne me reconocerá. Debo de estar loco. Estoy loco. Debería pararme aquí mismo y regresar al Monte Noimporta y dedicarme a la hidrodinámica como todos los miembros de mi familia, a excepción del doce veces alabado abuelo Molinillo-de-aire, que se pasó al sector de vigas de aluminio y se hizo rico».

Siempre-en-las-nubes vio luz delante de él, una luz fría y pálida como el sol en una brumosa mañana de invierno. Aminoró su apresurada marcha de puntillas y notó que el suelo de la mina empezaba a inclinarse hacia abajo levemente y cada vez era más desigual.

El gnomo vio un objeto en el camino y se paró a cogerlo; Era una bota. Un poco más allá, había otra bota y luego varias prendas desparramadas y otras dos botas. No

sabía si eran las de Skort y Harbis, pero los objetos todavía estaban calientes y, además, despedían un olor raro. Siempre-en-las-nubes dudó; luego, cogió una camisa y, hundiendo su inmensa nariz en ella, inspiró profundamente. Con una mueca, apartó la camisa de la cara. Olía a lagarto.

Se oyó un ruido procedente del otro extremo de la pendiente. Siempre-en-las-nubes se agachó, pero después dejó la camisa y siguió hacia adelante de puntillas. Oyó a alguien que gritaba: era Harbis. El gnomo localizó un hueco entre dos rocas y se dirigió hacia allí para esconderse.

Al principio, pensó que Harbis decía «caca de gato», pero en otro momento oyó a Skort pronunciar claramente «¡chillidos hambrientos!». El eco repitió las palabras durante varios segundos.

Siempre-en-las-nubes echó un vistazo rápido por detrás de una roca y vio que Skort y Harbis, casi desnudos, estaban justo en el lugar en el que el túnel se nivelaba y se abría forjando una amplia sala. A ambos lados de los hombres había unos grandes globos brillantes, aparentemente de cristal, colocados sobre unos pedestales de piedra. Siempre-en-las-nubes estaba por encima de la cabeza de los hombres y a cierta distancia. Desde esa posición no podía ver el interior de la cámara.

—¡Chillidos hambrientos! —gritó Skort nuevamente, y luego se colocó las manos sobre la boca a modo de bocina para que le oyeran mejor—. Quizás haya muerto.

—Nuestra reina no deja esto pasar —dijo Harbis, y se acarició la barba pensativo—. Quizá la perforación oyó.

—¡Chist! —Skort levantó la mano. Siempre-en-las-nubes prestó atención y oyó un sonido lento y distante, como unos golpes. Tragó saliva para no respirar.

—¡Es enorme! —jadeó Harbis—. Demasiado grande. Antes que aquí llegue, nosotros... —Se apartó hacia atrás bruscamente.

—¡Maldita sea! —dijo Skort abriendo su boca de par en par—. ¡Maldita sea!

Se oyó un sonido leve y rítmico como si fuera de aire que entra y sale de un enorme fuelle. Junto a ese sonido, se acercaba el profundo retumbar de los golpes. Entre un golpe y otro transcurría un intervalo de algunos segundos.

El eco repitió una nueva voz por toda la inmensa sala. Era casi como un susurro.

—¿Quién me llama? —dijo la voz lentamente—. ¿Quién sabe mi nombre?

Skort tomó aliento rápidamente.

—¡Nosotros te llamamos, *Chillidos hambrientos!* —gritó. Entonces dio un golpe a Harbis en el brazo—. ¡Cambia ahora! —siseó.

Harbis asintió, pero Skort ya estaba cambiando. La cara del humano se estiró y se alargó hasta formar un hocico. El cuello desapareció; los brazos se ensancharon, los pies se alargaron y los inmensos dedos se convirtieron en garras. En los omóplatos le crecieron unas extrañas protuberancias. En la base de la columna le apareció de

repente una cola que se fue agrandando hasta que llegó al suelo.

Las protuberancias de la espalda se convirtieron en inmensas alas plateadas. Tenía la cara de reptil y, a la fría y pálida luz, la piel cambió del bronce al blanco, y luego al brillante plateado. Harbis adoptó la misma forma sólo unos segundos después.

Siempre-en-las-nubes había sobrevivido a la Guerra de la Lanza casi sin darse cuenta, enterrado en sus estudios geológicos y mecánicos en el Monte Noimporta. Sin embargo, había oído hablar mucho de la guerra y conocía, por tanto, la existencia de los reptiles draconianos. Sabía que nacían los huevos de dragón sometidos a una transformación mágica corrupta, tenían colores metálicos, y explotaban o se convertían en piedra o en ácido cuando se morían, tal como informaban los supervivientes del Subcomité del Monte Noimporta para la Vivisección de Especímenes Peligrosos pero Potencialmente Fascinantes de Fauna Local. También había oído contar que algunos draconianos podían adoptar las formas de los seres que mataban. Zorlen estaba en lo cierto.

—¡Nosotros te llamamos, *Chillidos hambrientos*! —dijo con voz áspera el gran draconiano sivak que antes-era Skort—. Leímos en los antiguos pergaminos de los enanos que estabas atrapado, y hemos venido a buscarte.

—Pues ya me habéis encontrado —contestó con un trueno el dragón durante una pausa entre los profundos y rítmicos rugidos. Se oyó un fuerte golpe: una sombra se proyectó sobre los dos draconianos. Un pie descomunal cubierto de escamas golpeó el suelo pedregoso sólo a tres metros de distancia de Skort y Harbis, un pie tan grande que empequeñecía a los dos seres. Siempre-en-las-nubes podía ver perfectamente las rojas y brillantes escamas del reptil.

¡Un dragón! ¡*Chillidos hambrientos* era un dragón «traga—gnomos» que escupía fuego, real y vivo!

—No os reconozco —dijo el dragón precavidamente—. ¿Cómo me habéis conocido?

—Somos sirvientes de nuestra reina, y es una honra para nosotros poder saludarte, gran señor —dijo Skort con reverencia—. Las leyendas de los enanos citaban tu nombre y tu guarida, pero no esperábamos encontrar a uno tan grande como tú. Queremos liberarte, y después, te serviremos en todo lo que mandes.

La atronadora respiración sonó con mucha intensidad y luego cesó de golpe. Tras una pausa, se oyó un rugido tan horroroso que el gnomo se tapó las orejas con las manos. Una nube de polvo se formó a su alrededor. Era una onda sonora como la del Dragón de Hierro, sólo que ésta procedía de una garganta viva. Duró, según el gnomo, una hora.

El aterrador rugido se apagó bruscamente y el dragón volvió a hablar.

—¿Cómo os atrevéis a burlaros de mí? —preguntó con una voz que parecía empalagosa y maligna a la vez. Cada palabra retumbaba en los huesos de Siempre-

en-las-nubes—. Cuando los enanos de Palanthas me despertaron y me encerraron aquí, era la segunda vez que me encarcelaban en esta gran celda de piedra. Primero fueron los elfos, los tres magos que ordenaron a la tierra que se tragara a mis hermanos. En el silencio eterno de estas salas me dormí atormentado por sueños de venganza y, sin embargo, se me negaba la posibilidad de mover ni una sola garra.

»Luego oí el golpeteo y el sonido metálico de las herramientas de los enanos. Ignorando mi posición, construyeron túneles por encima y por debajo de mí, por todas partes. Más tarde, uno me encontró, descubrió mi costado. Me tomaron por muerto, por una reliquia petrificada de una época anterior, y trabajaron como hormigas para liberarme y colocarme como pieza principal de una gran sala que excavaron en la roca, a mi alrededor. Ansiaba moverme, incluso parpadear, pero no hice ni un movimiento hasta el día en que terminaron su labor. Mientras me estaban admirando, salí de mi largo y miserable sueño y caí sobre ellos como la propia montaña.

El lento rumor de la respiración del dragón continuó durante casi un minuto antes de que la criatura volviera a hablar.

—Fue dulce probar de nuevo la sangre en mi boca, pero la dulzura duró poco. Muchos escaparon, sellando la caverna al salir, y me dejaron entre sus artefactos, sus luces mágicas, sus escaleras esculpidas, y montones de herramientas y huesos. Podía moverme, pero no volar. Podía ver, pero no había horizonte. Podía hablar, pero nadie me oía. Inspeccioné todas las zonas de estas ruinas buscando la manera de escapar, pero fue inútil. Los huesos de mis carceleros pudrieron y ahora no son más que polvo. ¿Cuánto tiempo hace que estoy privado del mundo de los mortales?

Los dos draconianos intercambiaron una mirada y luego levantaron la vista de nuevo.

—Gran señor, la guerra de la que habéis hablado primero, contra los elfos, fue hace unos tres mil años y, según sabemos, los enanos os encontraron hace mil años.

La pesada respiración terminó en un fuerte y sonoro resoplido. Una gota de líquido amarillo cayó desde arriba y salpicó a poco más de un metro de las garras de los dos draconianos. El líquido se inflamó y ardió un poco en el suelo pedregoso.

—Entonces, Takhisis me ha olvidado —dijo el dragón—, pero yo no me he olvidado de ella. Me he alimentado de magia y piedra, huesos y polvo, piedras preciosas y sangre. He dormido aquí durante muchas eras, esperando la ocasión de volar alto por los cielos del mundo. He esperado demasiado para escupir mi venganza sobre los verdes valles que tenemos encima. No puedo esperar más. Debéis liberarme. No me importa cómo.

—¡Podemos hacerlo! —gritó Skort bruscamente, como un alumno impaciente. Sus ojos brillaban de excitación—. Hemos encontrado a un gnomo estúpido y a un enano gully que han construido una máquina para excavar minas. Los hemos

engañado para que vengan hasta aquí. Han perforado los escombros de la entrada de la mina. La máquina nos espera en la boca del túnel. Les obligaremos a ensanchar los túneles para que podáis pasar por ellos. ¡Estaréis libre en cuestión de días!

—¿Una máquina minera? ¿Eso era lo que provocaba el estruendo de antes? Entonces Takhisis os debe haber guiado desde el propio Abismo. No perdamos más tiempo.

Los dos draconianos retrocedieron rápidamente.

—¡Esperad! —ordenó el dragón. Otra gota del líquido ambarino cayó desde arriba y salpicó las rocas de la boca del túnel—. ¡Sangre!— dijo el dragón, y su voz sonaba ahora diferente—. Huelo a algún ser vivo de sangre caliente. Me ha despertado el apetito. ¿Con quién habéis venido?

Los draconianos miraron confusos hacia atrás, hacia el túnel.

—Aquí sólo estamos nosotros, Gran señor —dijo Skort.

—¡Estúpido! —espetó el dragón rudamente. Otra gota ambarina y corrosiva cayó de sus inmensas mandíbulas abiertas a las rocas—. He estado sin comida durante diez siglos y sé lo que hay aquí y lo que no hay.

Skort miró hacia el túnel aguzando la vista.

—Regresa y comprueba si te ha seguido alguien —ordenó a Harbis. Tras dudar unos instantes, el otro draconiano obedeció e inspeccionó detrás de los montículos de piedra y restos que abundaban en el camino.

—Por fin, libre —dijo la ronca voz a sus espaldas—. Libre, por fin. Los incendios brillarán como nunca cuando alcance las ciudades de los elfos y los enanos. Brillarán los bosques y los campos cuando los arrase a mi paso. He esperado y soñado demasiado. Mis enemigos han estado en paz durante mucho tiempo. ¡Debo ser libre!

Siempre-en-las-nubes regresó corriendo en medio de la oscuridad hasta el Dragón de Hierro. Estaba completamente agotado. Subía descalzo y jadeando por las rocas afiladas y tropezaba sobre el suelo desigual, pero iba tan rápido como podía. No tenía tiempo ni de regañarse a sí mismo por haber caído como un tonto en la trampa. Sólo había tiempo para huir.

Iba tan deprisa que, al voltear una esquina, chocó con alguien que descendía lentamente a tientas por el túnel en dirección al gnomo. Entre gemidos de dolor y sorpresa, el gnomo y el humano cayeron el uno sobre el otro.

Aterrorizado, Siempre-en-las-nubes intentó huir precipitadamente. Una mano agarró con fuerza los calzones del gnomo y lo detuvo de un tirón. Siempre-en-las-nubes notó cómo otra mano le cogía de la barba.

—¡No me mates! —gritó el gnomo.

—¡Maldita sea, cállate! —siseó Zorlen soltándole—. ¿Quieres que esos bastardos nos oigan?

—¡Dragón! —jadeó Siempre-en-las-nubes con el corazón en un puño—. Dragón... allí... rojo, inmenso... draconianos...

—¿Un dragón? —susurró Zorlen—. Dime lo que has visto.

Entre jadeos entrecortados y ataques de tos constantes el gnomo fue contando lo que había visto y oído. El humano se quedó atónito; sus manos liberaron al gnomo.

Siempre-en-las-nubes, algo más tranquilo, miró al hombre. Gracias a su capacidad de visión infrarroja el gnomo comprobó que Zorlen sangraba por una herida que tenía en la cabeza que, probablemente, se había hecho al caer dentro de la cabina del Dragón de Hierro. La mano de Zorlen temblaba cuando se la tocaba. Su aspecto ya no era tan amenazador como cuando lo conoció. Parecía un humano abatido y desesperado al que la suerte le había abandonado.

—¿Quién eres realmente? —preguntó Siempre-en-las-nubes con voz trémula—. No me gusta que me zarandee alguien a quien no conozco, aunque últimamente parece que ése es el pasatiempo preferido de mucha gente. No es que quiera ser desagradable, pero...

Zorlen miró en dirección al gnomo y sonrió. Siempre-en-las-nubes se dio cuenta de que el humano no podía verlo en la oscuridad. No podía ver nada.

—Me llamo Zorlen —dijo finalmente—, Zorlen Margauff, y soy un mercenario, una especie de entrometido que arregla asuntos delicados para las personas pudientes de Kalaman. Estaba ayudando a un amigo, el mago del que te he hablado, que tuvo una mala visión en su bola de cristal. Estuve fuera un par de horas y, al volver, lo encontré cortado a trocitos como si le hubieran pasado por la trinchadora de carne de un carnicero. Yo mismo tuve también algunas visiones y recuperé la pista de los asesinos. Los he estado persiguiendo durante semanas para ver lo que tramaban, pero nunca pensé que sería esto. —Zorlen respiró profundamente e hizo un gesto con las manos.

»Perdóname por haberte dado una paliza. En cierto modo, era mi obligación. Pensaba que también eras un draconiano por la forma en que congeniabas con los otros tres al principio. Pero, como he dicho, eras... —Dudó un instante al notar la repentina tensión del gnomo—. Eh, olvídale, los draconianos son buenos actores, pero no tan buenos. Estaba equivocado.

Siempre-en-las-nubes echó un vistazo hacia el túnel, pero no pudo ver nada tras la esquina.

—Supongo que tendría que estar satisfecho por esta especie de disculpa —dijo lentamente—. Nuestra prioridad ahora es salir de aquí lo más rápido posible con nuestras extremidades y órganos internos intactos.

—Es el Abismo —dijo Zorlen, sacando un objeto de su cinturón. Era el largo cuchillo. Zorlen alargó la otra mano hasta su bota y saco otro gran objeto, una llave inglesa que probablemente había cogido de alguna de las muchas cajas de

herramientas del Dragón de Hierro—. Primero tenemos que matar a dos draconianos, y luego debemos encontrar la forma de sellar esta mina de nuevo.

—¡Pero tú has comido demasiada carne cocida! —jadeó Siempre-en-las-nubes—. ¡Olvídate de los draconianos! Tenemos que salir de aquí antes de que ellos...

Una piedra rodó por el suelo por detrás de la esquina.

El hombre y el gnomo se giraron. Las palabras se les habían congelado en la boca. Una inmensa figura alada salió dando tumbos por detrás de la esquina y se lanzó sobre ellos.

Una de las alas golpeó la cara del gnomo y lo dejó casi sin sentido. Siempre-en-las-nubes cayó al suelo. El draconiano saltó sobre Zorlen y algo, que produjo gran estruendo, rodó por el suelo de la mina entre las rocas y la suciedad. Zorlen gritaba de dolor mientras repartía patadas con los dos pies. Una de ellas alcanzó el pecho del draconiano. Éste replegó sus alas y atacó de nuevo con las garras y las mandíbulas.

—¡Luz! —gritó Zorlen, blandiendo su cuchillo en la oscuridad—. ¡Necesito luz!

Siempre-en-las-nubes se arrastró a gatas intentando ponerse de pie. Sus manos tropezaron con una cosa dura y metálica en el suelo y la cogió. Era una llave inglesa, la que Zorlen había traído, una llave inmensa de nueve kilos de peso que utilizaba normalmente para las ruedas de dirección.

El draconiano y el humano luchaban en el suelo. El humano estaba encima. Siempre-en-las-nubes vio cómo el draconiano movía sus alas arriba y abajo con rapidez y cómo sus brazos golpeaban al humano una y otra vez. Los gritos de dolor de Zorlen resonaban con el eco por todo el túnel.

Sin pensarlo dos veces, el gnomo balanceó la llave, corrió hacia adelante y asestó un rotundo golpe en la espalda del draconiano. El crujido de los huesos al romperse pudo oírse incluso a pesar de los gritos de Zorlen. La criatura cayó hacia adelante y quedó atrapada entre sus propias garras. Emitía unos curiosos resuellos, como si no pudiera respirar, e intentaba darse la vuelta.

Siempre-en-las-nubes atacó de nuevo, pues estaba tan asustado que no podía hacer otra cosa. Se colocó debajo de un ala, balanceó la llave de nuevo hacia arriba y hacia abajo y golpeó el hocico del draconiano justo entre los ojos. Un brazo cubierto de escamas se desplegó, atacó al gnomo en la cara, y lo lanzó al suelo. Al caer, se golpeó la cabeza.

Siempre-en-las-nubes vio maravillado una explosión de chispas y estrellas. Era una imagen impresionante. Sin embargo, por alguna extraña razón sabía que, cuando las estrellas desaparecieran, no iba a encontrarse demasiado bien.

Las estrellas se esfumaron rápidamente y, enseguida, sintió un dolor de cabeza impresionante que le machacaba el cráneo y le nublaba la vista. De repente, todo fue oscuridad.

—Ayúdame —gemía Zorlen—. Me ha desgarrado. Ayúdame.

El gnomo, mareado y magullado, se dio la vuelta, logró ponerse a gatas y se arrastró nada el humano. Zorlen yacía boca arriba y se agarraba el muslo izquierdo con las manos. Sangraba por todas partes. Un poco más allá, yacía otro cuerpo con un cuchillo clavado en el pecho inerte. El cuerpo del muerto era Zorlen.

—Ayúdame —jadeó Zorlen—, creo que me ha roto una pierna.

El gnomo dudó, pues se acordó de lo que le habían contado. Era difícil pensar con ese dolor de cabeza.

—¿Eres Zorlen realmente? —preguntó—. Podrías ser el draconiano, ¿no? Quiero decir que podrías haber adoptado el aspecto de Zorlen al matarlo y podrías estar esperándome para...

—Asqueroso renacuajo... —siseó Zorlen débilmente—. No soy el maldito draconiano y tengo la pierna rota. —Y soltó una serie de maldiciones que impresionaron a Siempre-en-las-nubes por su creatividad y expresividad.

La cabeza le estallaba, pero Siempre-en-las-nubes fue capaz de alcanzar la pared y ponerse de pie. Se acercó con cuidado hasta Zorlen. El humano se había quedado callado nuevamente y sólo se oían sus débiles gemidos.

—Entonces debes de ser Zorlen —dijo el gnomo—. Como alguien me dijo una vez, los draconianos son buenos actores, pero no excelentes.

—Por los dioses, cállate y sácame de aquí.

—Tendrás que ponerte de pie y apoyarte en mí —dijo el gnomo.

Zorlen se apoyó y se puso de pie. Con la mano seguía agarrándose fuertemente la pierna izquierda. Su rostro se retorcía de dolor.

—¡Maldita sea! Eres demasiado bajo —murmuró—. No puedo hacerlo.

Siempre-en-las-nubes suspiró y luego miró a su alrededor en la Oscuridad.

—Bueno, supongo que podría ingeniar una especie de tablilla para tu pierna con la llave inglesa e incluso hasta sería capaz de improvisar una especie de torniquete, pues recuerdo una conferencia sobre este tema que tuvo lugar en el Gremio de Anatomía, Fisiología y Envasado de Carne, y estoy casi seguro de que no repetiría los fallos del conferenciante y no te pasaría lo que le ocurrió al que se ofreció voluntario para probar el torniquete, lo cual fue una lástima teniendo en cuenta que...

Zorlen apretó los dientes y tanteó a ciegas.

—Olvídalo. Puedo hacerlo —dijo—. Ayúdame a levantarme antes de que llegue el otro draconiano.

—Sólo tardaría un momento en recopilar los materiales para...

—¡Venga! ¡Levántame! ¿Dónde rayos estás?

Con gran lentitud por parte del gnomo, y una retahíla de maldiciones por parte del humano, Siempre-en-las-nubes consiguió levantar a Zorlen. Después de hacer algunas intentonas, adoptaron una especie de marcha a tres piernas. Zorlen se apoyaba en la parte superior de la cabeza del gnomo con ambas manos y lentamente

iba dando saltitos por el túnel detrás de su bajito compañero. Siempre-en-las-nubes tenía molestias en el cuello debido a la presión, y además estaba el dolor de cabeza. A pesar de todo, el sistema parecía funcionar.

Mientras iban caminando a duras penas, el tiempo dejó de ser importante. Sólo lo eran sus pasos, el túnel y el dolor. Ninguno de los dos hablaba. El tiempo se les hizo eterno hasta que vieron una luz delante de ellos. Estaban cerca del Dragón de Hierro.

De repente, Zorlen flaqueó. Siempre-en-las-nubes se cayó de bruces, y tocó con la nariz en el suelo cubierto de escombros. El humano cayó encima de él. El gnomo tardó unos instantes en liberarse de su peso y luego comprobó que Zorlen estaba vivo pero inconsciente, pues había perdido demasiada sangre.

—¡Caca de rata! —murmuró Siempre-en-las-nubes empleando la blasfemia más fuerte que sabía. Se tocó la nariz magullada y se dirigió hacia el Dragón de Hierro.

El bizco Squib estaba retirando los escombros de alrededor de las ruedas del vehículo. Llevaba puestas las orejeras y estaba tan concentrado en la tarea que no se percató del gnomo, del mismo modo que antes tampoco había visto a Zorlen. Cuando Siempre-en-las-nubes tocó a su amigo, el enano gully dio un bote y soltó el pico.

—Mi valiente Squib —dijo Siempre-en-las-nubes cuando el asustado enano gully se quitó las orejeras—, ¡tenemos que huir! Tenemos que montar en el Dragón de Hierro y regresar a Palanthas enseguida. ¡Estamos en peligro! —Miró hacia atrás—. ¡Ah!, y llevaremos otro pasajero. Démonos prisa.

Siempre-en-las-nubes subió por la escalera de acero hasta su cabina. Estuvo a punto de caerse dos veces, pues el dolor de cabeza lo convertía todo en distante e irreal, como una pesadilla.

La caja en la que se había escondido Zorlen bloqueaba a medias la puerta. Todo seguía cubierto de polvo. Siempre-en-las-nubes arrojó la caja por la puerta y luego activó los mandos para una puesta en marcha rápida. Si el último draconiano aparecía, recibiría una dosis desagradable de perforador de roca de tres cabezales. Siempre-en-las-nubes sonreía pensando en eso mientras accionaba los interruptores y giraba los botones de mando. Para finalizar la secuencia de encendido, cogió una palanca que sobresalía del suelo y tiró de ella, pero no ocurrió nada.

El gnomo lo intentó nuevamente; luego dejó todo lo que estaba haciendo y se lanzó con todas sus fuerzas sobre la palanca para moverla, pero tampoco ocurrió nada.

A Siempre-en-las-nubes le empezaron a sudar las manos. Zorlen debía de haber empujado sin querer la caja contra la palanca y el mecanismo se había atascado. La palanca era el Freno Terciario de Emergencia del Dragón de Hierro que bloqueaba las barras de dirección.

Siempre-en-las-nubes soltó la palanca y dio un paso hacia atrás. Su corazón cesó de latir, e incluso su dolor de cabeza remitió. El Dragón de Hierro no podía moverse

ni un centímetro si el freno estaba atascado. Para ello, sería necesario efectuar importantes reparaciones, como cortar algunos cables y pernos de hierro.

Pero allí no se podía hacer nada. Nada de nada. El Dragón de Hierro estaba acabado.

El gnomo miró a su alrededor por toda la cabina como si la viera por primera vez. Conocía cada botón, cada mando, cada mancha de pintura. Pensó en la cantidad de veces que se había pellizcado los dedos y se le habían hinchado, en los innumerables rollos de vendas que había usado. Todo por él, su único hijo, y ahora estaba parado en una mina abandonada desde hacía tiempo y no podía moverse.

El último draconiano aparecería de un momento a otro. No tendría ningún problema para acabar con un gnomo, un enano gully y un humano inconsciente. Luego, liberaría al dragón, y luego...

Un chorro de vapor salió despedido de una de las válvulas laterales de la gran máquina. La presión de la caldera se había acumulado en el interior del Dragón de Hierro durante su largo período de inactividad. Siempre-en-las-nubes movió automáticamente un mando que abriría la válvula y liberaría el vapor.

Sus manos agarraron la válvula de las ruedas, pero se quedó dudando. El gnomo permanecía quieto, y miraba la válvula sin verla. Se mordió el labio y un tic le provocó un parpadeo en el ojo izquierdo.

«Debo ser como un dragón hasta la médula. Yo también debo ser un dragón».

Pasó un instante precioso. Luego, la mano del gnomo apretó con fuerza la válvula y empezó a girar, pero no en la dirección que en un principio había intentado. El chorro de vapor fue disminuyendo hasta que se desvaneció.

Siempre-en-las-nubes sintió crujir el suelo. Se movió y giró otra válvula para cerrarla también. Moviéndose cada vez más rápido, rotó otras tres válvulas y luego, mediante una serie de mandos, puso la caldera a la potencia máxima. Seguidamente, abandonó la cabina a toda prisa. Pensaba que iba a llorar, pero no le salieron las lágrimas. Ni siquiera miró hacia atrás.

Al otro extremo de la escalera, el enano gully se inclinaba sobre el cuerpo semiconsciente de Zorlen. Squib tenía una taza de caldo caliente y sustancioso, y daba de beber al humano en pequeños sorbos mientras le sostenía la cabeza con una mano sucia.

—¡Ya tendremos tiempo para eso después! —dijo el gnomo rápidamente—. ¡Tenemos que abandonar el Dragón de Hierro! ¡Arrastrémosle, y salgamos de aquí!

Squib miró atónito a su amigo y luego levantó la vista hacia la inmensa masa del negro aparato. El Dragón de Hierro empezaba a retumbar y a emitir unos fuertes sonidos a medida que los tubos y las paredes de la caldera se iban expandiendo.

—¡A correr! ¡Huyamos, escapemos! ¡Evacuación! ¡Abandonen el barco! —gritaba Siempre-en-las-nubes gesticulando vigorosamente con los brazos delante de

Squib—. ¡Un draconiano se acerca por el túnel! ¡El freno de dirección está atascado! ¡Vámonos!

Squib se apartó con los ojos abiertos como platos y la boca de par en par. De la sorpresa, se le cayó la taza de caldo sobre la cabeza de Zorlen. El humano balbuceó algo y gimió. Siempre-en-las-nubes y Squib cogieron a Zorlen por los hombros y lo levantaron. El humano pesaba una tonelada, pero consiguieron moverlo con la cabeza colgando y el pelo rozando el suelo pedregoso.

Jadeando por el esfuerzo, el gnomo y el enano gully se dirigieron hacia la pálida luz en la boca del túnel. Estaba anocheciendo. La nube de polvo que levantaban a su paso les provocaba tos; tropezaron en los baches que habían causado las ruedas y, por poco, se caen sobre la grava suelta. La entrada estaba cada vez más cerca, a diez metros, a cinco, a dos.

A sus espaldas, uno de los tubos del alojamiento de las ruedas estalló. Salieron despedidos numerosos restos metálicos y piedras. De repente, se oyó un silbato de alarma que resonaba a través del túnel como el grito de un animal agonizante. Al final llegaron a la entrada.

Siempre-en-las-nubes se paró y miró hacia atrás. Con su capacidad de visión infrarroja vio brillar al Dragón de Hierro como si fuera el sol. Incluso a esa distancia podía sentir, a través de la ropa, el calor procedente de la caldera. El metal que se iba deformando emitía un ruido ensordecedor. Las juntas estallaron y el vapor rugía por todas partes.

—Adiós —dijo Siempre-en-las-nubes para sí y casi sin aliento—. Adiós.

Empujaron a Zorlen hasta la pálida luz del anochecer y lo arrastraron unos quince metros más allá de la entrada, a un lado, detrás de un gran saliente rocoso. El viento era frío y en el cielo del atardecer casi no se veían nubes. Empezaban a aparecer los planetas y las primeras estrellas de la noche.

—Dioses, me duele la pierna —murmuró Zorlen cuando se sentaron, exhaustos. Fue lo primero que dijo después de mucho rato. Sangraba y estaba pálido; realmente tenía el aspecto de un muerto.

—Sí, ya recuerdo que lo habías mencionado —dijo Siempre-en-las-nubes. Se puso a gatas y se arrastró por detrás de la roca para echar un último vistazo a la entrada de la mina. Casi estaba tentado de volver y ver su creación una vez más. Quizá no explotaría del todo, en cuyo caso podría...

Siempre-en-las-nubes se quedó paralizado. El último draconiano estaba en la entrada de la mina y sostenía mano el cuchillo de caza de Zorlen manchado de sangre oscura. El draconiano recorrió la zona con sus ojos y entonces vio la figura del gnomo. Las pupilas se le agrandaron y, a poco, esbozó una sonrisa amplia.

—¡Siempre-en-las-nubes! —gritó con una voz que como el chasquido de dos piedras—. Te he estado bus cando. Todavía no has acabado el trabajo que te

encargamos. Tu Dragón de Hierro está sobrecalentado, pero no ha sufrido daño alguno. No abandones ahora —la sonrisa se hizo más amplia—, también sabemos cómo usar a tu amigo Zorlen. Sé que está aquí. Intentaste engañarnos, creo, y esto no va a acabar bien. Se suponía que no tenías que contarle lo nuestro a nadie, pero lo hiciste.

Levantó levemente la punta del largo cuchillo.

—Nos sentaremos y hablaremos de estas cosas cuando termines este último trabajo para nosotros —dijo el draconiano. Mostró los dientes, blancos y brillantes—. Los negocios primero. Tú eres un hombre de negocios, o sea, que ya lo sabes. Luego, cuando hayas terminado el trabajo...

La tierra se levantó. En un abrir y cerrar de ojos, el draconiano había desaparecido.

En la entrada de la mina se produjo una explosión monstruosa de fuego, humo y piedras. La ráfaga se elevó hasta el cielo, cubrió las cimas de las montañas y arrancó una parte de montaña a su paso.

El gnomo se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza con sus bracitos. Sentía, en las manos y en el cuello, las punzadas de los afilados trozos de piedra que salieron despedidos. El estruendo se oyó una y otra vez por todas las montañas del extenso valle, el último rugido del Dragón de Hierro se repetía. Y luego, todo quedó en silencio.

Transcurrieron unos minutos hasta que todo se calmó. Cuando le pareció que estaban a salvo, Siempre-en-las-nubes levantó la mano y se quitó el polvo de la cara. La entrada de la mina había desaparecido. Había quedado cubierta a una profundidad de varias decenas de metros por un montón de rocas desprendidas. No había ninguna señal del draconiano, ni siquiera las escamas.

Siempre-en-las-nubes se acordó de respirar, así que llenó sus así que llenó sus pulmones con el aire frío de la noche.

—Bien —dijo—. Eso es todo. —Se levantó tambaleándose y se restregó los ojos. Luego, se dio la vuelta y vio a Zorlen y a Squib que lo miraban fijamente, con sorpresa.

Siempre-en-las-nubes se irguió y se sacudió las ropas con aire más profesional.

—Desde luego, ya sabéis —dijo— que los acontecimientos catastróficos son bastante comunes cuando se emplea tecnología avanzada. Cuando se hace un pastel, es inevitable quemar la cocina al menos una vez.

—La mina... —empezó a decir Zorlen.

—Ya no existe —acabó Siempre-en-las-nubes—. Ni el dragón ni los draconianos. Éstas son las buenas noticias, como suele decirse. Las malas noticias son que tendremos que regresar a casa andando. Mejor dicho, Squib y yo volvemos andando, pero podemos improvisar una especie de camilla para arrastrarte por el camino. —

Hizo una pausa—. Dalamar dijo que...

»Por otra parte —añadió el gnomo—, todo el mundo sabe que andar estimula la circulación, así que quizá, después de todo, no son tan malas noticias.

Al cabo de un rato, mientras Siempre-en-las-nubes y Squib inspeccionaban la zona en busca de materiales para fabricar la camilla, el gnomo se puso a pensar en el Dragón de Hierro. Primero se sintió triste, pero luego recordó que todavía le quedaba algo de dinero del adelanto que le habían dado los draconianos y aún tenía los planos de aquella nueva máquina perforadora, la que hacía los agujeros triangulares. Todavía era un gnomo joven, sólo tenía cuarenta años, por lo que todavía tenía tiempo para construir un Dragón de Hierro II.

Además, uno nunca sabía cuáles iban a ser las nuevas tendencias en el ámbito de la perforación de túneles.

Pirita

[Jeff Grubb]

«De entre todos los dragones, los peores, con diferencia, los Dorados. Los monstruos del Mal de los colores del arco iris sólo quieren devorar a su presa, pero los Dorados no están satisfechos hasta que su enemigo aprende algo. Puestos a escoger, prefiero que me devoren».

Flint Fireforge (atribuido).

—¡Ésta es una historia de gnomos! —vociferó el bardo, a la espera de que todas las cabezas del local se giraran hacia él. Y así fue: todas las cabezas se giraron hacia él, y también todas las manos, manos que sostenían tazas de cerámica, fuentes de madera, cubiertos sucios y sobras de comida. Una lluvia de productos y utensilios de cocina cayó sobre el contador de cuentos, y éste huyó corriendo hacia la salida más cercana, con sus ropas y sus esperanzas malogradas.

Cuando intentaba huir, el bardo chocó con un caballero muy alto que entraba por la puerta. A aquel hombre, robusto como una montaña, no se le movía fácilmente, y en circunstancias normales no se hubiera apartado y el bardo hubiera rebotado hacia el interior de la sala común de la posada de La Cabeza del Lobo. Pero el recién llegado poco se esperaba el aluvión de objetos a modo de saludo, así que dio un paso hacia atrás ante el asalto del aterrorizado tejedor de historias. El bardo se perdió.

El hombretón se giró y, dejando a la vista la vaina de espada que llevaba colgando en la espalda, observó ceñudamente cómo se escapaba el bardo. Se quedó quieto en el umbral de la puerta hasta que un leve estremecimiento desvaneció sus pensamientos. El robusto recién llegado entró en la posada acompañado de un gran perro que trotaba detrás de él.

El extranjero tenía el aspecto cansado de un aventurero experto. Un mercader, por naturaleza, hubiera inspeccionado la sala y sopesado el posible mercado. Un ladrón, o incluso un antiguo guerrero de los ejércitos de Dragones, hubiera entrado cabizbajo para pasar desapercibido. Pero a este hombre eso no le importaba nada. Tenía el aspecto, como se diría después, de un hombre que se había vuelto sabio contra su voluntad. Su perro era flaco y tenía la cara alargada pero, en general, reunía todos los requisitos básicos de un perro normal.

El hombre se acercó al mostrador mientras el perro se paseaba tranquilamente entre los restos lanzados al desafortunado bardo. Sólo se detuvo un momento para olisquear un hueso de cordero roído por todas partes, emitió un gruñido de rechazo y se dirigió trotando hacia la chimenea. Dio tres vueltas sobre sí mismo delante del

fuego y luego se enroscó frente a las llamas, con el vientre de pelo dorado hacia arriba y la cabeza recta reposando en el suelo. Era como si el animal fuera un visitante habitual, y eso también lo mencionarían después como una curiosidad aquellos que contaban la historia.

El recién llegado levantó dos dedos al hombre que estaba detrás del mostrador. El dueño de la taberna, a su vez, cogió dos jarras, una en cada mano, y levantó una ceja a modo de pregunta silenciosa. El recién llegado habló por primera vez:

—Una es para mi compañero —explicó señalando al animal que estaba tumbado frente al fuego. El tabernero asintió, hizo una mueca de compromiso y sirvió dos cervezas.

El compañero canino del extraño ya había atraído la admiración de una de las camareras, una bonita joven vestida con una sencilla falda blanca y una blusa de color azul oscuro cubiertas por un delantal azul celeste con muchos bolsillos. Llevaba el pelo recogido en una complicada trenza que le llegaba hasta el final de la espalda y acariciaba el pelo rubio del vientre del perro, mientras el animal, complacido, no hacía ningún movimiento para disuadirla.

El perro no reaccionó hasta que el recién llegado le colocó una jarra espumosa al lado del hocico. Entonces, miró la jarra y luego a la joven, como si se planteara escoger entre una de las dos. Al final, ganó la cerveza, y el animal se relamió la boca, levantó la cabeza hasta el nivel de la espuma y empezó a sorber la cerveza con una lengua larga y delgada. La joven, al sentirse rechazada, suspiró y reanudó su trabajo recogiendo las jarras y las botellas vacías o, como coloquialmente las llamaban en una ciudad que se había librado de las peores consecuencias de la guerra, «soldados muertos».

Seguidamente, las llevó al mostrador dando un considerable rodeo que la apartó de un cliente viejo y bien vestido que la había estado observando todo el rato.

Al regresar a las mesas, pasó por delante del recién llegado, quien la detuvo con un movimiento de la mano.

—Llévale una segunda ronda cuando termine la primera, y una tercera cuando termine la segunda, y así hasta que quiera parar.

La mujer, cuyo nombre. —Melissa— estaba bordado con hilo azul claro en su delantal, estuvo a punto de hacer un comentario, pero luego asintió y se dirigió de nuevo al mostrador. El resto de clientes, granjeros que hablaban de la próxima cosecha, carpinteros y albañiles que terminaban su trabajo cuando caía la noche, un escribano con gafas que escribía una carta para una mujer de mediana edad en una esquina, habían reanudado sus actividades previamente interrumpidas.

Todos excepto el cliente viejo y bien vestido que miraba directamente al recién llegado con la seguridad de un mago o bien de un mezquino lord. Su ropa estaba gastada, pero todavía se podía utilizar, a pesar de que la barriga quedaba aprisionada

bajo los botones de su chaleco. El hombre llevaba una varita de marfil ajado, o de hueso, colgada en el cinturón, pero, a primera vista, no se podía distinguir si era un objeto encantado, un símbolo de poder o simplemente un adorno.

—Es un animal interesante —dijo el noble lugareño finalmente.

—Más de lo que cree —respondió automáticamente y con voz hueca el recién llegado.

—Nunca había visto a un perro que bebiera cerveza.

—Bebe sólo para comprometerme —dijo con un suspiro—. Nunca le piden que pague la cuenta.

—¿Está en venta?

—No lo puedo vender porque no es mío. El perro me acompaña por propia voluntad. En alguna ocasión, he intentado venderlo o echarlo, o incluso abandonarlo, pero siempre vuelve y siempre me trae problemas.

Al oír esto, el perro levantó el hocico de la jarra vacía y bostezó mostrando una serie de dientes limpios y afilados, sólo un poco amarillentos por la edad. Luego, inclinó la cabeza hacia su humano compañero.

—Sabes que es cierto —añadió el recién llegado dirigiéndose al perro, y luego murmuró—: Como si pudiera haber una otra cosa además de la verdad. —Y se giró para pedir una segunda ronda.

La conversación se desvaneció a la luz mortecina del fuego cuando el hombre viejo —definitivamente un lord de poca monta, pues, aunque sus ojos eran vivos y fieros, no tenían el brillo propio de la brujería— se dio cuenta de que había sido excluido del diálogo entre el hombre y el perro. De todos modos, lo intentó otra vez.

—¿Le parece agradable nuestro pueblo?

—He llegado a su pueblo accidentalmente. Estoy recorriendo toda la costa desde Soto de Trent.

—¿Negocios o placer?

—No tengo ningún negocio y muy poco placer.

—¿Es usted guerrero? —Sus ojos se posaron en la espada y centellearon por un momento—. Yo..., nosotros necesitamos un guerrero aquí.

—Yo... —dijo el recién llegado tomando un largo trago de su jarra—, soy un tonto. Pero puede llamarme Jengar.

—Al menos es usted franco —dijo el viejo barón, pero la risita se le atragantó al ver que Jengar no compartía su regocijo.

El recién llegado atravesó al mezquino lord con una mirada feroz y luego se relajó un poco.

—En esta cuestión no tengo elección. Para ser sinceros, ésa es mi maldición. ¿Está interesado en la historia?

—Desde luego, desde luego —dijo el lord—. No va sobre... ah, gnomos,

¿verdad?

—No de momento —refunfuñó el hombre—, pero los gnomos sólo servirían para empeorar la cosa...

La sala fue quedando poco a poco en silencio cuando Jengar empezó su historia. Lo hizo sin ningún preámbulo y sin solicitar silencio, sencillamente empezó a relatar los hechos. Su porte callado sorprendió a muchos de los presentes, por eso, casi la mitad se perdió el comienzo y, sin embargo, toda la sala estaba en silencio transcurrido sólo un minuto. Las conversaciones se quedaron a medias, los clientes dejaron de pedir cerveza y el tabernero dejó de servirlos, e incluso el sonido de la pluma del escribano cesó. Lo único que se escuchaba era el perro relamiéndose el hocico, e incluso éste paró a medida que avanzaba la historia.

—Sabed que mi nombre es Jengar. El perro se llama *Pirita* por razones que luego comprenderéis. Durante la guerra, me cambié el nombre por un apodo típico de guerrero, Matatrolls o Llama Mortal, o algo igual de estúpido. El motivo por el cual he preferido olvidar estos mote también quedará claro.

»En la última guerra serví como era debido y luché con valor. En las Dos Guerras y en la Armada y en el sitio del castillo del Horror no fui un héroe ni comandé la carga, lo confieso, pero fui una parte esencial de la batalla. Y si antes he adornado un poco mi propia contribución a tales victorias, bueno, eso es lo que debe esperarse de un veterano curtido en batallas. Mi defecto, como el de muchos de mis compañeros, era el de contar mis victorias una y otra vez en los términos más brillantes posibles, hasta que al final me las acababa creyendo.

»Cuando los últimos Señores de los Dragones fueron expulsados de esta parte del mundo, pensé, como muchos soldados, que podría abandonar mi espada y volver a trabajar de granjero o hacer reparaciones o, en mi caso, continuar con la herrería. Y, como muchos, no pude. Ya no prestaba atención a mi oficio, que antes de la guerra había sido toda mi vida. La tierra y la forja ya no tenían el mismo atractivo después de haber combatido con los vasallos del Abismo y su cruel reina.

»Nos juntamos cuatro compañeros que teníamos intenciones similares y un pasado parecido. Tramamos un plan que sólo se podía urdir en una taberna débilmente iluminada, parecida a esta en la que ahora estamos sentados. Corrían rumores sobre un dragón que había sobrevivido a la guerra y había construido su guarida en las montañas del sur. Un bardo nos contó la historia voluntariamente y nos vendió un mapa, supuestamente muy fiable, a un precio bastante alto.

»Teníamos la intención de superar a otros cazadores de fortunas venciendo al dragón y consiguiendo sus tesoros. ¡Cuatro hombres contra un dragón! Éramos arrogantes y teníamos la cabeza llena de historias sobre otros tipos que habían abatido a tales criaturas, así que empeñamos nuestras escasas pertenencias para conseguir

suministros para el viaje y la posibilidad de descubrir un buen filón.

»El viaje hasta las montañas duró cuatro, no, cinco días. Comentábamos con regocijo cómo íbamos a gastar la fortuna del dragón, pero no hablábamos de cómo venceríamos al monstruo. No hicimos nada para ocultarnos de nuestra presa, y creo que incluso le hubiéramos advertido por escrito nuestra aproximación si nos hubiésemos parado a pensar en ello. Sí, éramos arrogantes y teníamos la cabeza llena de nuestras historias de héroes.

»La noche del quinto día, estábamos acampando cuando se oyó un ruido entre la maleza. Los valerosos cazadores de dragones, incluido yo mismo, nos lanzamos a coger las armas convencidos de que las criaturas de las cavernas se abalanzarían sobre nosotros en cualquier momento. Pero, en lugar de eso, los arbustos se movieron ligeramente, se abrieron y salió cojeando... esto. —Señaló al perro que olisqueó una jarra vacía y después echó un vistazo para comprobar la expectación de la sala.

Melissa, la camarera, trajo una jarra de cerveza fresca para el perro. Jengar permaneció sentado y callado hasta que *Pirita* empezó a sorber su bebida ajeno al interés que había despertado. Jengar suspiró y continuó.

—Éramos hombres duros y fuertes. Estábamos preparados para la batalla y, en ese momento, nos enfrentábamos a esa ridícula criatura de aspecto miserable. Tenía el cuerpo repleto de pinchos y ortigas y estaba más delgado que ahora. Después de reírnos de nuestra propia estupidez y decidir que haríamos turnos de guardia, discutimos lo que debíamos hacer con él. No habíamos cargado con muchas provisiones y uno de nosotros sugirió, medio en broma, que lo asáramos para la cena.

»Pero nuestras provisiones no eran tan escasas. Sacrifiqué parte de mis suministros para alimentarlo, y el animal se lanzó sobre ellos de buena gana, pero, incluso después de comer, parecía un alma en pena. Se pasó todo el día siguiente trotando a mi lado mientras discutíamos cómo íbamos a gastar nuestra parte del tesoro. El rápido Eddie, el que había sugerido que nos comiéramos a nuestra nueva mascota, planeaba convertirse en un lord local. Los otros dos hablaban de vino y mujeres y una buena posición en la comunidad. Yo deseaba viajar durante un tiempo con todas las comodidades y luego establecerme, cuando ya hubiera visto todo lo que quería.

Jengar soltó una risa maliciosa y, en sus ojos, apareció una mirada ausente. Cualquiera hubiera dicho que era un hombre que se había vuelto sabio contra su voluntad.

—La primera señal que tuvimos de lo que iba a pasar fue que el perro desapareció. Tiene la habilidad de esfumarse ante el peligro, pero en aquel momento yo todavía no conocía sus hábitos, así que me sorprendí al ver que se había evaporado. Abrí la boca para llamarlo, pero el grito del rápido Eddie, más potente, apagó mi voz.

»Esperábamos encontrarnos con la típica cueva de dragón que describen los bardos, una boca inmensa excavada en la ladera de una montaña, hecha a medida para esas grandes criaturas como lagartos que la consideran su hogar. En lugar de eso, vimos un amplio claro, parecido al que hacen los ciervos para pasar la noche. La maleza y los arbustos habían sido aplastados hacia un lado y, en el centro, como una ofrenda olvidada para un dios ya muerto, aparecía un tesoro del tamaño de una montaña. ¡Igual que en las viejas leyendas!

»Había joyas de ámbar y rubíes, y bandejas de acero pulido, redondeadas como los escudos de los enanos. Además de otras joyas de oro y metales semipreciosos solo para nuestro disfrute. Alrededor de un lado del montón del tesoro había unos colmillos de marfil plantados en el suelo formando una línea. Todo el conjunto reposaba sobre un lecho de monedas doradas que, desde luego, ahora no tendrían ningún valor como dinero real, pero servirían para comerciar con los artesanos a cambio de acero de calidad.

»El rápido Eddie soltó un grito de avara alegría y todos nos quedamos allí petrificados como tontos, sonriendo por nuestra buena suerte. ¡Era excelente! ¡Habíamos encontrado el tesoro del dragón justo cuando éste no estaba en casa! Juntos, como si fuéramos un solo hombre, avanzamos hacia adelante, soltamos nuestras armas y dispusimos las bolsas y los sacos para recoger rápidamente las antiguas monedas.

»Pero, en ese momento, el montón de oro estornudó.

»Fue una serie de rugidos potentes como un torbellino, tan ancestrales que ya existían antes de que nacióramos. Una cabeza dorada y serpentina se irguió entre el montón de joyas, y unas grandes alas se desplegaron, brillantes, a la luz del atardecer. Lo que nos pareció bandejas de acero eran, en realidad, las láminas del vientre de la criatura, los colmillos de marfil, sus dientes, y lo que supusimos que eran piezas de joyería finamente trabajadas constituían los músculos bien formados que se vislumbraban bajo sus brillantes escamas. Sus ojos parecían dos rubíes y sus barbas, finos y suaves hilos de oro retorcido.

»Ya veis, cegados por nuestra codicia y nuestros sueños nos olvidamos de preguntar de qué color era el dragón.

»Y si antes nos habíamos abalanzado sobre el tesoro, ahora nos batimos en retirada hacia el lugar donde dejamos nuestras armas. Dos de mis curtidos compatriotas lo abandonaron todo y huyeron como niños hacia los bosques, y no sé si alguien los ha vuelto a ver. El rápido Eddie se detuvo un momento a recoger su espada. Por ese intento, fue recompensado con una débil llamarada que le quemó los pantalones, y también desapareció corriendo y gritando entre los árboles. Tampoco sé si alguien lo ha vuelto a ver.

»Sólo yo cogí mi arma y me quede allí, no por valentía o heroísmo, o incluso por

codicia, sino por mi propia cobardía, petrificado de miedo. Una cosa es describir un dragón, sus inmensas y curtidas alas, el fuego, las escamas doradas que brillan como joyas de oro recién pulidas. Una cosa es ver un dibujo de uno de esos animales o una maqueta, pero encontrarse frente a la criatura genuina, con su vientre a menos de un metro por encima de uno y unos dientes que brillan como ascuas encendidas, eso era otra historia. Yo me tenía por un hombre valiente que había luchado con otros hombres valientes contra los ejércitos de Dragones y me jactaba de ser un héroe pero, en aquel momento, a solas con el animal, me di cuenta de quién era yo en realidad.

»Ya habéis oído las historias de los bardos acerca de fuertes guerreros que acaban con el dragón con un simple golpe de espada. Ese golpe, asestado premeditadamente y con gran potencia, es tan fuerte que provoca la retirada del dragón.

»Ya habéis oído esos cuentos, y yo también. Así que cerré los ojos, me encomendé a los dioses y golpeé enérgicamente. Fui recompensado por mi fe con una fuerte sacudida que empezó en la hoja de la espada y ascendió por mis brazos con tal vibración que casi se me dislocan de los hombros.

»Mantuve los ojos cerrados esperando el estruendo de la bestia al caer al suelo, o las llamaradas de su boca, que serían lo último que iba a oír. Pero no pasó ni una cosa ni otra, así que, después de un rato, me atreví a abrir un ojo.

»La escena no había cambiado ni un ápice. El dragón seguía acechándome desde las alturas con las barbas doradas que sobresalían por debajo de sus dientes de marfil y los ojos brillantes como rubíes, que parecían haber capturado el fulgor del fuego. Mi espada ahora sólo medía unos veinte centímetros de largo y terminaba en un borde roto y dentado. El resto de la hoja, quebrada por la fuerza del golpe, había ido a parar a algún lugar cerca, pero igualmente ya no me servía. El dragón abrió la boca y mostró unas líneas de dientes pequeños y afilados.

»—¿Has terminado? —dijo con una voz que hizo vibrar el suelo y retumbó en mis huesos.

»Aunque era una bestia poderosa e imponente, también era educada, considerando la situación. Me preguntó el nombre y el oficio. Tuve suficiente entereza —por lo menos eso pensé entonces— para mentirle de cabo a rabo. No, no éramos ladrones, solo éramos unos viajeros que habían tropezado con él mientras dormía. No, tampoco éramos asesinos, sólo cogimos las armas para protegernos... ¿Guerreros? Bueno, yo era un valeroso guerrero, pero sólo si me sacaban de mis casillas. Recuerdo que no sabía exactamente lo que iba a decirle después y que en mi mente buscaba con desesperación cualquier excusa para seguir la charla, pues eso era lo único que parecía quedar entre yo y la extinción.

»La majestuosa bestia no se creyó ninguno de mis embustes. Sabía, como saben todos los dragones, cuándo había luna llena y lo que valía un corazón humano. Conocía ciencias jamás soñadas y poderes mágicos que le permitían adoptar los

atributos de animales y mortales inferiores. Sabía que yo estaba mintiendo y eso parecía irritarlo y entristecerlo a la vez.

»Sin embargo, el monstruo no me mató, ni siquiera me puso una garra encima. A veces, desearía que lo hubiera hecho. En lugar de eso, me impuso una gran carga, la de viajar —tal como yo había deseado— y contar siempre la verdad en todas partes.

»El gran animal me liberó con esta pesada maldición, y entonces, también yo huí hacia el bosque lejos de mi hogar, pues no quería tener que contar a mis amigos lo estúpido que había sido al creer que podría vencer a un dragón. El perro me localizó esa misma tarde y aún sigue a mi lado. Le puse el nombre de *Pirita* porque él es el único tesoro que obtuve como recompensa por mi estupidez. Como he dicho, he intentado librarme de él, cambiarlo o venderlo, pero siempre me ocurría algo malo cuando lo intentaba, así que ahora ya he desistido. También he intentado mentir para poner a prueba la maldición, pero igualmente me ocurrían cosas malas, así que tampoco lo he hecho más. Es mi destino, mi maldición y la lección que debo aprender para ser un viajero honesto.

»Si digo que vuestra cerveza es insípida y vuestras camas están llenas de pulgas es la verdad, y a muchos de vosotros no os importa oír este tipo de calumnias. Así que vine a vuestro pueblo y me quedaré, uno o dos días, hasta que mis modales os resulten indecorosos, y luego me marcharé. Soy un ejemplo vivo de lo estúpido que es mentir y de la locura de la codicia y el engaño. Y desde luego, de las lecciones de un dragón.

La sala estaba en silencio cuando Jengar terminó su historia. Los aldeanos se habían quedado pensando en sus palabras. De repente, se oyó un fuerte chasquido: Melissa, la camarera, se había girado y le había dado una bofetada al frívolo lord en la mejilla. Luego, con la cara sonrojada y lágrimas en los ojos debido al enfado, se había ido hacia la trastienda de la taberna.

El viejo barón, pasmado, murmuró lo suficientemente fuerte para que los demás clientes oyeran:

—¿Qué le pasa?

Jengar lo miró solemnemente.

—Usted, durante mi historia, ha colocado su mano en un lugar de lo menos caballeroso. Cuando he terminado, ella se ha dado cuenta tanto del lugar como de sus intenciones.

Entonces, fue el viejo barón el que se puso colorado.

—Eh, oiga usted, joven...

Jengar lo interrumpió.

—Sí, ya oigo, y veo, y digo la verdad aquí, pues ésta es mi maldición. ¿Acaso pensó que mi historia sólo era una fábula? Es cierta, y por eso no puedo quedarme demasiado tiempo. —Y diciendo esto recogió su jarra vacía y la del perro y las llevó

al mostrador.

La audiencia consideró este gesto como el final oficial de la representación y volvió a sus asuntos. La chica no reapareció.

Jengar pidió dos jarras más y se percató de que el tabernero miraba con el ceño fruncido hacia el fuego y al lugar en el que estaba el lord de poca monta.

—No le gusta el caballero, ¿verdad? —preguntó Jengar, y el tabernero se volvió para contestarle.

—¿Quién? ¿El viejo barón? Yo nunca he dicho... —empezó y luego se encogió de hombros.

—No tiene por qué gustarle. Me parece que sólo tiene ojos para la joven.

—No son los ojos lo que me molesta —dijo el tabernero—. Son sus manos. Y todo el resto. Me ha estado presionando para que Melissa entre a trabajar a su servicio.

—¿Y a ella no le importa?

—Ni lo más mínimo. Me ha amenazado con huir si accedo. Mientras tanto, él me hace cada día más difícil el trabajo. Aumenta los impuestos, recurre a leyes fastidiosas y me hostiga con cuestiones sin importancia que, sin lugar a dudas, terminarán cuando acceda a sus peticiones.

—Y usted acabará accediendo.

—Es un mundo cruel —murmuró el tabernero, y de repente dirigió su atención un poco más allá.

Jengar volvió a la chimenea. El viejo barón intentaba ahora congeniar con *Pirita*, pero estaba teniendo el mismo éxito que con la chica. El perro retrocedió, se apartó de la mano del hombre y fue a acurrucarse debajo de una silla. El animal se sintió agradecido por la jarra y centró su atención en la cerveza.

El viejo barón miró a Jengar dubitativamente.

—¿Todavía es usted el valiente guerrero que describía en su historia? —dijo con los ojos puestos en las llamas. Jengar casi podía adivinar sus pensamientos a través de su mirada.

Se encogió de hombros.

—Valiente, pero dentro de mis límites. Mi historia ya los ha dejado claros. Sé que nunca más podré enfrentarme a un dragón.

El viejo barón movió la mano como si rechazara la respuesta.

—Tengo un problema —empezó a decir, pero luego se calló y se quedó pensando un instante—. La comunidad tiene un problema. Aquí cerca vive un gnomo.

Jengar se encogió nuevamente de hombros.

—Al menos eso explica la hostilidad que mostraron con el bardo. *Caveat lector*, conoce a tu audiencia. ¿Y eso en qué me afecta?

—Me preocupa que ese pequeño gnomo pueda representar un peligro para mí...

eh..., para nuestra comunidad. Explosiones, volcanes, serpientes de mar, vehículos enormes sin control y todas esas cosas.

—No tengo experiencia en eliminar gnomos —dijo Jengar con decisión.

—Sí, pero es usted sincero —dijo el viejo barón dando una palmadita amable en la rodilla del guerrero. Jengar retrocedió ante el contacto y comprendió de repente la reacción de *Pirita* con el hombre—. He enviado ya a otros «valientes guerreros» a la morada de la criatura para investigar, pero ninguno de ellos ha regresado. Todos eran unos cobardes. Quiero que usted eche a esa criatura o, al menos vuelva y me cuente por qué los demás han fracasado.

—¿Y si le digo que es usted un hombrecillo repelente? —dijo Jengar claramente—. Alguien que no merece los servicios de guerrero.

—Lo tomaré como un signo de su sinceridad —contestó el viejo barón con una risita suave y teatral—. Puedo hacerle rico a cambio de su pequeño esfuerzo y quizá le proporcione un refugio donde sus... indiscreciones pasarían inadvertidas.

—¿Qué piensas? —preguntó Jengar, y el viejo barón iba a seguir con su conversación cuando se dio cuenta de que el guerrero se dirigía al perro.

Pirita, que yacía sobre un costado, soltó un eructo de satisfacción y zanjó el asunto.

Al final, el viejo barón accedió a disponer una habitación y comida para el hombre y para el perro, ya que tenía cierta influencia con el tabernero, a cambio de que Jengar fuera al encuentro del gnomo y descubriera qué había pasado con los anteriores guerreros. Jengar prometió volver al día siguiente con la información.

La torre del gnomo estaba a medio día de camino por la costa, en una lengua de tierra llana y solitaria que se adentraba en el mar, bordeada por una lisa playa de arena dorada. Un poco más al sur, una segunda península recogía el agua en una plácida bahía, protegida de la furia del mar por una irregular línea de bajíos de rocas oscuras. Una torre no muy alta, de unos doce metros de altura y casi el mismo diámetro en la base, de piedra manchada de barro, dominaba el llano paisaje. Sobre el extremo superior de la torre, plano y truncado, reposaba un inmenso cuenco de acero, y todo el conjunto daba la impresión de haber sido un faro en el pasado.

La playa que conducía a la torre estaba salpicada de hoyos, tal como era de esperar en tierras de un gnomo, y se veían aquí y allá extrañas estructuras, todas de madera gastada, con banderas de lona hechas jirones que colgaban por todos los lados. Estaban colocadas en la arena sobre la línea de la marea alta, como juguetes abandonados por alguna deidad infantil.

Jengar no fue sorprendido por la máquina que arremetía contra él, porque el ruido que la precedía era increíblemente fuerte. Era como el sonido de un panal de abejas atacando un aserradero, y procedía del mar. El hombre y el perro levantaron

instintivamente la vista, pero el culpable estaba cerca del horizonte, en la superficie de la bahía.

El aparato se arrastraba ladeado por las tranquilas aguas, inclinado a lo que Jengar calculó que era un ángulo de la orientación prevista. Un gran semicírculo plateado colocado sobre lo que normalmente hubiera tenido que ser la «punta» se hundió firmemente en la bahía dejando tras de sí una estela de espuma salada que parecía la cola de un gallo. De una especie de estufa de acero, salía un humo negro que se elevaba formando unas ondas largas y lentas. Todo el conjunto se dirigía con rapidez y de costado hacia la playa.

Una silueta pequeña se debatía para controlar el aparato, pero al final cesó en su intento y abandonó el vehículo. Saltó al agua mientras el aparato avanzaba a toda velocidad unos metros más hasta tierra firme. Iba tan deprisa que formó un hondo surco en la arena húmeda de la playa, y luego se paró junto a los otros restos de madera y jirones de lona.

Jengar corrió hacia la figura que ya estaba saliendo de la espuma e intentaba escurrir el agua de su túnica. Pensó que sería el gnomo, pero era un hombre joven y delgado con una barba incipiente. El joven maldecía del mismo modo que solían hacerlo los veteranos de la Guerra de la Lanza, pero Jengar casi nunca había oído hablar de uno tan joven.

—¿Estás bien? —preguntó Jengar.

El joven se percató de la presencia de Jengar y lo miró por primera vez; después contempló los restos del naufragio.

—¡Maldita sea! Casi lo habíamos conseguido.

—¿Conseguido? —preguntó el guerrero.

—Un barco de vela sin viento —dijo el joven, y luego añadió—: Usted debe de ser el último matón del viejo barón que viene a amenazar a Tic.

—¿Qué?

—La espada, señor —dijo el joven, y por primera vez Jengar se dio cuenta de que había desenvainado el arma cuando apareció el aparato. La volvió a guardar refunfuñando.

Una pequeña figura venía corriendo desde el faro dando voces. Tenía el pelo rubio, más escaso en la coronilla, y llevaba un mono de trabajo que tintineaba y resonaba al moverse.

—¡Excelente! ¡Casi lo hemos conseguido!

—¿Es el gnomo? —preguntó Jengar.

—Es el maestro Tic —dijo el joven.

El gnomo llegó corriendo hasta ellos y se paró. Por un momento, se debatió entre la curiosidad por el buque estropeado y la buena educación hacia el recién llegado. Al final ganó la educación, pero sólo por poco, así que le tendió la mano.

—Encantado de conocerlo —dijo el pequeño humanoide—. Tic-catacric-recatacroc Surca-los-mares...

—Tic —dijo el joven, y se marchó tranquilamente a inspeccionar el aparato. Jengar y el gnomo lo siguieron. El gnomo continuaba con la mano extendida y continuaba con las presentaciones.

—... Sabelotodo Mírame-y-no-me-toques Pies-de-pato...

—No ha habido pérdidas totales —dijo el joven examinando las piezas rotas del aparato.

—... Mameluco Caracuco Ya-verás Ya-sabrás...

—Las calderas están intactas y la nueva parrilla de carbón ha resistido. No se ha prendido fuego esta vez —continuó el joven con su inventario.

—... Bailarín Danzarín Grangolpe...

—El propulsor se ha estropeado —comentó el joven—, y la vela superior ha funcionado. Los pontones inferiores no se pueden aprovechar.

—... Caracola Amapola Amatista Zapatillo...

El joven suspiró.

—Si lo comparamos con otras pruebas, ésta ha sido un éxito.

—... Monigote Capirote Flis-flas Cataplás.

Jengar se dio cuenta de que el gnomo por fin había terminado su presentación. Con gesto ausente, le dio la mano mientras miraba los restos del naufragio.

—Jengar —se oyó un ladrido débil y poco entusiasta—, y *Pirita* —añadió sin miramientos.

—Llámame Tic —dijo el gnomo—. ¿Cuál es la relación de los daños, Lexi?

—Habrás que esperar a que la caldera se enfríe, pero tiene buena pinta.

—¿Y la superficie de metal del ala superior?

—Entera, pero sigo pensando que pesaba demasiado.

—Entonces, necesitamos una caldera mayor —dijo el gnomo con un ademán de cabeza.

—Más peso... —replicó el joven negando con la cabeza—, se hundirá.

—Pero también más vapor, que lo levanta y, por tanto, disminuye el peso —contestó el gnomo—. Tienes que pensar en esas cosas.

—Perdonadme —dijo Jengar—. Esta... cosa... ¿para qué se supone que sirve?

—Viajes marinos a motor sin magia —dijo el gnomo con una mueca—. Lo siento, ¿dónde están mis modales? Probablemente, quiera amenazarme. ¿Podemos hablar de ello mientras tomamos el té? Tendremos que esperar un poco a que la caldera se enfríe para manipularla, y luego quizá podría ayudarnos a transportarla hasta la tienda.

Sin esperar una respuesta, el gnomo se dirigió hacia el faro con el joven llamado Lexi pisándole los talones. Jengar y *Pirita* intercambiaron una mirada como si los dos

se estuvieran preguntando dónde se habían metido, y luego los siguieron a pie.

—¿Ocurre con regularidad? —preguntó Jengar sirviéndose más galletas de mantequilla. *Pirita* ladró, y automáticamente Jengar alargó la mano poniendo la golosina cubierta de miel al alcance del perro.

—¿Que el barón envíe a algún bravucón con espada para informarme de que mi presencia es inoportuna? Al menos una vez cada dos o tres semanas durante los últimos tres meses desde que empezó la primavera. No puedo entender qué le ha pasado, porque, aunque no solía ser agradable, sí al menos tolerable.

Los cuatro —el guerrero, el joven, el perro, y el gnomo— estaban en un pequeño rellano desde el que se observaba la planta principal del faro. En el centro se abría un inmenso espacio vacío que había sido, hasta hacía poco, el alojamiento del buque del exterior. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de herramientas y planchas de corcho, separadas por un par de puertas enormes, en ese momento abiertas. En una gran pizarra se acumulaban los cálculos lanzar una piedra por encima de un lago. Del techo colgaba toda clase de maquetas de, supuestamente, aparatos marinos; barcos con alas de murciélago, aletas de delfines y velas horizontales; dragones marinos y delfines; cuerpos de mimbre recubiertos de papel; grúas plegadas y pájaros cantores de papel. Algunas eran de metal y producían un sonido musical al chocar unas con otras debido a la leve brisa. La luz penetraba a través del umbral de la puerta y de unas aberturas situadas en la parte superior del faro.

—Pero ahora quiere echarse —dijo Jengar sin modular la voz.

—Y la cuestión es por qué. Reorx sabe que he hecho experimentos mayores y más ruidosos. ¿Por qué el viejo barón no quiere que perfeccione mi aparato para viajes marinos a motor sin magia?

—¿Qué utilidad tendría? —preguntó Jengar.

El gnomo miró al guerrero y dijo brevemente:

—Pues, navegar más rápido, claro.

Jengar se movió incómodo.

—Bueno, en cualquier puerto puedo comprar un pasaje para un buque grande, aunque ciertamente más lento e impulsado por el viento. Y se dice que en las Torres de la Alta Hechicería se pueden conseguir unos anillos que permiten moverse por el aire y otros que facilitan un movimiento similar encima del mar. Y a eso hay que añadir toda una serie de monturas que hacen posible moverse por encima y por debajo del mar, es decir, caballos, leones de mar, dragones y otros artefactos. ¿Será éste más rápido que todos los citados?

El gnomo se encogió de hombros intentando concentrarse en la cuestión. Fue Lexi, su aprendiz, el que rompió el silencio:

—Hay mucha gente que no considera a los dragones sus aliados, ni cree en la

magia. Gente normal, como usted y yo.

—Tú quizá —dijo Jengar con una leve sonrisa, y cogió otra galleta. *Pirita* ladró de nuevo y Jengar se la dio también esta vez.

El gnomo estaba muy inquieto.

—No puedo entender la hostilidad del barón. Este propio es mucho menos arriesgado que mi escalera automática...

—Que se despeñó por un acantilado —dijo Lexi suavemente.

—... o mi golem de madera que hacía juegos malabares con fuego...

—Que se quemó en la primera prueba —añadió Lexi.

—... o mi detector de volcanes invisible...

—Que no hemos vuelto a ver desde que lo pusimos en marcha —dijo Lexi.

—Sencillamente, no lo entiendo —repitió el gnomo—. ¿Por qué ese interés ahora en intentar echarme del pueblo?

—¿Sabéis —dijo Jengar cogiendo otra galleta—, por qué ninguno de los otros ha vuelto? —*Pirita* volvió a ladrar y Jengar le acercó la galleta sin pensarlo—. Los otros... «amenazadores».

El gnomo volvió de su ensimismamiento.

—¿Eh? ¿Los otros guerreros? Bueno, vienen aquí, ven lo que hago, y luego se marchan. Algunos se quedan por aquí el tiempo suficiente para ayudarnos con los materiales pesados. Los más insensibles están tentados de hacer algo, pero al final deciden que el viejo barón quizá no sobrevivirá para cumplir la promesa y se marchan en busca de nuevos horizontes. Lleva una varita mágica, ya sabes.

—Sí, la vi colgando de su cinturón y no supe distinguir si era un mero adorno o una amenaza.

—Algunos de los bravucones regresaron al pueblo, pero nunca los volví a ver. O bien cambiaron de opinión, o...

—El viejo barón miente cuando dice que ninguno ha vuelto —acabó Jengar.

—El viejo barón tiene arranques de genio —dijo el gnomo.

—El viejo barón es un viejo grano de pus y un gusano avaro —gruñó Lexi.

—Lexi, respeta a los ancianos —dijo Tic bruscamente y miró a Jengar—, incluso aunque tengas razón —y soltó una risita.

Dejaron de conversar durante un rato y, mientras tanto, Lexi recogió la bandeja del té. El móvil de campanillas en forma de pez tintineaba suavemente y los últimos rayos de sol del atardecer dibujaban brillantes cuadrados sobre la pared.

—¿Así que ahora vas a amenazarme? —preguntó Tic alegremente.

—Ya sé por qué los otros... bravucones fallaron. Eres la persona más desconcertante que jamás he conocido —sonrió Jengar.

—Todo el mundo dice que soy encantador —dijo el gnomo—, pero yo procuro que Lexi aprenda a manejar la espada y la honda, porque en algún momento, antes o

después, el viejo barón encontrará a alguien deseoso de hacerle el trabajo sucio, y entonces —suspiró— tendremos que defendernos lo mejor que podamos.

Jengar suspiró con simpatía y dijo:

—Rondan demasiados bravucones por ahí desde la guerra.

—Lo mejor sería que continuaras tu viaje.

Jengar cogió otra galleta, la examinó, y automáticamente se la dio al perro.

—No puedo. He prometido volver e informar al viejo barón.

—Pareces mucho más implicado en el asunto de lo que desearías.

—Me temo que no puedo evadir mi responsabilidad.

—Siempre puedes quedarte aquí durante un tiempo y ayudarnos a reconstruir el edificio.

—Quizá después. Di mi palabra de regresar.

—¿Y no puedes faltar a ella? —dijo el gnomo—. Puedes inventar una buena excusa, como que soy el único que puede prevenir una incursión de los monstruos marinos.

—Estoy obligado a decir la verdad.

El gnomo exhaló un largo y leve suspiro como si quisiera decir que los humanos no tenían remedio, y, a continuación, propuso:

—Dejaré que Lexi te acompañe. De todas formas, tiene que recoger algunas provisiones.

A Lexi se le iluminó el rostro al oír eso.

—¡Necesito cinco minutos para lavarme! —gritó regocijado, y salió disparado escalera abajo. Poco después, se oyó el sonido del agua fluyendo de la bomba y a Lexi chapoteando en ella vigorosamente.

—¿No puedo convencerte de que cambies de idea?

—No depende de mí. Si prometo algo, no puedo echarme atrás.

—Entonces, esperemos que los dioses te guarden. ¿Otra galleta?

Jengar alargó la mano hacia el bol, casi vacío, y luego la apartó.

—No voy a coger más, aunque debo felicitarte por lo buenas que están. No son nada pesadas y parecen más ligeras que el aire.

Lexi se mostró muy locuaz y amistoso durante todo el camino de regreso al pueblo. El maestro Tic le había tomado como aprendiz hacía años y ahora hablaban de formar una sociedad. Aunque le faltaba la gran imaginación del gnomo, Lexi poseía una capacidad práctica que equilibraba las buenas intenciones del gnomo y reducía los riesgos al mínimo. De todos modos, Tic parecía menos peligroso que la mayoría de los gnomos, lo que hacía la hostilidad del viejo barón aún más misteriosa.

Lexi evitó el tema cuando Jengar lo sacó a colación y, en su lugar, se enzarzó con entusiasmo a jugar con *Pirita* tirándole un palo para que lo fuera a buscar. Jengar se

percató de que el joven se había frotado y restregado hasta casi arrancarse la piel, lo cual era un comportamiento raro, pero no excepcional, para un simple viaje a la ciudad.

Lexi acompañó a Jengar hasta la mansión del barón y se ofreció encarecidamente a esperarlo, aunque Jengar rechazó la oferta. El simpático joven dio unas palmaditas de despedida a *Pirita* y se marchó al pueblo.

Un guardia con cara de bruto llevó a Jengar en presencia del viejo barón. El estrecho y oscuro despacho estaba iluminado por un pequeño brasero situado tras la silla del noble. El efecto óptico tendría que haber sido el reflejo del halo de su persona, pero, en realidad, parecía que se le estuviera quemando la nuca.

El viejo barón se inclinó hacia Jengar y le indicó que tomara asiento.

—¿Se ha ocupado usted del asunto?

—He comprobado la situación tal como usted me pidió. Dije que, o bien eliminaría al gnomo, o descubriría por qué los otros habían fracasado, y esto último es lo que he hecho.

Éstas no eran las noticias que el noble esperaba. Frunció el ceño, se quedó callado durante unos instantes y luego empezó a dar unos golpecitos nerviosos en su varita con la mano. Al final dijo:

—¿Y?

—El gnomo, el maestro Tic, es un gnomo típico, pero no significa ninguna amenaza para usted o para el pueblo. De hecho, es un tipo bastante simpático. Parece que los otros guerreros que usted mandó se dieron cuenta de ello y sencillamente siguieron su camino. —Se produjo un silencio que sólo perturbaban los golpes del barón en la varita.

—Pero usted ha vuelto.

—Dije que lo haría. Mi maldición es decir la verdad.

—Eso es lo que dijo, y como contaba con esto, mandé un mensajero ayer por la noche a Soto de Trent y volvió con pruebas de su sinceridad. Parece que el alcalde está disgustado con su manía de decir la verdad.

—No estaba de acuerdo con mi análisis acerca de sus alojamientos.

—Ya, es esa «franqueza» de la que no para de hablar la que le llevó a destrozar esos alojamientos.

—Sí, hubo una pelea. Lo siento, pero los hijos del alcalde atacaron primero.

—El alcalde de Soto de Trent ha preguntado si le retendría con cargos. Estoy inclinado a complacerle, ya que parece que usted utiliza su sinceridad como una excusa para insultar a sus anfitriones dondequiera que va. Sin embargo, debería ser justo y...

—¿Qué quiere decir? —Jengar se movió incómodo. A lo largo de su vida había aprendido que cuando uno empleaba la palabra «justo», las cosas dejaban de ser

justas inmediatamente.

—Vuelva y termine su trabajo. Elimine al gnomo. Mandaré noticias a Soto de Trent de que usted ha seguido su camino. El alcalde es un viejo estúpido y enseguida estará ocupado con otros asuntos.

—Casi preferiría no hacerlo —dijo Jengar.

—Sus «casis» no cuentan —dijo el viejo barón moviendo la varita con gesto ausente delante de *Pirita*—. Guardaremos sus posesiones como señal de buena fe.

—¿Posesiones?

—Su perro bebedor de cerveza —dijo el noble con una sonrisa forzada, como acartonada.

—Si fuera la mitad de valiente de lo que cree que soy, podría acabar con usted ahora.

—Quizá. Pero tal vez le costaría la vida. O la de su compañero. —Se inclinó de nuevo hacia el perro. *Pirita* gruñó justo cuando Jengar alargaba la mano para hacerlo callar. Pero Jengar no fue lo suficientemente rápido y el animal se acercó brincando al mezquino lord.

—Observa y aprende —dijo el viejo barón enseñando la varita al perro y murmurando algo entre dientes. *Pirita* no llegó a acercarse del todo, pues se quedó paralizado a medio camino entre el guerrero y el estrado y se quedó colgando allí, atrapado en el interior de una esfera de suave brillo.

—Bonito, ¿no? —dijo el noble con una sonrisa—. Este juguete fue encontrado hace mucho tiempo en lo que ahora es el faro del gnomo. Mire. —Murmuró algo más moviendo la varita otra vez y la esfera empezó a contraerse por todos los lados. *Pirita* también se contrajo y disminuyó a la mitad de su tamaño original. El perro emitió un gemido de sorpresa y de miedo.

El viejo barón se inclinó hacia adelante.

—¿Tengo su promesa de que libraré al pueblo de la amenaza del gnomo?

Jengar frunció el ceño.

—No puedo prometer nada —dijo con un fastidio que casi rozaba el enfado.

El viejo barón soltó una risita.

—Sí que puede. Eso es lo que le hace ideal para este trabajo. Los otros que mandé, todos unos cobardes o unos desgraciados, fueron sobornados con grandes ideales y un poco de té. Usted puede prometer y tiene que mantener su promesa.

—Los que le decepcionaron en el pasado fueron reducidos a la nada —conjeturó Jengar.

—Es usted quien lo dice, no yo, y usted siempre dice la verdad.

El viejo barón murmuró algo por tercera vez y el globo el que estaba *Pirita* flotó hasta la base del estrado. El asustado animal giraba dentro de la esfera desesperado buscando una salida.

—Las funciones corporales son más lentas dentro del globo, pero al final siempre se produce la inanición y la asfixia —dijo el barón en un tono informal, y luego añadió casi susurrando—: Uno de los bravucones duró dos semanas, todo un récord.

»Quiero al gnomo y a su pequeña industria fuera de mis tierras —continuó el noble levantando la voz con una fuerza sorprendente—. Si no me lo promete, temo por usted y por su perro.

Jengar se quedó callado.

—Si necesita pensar sobre ello —dijo el barón dulcemente—, dé un paseo por el pueblo. Yo estaré aquí, y el perro también.

Jengar se arrodilló y miró al perro a través de la esfera. *Pirita* se había calmado, y permanecía sentado con la lengua colgando como si estuviera esperando la cena.

—Todo va bien, chico. Te sacaré de aquí —y mirando al viejo barón añadió—: Déme tiempo para pensarlo.

—Tómese su tiempo, pero vuelva antes del anochecer. Me acuesto temprano y me disgustaría ver que le ocurre algo a su preciada posesión mientras usted duda. —Y cuando Jengar cerraba la puerta tras de sí oyó cómo el viejo barón se reía.

El noble se agachó y levantó la esfera mágica admirando su trofeo.

—Tendría que haber pensado en esto antes. Si amenazas a un hombre, resiste, pero si amenazas a su perro, bueno, eso ya es otra cosa, ¿no? ¡Oh!, tu nombre no es adecuado, *Pirita*, porque tú eres muy valioso para mí.

El perro gruñó e intentó morder al hombre a través del globo, lo que provocó que el viejo barón estallara en risas.

Jengar fue andando hacia el pueblo. La brisa del atardecer había empezado a soplar y el sol se estaba poniendo. Había pensado en abandonar a *Pirita*, pero no había duda de que vendría otro guerrero que sería lo suficientemente despiadado para cumplir la orden del viejo barón y lo bastante estúpido para cogerle la palabra.

El guerrero entró en la posada de La Cabeza del Lobo. Al menos su reputación ante el barón era buena, y una o cinco cervezas le ayudarían a vencer su resistencia al asunto. Podía eliminar al gnomo, suponía, pero parecía una acción totalmente innecesaria. Se preguntaba por qué el mezquino lord había tolerado los anteriores inventos del gnomo y, de repente, se oponía a un barco a motor.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no los vio hasta que no estuvo casi encima de ellos. Sentados al lado del pozo delante de la posada, se encontraban el joven, Lexi, y la camarera, Melissa. No repararon en él y tampoco lo habrían visto aunque se hubiera acercado haciendo repicar sus armas y cantando a pleno pulmón. Estaban cara a cara, con las frentes juntas, pendientes únicamente el uno del otro. Hablaban tan bajito que Jengar no podía oírlos, pero tampoco quería molestarlos.

Al cabo de un rato, Melissa se levantó, besó a Lexi en la frente y regresó a la

posada. Lexi se levantó y la observó mientras se alejaba, por eso no se percató de Jengar —ni del resto del mundo— hasta que la chica desapareció.

—¿Hace mucho que nos observas?

—Un rato —repuso Jengar sin darle importancia—. ¿Cuánto tiempo hace que os veis así?

Lexi se ruborizó y su rostro parecía aún más rojo con los últimos rayos de sol.

—No es ningún crimen. Sólo tiene tres años más que yo, y no pretendo pedir su mano hasta que no sea maestro inventor.

Sonaba como una frase que se había repetido a sí mismo cientos de veces hasta que le sonó razonable, y quizá lo fuera. Además, eso explicaría su obsesiva devoción por el gnomo, pensó Jengar.

—¿Y qué piensa el posadero de esto?

—Le gusto, pero cree que soy demasiado joven. Me temo que cederá a las peticiones del viejo barón y la presionará para casarse con el grano de pus.

Lexi se quedó callado y Jengar al cabo de un rato dijo:

—Ésa es una posibilidad nada desdeñable.

—¿Es cierta la historia que contaste a Melissa y a los demás? —preguntó el joven—. Lo de la maldición de decir siempre la verdad.

—Demasiado cierta, como que ahora mis problemas son mayores que antes. —Le contó su encuentro con el viejo barón y que *Pirita* estaba retenido como rehén para forzar su cooperación. Lexi estaba indignado, pero no resultó de gran ayuda que terminara todas sus frases con improperios del tipo «grano de pus» o «gusano devoradinerero».

—Sea como fuere, lo cierto es que estoy enfrentado a un dilema: para rescatar a *Pirita*, tengo que acceder a eliminar a tu maestro, Tic.

—¡Ya lo sé! Podemos volver con Tic y explicarle la situación, y quizás él se marche durante un tiempo para que el viejo barón se calme y se olvide de lo que sea que le molesta.

Jengar miró al joven lentamente durante un rato y luego dijo:

—Pero entonces, tendrías que irte con él.

—Bueno, supongo que sí.

—Exacto, y ello no soluciona los problemas de nadie, excepto quizá los del viejo barón. —Miró a Lexi con intención, pero éste no se percató del significado de la mirada.

—Ojalá hubiera una manera de librarse de esa vieja verruga. Quizá podríamos hacerlo desaparecer en mitad de la noche. Tú manejas bien la espada, tal vez podrías...

Jengar negó con la cabeza.

—Algunos guerreros emplean su espada cada vez que ven una injusticia o una

oportunidad, y luego se sorprenden cuando el mundo entero los rechaza y, al final, todos se sienten abatidos. Al menos aprendí esa lección del dragón.

Se hizo el silencio mientras las sombras se alargaban cada vez más. Por fin, habló Jengar:

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo—. Lexi, regresa con tu maestro y dile que aceptaré su oferta de trabajar con él. —Y se levantó para volver a la mansión.

—¿Adónde vas? —gritó Lexi.

—Tengo que hacer una promesa al barón —respondió—, y tengo que hablar con mi perro.

Jengar apareció por el faro a la mañana siguiente, justo cuando Lexi y Tic estaban reparando la gran vela en forma de media luna y la caldera de vapor.

Jengar contó la verdad a Tic, ya que no podía hacer otra cosa. Dijo que estaba sufriendo una gran presión y que había accedido a «limpiar la zona de la amenaza del gnomo».

—Ésas fueron exactamente mis palabras —suspiró.

Tal como Lexi había pronosticado, Tic se ofreció para trasladarse, e incluso empezó a diseñar unos planos para colocar el faro sobre una base y moverlo hacia el interior. Jengar le arrebató los planos de las manos y los cambió por otros que había dibujado la noche anterior en la posada. Tic dejó escapar un leve silbido y frunció el ceño.

—No flotará —dijo Tic, lo cual era un comentario muy mordaz viniendo de un gnomo.

—Sí que flotará —insistió Jengar.

El gnomo suspiró.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque he dicho que lo haré, y yo siempre digo la verdad.

El gnomo consideró la lógica del argumento y no tuvo más remedio que estar de acuerdo.

El resto de la semana lo pasaron reconstruyendo el aparato según los nuevos planos. Lexi, Jengar y Tic cortaron la madera, repararon el casco y los pontones y cubrieron el armazón con resina. Lexi demostró ser bastante entendido, al menos más de lo que Tic había supuesto. A menudo, Lexi hacía una sugerencia y su maestro la rechazaba, pero entonces Jengar reafirmaba la decisión del primero. Al cuarto día, Lexi explicaba directamente sus recomendaciones al guerrero, por supuesto cuando Tic estaba en otra parte para no herir los sentimientos de su maestro.

Por las tardes, el poco tiempo que les quedaba libre, Lexi visitaba a Melissa, bajo la vigilancia del tabernero, y Jengar iba a ver a su amigo encarcelado. Llevaba consigo los últimos proyectos y libros de cálculos elaborados durante el día, pero sólo los sacaba cuando los dejaban solos.

El barón tenía a sus hombres escuchando a escondidas y éstos le informaban de que Jengar pasaba la mayor parte del tiempo contando al perro los acontecimientos del día y describiendo el disparatado aparato que el gnomo estaba construyendo en esos momentos. A veces, Jengar hacía una pregunta al perro y éste respondía con un ladrido o un gruñido. Jengar también pedía al perro, con mucha frecuencia, que tuviera paciencia.

Los guardias también explicaron que un día, cuando asomaron la cabeza por detrás de la pared, vieron al guerrero arrodillarse delante del globo y cogerlo con las manos. Primero pensaron que estaba intentando llevarse la esfera a escondidas, pero no levantaba el globo, sólo lo abrazaba y hablaba con voz dulce y baja. No entendieron qué decía, pero el perro apoyaba la cabeza en el borde de la esfera casi tocando la cara del guerrero. La voz de Jengar era vacilante y entrecortada, y los guardias, que no querían ser descubiertos, se retiraron.

El viejo barón hizo un ademán con la cabeza. Quizás el guerrero era menos valiente de lo que parecía y no era capaz de llevar a cabo el horrible encargo de librarse del fastidioso Tic y de su blandengue asistente. Si por él fuera, ya le habría cortado la cabeza a esa comadreja y se hubiera deshecho de Lexi, pero bueno, había que mantener las apariencias. Era más fácil hacer desaparecer a los extraños que a los aldeanos conocidos, al menos no habría tantas preguntas.

Sus espías le contaron además que Jengar y Lexi cenaban en la posada cada noche a su costa. La amistad del guerrero con el gnomo y su ayudante incomodaba al barón, y una noche, cuando Jengar se marchaba de la mansión después de visitar a su perro, decidió presionarlo.

Jengar estuvo inflexible pero educado, y medía mucho sus palabras.

—¿Usted dijo que se iba a librar del gnomo! —gritó el mezquino lord en la cara de Jengar.

—Dije que iba a eliminar la amenaza del gnomo y que lo haría en siete días. Sólo han pasado cinco.

—Y durante este tiempo ha estado aumentando mi cuenta con el tabernero y engordando a mi costa a ese estúpido ayudante.

—Acabaré con la amenaza del gnomo —dijo Jengar.

—Eso dijo usted hace cinco días.

—Y lo digo ahora igual que lo dije antes —contestó Jengar pausadamente—. Estoy ayudando al maestro Tic a resolver algunos problemas, y luego todo estará listo para el acto decisivo. Soy consciente de que tengo que apresurarme.

—¿Qué puedo hacer para darle prisa? —preguntó el viejo.

—Bueno —dijo Jengar sonriendo irónicamente como si acabara de ocurrírsele—, puede organizar una fiesta de despedida.

Jengar no esperó la respuesta del viejo barón, cuyos gruñidos y blasfemias

siguieron al guerrero hasta la puerta.

Dos días más tarde todo estaba a punto. Lexi hizo correr la voz por el pueblo y mandó un aviso escrito a la posada anunciando que el maestro Tic-catacric había resuelto uno de los grandes misterios de la época y, a mediodía, haría una demostración de su más reciente invento. La noticia se extendió rápidamente por los pueblos vecinos y, a las doce menos cuarto, todos los habitantes del pueblo y los de los alrededores se habían reunido en el faro con expectación.

Incluso Soto de Trent mandó a un representante, uno de los hijos ilesos del alcalde, un tipo engreído y remilgado que inmediatamente se puso nervioso por la presencia de Jengar en el lugar.

El viejo barón estaba fuera de sí. Siguiendo la sugerencia de Jengar, había dispuesto un almuerzo para los asistentes, pero el número de visitantes era mucho mayor de lo previsto y las reservas de la despensa de la posada se estaban acabando. En esos momentos recorría la playa de un lado a otro entre los invitados, viéndoles comer y beber y divirtiéndose a sus expensas. Pero, por ahora, no había señales de Jengar, Lexi, o el gnomo, y el tabernero y Melissa estaban ocupados cocinando.

El viejo barón pensó que cuando el mozo se largara ya tendría tiempo para perseguir a la muchacha tranquilamente. Pidió otra cerveza, aunque el calor y el ejercicio realizado para llegar hasta el faro ya se notaban en su rostro acalorado y desagradablemente congestionado.

A mediodía se oyó el toque de trompetas —algo desafinadas, pues de hecho eran el legado de un invento previo del gnomo—, y las puertas del faro se abrieron de par en par.

Jengar, Tic y Lexi empujaron con gran esfuerzo un inmenso vehículo de ruedas tapado con una tela. Los tres llevaban unos pantalones cortos negros y camisetas blancas abiertas en el pecho. En la cabeza lucían unos pañuelos rojos a modo de adorno. Jengar parecía un pirata, Lexi un niño que jugaba a piratas y Tic, un gnomo con pañuelo rojo.

Empujaron lentamente su artilugio hacia la playa y, tras recorrer unos metros, algunos aldeanos se acercaron para ayudarles a moverlo entre la muchedumbre. Tic dejó de empujar y pasó a dirigir la operación, hasta que al final el gran aparato fue colocado en el lugar previsto. El gnomo rogó silencio a la multitud con un gesto.

—Señoras, señores, ciudadanos, apreciados nobles y visitantes —dijo Tic de carrerilla mientras la gente se inclinaba hacia adelante para captar su fina voz. Tic hizo una pausa, y por un momento Jengar pensó que el gnomo iba a continuar con su elaborada presentación pero, en lugar de eso, el pequeño ser tomó de nuevo la palabra y fue, por una vez en su vida, directo al grano—. Como sabéis, he emprendido una nueva dirección en mis investigaciones con el fin de que el hombre, y con eso me

refiero a todas las criaturas buenas y sensibles... mmmm, sin aletas, ni branquias, ni adaptaciones similares, puedan surcar los mares sin la ayuda del viento, monstruos o magia. Para conseguir ese objetivo, he contado con la ayuda del viajero Jengar y, desde luego, de mi antiguo ayudante Lexi. —Se escucharon unos aplausos de educación, y tanto Jengar como Lexi se inclinaron teatralmente.

»Por lo tanto, y sin más —dijo el gnomo— aquí os ofrezco los frutos de mi labor: *¡El Dragón del Mar!*

Lexi y Jengar retiraron la tela para mostrar su trabajo. Parecía un platillo cubierto de lona sobre unas pequeñas ruedas, al que se había adaptado una caldera y una vela en forma de ala. Un reducido quemador de carbón, que echaba humo por la popa, calentaba una caldera de latón en forma de cafetera que estaba atada con diversos engranajes y cadenas a un propulsor situado en la parte trasera. Para equilibrar el artefacto, de los lados sobresalía toda una serie de balancines terminados en unos pontones en forma de globo. Se había colocado un único asiento en el control de mandos, delante de una compleja red de alambres y cuerdas conectadas a la vela, y se había atado una gran palanca a modo de freno a un remo que colgaba en la popa. Justo detrás del control de mandos, se encontraban dos asientos más.

El artilugio estaba todo pintado de luminosos tonos de rojo. El platillo de lona tenía un matiz carmesí brillante y la madera del timón, de los balancines y de los pontones se había barnizado de color púrpura. Hasta el latón de la caldera tenía un brillo rojizo. La vela se había teñido de un ocre rojizo oscuro y relucía bajo el sol.

La multitud aplaudió educadamente cuando apareció el vehículo. El viejo barón se quedó paralizado, como si le hubiera causado sensación algún detalle fascinante del diseño. Luego, se percató de que Melissa, que acababa de llegar con más cervezas y comestibles, contemplaba con ojos soñadores a su héroe, Lexi, y de repente le volvió el dolor de cabeza.

Tic levantó las manos pidiendo silencio.

—Para hacer una demostración de este nuevo aparato, mis compañeros y yo saldremos al océano, sin la ayuda de magia o viento normal. Si funciona, de lo cual estoy seguro, se ofrecerán recorridos gratis a aquellos que tengan el valor suficiente de adentrarse en la bahía. Lo haremos durante el resto del día o mientras haya carbón.

Lexi y Jengar ya estaban llevando el aparato al agua. Todos consideraron una señal excelente que el invento no se hundiera inmediatamente. Cuando estuvo a flote, desengancharon las ruedas con facilidad. Los dos hombres, el joven y el adulto, mantuvieron el aparato estable mientras el gnomo se acercaba por el agua hacia el vehículo. Le ayudaron a subir a bordo, y luego lo siguieron.

Cumpliendo con el ceremonial, se ataron los cinturones y se colocaron firmemente en sus respectivos sitios.

Con un ademán triunfal, Tic puso en marcha el control de mandos y bajó la

palanca del freno. Las válvulas de vapor se cerraron lentamente y la hélice se puso en funcionamiento moviendo el aire con amplias y suaves vueltas. Por un momento, se hizo un silencio abrumador que sólo era perturbado por el silbido del vapor y el pausado golpeteo del aire de la hélice. Luego, muy lentamente, el aparato empezó a moverse hacia adelante.

Al principio, el impulso era imperceptible, y bastantes de los presentes pensaron que sólo era una ilusión producida por su deseo de que el aparato se moviera. Pero no, a medida que la hélice iba moviendo el aire, el extraño barco empezó a deslizarse por voluntad propia. De repente, la multitud estalló en aplausos y felicitaciones, pues el triunfo del gnomo estaba demostrado.

A medida que el aparato avanzaba y la velocidad aumentaba, también empezó a elevarse y a perder contacto con el agua. Cuando estaba en la parte más alejada de la bahía, cerca de los bajíos de roca negra que cerraban el puerto, Tic tiró con fuerza de los alambres y la cuerda, y el barco giró obedientemente de regreso al faro.

En su primer viaje, el barco se dirigió directamente a la playa, donde estaba la multitud, inclinándose hacia la derecha por la acción del freno en el último momento. Muchos de los asistentes se lanzaron instintivamente sobre la arena dorada, conscientes de que era el invento de un gnomo y de que, si algo tenía que salir mal, seguro que ocurriría en el peor momento. La ráfaga de aire que produjo el barco al pasar levantó las faldas y se llevó los sombreros volando por toda la playa.

La segunda pasada fue un poco más rápida y se llevó a cabo más cerca de la orilla. Todos aplaudían rabiosamente.

En el tercer recorrido, Lexi abrió un saco y lanzó el contenido por los aires como una onda, bombardeando a la multitud con trocitos de dulce envueltos en papel que la esposa del tabernero había preparado el día anterior. Los asistentes se volvieron locos de contento.

La última vuelta fue un paseo tranquilo hasta el faro, y la nave fue recorriendo su trayectoria a lo largo de los inmensos bloques de rocas que se erguían en la base del edificio. Jengar alzó la vista y vio a Lexi sonriente, y saludando con la mano a la multitud. El guerrero se percató de que todavía se sujetaba con fuerza a los lados de su asiento.

El Dragón del Mar salió del agua y tocó tierra justo en el lugar del que había salido en la playa por su propio impulso. El platillo crujió al desplazarse sobre la arena húmeda y fue a parar a menos de tres metros de los aldeanos allí reunidos. Los tres nuevos navegantes descendieron e hicieron reverencias mientras la multitud aplaudía, silbaba y voceaba.

—Muy bien —gritó Tic con una sonrisa, ¿quién es el primero?

El silencio creció entre la muchedumbre. Luego, un hombre se abalanzó hacia adelante gesticulando.

—¡Yo seré el primero! —gritó el viejo barón.

Lexi y Jengar se miraron.

—Yo voy a salir —dijo el noble erguido sobre el gnomo como un árbol azotado por el viento. Echó un vistazo para observar la reacción de Melissa, pero la había perdido de vista entre la multitud de alegres invitados.

—Desde luego, señor —dijo Tic—, déjeme comprobar las líneas y luego...

—Tú no —espetó bruscamente—. Yo lo sacaré.

—Milord —dijo Jengar escogiendo cuidadosamente sus palabras—, Tic pilota mejor este maravilloso aparato que yo. Estará más seguro con él.

El viejo barón movió las manos y gritó:

—¡Tú! Tú dijiste que te ocuparías del gnomo y de su ayudante y, en cambio, los has convertido en héroes. Muchas gracias. No quiero oír nada de lo que dices. Ahora, voy a ser yo el héroe.

—Creo que lo que Jengar quiere decir —respondió Tic—, es que se trata de una operación tan delicada que hasta una persona tan poderosa como usted podría pasar por alto los sutiles detalles y...

El noble dijo vociferando:

—¿Quieres decir que un herrero fracasado, un gnomo y un joven inexperto pueden navegar y yo no? Apuesto a que incluso el maldito perro sabe cómo manejar este aparejo. Yo he pagado esta maldita fiesta. Dejádme subir.

Lexi y Tic se miraron y se encogieron de hombros. Jengar permaneció callado y solemne. Tenía los ojos fijos en un punto a la derecha por detrás del viejo barón.

—Míralo de esta forma —gruñó el mezquino lord—. Si esto resulta ser un invento de éxito como parece, quizá decida quedármelo y devolverte a tu compañero «atrapapulgas». ¡Piénsatelo!

Jengar suspiró mientras Tic comprobaba los mandos y lo ponía todo a punto. El viejo barón se ataba firmemente al control de mandos tal como había visto hacer a los otros.

Jengar, con el agua hasta las rodillas, pulsaba los diferentes controles.

—Válvula reguladora. Alimentación de vapor. Timón. No le recomiendo que haga esto, barón y, sinceramente, no puedo decirle que siga adelante.

—¡Sinceridad! Esto significa muy poco para ti, maldición o no. Dijiste que eliminarías la amenaza del gnomo el viejo barón.

Jengar bajó la mirada, casi avergonzado.

—Sí, y esto podría significar más de una cosa. Un gnomo que no os amenaza no es una amenaza. Y también hay una diferencia entre la amenaza de un gnomo y amenazar a...

El viejo barón le obligó a bajar a gritos con un potente «¡Lárgate!», y abrió el suministro de vapor al máximo.

El Dragón del Mar salió disparado hacia adelante como si le acabaran de liberar de una larga cautividad. El barco dio una fuerte sacudida y se inclinó hacia la izquierda. El noble trajinaba los mandos con la cara más roja que el propio barco.

Aunque se había puesto en marcha con un buen nivel de vapor, *El Dragón del Mar* empezó a navegar cada vez más rápido, como si estuviera impulsado por la ira y el resentimiento del viejo barón. Dio una primera vuelta cerca de la orilla y una segunda todavía más cerca. Las dos veces levantó, al pasar, unas fuertes oleadas de espuma que salpicaron a los invitados más cercanos. A medida que la velocidad aumentaba, el platillo parecía no tocar la superficie, y el viejo barón se agarraba fuertemente a los mandos.

Luego, el aparato giró hacia la ensenada y los bajíos, y penetró en ellos con un propósito implacable. Jengar podía ver la pequeña figura del viejo barón intentando manejar los controles para llevar el barco hacia una dirección más segura.

Tic empezó a gritar.

—¡Lo sabía! ¡Va a hundirlo! ¡Va demasiado rápido! ¡Gira, maldito, gira! —Y diciendo esto se lanzó sobre la arena incapaz de seguir mirando.

Así pues, fue el único miembro del grupo que se perdió la mejor representación del éxito del gnomo, porque entonces *El Dragón del Mar* se elevó totalmente por encima de la superficie de la bahía. No a mucha altura y tampoco lo suficiente como para que el viejo barón tuviera la sensación real de volar, pero lo justo para sobrevolar las rocas afiladas que custodiaban la entrada de la bahía. *El Dragón del Mar* se hundió, luego se elevó de nuevo y se volvió a hundir, y así tres y cuatro veces, como si fuera una de esas piedras planas que se lanzan sobre la superficie del mar para que boten. El platillo rojo del aparato reflejó la luz del sol y brilló como si fuera sangre caliente. Los asistentes con mejor vista dirían después que la nobleza local todavía estaba intentando manejar los controles cuando el aparato se convirtió en un pequeño punto, y luego, finalmente, se perdió de vista.

Cuando se calmó el entusiasmo y se acabó la cerveza, los invitados se marcharon a sus casas. Al final, los únicos que quedaron en la playa fueron Tic, Jengar, Lexi, Melissa (estos dos muy cerca el uno del otro) y un escribano. Éste intentaba anotar sus observaciones lo más rápido posible para hacer la crónica de la tragedia inesperada. Estaban todos sentados en la base del faro, contemplando la puesta del sol, como si en cualquier momento una ráfaga de viento o un silbido de vapor pudiera indicar el regreso de *El Dragón del Mar*.

—Me temo que es culpa mía —dijo el gnomo tristemente.

—No, no lo es —contestó Jengar suavemente—, tú eres el menos culpable.

—Hubiera tenido que darme cuenta de que nuestros planes funcionaban demasiado bien. El elevador y el soporte eran tan perfectos que sólo un peso

considerable hubiera impedido que el aparato volara por propio impulso. El viejo barón no pesaba lo suficiente para la máquina.

Lexi hizo una mueca.

—¿Quién va a confiar en una máquina que se lleva consigo a la clase gobernante local?

—Algunos podrían considerarlo una ventaja —dijo Melissa quedamente, pero no tanto como para que no la oyeran.

En ese momento, *Pirita* apareció contento, más flaco debido a su semana de ayuno, aunque aparentemente eso había sido lo peor de todo su sufrimiento. No estaba claro si lo habían liberado los hombres del barón, o si finalmente el truco mágico había dejado de funcionar, pero el perro parecía estar muy contento consigo mismo. Llevaba entre los dientes una pequeña varita blanquecina.

—Con cada experimento aprendemos algo nuevo —dijo el gnomo—. Podemos construir un barco a vapor, siempre que resolvamos el problema de los saltos. Anclas. Creo que tendría que trabajar más sobre anclas. Una que no pese nada mientras no sea necesaria sería ideal. —Y el maestro Tic-catacric empezó a dibujar un borrador y a hacer planes.

—Podemos decir —dijo Jengar— que una bestia inmensa y terrible se llevó a vuestro lord. Fue un gran Dragón del Mar. Ésa sería la verdad, aunque no totalmente sincera. No creo que vuestro barón sepa cuál es la diferencia. Quizá siga viviendo en alguna parte por ahí, tal vez en una isla muy lejana. Al menos, así lo espero —terminó poniendo énfasis en la palabra «espero» mientras tocaba cariñosamente la cabeza de *Pirita*.

El perro bostezó y dejó caer la varita. Lexi la cogió y la levantó.

—Es la varita del viejo barón. Se le debe de haber caído en la bahía cuando *El Dragón del Mar* ha dado aquel gran salto y ha quedado atascado en la orilla.

—Es la única explicación razonable —murmuró Jengar diciendo la verdad, aunque no estaba siendo del todo sincero.

Jengar lanzó la varita hacia la playa y el perro se fue trotando en su busca con el pelo dorado ondeando al viento. Lexi y Melissa se cogieron las manos; Tic seguía dibujando sus ideas bajo la mortecina luz, y el escribano registraba los últimos momentos del día para futuras historias.

Y *Pirita* soltó unas risas al coger la varita de hueso por los aires, y siguió saltando y revolcándose a la luz del atardecer, de tal forma que su pelo parecía el trigo maduro mecido por una brisa estival, o finos y suaves hilos de oro.

Brigada de Ingenieros del primer ejército de los dragones

[Don Perrin]

Estaba parando de llover. El sonido del agua salpicando en los charcos había ido convirtiéndose lentamente en un leve goteo. Poco a poco, diversas siluetas empezaron a emerger de los lugares para refugiarse que habían podido encontrar. Todos se quejaban de la humedad y buscaban en vano madera seca para quemar. Otra persona también buscaba el campamento.

—¿Kang? ¿Jefe de zapadores Kang? ¡Saca tus posaderas escamosas de aquí antes de que te persiga como a un perro! ¡Kang! ¡Kang!

Incapaz de creer que alguien lo estuviera buscando, un inmenso draconiano bozak salió lentamente de la tienda cuartel. Caminaba un poco encorvado y vestía una armadura de cuero labrado. La usual espada de filo curvo que llevaban casi todos los guerreros draconianos no colgaba de su cinturón. En su lugar, se apreciaba una pequeña daga y una cuerda enrollada.

—Yo soy Kang —refunfuñó—. ¿Qué es lo que quieres, humano?

—Para ti, jefe de zapadores, soy Rajak, segundo ayudante del gran Señor del Dragón Ariakas. Debes acompañarme a la tienda de mando. Vas a recibir órdenes para la próxima operación.

Kang se quedó atónito. Antes de que el draconiano pudiera hacer alguna pregunta, el oficial se giró y empezó a caminar penosamente por el camino enfangado. El chisporroteo de las hogueras del campamento se reflejaba débilmente en la coraza del hombre.

Encogiéndose de hombros, Kang lo siguió respetuosamente. El draconiano pesaba el doble y medía diez centímetros más que el humano, pero en su cabeza sólo había lugar para la obediencia, la fuerza vital del draconiano. Desde salió del cascarón, había dedicado toda su existencia a servir al gran Señor del Dragón y a obedecer sus órdenes.

Órdenes... La larga lengua de reptil de Kang chasquea de emoción. Al menos, después de todo aquel tiempo, por fin recibía órdenes...

Como jefe de zapadores, la tarea de Kang era entrenar mantener y dirigir un escuadrón de ingenieros draconianos. Hacía tres meses que se estaban entrenando y habían construido todo tipo de puentes imaginables. Sin embargo, nunca habían empleado sus capacidades en combate ni habían obtenido el reconocimiento y el respeto que Kang sabía que se merecían. Su escuadrón no había pasado el bautismo de fuego.

No es que no se hubieran construido puentes. Todo el continente de Ansalon estaba surcado por ríos y corrientes, y también lagos. Los puentes eran necesarios

para facilitar el avance de las tropas terrestres y para transportar los suministros y equipamientos de asedio esenciales para el éxito continuado de una unidad de combate. Hasta el pasado año, el procedimiento usual era avisar al cuerpo de ingenieros draconianos para esa tarea.

Sin embargo, todo eso había cambiado desde que Golmitack, un Túnica Negra, y su pequeña banda de magos y druidas habían ganado el favor de Ariakas, Señor del Dragón. Golmitack alegaba que era mucho más eficiente dejar que los druidas calmaran las aguas y solidificaran los puntos de aproximación y que los hechiceros realizaran las estructuras con sus conjuros mágicos. Ariakas, también mago, había quedado impresionado por Golmitack y sus métodos deslumbrantes. Los ingenieros draconianos fueron relegados a vigilar la retaguardia, a hacer guardias, a realizar labores de cocina y a las letrinas.

Letrinas. Kang bufó enojado. Estaba harto de las letrinas.

Su escuadrón era el único escuadrón de ingenieros que quedaba en todo el ejército de Dragones Rojos. El mando estaba a cargo de los mejores draconianos sivaks de los alrededores, y él un bozak, los dirigía. Sus tropas estaban preparadas y dispuestas desde hacía meses para hacer cualquier otra cosa que no fuera cavar esas zanjas infinitas...

Kang se sentía complacido de haber sido requerido para una reunión de órdenes, pero no podía dejar de preguntarse por qué. No tenía sentido. El avance del ejército de Dragones Rojos había sido detenido por una serie de defensas construidas a toda prisa por guerreros humanos y enanos a lo largo de la única parte vadeable del río. El grueso de las fuerzas humanas estaba amenazando el flanco derecho del ejército de los Dragones, y corrían rumores de que algunos Dragones Plateados apoyaban a los humanos.

Kang suponía que el Túnica Negra Golmitack idearía un método para derrotar las defensas o construiría un puente sobre el río; o quizás el jefe de escuadrilla Bartlett dirigiría a los Dragones Rojos del Señor del Dragón en una incursión destinada a destruir a los fastidiosos defensores. En resumen, los planes indicaban que los ingenieros draconianos tendrían que cavar más letrinas, y Kang no necesitaba que un general de división o un gran señor se lo explicara.

El segundo ayudante Rajak se paró delante de la gran tienda del cuartel general.

—Jefe de zapadores, espera aquí hasta que te llamen.

Kang gruñó en señal de agradecimiento. Rajak entró en la tienda. Al abrir la solapa de entrada, Kang pudo oír los gritos del acalorado debate que estaba teniendo lugar en el interior y se quedó allí quieto y confuso. ¿Cuál era el problema?

Aparentemente estaba a punto de averiguarlo. Rajak volvió a salir.

—Jefe de zapadores Kang eres requerido a entrar. Cuando entres, gira a la izquierda, sigue recto hasta llegar delante del mapa de batalla, saluda, y ponte frente

al gran Señor. ¿Alguna pregunta? ¿No? Bien. Adelante.

El rango de jefe de zapadores estaba reconocido como un rango de oficial. Sin embargo, Kang no estaba acostumbrado a ser tratado como tal. Las tareas de cocina y las letrinas tendían a borrar el brillo de sus pasadores de metal. Se colocó bien la armadura y dio un rápido lengüetazo a las hebillas de sus guarniciones. Al entrar en la tienda, procedió según las instrucciones y saludó al gran Señor del Dragón.

—Jefe de zapadores Kang a vuestras órdenes, gran señor.

Ariakas era muy robusto para ser un humano. El rostro frío e inexpresivo del Señor del Dragón indicaba que era cruel, orgulloso y ambicioso. Kang, que sólo había visto a su comandante desde lejos, estaba bastante impresionado.

—Jefe de zapadores. —La voz de lord Ariakas retumbó por toda la tienda y, acalló todas las conversaciones—, ¿cómo estimarías la efectividad operativa de tu escuadrón de ingenieros en operaciones nocturnas?

Kang estaba pasmado. ¡Por la Reina! ¿Cómo iba a saberlo? Su escuadrón no había estado en combate desde hacía más de un año. No había forma de...

Al no recibir respuesta a su pregunta, lord Ariakas empezó a fruncir el ceño.

—¿Jefe de zapadores?

Kang respiró profundamente y respondió de la única forma que podía.

—Gran señor, estamos listos y a punto para combatir. Es un honor servir a un señor como vos...

Ariakas hizo un ademán de impaciencia con la mano.

—Sí, sí, muy bien. Ya basta de cumplidos y fanfarronadas. Necesito respuestas concretas y un plan para dentro de media hora. Como sabes, la construcción de puentes ha estado hasta ahora a cargo de los hechiceros y de los druidas. Pero ayer, y mediante poderosos conjuros mágicos, una patrulla de elfos tendió una emboscada y asesinó a nuestros dos druidas e hirió gravemente al hechicero Golmitack.

Kang intentó adoptar una expresión de profunda compasión y procuró que no se oyera el sonido de sus escamas tintineando de alegría.

—Tenemos que rodear esas malditas fortificaciones de los enanos. El ejército debe cruzar el río, flanquear las fortificaciones y destruir las defensas. Si no es así, seremos aplastados como bichos por los humanos cuando se introduzcan por nuestra derecha y ya no habrá forma de cruzar ese maldito río —prosiguió Ariakas.

El gran señor se acercó a grandes zancadas a un inmenso mapa de batalla que estaba extendido sobre una mesa de madera recia.

Diferentes tipos de señalizadores designaban al enemigo y a las unidades de tropas amigas, las fortificaciones y el terreno. Uno de los símbolos, el de un Dragón Plateado en el lado del enemigo, captó inmediatamente la atención del draconiano. ¿Dragones Plateados? ¿Sería posible?

La sangre de los draconianos suele ser fría, pero la de Kang estaba en ese

momento más fría de lo normal. Por un momento, tuvo dificultades para seguir las palabras de Ariakas, aunque el draconiano recuperó la atención de golpe al oír una sola frase.

—Jefe de zapadores —dijo Ariakas—, necesito un puente. ¿Dónde lo pondrías?

Kang perdió el miedo y el respeto. Su piel escamosa se erizó de emoción. Ariakas estaba pidiendo a Kang que emprendiera su bautismo de fuego, su primera oportunidad desde que era oficial. Kang estudió el mapa atentamente y la respuesta le resultó obvia.

—Aquí, gran señor. Yo construiría un puente flotante de un solo carril aquí.

Kang señaló una de las partes más anchas y profundas del río situada corriente abajo, más allá de las defensas enemigas.

Ariakas refunfuñó disgustado.

—¿Aquí? Jefe de zapadores, incluso teniendo en cuenta tu condición de draconiano, eres un idiota...

El gran Señor del Dragón hizo una pausa. Con la mano se frotaba la barbilla cubierta por una barba oscura de varios días. Poco a poco, en el rostro del gran Señor del Dragón se empezó a dibujar una mueca que se convirtió en una risita.

—Ya veo cuál es tu plan.

Kang respiró aliviado.

—Si me permitís dar más detalles, gran señor, yo construiría el puente corriente abajo, en la parte más ancha y más profunda del río. En primer lugar porque sería más fácil cruzarlo en aguas más tranquilas, y en segundo lugar porque nadie en su sano juicio pondría un puente allí y, por tanto, la seguridad y la discreción quedarían aseguradas. Cuando el grueso de nuestra infantería haya cruzado, ensancharemos el puente para que quepan las máquinas de asedio y las caravanas de carros.

Ariakas asintió.

—¿Qué hay de los materiales para construir el puente?

Las escamas de la espalda del draconiano se pusieron rígidas y luego volvieron a su estado natural, cada una alineada con la siguiente. Ésa era una reacción típica de los draconianos ante la tensión y el nerviosismo.

—Gran señor, el bosque de los alrededores nos servirá tanto para ocultar la construcción como para obtener los materiales. Podemos emplear los árboles grandes para los pontones subterráneos y los pequeños para disponer un camino de tablas. Los árboles largos y delgados pueden servir de vigas para unir los pontones. El escuadrón tardará tres días en tener los materiales a punto para construir el puente flotante, mi lord.

Ariakas sonrió.

—Tienes tiempo hasta mañana por la noche, jefe de zapadores. Ese puente estará levantado antes de que salga el sol el próximo día.

Las escamas del jefe de zapadores Kang se ajustaron con un chasquido fuerte.

—Entonces, necesitaré más hombres, gran señor...

—Imposible. No puedo cederte más hombres para ayudaros en la construcción. La desaparición de tropas en el terraplén alertaría al enemigo de nuestro... de mi plan. —Ariakas se dio la vuelta—. Jefe de escuadrilla Bartlett, vuestra escuadrilla de dragones permanecerá en tierra hasta que el puente esté levantado, excepto en caso de misiones de interceptación. No quiero que los jinetes de los Dragones Plateados puedan observar la construcción del puente. ¿Entendido?

Kang había estado tan atemorizado y nervioso que hasta ese momento no se dio cuenta de que estaban presentes otros oficiales. Al mirar, distinguió a tres generales de división, cada uno con su estado mayor, a diversos ayudantes del gran señor, y a otros especialistas y guardianes. La tienda estaba repleta de oficiales superiores.

Ariakas continuó dando órdenes. Kang permaneció quieto y en silencio como un poste de bronce cubierto de escamas.

—Jefe de zapadores, puedes retirarte. Empieza a trabajar enseguida. ¡Ah!, y a partir de ahora, asistirás a todas las reuniones de planificación.

—¡Gloria a nuestra Reina de la Oscuridad, gran señor! —dijo Kang saludando.

—Por la Reina —contestó Ariakas con gesto ausente.

Kang se dirigió a toda prisa por el camino de fango hasta la tienda cuartel de su escuadrón. Al levantar la solapa de la entrada, se quedó parado un instante saboreando el momento: con dos palabras iba a dar su primera orden real de combate. Para eso le habían incubado.

Entró en la tienda en silencio y saludó educadamente al centinela con un movimiento de cabeza. Apoyó las manos en su cinturón de cuero, inspiró fuertemente y gritó:

—¡Eeeen pieeee!

Por primera vez en toda su existencia se encontraba en su elemento. ¡Era su derecho desde que salió del huevo!

—¡Salid de la cama, pandilla de vagos! ¡Moveos! ¡En pie, bastardos perezosos! Os quiero afuera formados dentro de tres minutos, con chaleco y casco de combate, y equipo de construcción completo. ¡Vamos a trabajar! ¡Moveos!

Esta última orden causó sensación entre los draconianos. ¿Equipo de construcción completo? Eso sólo se necesitaba para construir puentes, puentes de verdad. El tiempo no estaba para hacer maniobras.

El escuadrón formó filas y aún le sobraron veinte segundos. Iban a ir a la guerra. Estaban de nuevo en la lucha.

Kang los miró uno por uno.

—Bien. Escuchad. Los jefes de tropa me informarán dentro de veinte minutos. El resto, desempolvad vuestras herramientas y planos de construcción. El jefe de

reconocimiento me informará ahora. El resto, ¡retiraos!

Cornos, jefe de la Tropa de Reconocimiento, se acercó perplejo.

Kang se lo llevó a un lado.

—Jefe de Reconocimiento, quiero que tú y tu tropa busquéis un buen lugar corriente abajo donde el río sea ancho y las aguas estén calmadas. Sí, ya sabes lo que quiero decir. El escuadrón llegará dentro de tres horas. Quiero que marques árboles para tablaje, pontones y vigas y que indiques un lugar para pasar la noche, y quiero que encendáis una hoguera, que no eche humo, bien oculta de la orilla opuesta, y al menos un gran roedor asándose para cuando yo llegue. ¿Está claro? Bien, en marcha.

La zona era un hervidero de actividad. Todos los miembros del escuadrón de ingenieros eran conscientes de la importancia de la empresa que iban a acometer. Todos saltaron de emoción ante la posibilidad de demostrar sus aptitudes ante los ojos de su superior.

El escuadrón de ingenieros estaba organizado en grupos de veinte sivaks y un bozak. Los sivaks aportaban la fuerza muscular necesaria para las operaciones de construcción. El bozak actuaba como jefe de tropa y el sivak superior como su suboficial. Su labor principal era la construcción de las partes y luego el ensamblaje de dichas partes para formar el puente.

El pelotón de Apoyo, que consistía en prácticamente la misma proporción de draconianos, fabricaba las herramientas, y era especialista en cavar las vías de aproximación al puente. La tropa de reconocimiento, o «reco», era la responsable de elegir el lugar exacto para situar el puente, marcar los árboles necesarios para la construcción, y defender el lugar durante los trabajos. También había en esa tropa algunos baazs, ya que la necesidad de malgastar draconianos de calidad superior como centinelas o cocineros era nula. Como rezaba el dicho: «si había alguna tarea vulgar, mejor dejar que la hiciera un baaz».

La tropa de reconocimiento también tenía a su cargo la no tan envidiable tarea de acceder a la orilla opuesta del río durante el ensamblaje del puente. Eso solía ser, tal como constaba en los pergaminos aprendidos, una misión suicida.

Kang mantuvo su propia reunión de órdenes con sus jefes de tropa dentro de la tienda cuartel. En el escuadrón nunca se había respirado tanta emoción ni tan buen ánimo. Kang no tenía que insistir en la importancia de la operación. Si tenían éxito, no sólo serían cubiertos de gloria, sino que lord Ariakas quizás acabaría despidiendo a esos furtivos Túnicas Negras y a los druidas que siempre andaban colgados de los árboles.

Cuando hubo dado las órdenes, los jefes de tropa volvieron a sus preparativos. Kang se apartó un poco con su suboficial, un inmenso sivak.

—Slith, esto es lo que hay. Vamos a construir un condenado puente y hay que aprovechar todo el maldito día. Por eso quiero que tú, como segundo al mando, seas

disciplinado y mantengas a esos sapos a raya. Así es como vamos a hacerlo. Quiero que las tropas nos miren y digan «ese Slith es un pobre bastardo de dragón, pero el jefe de zapadores Kang, ése es buen tipo». ¿Captas mi idea? Cuando haya que elogiarlos o darles ánimo, yo me encargo. Cuando haya que dar algún latigazo, o machacar alguna cabeza, tú entras en juego. ¿Qué te parece?

Slith sólo llevaba un mes como suboficial de Kang, aunque había sido un buen mes. Slith había demostrado ser más brillante que la mayoría de sivaks y despiadado cuando había que aplicar la ley. Probablemente, nunca conseguiría ser oficial, pero era un buen suboficial.

Los tensos labios de cartílago de Slith se abrieron por encima de dos líneas de dientes afilados como navajas.

—Estoy de acuerdo con el plan, jefe de zapadores. Mi única petición —y sus pupilas se empequeñecieron al calibrar el efecto que sus próximas palabras causarían en su oficial— es que me dejéis dirigir la sección de acceso al lado opuesto.

Kang quedó complacido con la petición. Slith estaba ansioso de demostrar sus aptitudes. Solicitaba la posición más peligrosa, es decir, defender el lado del río que estaba en manos enemigas.

Kang dio unas palmaditas en el huesudo hombro del sivak.

—No tengo que recordarte que quizá no regreses jamás por ese puente.

Slith sonrió aún más mostrando sus dientes.

Kang asintió:

—El honor es tuyo.

Justo cuando el sol se alzaba por encima de las verdes colinas que rodeaban el valle, el escuadrón de ingenieros llegaba en pleno a su destino. Se movían con el debido cuidado y sigilo por la maleza. Estaban fuera del perímetro defensivo del ejército de los Dragones, lo que significaba que se encontraban en Territorio enemigo. Pero en aquel momento, a Kang le preocupaba más el sol que los elfos, o incluso que los Dragones Plateados. Bajo los árboles todavía estaba oscuro aunque Kang ya percibía que el día iba a ser muy caluroso.

Los draconianos, nacidos de huevos de dragones corrompidos por la magia, son de sangre fría y pueden adaptar su temperatura corporal a la ambiental. Sin embargo, esa primavera había hecho un calor inusual y, bajo los árboles, cuando la temperatura era alta, el calor era sofocante. Algunos draconianos no podían adaptarse del todo. Era fácil distinguir si uno de ellos estaba agotado por el cansancio o había sufrido una hipotermia. Kang extendió las escamas de la espalda para que circulara el aire, tensó la piel de la cara y abrió la boca para refrescarse.

Temía que sus tropas no fueran capaces de llevar a cabo la ardua tarea con ese calor y no disponía de flexibilidad horaria para permitirse un retraso. Sin embargo, pensó que todos los draconianos de esa unidad estaban tan excitados ante la

inminente empresa como él y que, probablemente, se estaba preocupando en vano.

Al caer la tarde, los golpes de las hachas y el martilleo de los mazos de madera sobre los extremos de los postes sonaban como música celestial en los oídos de Kang. Estaba empezando a tararear una canción, cuando de repente se preguntó qué pasaría si lord Ariakas encontraba al jefe de zapadores cantando. Las escamas de Kang chasquearon sólo de pensarlo.

Kang pasó por delante de Slith y decidió ir a supervisar el trabajo.

La primera tropa estaba en pleno bosque cortando pinos altos y rectos. Los que debían ser talados estaban marcados en el tronco con una señal doble y brillante que habían hecho los miembros de la tropa de reconocimiento al llegar. Hacían caer los árboles y luego cortaban las ramas; sólo dejaban el largo tronco. Ésos iban a ser los raíles del puente que conectarían los pontones.

Kang observaba cómo trabajaban sus hombres cuando de repente se oyó un seco y fuerte zumbido.

El jefe de zapadores se tiró al suelo y se cubrió. El árbol situado a su derecha había explotado virtualmente por el impacto de... ¿de qué?

Los trabajos cesaron inmediatamente. Con sus armaduras de cuero, los draconianos eran prácticamente invisibles en densa maleza. Nadie se movía, no se oía ni un ruido. Kang se arrastró por el suelo para examinar el árbol, que se había partido justo por el centro a unos dos metros del suelo. Echó un vistazo a la parte superior del árbol, luego miró abajo y finalmente examinó la base. Allí estaba la respuesta. Cerca del tronco había una punta de saeta plateada, con el asta rota. Casi se podía oler la magia procedente del astil. Se trataba de una flecha de elfo, lo que significaba que...

—¡Slith, mira esto! —siseó Kang—. Hay un maldito elfo por aquí. ¿Le ves?

Slith se movió lentamente, como una serpiente, en la dirección del tiro. No respondió ni emitió sonido alguno, pero el siva había proporcionado a Kang todas las respuestas necesarias.

El jefe de zapadores se giró hacia la izquierda rodando sobre el suelo, se acurrucó y se alejó corriendo agazapado por el bosque.

—De ningún modo voy a permitir que una fierecilla del bosque con orejas puntiagudas eche a perder mi primera orden de combate —murmuró Kang.

Al rodear un gran árbol de hoja caduca, se percató de algo que se movía. Sacó su daga, pero luego, maldiciendo, la volvió a enfundar. No tenía nada que hacer con una daga si se enfrentaba a un elfo guerrero bien armado.

Kang vio que era Slith el que se movía y respiró aliviado. Al ver a Kang, el suboficial se aproximó a un arbusto que había sobre un montículo. El maldito elfo tenía que estar allí escondido. Slith le indicó por señas a Kang que hiciera salir al elfo para que el siva pudiera embestir al enemigo por detrás.

Kang asintió. Aunque solía emplear la magia, sólo había tenido tiempo de

memorizar un hechizo antes de que le interrumpieran para la reunión de órdenes. Ahora era el momento de poner en práctica el hechizo.

Kang se puso de pie e hizo crujir la maleza. El elfo lo localizó fácilmente y, con otro tiro, obligó al draconiano a tumbarse sobre el suelo. Una segunda flecha se había clavado en el grueso tronco de un árbol cercano.

Kang rodeó una roca y desde allí divisó al elfo. La criatura vestía un jubón, pantalones verdes, y botas de cuero. Una coraza de fina malla le cubría el torso. En un costado llevaba una espada corta y agarraba con la mano un arco élfico bellamente adornado. El elfo cargó el arco y apuntó con un movimiento rápido y grácil.

Kang pronunció su hechizo. El bosque se encendió como una hoguera de los festivales por el dios de la muerte Chemosh. El elfo se quedó momentáneamente perplejo, pero enseguida recuperó la compostura y se preparó para enviar al draconiano ante su Reina.

Entonces, Slith se levantó por detrás del elfo y lo golpeó.

El rostro del elfo se crispó en un gesto conmocionado y, poco a poco, soltó el arco y cayó al suelo con un último gruñido.

Kang se acercó para felicitar a Slith, pero éste había desaparecido. Detrás del elfo muerto había un segundo elfo exactamente igual al primero, excepto que en la mano llevaba una daga de draconiano cubierta de sangre.

—¡Siempre había querido hacer esto! —exclamó Slith, el «elfo».

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvieron en combate que Kang había olvidado que los draconianos sivaks tenían el poder de adoptar la forma de la criatura que acababan de matar. Todos los draconianos poseían ciertos dones especiales adquiridos de su Reina. Un draconiano podía infligir daños graves en el enemigo incluso al morir. Kang estaba particularmente orgulloso de esto último, ya que así, cuando fuera el momento de volver con su Reina, los huesos le explotarían causando daños considerables en su asesino. El cuerpo de un sivak era capaz de adoptar la apariencia de aquel que le había matado, mientras que un sivak victorioso podía cambiar su aspecto por el de su víctima, acobardando de esta forma a todos los enemigos que se cruzaban con la figura del amigo al que creían muerto. Hasta los humildes baazs podían convertirse en piedra y atrapar el arma del enemigo dentro de su propio cuerpo, lo que dificultaba enormemente la capacidad del contrario para continuar luchando.

Kang soltó un suspiro de alivio poco digno. Se acercó a su amigo y le cogió por el hombro.

—Buen trabajo, Slith. Por un segundo pensé que me iba directo al Abismo. Maldita sea, me has dado un buen susto al ver que eras igual que ese condenado elfo.

Slith sonrió por el elogio.

—Señor, puede que el grupo estuviera compuesto por más de un elfo, y yo soy el

engreído gallito que va a encontrarlos. ¿Acaso no parezco uno de esos tontos?

Kang se rio de buena gana.

—Sí, sí, anda, ve y atrápalos. Cuando termines de divertirme, ya te veré con tu aspecto normal en el campamento. Si no estás de vuelta al anochecer, enviaré a Cornos con la tropa de reconocimiento a que tomen el otro lado del río.

Slith, el «elfo», limpió la daga ensangrentada en la espalda de su víctima y se adentró de puntillas en el bosque.

Kang regresó a toda prisa con la tropa de ingenieros. Éstos habían reanudado el trabajo, pero estaban intranquilos. Los bastardos se paraban continuamente a observar los alrededores. A ese ritmo iban a tardar seis meses en construir el maldito puente.

Con una expresión severa, Kang se dirigió a grandes pasos al jefe de tropa.

—Por el Abismo, ¿dónde están tus centinelas, Gloth?

Gloth, el oficial al cargo, brincaba nerviosamente. Sus ojos, a la altura de los hombros de Kang, miraban excitados de un lado a otro ante la inmensa figura del jefe de zapadores. El leve chasquido de sus escamas alineándose era lo único que le faltaba oír a Kang.

—¡No me digas que estás asustado por un orejas puntiagudas, llorica! ¡Cálmate y relaja tu cuerpo vago y perezoso! ¡He visto a dragoncillos recién salidos del huevo mucho más valientes que tú! ¡Por el amor de la Reina, será mejor que intentes recuperar la sangre fría o te pondré a guardar prisioneros kenders cuando volvamos al campamento base! Y ahora, ¿dónde demonios están tus malditos centinelas?

Los ojos de Gloth se movían a toda prisa de un lado a otro.

—¡Señor, me dijisteis que tenía catorce horas para hacer un trabajo de tres días! En estas circunstancias, no puedo destinar a ninguno de mis ingenieros como centinela.

Ahora que estaba a solas con el oficial, Kang tenía que reconstruir la imagen usual de jefe de zapadores ante Gloth así que, suavizó su voz, se llevó al draconiano aparte y puso la mano sobre el tembloroso hombro.

—Escucha, Gloth, sé que la tarea es dura, mucho más dura que nunca, pero ésta es nuestra batalla, nuestro puente. Tienes que hacer milagros, y la tropa espera que los hagas. Transmíteles tu ánimo y tu espíritu de lucha y los milagros vendrán solos. Sé que puedes hacerlo. ¿Recuerdas nuestra lucha de garrotes?

Gloth respiró aliviado, probablemente por primera vez desde que la flecha había dado en el árbol. Durante aquel combate de palos, el oficial había atacado a Kang con tal ferocidad que éste estaba seguro de que Gloth estaría al mando algún día. Esa furia era innata en él y ahora empezaba a mostrarla nuevamente.

—Sí, señor —dijo Gloth irguiéndose—. Esto no va a repetirse, señor, y estaremos listos para el ensamblaje del puente esta tarde. También estaremos alerta por si algún otro elfo enseña su fea cara en el bosque otra vez. —No era brillante, pero tenía la

energía de dos draconianos juntos.

Después de saludar, Gloth se retiró y regresó con su tropa.

Kang se había visto obligado a interpretar tanto el papel del draconiano malo como el de draconiano bueno en esa confrontación, pero no había otro remedio. Sería mejor que diera un vistazo al resto de tropas. Gloth le había recordado el maldito plazo límite.

Kang estaba empezando a preocuparse.

Slith iba recorriendo el bosque con desenvoltura. Se movía deliberadamente por los claros para que sus «camaradas» elfos pudieran verlo y localizarlo. Acababa de dar la vuelta por una curva del sendero cuando una mano robusta lo agarró del brazo, lo arrastró fuera del camino y lo lanzó al suelo.

Miró hacia arriba. Sobre él se erguían dos elfos, ambos vestidos igual que él.

—¡Eh, cuidado, amigos! Soy un ello delicado. Me vais a magullar. Sed amables —dijo Slith hablando en Común e intentando parecer un elfo de verdad. Levantó una mano—. Venga, ayudadme a levantarme. Creo que me he torcido el tobillo.

—*¿Glthgbhe bhee thghdedd bllah?*

Los dos elfos seguían allí parados mirando, chapurreando entre ellos esa jerga propia tan extraña.

Los muy estúpidos y engreídos... ¿Por qué no podían hablar un idioma inteligible como el resto del mundo? Slith no cenía ni idea de lo que el tonto de orejas puntiagudas estaba diciendo.

—¡Oh, sí, sí, desde luego! —respondió de nuevo en Común.

El elfo miró a Slith con cautela, pero le ayudó a levantarse.

Una vez de pie, Slith sacó rápidamente su daga, la clavó en el estómago del elfo y empujó hacia arriba. La sangre salió a borbotones mientras el otro elfo miraba perplejo.

Inmediatamente, Slith había mutado adoptando la forma del elfo agonizante y se giró hacia el otro elfo vivo. Éste soltó su arco y cogió una espada corta, pero Slith le golpeó con el puño en plena cara y, simultáneamente, se transformó de nuevo en el draconiano que era.

La mueca de incredulidad del rostro del elfo era ridícula, y Slith no pudo evitar reírse mientras retorció el cuello del elfo, que acabó rompiendo. El cuerpo sin vida cayó al suelo.

Slith mutó de nuevo, esta vez adoptando la forma del segundo elfo, que resultó ser una hembra. Slith estaba entusiasmado. Las cosas estaban yendo sobre ruedas. Si todo seguía así, al anochecer habría acabado con todos los elfos de esa parte del mundo.

Eso le dio una idea. ¡Podía cruzar el río nadando con ese aspecto y despejar el

lado opuesto del enemigo! Era perfecto. Cuando hubiera acabado, estaría en la posición adecuada para tomar de nuevo el mando del pelotón de defensa. ¡Era una idea brillante!

Esa noche, la puesta de sol fue una de las imágenes más fantásticas y preciosas que Kang había visto jamás. El cielo adquirió el color de la sangre en el horizonte. Todos los draconianos interrumpieron su arduo trabajo y se deleitaron con la vista. Era un presagio de la batalla inminente.

Pero justo cuando Kang estaba experimentando esa magnífica sensación, distinguió algo que volaba en el horizonte. Estaba demasiado lejos para identificarlo, pero el draconiano sabía, por la agitación que le corría en las venas y que le hizo un nudo en el estómago, lo que era: un Dragón Plateado.

Los draconianos habían «nacido» de huevos de Dragones Plateados, Dorados, y de otros dragones que estaban al servicio de Paladine, el dios de esa estupidez de la justicia y del Bien. La magia negra y los hechizos perversos habían alterado los huevos de dragón y habían convertido a los débiles embriones en luchadores fuertes y poderosos como Kang.

El jefe de zapadores odiaba y temía a los Dragones Plateados, y el draconiano sabía que los sentimientos eran mutuos.

Decidió romper aquel pavoroso silencio dando órdenes a gritos:

—¡Los jefes de tropa deberán informarme dentro de quince minutos!

Todos siguieron trabajando. El río tenía una anchura de más de tres metros en ese punto, por lo que trasladar a la tropa de reconocimiento a través de las aguas iba a ser un problema. La distancia era demasiado grande para que un baaz pudiera volar hasta el otro lado, y la corriente demasiado fuerte, por lo que cruzar a nado era casi imposible. Kang no quería que la mitad de sus subordinados fueran arrastrados por la corriente. Los jefes de tropa llegaron a la tienda de mando uno por uno antes de que transcurriera el plazo de quince minutos. Todos señalaron sus mapas según el mapa principal que Kang había clavado en un tronco e incorporaron los cambios realizados. Ése era el ritual en el ejército de los Dragones. Uno llegaba con tiempo al lugar donde debía recibir órdenes, marcaba el mapa, se servía un plato de gachas calientes en la zona de acampada y esperaba a que se convocara la reunión para recibir las órdenes.

Los jefes de tropa hablaban entre sí, comentaban sus progresos y ultimaban los detalles. Kang se aclaró la garganta.

Cuando el jefe de zapadores se colocó en su puesto delante de la tienda, todos se levantaron. Normalmente, el suboficial debía solicitar la atención de los asistentes, pero Slith aún no había regresado.

—¡Tranquilos, voy a ser breve! He visitado todas las tropas y estoy complacido con los progresos. Quiero que todas las secciones del puente queden ensambladas

aquí, en el claro, dos horas después de medianoche. La tropa de reconocimiento cruzará a las doce de la noche. Cornos, ¿cuál crees que es la mejor forma de cruzar?

Cornos se quedó pensando unos instantes.

—Señor, ¿por qué no atamos una fina cuerda como señal a una balista y la lanzamos al otro lado del río? Si se engancha, podemos cruzar a nado siguiendo la cuerda. Si no, cruzaremos vadeando y esperaremos que ocurra lo mejor.

—Bien. Me gusta. Preparad la ballesta veinte minutos antes de partir. Avisadme. Ahora me retiraré a descansar un rato y a memorizar hechizos. Vamos por ello, y que la cólera de la Reina se desate sobre los que lleguen tarde.

Todos abandonaron la tienda y Kang se quedó solo. Una antorcha iluminaba el interior. El jefe de zapadores sacó una correa de cuero gastado de un hueco de su cinturón y rítmicamente se la fue enrollando y desenrollando en la mano. Intentaba caer en trance murmurando los antiguos conjuros para pedir la bendición de la Reina de la Oscuridad y el cumplimiento de los hechizos.

En realidad, memorizar hechizos era un hábito inadecuado que procedía de la costumbre humana de leer y aprender de memoria los hechizos de un libro. De hecho, la magia que empleaban los draconianos se parecía más a la que practicaban los antiguos clérigos, que veían asegurados sus conjuros por la gracia de sus dioses. Para los profanos, la magia de los draconianos bozaks era como una habilidad innata, pero los bozaks sabían que su magia era un regalo de la propia Reina.

Unos golpes en el poste de la tienda arrancaron a Kang de su estado de trance.

—¿Qué ocurre?

—Señor, es casi medianoche y me ordenasteis que os despertara —respondió su centinela.

—¿Medianoche? ¿Ya?

Obviamente, Kang estaba más cansado de lo que pensaba. Sin embargo, había conseguido memorizar una serie completa de hechizos. La Reina había percibido su necesidad y le había concedido todo lo que le había pedido.

Al salir de la tienda, se giró hacia el centinela.

—¿Alguna noticia del suboficial Slith?

—Ninguna, señor. Nadie lo ha visto desde esta tarde. Kang caminó hacia el claro. La oscuridad no representaba ningún problema para él. Todos los draconianos podían ver perfectamente por la noche gracias a su capacidad de ultra visión. Tres oficiales se acercaron al jefe de zapadores en cuanto apareció. Dos de ellos eran draconianos del escuadrón de ingenieros, y el otro, un humano.

—Buenas noches, segundo ayudante Rajak. Espero que el gran señor esté bien.

—Muy bien, jefe de zapadores Kang. Lord Ariakas desea un informe de los avances.

—Siguiendo sus órdenes, el puente estará listo justo antes de que salga el sol.

También hemos matado a un elfo explorador. He enviado a mi suboficial para que se ocupe del resto del grupo. Por lo tanto, supongo que los enemigos no tienen noticia alguna de nuestros avances. La tropa de reconocimiento desembarcará en el lado opuesto del río dentro de unos minutos y el ensamblaje del puente empezará dentro de dos horas. Durante el ensamblaje, tendría que solicitar al Señor del Dragón que vuelva a desplegar a una parte de la infantería de ataque en esa zona. Cuando empecemos, no podré destinar ningún ingeniero a trabajos de vigilancia y, desde luego, el ruido va a convertir la zona en un lugar peligroso.

Rajak asintió.

—Transmitiré tu informe al Señor del Dragón. Tendréis a las tropas para cubrir vuestro avance por detrás del claro dentro de aproximadamente una hora. Cuando el puente quede abierto, conduciré a nuestras fuerzas hasta el otro lado.

El ayudante segundo partió. Kang se dirigió a los otros dos oficiales, Gloth y Cornos.

—Cornos, ¿está preparada la balista?

—Sí, señor, pero no hay forma de apuntar con precisión en la oscuridad. —Ni los mismos draconianos podían ver a través del ancho río.

—Haced todo lo que podáis.

Kang indicó a sus oficiales que lo siguieran y se dirigió hacia la balista. Con una voz lenta y metódica, el jefe de zapadores entonó el conjuro para un vuelo silencioso y colocó sus manos sobre la cuerda del arco de la balista. Cuando terminó, levantó el cuadrillo de ésta con la cuerda atada al extremo y repitió el proceso. Luego, le tendió el proyectil a Gloth.

—Lánzalo rápidamente. El conjuro de silencio no dura mucho.

El cuadrillo salió volando a través del río entre un silencio mortal e inusual, y fue a parar al otro lado entre la maleza. El único sonido que se oyó, aunque leve, fue el crujir de la madera de la balista. El conjuro de Kang había dado resultado.

Miró fijamente en la oscuridad y le pareció percibir algún movimiento en la otra orilla. Para su sorpresa, la cuerda había sido arrastrada inexplicablemente unos tres metros más antes de detenerse.

¡Slith! ¡Tenía que haber sido Slith! Encomendándose a su Reina deseó que hubiera sido Slith...

El jefe de reconocimiento Cornos tiró de su extremo de la cuerda y comprobó que el otro cabo había quedado bien fijado.

Seguidamente ordenó a su tropa que cruzara. Diez minutos después, cuando los últimos integrantes de la tropa ya estaban en el agua, Cornos emprendió también la travesía.

Cruzar resultaba fácil. Todos los draconianos iban colgados de la cuerda y se impulsaban a lo largo de ella con las garras. Al llegar al otro lado, Cornos salió del

agua gateando y se tumbó en el suelo, exhausto.

Cogió su puñal. Delante de él había un oficial elfo con cota de malla dorada. Los hombres de Cornos, lo rodeaban. Uno de los sivaks apuntaba con un cuchillo la garganta del elfo.

—Por la Reina, ¿qué tenemos aquí? —se rio Cornos—. Un arrogante prisionero atrapado en la tela de araña de los draconianos, ¿eh?

El elfo soltó una maldición en draconiano.

—¡Cornos, imbécil! ¡Cállate y recupera el mando de esta pandilla de tontos!

El sivak que tenía el cuchillo en la garganta del elfo soltó el arma disgustado.

—¡Si éste no es el suboficial Slith, yo soy una princesita! ¡Tantas molestias para nada!

Cornos lo miró fijamente.

—Señor, ¿sois realmente vos?

—¡Claro que soy yo, cerebro de rana! ¡Por el Abismo!, ¿quién te crees que ha fijado la cuerda en este lado? ¿La Reina? Ahora, escúchame. Voy a seguir con el aspecto de elfo durante una o dos horas más y continuaré inspeccionando por aquí. Si algo va mal, oiréis mi grito de guerra. Y si os tropezáis con un elfo que lleva un casco o un gorro, matadlo. Yo me quitaré el casco y haré una señal con él para que me reconozcáis.

Al decir esto, Slith se giró y desapareció en el bosque. Los otros draconianos se dispersaron en un semicírculo y empezaron a trabajar. Con unos inmensos mazos, comenzaron a clavar en la tierra grandes picas de madera para instalar el anclaje del puente.

Todos sabían que si había alguien bastante cerca podría oírlos y, además, el ruido que provocaban iba a llamar la atención hacia esa zona. Cornos estaba alerta a la espera de cualquier problema.

Cuando clavaban la última pica, oyó un fuerte chapoteo en la otra orilla del río donde estaba Kang. Estaban empezando a montar el puente: la carrera había comenzado.

—¡A la porra si nos descubren! —gritó Cornos sonriendo para sí—. ¡Que el enemigo intente detenernos!

Los oficiales daban órdenes a gritos. El sonido de las picas de acero al clavarse en los pontones de madera producía un estrépito que se extendía en la noche. Cada veinte minutos aproximadamente, se oía otro fuerte chapoteo: otro pontón que era introducido en el río. Luego, el sonido de los mazos y los gritos volvían a empezar.

Sin embargo, en el lado de Cornos la tensión aumentaba. Slith no había regresado y los centinelas estaban callados, demasiado callados. Cornos estaba a punto de ir a aprobar la situación cuando oyó un crujido entre los árboles.

Un elfo salió de entre las sombras ondeando su casco. Al entrar en la zona

despejada, el elfo se transformó en un draconiano sivak: era Slith.

El suboficial estaba enojado. Se acercó a Cornos a grandes zancadas, lo agarró por el cuello de la armadura de cuero y lo sacudió como un gato sacude a una rata.

—¡Idiota! ¡Nunca, nunca, nunca pongas a un baaz como centinela! Eres un estúpido, Cornos. He visto dragoncillos con más cerebro que tú. Dime, ¿qué crees que ocurre cuando a un baaz se le estrangula? Pues que se queda ahí parado como una piedra... ¡Como una piedra, engendro de lagarto! ¡Todos tus malditos centinelas de ahí fuera han sido asesinados y se han vuelto de piedra, y tú no has oído nada!

—Pero, señor... —intentó explicar Cornos.

Slith lo miraba ceñudo.

—¡Si al menos hubieras puesto a un bozak de centinela, hubiera explotado y hubiéramos oído la señal de alarma! Has tenido suerte de que estuviera cerca. El grupo de elfos asesinos está ahora abonando margaritas a menos de quince metros de aquí. Asumo el mando. Serás mi ayudante, ¿está claro?

—Sssí, señor —balbuceó rápidamente entre dientes un Cornos avergonzado.

Slith miró a su alrededor y vio que los otros miembros de la tropa de reconocimiento estaban allí plantados, mirándolos, sin hacer nada.

—¡Por el Abismo! Pero ¿qué estáis mirando? —les gritó—. Nadie os ha dicho que paréis de trabajar. Formad un perímetro defensivo. ¡Moveos!

La tropa de reconocimiento empezó a caminar en dirección a la línea de árboles. De repente, un draconiano gimió y cayó al suelo. Luego, cayó otro mientras intentaba extraerse una flecha del pecho, flechas que pasaban silbando a través de los árboles como avispas malvadas.

—¡Seguid caminando, gusanos! —gritó Slith—. ¡Enemigo al frente!

En el río, Kang estaba sentado sobre el extremo de un árbol en el borde del agua y supervisaba el trabajo. Todos los pontones habían sido montados y las vigas transversales estaban siendo colocadas en su lugar. Cuando una quedaba lista, la empujaban al interior del agua y movían todo el puente flotante un poco más hacia adentro, acercándose a la otra orilla. Habían asegurado el extremo del puente a la cuerda que la tropa de reconocimiento había lanzado al otro lado, para que no fuera arrastrado corriente abajo.

Los draconianos sivaks, balanceándose sobre las vigas, clavaban las tablas en su sitio para formar un camino de paso. Muchos otros sostenían unos pequeños arcos en la mano y vigilaban atentamente el cielo y la otra orilla del río.

Ahora Kang estaba más preocupado que nunca. El puente estaba a punto de ser terminado y no habían tenido ni un solo problema. No podía ser tan fácil.

Tenía razón. Procedente de la otra orilla del río le pareció oír la voz sorda de Slith que gritaba «enemigo al frente».

—¡Maldita sea! —Kang aguzó la vista para intentar ver desesperadamente lo que

ocurría al otro lado. Oyó el choque de espadas y más gritos. Luego, una inmensa figura negra apareció encima de él en la oscuridad, más negra que el carbón. Volaba sobre el río y sólo podía ser una cosa.

Kang bajó de un salto de su posición y corrió a hablar con el humano que estaba en la orilla del río.

—Ayudante segundo, ¿es ése uno de nuestros dragones?

Rajak negó con la cabeza.

—No, no puede ser uno de los nuestros, jefe de zapadores. Nuestros dragones están en tierra, sólo salen para interceptar al enemigo... —La voz del humano se perdió en el aire.

—¡Santa Madre Takhisis! —maldijo Kang.

Rajak se giró y empezó a correr hacia la retaguardia de regreso a la tienda de mando de lord Ariakas.

Kang saltó sobre el puente parcialmente terminado y caminó hasta el centro. Pateando con impaciencia, apremió a sus ingenieros.

—¡Más rápido! ¡Venga, movedlo! Tenemos al enemigo en nuestros... ¡Por el Abismo! ¡Está ahí!

De repente, la oscuridad se fundió en la forma de un inmenso Dragón Plateado. Entonces Kang adivinó cómo se había camuflado: gracias al conjuro mágico de oscuridad.

Ahora, el dragón despedía destellos plateados y se abalanzaba sobre ellos. Sus garras traseras extendidas rasgaron todo el puente. Los daños que causó el dragón fueron leves, pero en sus garras se llevó atrapados a dos bozaks. Kang reconoció a Cornos, que iba maldiciendo a gritos mientras el dragón le clavaba las garras en su carne escamosa.

El jefe de zapadores maldijo su suerte. El dragón había capturado a prisioneros vivos. Un draconiano no hablaba aunque lo torturaran, pero si le daban a ese idiota de Cornos un par de tragos de vino de los elfos...

Kang quedó cegado por un destello seguido de una explosión, y luego otra. Tardó un momento en darse cuenta de lo que había pasado. ¡Los dos bozaks habían estallado por los aires! La fuerza del estallido desgarró el vientre del Dragón Plateado causando un gran agujero. El dragón gritó y se retorció hasta que finalmente se hundió en el río.

—Buena puntería, ¿eh, jefe de zapadores? —El suboficial Slith, con un arco de elfo en la mano, sonreía a Kang.

Éste se quedó mirándole callado y totalmente perplejo. Slith se encogió de hombros.

—No podíamos permitir que ese lagarto de Cornos y el otro oficial empezaran a cantar sobre nuestro puente, ¿verdad, señor? Por eso les disparé. Estas flechas son de

un oficial elfo y supongo que nunca fallan el tiro. Me acordé que a los bozaks como vos les explotan los huesos cuando mueren, con el debido respeto señor. No es nada personal. Sólo que pensé que si esos dos estallaban se llevarían al dragón con ellos.

Kang recuperó la voz.

—¡Slith! ¡En nombre de la Reina! ¿De dónde sales? ¡Por el Abismo! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—El puente ha alcanzado la otra orilla. La tropa de reconocimiento está asegurando el otro extremo ahora mismo. Allí estamos siendo atacados por los elfos. Por eso os mandé a Cornos para informaros.

Kang no se había dado cuenta de que habían avanzado tanto. Echó un vistazo al otro lado del río y pudo ver a sus tropas en la orilla opuesta. También distinguió el destello del metal y oyó esas canciones irritantes que entonaban esos malditos elfos cuando iban a la lucha. Se giró hacia el lado del río más próximo. La primera tropa de ingenieros estaba acabando el entablado. Bien por Gloth. No había permitido que sus hombres dejaran de trabajar ni cuando el dragón había atacado.

De repente, Kang se sintió profundamente enfadado y corrió por el puente animando a sus fuerzas.

—¡Mantened a la primera tropa trabajando! —dijo vociferando a Gloth—. ¡El resto de vosotros, venid conmigo! No vamos a permitir que ningún elfo de orejas puntiagudas, maldito por la Reina, cantarín, y con palillos por piernas nos quite nuestro puente, ¿verdad?

Los draconianos respondieron todos a una.

—¡No, señor!

Los ingenieros que trabajaban en la construcción del puente no iban armados, pues las espadas sólo hubieran sido un estorbo.

Entonces, agarraron todo lo que les pudiera servir para matar: martillos, mazos, hachas y piquetas. Blandiendo sus armas, los draconianos se abalanzaron por el puente, su puente. Las flechas de los elfos mataron a muchos de ellos, pero los draconianos siguieron avanzando. Por todos los dioses del panteón oscuro, su puente iba a quedar montado.

La fuerza de la embestida draconiana arrasó la línea de elfos. En un momento, la otra orilla quedó cubierta por la sangre de guerreros de ambos bandos.

Mientras cortaba de un hachazo la cabeza de un guerrero elfo, Kang oyó cómo el sonido de las trompetas de los enemigos tocaban a retirada. Los que aún seguían vivos, que no eran muchos, se precipitaron hacia la seguridad de los bosques. Kang tuvo que indicar a sus tropas, ansiosas de lucha, que dejaran de perseguirlos. Su tarea era el puente. Rajak y su ejército ya se ocuparían de terminar con los elfos.

Cansado pero satisfecho, Kang regresó por el puente en compañía de Slith. El draconiano estaba lamiendo la sangre de elfo de su puñal.

—¿Sabéis lo que uno de esos bobos le dijo a otro antes de que les cortara el cuello? Dijo «¿qué les pasa a esos engendros del Mal? Normalmente es muy fácil vencerlos».

—Es evidente que nunca se habían enfrentado con ingenieros hasta hoy —dijo Kang sonriendo. Cuando llegó al otro lado, miró por encima del puente y se frotó las garras satisfecho—. Bien, todo está listo para cruzar.

—Hablando de cruzar, ¿dónde está el ejército, señor? ¿No tendría que estar ya aquí?

—Tienes razón —murmuró Kang—. Espero que todo marche bien... Ah, aquí viene Rajak. Está al mando de la operación.

—¿De veras? Bien, pues no parece que se dé mucha prisa, señor. —Observó Slith.

En la oscuridad, los draconianos podían distinguir el brillo de un cuerpo caliente, de un humano, que se movía a un ritmo tranquilo por la orilla del río.

—¿No ha oído que nos estaban atacando? —Kang soltó una maldición—. ¿Qué hace paseándose tranquilamente por ahí?

Kang se apresuró para alcanzar a Rajak. A pesar de que casi toda la tropa de reconocimiento había pagado con su vida por el puente, o quizá debido a ese hecho, ése era el momento más glorioso de Kang.

—Ayudante segundo Rajak —saludó Kang rápidamente—, podéis informar al gran señor Ariakas que yo, como jefe de zapadores, declaro este puente abierto. ¡Vuestro ejército puede cruzar inmediatamente!

Rajak echó un rápido vistazo al puente.

—Buen trabajo, jefe de zapadores —dijo con gesto ausente, y sus ojos se giraron hacia Kang—, pero no vamos a necesitarlo.

Kang abrió la boca de par en par. Su lengua de lagarto se desplegó hasta llegarle a la mitad del pecho. Luego, se dio cuenta de que tenía un aspecto indigno y volvió a enrollar precipitadamente la lengua en la boca.

—Excusad mi pregunta, señor..., ¿habéis dicho que el ejército no va a cruzar?

Rajak mató un mosquito de una palmada.

—Correcto, jefe de zapadores. No vamos a necesitar el puente.

—Eh, perdonad, señor, pero ¿puedo preguntar por qué?

—No vamos a cruzar el río. Al menos, no por aquí. El maldito Áureo General y sus caballeros están a casi doscientos kilómetros al norte de aquí. Se nos han adelantado.

»Eso. —Rajak hizo un gesto con la mano señal lado opuesto—, sólo ha sido una maniobra de diversión. ¡La inteligencia ha caído en la trampa! ¡Inteligencia! —El oficial soltó un bufido—. Ése sí que es un nombre poco apropiado. ¡Los malditos espías no encontrarían a Paladine ni aunque cayera del cielo y fuera a parar encima de

ellos!

—Eh... quizás a lord Ariakas le gustaría ver el puente que hemos construido — cuestionó Kang tristemente.

—Lord Ariakas ya ha visto un puente en otras ocasiones ¿sabes? —dijo Rajak sarcásticamente. Luego suspiró—: Además, no te gustaría tenerlo por aquí ahora, Kang. Milord no está de muy buen humor que digamos.

El humano se frotaba la barbilla. Kang notó que Rajak tenía una gran contusión en el lado izquierdo de la cara que estaba empezando a hincharse. Aparentemente, no convenía estar cerca de Ariakas cuando recibía malas noticias.

—Bien, jefe de zapadores, debo regresar al campamento. Desde luego, me lo voy a tomar con calma —y luego, el segundo ayudante Rajak añadió un último inciso—: Ya recibirás nuevas órdenes.

—Vamos a necesitar muchas letrinas en nuestra nueva posición, ¿no, señor? — gruñó Kang.

Rajak se rio de buen grado, dio unas palmaditas en el hombro escamoso del draconiano, y se marchó. Kang se quedó mirándolo desconsoladamente. Slith, que había estado observando pero no había podido oír nada, se acercó.

—¿Qué pasa? Por el Abismo, ¿dónde están todos?

—No van a venir —dijo Kang—, no van a cruzar.

—¿No van a cruzar? —Slith se quedó boquiabierto—. Después de todo... bueno, ¡así me convierta en un condenado elfo! —Y enfundó el puñal disgustado.

Kang no respondió. Estaba mirando el puente, su puente. Se extendía meciéndose suavemente sobre la superficie del agua por encima del oscuro río como un lazo de seda fina sobre el pecho de su Reina de la Oscuridad. Entonces tomó una decisión.

—Por los dioses, alguien tiene que cruzar nuestro puente —anunció.

Slith se quedó mirando a su oficial como si acabara de salir del cascarón.

—Formad filas —ordenó Kang—, alinead las tropas.

La Brigada de Ingenieros del primer ejército de los Dragones soltó todas las herramientas y formó dos líneas detrás de sus oficiales. Kang se puso al frente.

—¡Marcha ligera!

Con la precisión propia de sus pies de garras, los draconianos cruzaron en marcha su puente. Al llegar al otro lado, volvieron a formar filas.

—Primera compañía, rompan filas —ordenó Kang—. Enterrad a los muertos según la costumbre —añadió intentando que no le temblara la voz.

Enterraron a los muertos de la tropa de reconocimiento al pie del puente, de su puente. El resto observaba solemnemente, manteniendo las filas tan rectas como si todos se hubieran vuelto de piedra. No se oía ni un sonido, sólo el ruido de las palas mientras cavaban. Cuando hubieron terminado, Kang ordenó a la tropa que volviera a la fila. Se adelantó e hincó un mazo de hierro en la parte superior del montículo.

Cualquiera que pasara por allí y lo viera sabría que los ingenieros habían sido enterrados en ese lugar.

Kang saludó a los muertos y luego regresó con su escuadrón. La Brigada de Ingenieros del primer ejército de los Dragones cruzó en silencio su puente de vuelta.

—Condúcelos al campamento —ordenó Kang a Gloth—, y asegúrate de que cada trabajador tiene su pala.

Gloth, que era un poco corto, no entendió el sarcasmo.

Parpadeó, se sorbió la lengua, e hizo lo que le mandaban.

El jefe de zapadores Kang y el suboficial Slith se apartaron de la columna y se quedaron allí plantados, solos, en la orilla del río. El puente se balanceaba suavemente sobre el agua. Todo un escuadrón de draconianos había cruzado el puente, ida y vuelta y no se había desmontado ni un soporte ni se había movido ningún tablón de su amarre. El puente era una pieza maestra, un milagro.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Slith ceremoniosamente, pues parecía un momento solemne.

Kang sacó su puñal.

—Cortar las amarras y soltarlo.

Kaz y los hijos del dragón

[Richard A. Knaak]

Había aprendido a dormir con el hacha de batalla entre las manos, un truco que le salvó la vida más de una vez. Incluso ahora que la guerra había acabado, supuestamente, hacía más de un mes, era prudente seguir haciéndolo, ya que todavía estaban aquellos que querrían verlo muerto simplemente por lo que era. Tres días atrás había escapado por los pelos de la milicia local. Querían hacerle pagar por lo que los de su raza hicieron al servicio de Takhisis, la Reina de la Oscuridad. No importaba que él hubiera servido con los Caballeros de Solamnia y hubiera escogido luchar contra sus antiguos señores en las últimas semanas de la guerra. A los ojos de los humanos y de algunos que pensaban que era un mal que debía ser erradicado, Kaz era un monstruo. Ya desde su nacimiento estaba condenado a ese destino... y la violenta historia de la raza de minotauros tampoco le había ayudado.

Las inmensas manos de Kaz se tensaron imperceptiblemente. Abrió un poquito los ojos. No veía gran cosa porque las nubes tapaban las lunas y aún faltaba al menos una hora para que amaneciera. Lo poco que veía no le ayudaba mucho, así que aguzó los oídos. Un sonido leve había perturbado la rutina de sonidos nocturnos y había despertado al veterano guerrero. Quizá sólo había sido un conejo inquieto, o un murciélago torpe, o *Relámpago*, su propio caballo, que cambiaba de posición, pero Kaz pensaba que era otra cosa. Si había sobrevivido a tantas desventuras era porque conocía los ruidos de los animales, y éste era diferente.

Si esos soldados infernales habían encontrado su rastro de nuevo, pensó Kaz amargamente, esta vez iba a luchar sin miramientos. En la guerra contra las legiones de la Reina de la Oscuridad había luchado junto a un caballero solitario llagado Huma, un caballero cuyo honor y aptitudes le había valido el apodo de Ruina de los Dragones y Huma el Lancero. Cuando la derrota fue inminente, Huma llevó a los desesperados defensores del Bien las legendarias Dragonlances que cambiaron el curso de la guerra, al abatir a los dragones de la muerte y la desolación. El mismo Huma había muerto al vencer a la Reina de la Oscuridad.

El honor era la cuestión más importante en la vida de un minotauro y Kaz admiraba a Huma por su honor. La fe inquebrantable del caballero en la bondad del mundo había cambiado al minotauro. Kaz juró que levantaría sus armas sólo contra aquellos que siguieran el camino del Mal. Era su tributo a aquel que él consideraba el mejor.

Sin embargo, era un tributo que le estaba resultando muy difícil de sobrellevar. Los soldados que casi le habían capturado tres días atrás eran, en realidad, hombres buenos que intentaban limpiar sus tierras de las bandas de vagabundos e indeseables

que habían surgido como malas hierbas cuando los ejércitos de la reina fueron derrotados. Era bastante razonable que hubieran confundido a un minotauro, que vagaba por el lejano sur, con un antiguo miembro de esas fuerzas dispersadas. Desafortunadamente, no le habían dado tiempo para probar lo contrario. Los documentos y el sello que le dio el Gran Maestro de las Órdenes de Solamnia estaban bien seguros en los compartimientos secretos de sus alforjas. Pero, con toda probabilidad, sus perseguidores tampoco le hubieran creído, aunque le hubieran dado la posibilidad de mostrárselos. Los humanos asustados tenían la mala costumbre de matar primero y preguntar después.

Kaz continuó escuchando, pero ahora sólo se oía el silencio de la noche, excepto por los inquietos movimientos de su caballo. El silencio en sí era siniestro, pues incluso los sonidos asociados a la oscuridad habían cesado. Kaz abrió los ojos un poco más.

Se oyó un siseo. Su caballo, que estaba atado a un árbol detrás de él, empezó a moverse con nerviosismo. Todas las señales posibles de un enemigo humano se desvanecieron. En su larga experiencia, Kaz nunca había oído un sonido sibilante como aquél.

Dio un salto y cogió el hacha. El siseo había sonado tan cerca que estaba seguro de que la... cosa... se abalanzaría de un momento a otro sobre él.

Pero nada. Se hizo el silencio otra vez. Sin embargo, Kaz no se relajó: un guerrero imprudente era un guerrero muerto.

—Esto es lo que me pasa por buscar la soledad —murmuró el minotauro refunfuñando.

Una forma oscura se movió entre los árboles. Kaz levantó el hacha y soltó un gruñido, pero no se acercó a la silueta borrosa. Prefería dejar que lo que hubiera allí se acercara a él. Y así fue. El caballo del minotauro relinchó cuando la cosa se materializó.

—¡Por Sargas! —gritó Kaz, olvidando a su dios debido al asombro, e invocando al dios oscuro que su propio pueblo veneraba. Kaz había renunciado a Sargas en favor del dios justo Paladine, venerado de los caballeros, pero en momentos de gran tensión le salía su herencia inconscientemente.

El monstruo era descomunal. Erguido tenía que ser al menos tan alto como Kaz. En la oscuridad, no podía distinguir los detalles, pero el animal tenía cola y parecía una especie de reptil extraño disfrazado de humano. Lo más importante era que la cosa tenía unas garras largas y horribles, y unas fauces tan grandes que podían arrancar la cabeza de un minotauro de un bocado.

El monstruo hedía. Kaz arrugó la nariz. Intentando aguantar el impulso de vomitar, Kaz hundió el hacha de batalla en lo que esperaba que fuera el estómago del monstruo, pero era como si la bestia fuera de piedra: llevaba una buena armadura.

Las garras se clavaron en sus brazos. El minotauro gimió de dolor pero, afortunadamente, su ataque había menguado algo la furia de la terrorífica criatura. Kaz aguantó el dolor y volvió a golpear, intentando vencer a la bestia antes de que se recuperara. Sin embargo, de nuevo fue como si golpeará un muro de piedra. Kaz consiguió apartar las garras de la cosa, pero nada más.

A pesar de lo cerca que estaba, Kaz no podía ver contra qué luchaba. Sí, era una especie de reptil, aunque no se parecía a nada que el minotauro hubiera visto en la guerra. Casi se parecía a... pero eso era imposible. La bestia atacó de nuevo.

Kaz giró el hacha y asestó un golpe con la parte plana de la hoja de doble filo en el hocico de su adversario. La bestia siseó de dolor, pero no se apartó. Kaz golpeó otra vez en el mismo sitio.

Con un grave aullido, el monstruoso reptil trastabilló hacia atrás. Kaz levantó el hacha para clavar el filo mortal en la cabeza del animal, pero de repente la bestia saltó hacia atrás, se paró y miró a su alrededor como si hubiera oído una llamada. Luego, sin ningún aviso, la criatura se giró y corrió hacia el interior del bosque. El minotauro empezó a perseguirlo, pero la cola del monstruo lo golpeó en un costado como un látigo. Kaz casi dejó caer su arma. Con los ojos cegados por el dolor, vio cómo la cosa oscura desaparecía en la seguridad de los bosques cubiertos por la oscuridad de la noche.

Pasaron varios segundos antes de que el dolor se hiciera soportable. Las heridas todavía le escocían, pero tras un rápido examen, comprobó que había tenido suerte: eran poco profundas.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Kaz. Había sido acechado y atacado pero su agresor había huido antes de que la batalla empezara de verdad. Que a esa cosa le sangrara la nariz no era suficiente para que saliera huyendo... ¿Qué perseguía?

El minotauro soltó un bufido de enojo. En otros tiempos, antes de que Huma le hubiera enseñado a ser paciente, Kaz habría buscado algo para luchar con sus propios puños. Ahora sólo podía apretarlos con frustración. Había cabalgado hasta allí con la esperanza de encontrar soledad, un retiro, y escogió ese bosque y las montañas que lo rodeaban porque se decía que muy pocas criaturas de razas inteligentes vivían en esa región. Kaz no era un ermitaño, pero era agradable poder descansar y reflexionar de vez en cuando, incluso cuando uno había nacido para ser guerrero.

El monstruo había perturbado la paz de Kaz, Ahora tendría que pasar los próximos días dándole vueltas a la repentina aparición y mirando constantemente por encima del hombro.

Resoplando con enfado, se giró para observar a su caballo. El animal había huido espantado por el monstruo. Kaz palpó el tronco del árbol y encontró los restos de las ataduras hechos jirones.

—¡Los dioses se han confabulado contra mí! —gruñó el minotauro. No tenía

tiempo de ocuparse de sus heridas. Debía empezar a buscar a su caballo inmediatamente. Cada segundo que pasaba suponía menos posibilidades de recuperar al animal, y sin *Relámpago*, tendría que enfrentarse a un viaje largo y duro.

La hoguera se había extinguido mientras dormía y no había manera de encender otra enseguida. Kaz decidió coger una antorcha y confiar en que sus sentidos de la vista y el oído en la noche fueran suficientes para la tarea.

Mientras se movía, iba emitiendo chasquidos con la boca. Si el caballo estaba cerca lo reconocería. Los Caballeros de Solamnia solían entrenar a sus caballos para que respondieran a un silbido, pero la boca de los minotauros no estaba formada para emitir tales sonidos.

Al anoecer, estaba subiendo por una suave colina cuando oyó algo al otro lado. Kaz terminó el ascenso cautelosamente y miró hacia abajo. Algo se movía entre los árboles que se alzaban más allá de la colina.

No podía distinguir si era su caballo o no, así que preparó su hacha de batalla y descendió por la pendiente. Las heridas todavía le escocían, pero no hizo caso. De hecho, había soportado heridas peores durante la guerra. Cuando llegó al pie de la colina, Kaz vio de nuevo alguna cosa que se movía, pero aún estaba lejos y demasiado tapada por el follaje para poder identificarla.

Aceleró el paso y se introdujo entre los árboles. Al final, pudo ver más claramente de qué se trataba. Suspiró aliviado: era su caballo. El animal estaba contento de verlo y parecía preguntarle dónde había estado.

Kaz dejó a un lado su enfado y lo llamó. El caballo se acercó trotando. El minotauro volvió a colocar el hacha de batalla en el correaje atado a su espalda y se alegró al ver que estaba intacto y que el caballo no había sufrido ningún daño. El animal frotaba su hocico en el hombro de Kaz y le olfateaba. Éste tomó las riendas del caballo y le dio palmaditas en el costado.

—¿Tú eres ese caballo de guerra tan valiente? ¡Me dijeron que te enfrentarías a cualquier cosa! ¡Ja! No puedo culparte por huir de esa criatura diabólica... ¡pero por lo menos me podías haber llevado contigo!

De repente, Kaz tuvo la sensación de que algo lo estaba amenazando. Miró rápidamente a su alrededor, pero no vio nada. De nuevo reinaba el silencio, el mismo silencio misterioso que se había hecho de repente cuando le atacó el monstruo. Sin dejar de observar la zona, Kaz montó sobre su caballo. Tenía muchas ganas de estar bien lejos de allí.

—Debo de tener los monstruos metidos en la cabeza —murmuró.

Se preguntó si iba a ser así a partir de ahora, pues la guerra ya no ocupaba toda su atención; y si se iba a asustar por cada ruido o la ausencia de ruido, y si, en todo momento, iba a pensar que había un enemigo detrás de cada árbol y de cada roca.

—¡Vámonos! —le gritó al caballo.

El animal dio unos cuantos pasos y luego se paró. Kaz azuzó al animal otra vez. Quería salir de aquel lugar a toda costa.

—¿Qué te pasa, *Relámpago*? ¡Muévete!

El caballo empezó a caminar muy despacio, a un ritmo tan lento que Kaz se preguntó si no sería mejor llevar él al caballo en lugar de que éste cargara con él.

Comenzó a soplar un viento que agitaba las hojas secas. En el cielo se estaban formando unas nubes que quizá precederían a una tormenta.

—¡Que Sargas se te lleve, bestia! —Kaz taconeó las ijadas del caballo—. ¡Que te muevas, te digo!

Pero, asombrosamente, *Relámpago* empezó a disminuir el paso. Unas nubes oscuras se agitaban en el cielo y el viento parecía un diablo aullando que sacudía las hojas y el follaje en torno al caballo y al jinete. Kaz se tapó los ojos para protegerse del polvo y empezó a considerar la posibilidad de pararse allí y buscar un refugio.

Como si le hubiera leído el pensamiento, *Relámpago* se paró bruscamente. Kaz intentó que el animal caminara de nuevo, pero éste se quedó quieto. El minotauro, furioso, se disponía a desmontar, pues pensó que quizá podría tirar del animal, cuando el viento lo sentó de golpe en la silla. Volvió a intentarlo otra vez, pero, de nuevo, una fuerte ráfaga de viento lo mantuvo inmóvil en su sitio.

—¡Por la espada de Paladine! ¡No voy a dejarme vencer por el aire! —El minotauro soltó las riendas e intentó tirarse del caballo al suelo, pero una vez más el viento le devolvió a la silla.

Fue como si un tornado hubiera cobrado vida propia. Las hojas revoloteaban salvajemente y las ramas reducían la visibilidad a unos palmos por delante del hocico del caballo. Kaz sólo veía hojas volando por todas partes.

No, no por todas partes. Al mirar hacia arriba, observó que el cielo estaba inexplicablemente claro, soleado y brillante, unos metros por encima de su cabeza, a excepción de las nubes que se cernían en lo alto. El bosque que le rodeaba estaba apacible y, aun así, Kaz estaba atrapado en un verdadero remolino.

Instintivamente, cogió su arma, aunque ignoraba qué podía hacer con ella. Kaz era un guerrero innato y no sabía nada de los poderes de la magia, pero reconocía su toque malévolos cuando lo veía. También pensaba que el hecho de haber encontrado a *Relámpago* no había supuesto tan buena suerte como en un principio creyó, sino más bien el señuelo con que el hechicero desconocido lo había atraído hacia la trampa.

—Paladine —rogó Kaz—, si todavía me proteges, suponiendo que alguna vez lo hayas hecho, ¡me iría bien que me ayudaras ahora!

El torbellino empezó a cerrarse alrededor del minotauro. Ahora, sólo unos centímetros separaban al caballo y al jinete de la gruesa pared de hojas secas.

Una hoja golpeó el hocico del minotauro y se quedó allí pegada. Kaz quiso apartar la hoja pero, para su asombro, permanecía enganchada. Otra hoja le fue a

parar a la mano y, cuando el minotauro se sacudió para quitársela, también se quedó pegada.

Las patas y el torso de Kaz estaban totalmente cubiertos de hojas, pero no podía desprenderse de ninguna porque estaban pegadas. Su caballo se encontraba casi medio enterrado bajo una gruesa capa de follaje, aunque, a diferencia de Kaz, eso parecía no preocuparle. El animal tal vez aceptaba su destino y no se movía.

No así el minotauro. Gruñendo, intentaba protegerse con el hacha cubierta de hojas, pero la barrera era demasiado gruesa. Las hojas le golpeaban por encima, por debajo y por los lados y se le pegaban en la cara y en los brazos como sanguijuelas.

—¡Maldito seas, hechicero! —rugió tapándose la boca para no ahogarse—. ¡Sal y da la cara! ¡Lucha como un guerrero y no como un cobarde que debe esconderse tras estos malditos trucos!

Nadie respondió. En realidad no esperaba que nadie lo hiciera. Según su opinión, los hechiceros eran unos cobardes que hacían su labor desde las sombras o desde cualquier sitio alejado del peligro.

La embestida continuaba. Las hojas casi lo habían enterrado vivo. Su hocico estaba prácticamente cubierto del todo y el follaje le tapaba toda la visión de un ojo y parcialmente la del otro. Era casi imposible moverse y tenía que respirar por la boca.

A su alrededor, el viento seguía soplando y cubriendo de hojas el montón.

El minotauro se estaba asfixiando. Trató desesperadamente de quitarse las hojas de la nariz y de la boca, pero sólo pudo levantar el brazo un centímetro o dos. Kaz empezó a ahogarse...

—Kiri-Jolith, dios de las causas justas, ¿acaso es ésta la manera de morir de un guerrero? —suplicaba Kaz con impotente furia.

Si obtuvo respuesta, ya no pudo oírla, pues no estaba consciente.

—Es sorprendente las cosas que uno encuentra en sus redes —dijo una voz en la oscuridad—. Yo esperaba atrapar a un caballero y no a un minotauro. Cuando capturé al caballo supuse que el jinete sería humano. ¡Qué tonto!

Kaz volvió en sí y, poco a poco, se percató de que aunque no podía moverse ni ver nada, estaba vivo.

—¡Ah! Por fin despierto. ¿Te encuentras mejor?

El aturdido minotauro abrió los ojos un poquito con gran esfuerzo. Lo poco que podía ver estaba borroso, pero al menos no eran hojas. Tuvo la vaga impresión de ver a una figura vestida con una túnica casi encima de él, pero lo demás estaba tan borroso que no podía asegurarlo.

—¿Qué estás haciendo por estos lugares, tan lejos de los de tu raza, mi minotauro solitario? Será mejor que me contestes antes de que pierda la paciencia y te use para alimentar a mí otro huésped.

¿Usarle como alimento? Kaz abrió los ojos de golpe.

Estaba en el interior de una prisión mágica, una burbuja transparente que flotaba a aproximadamente medio metro por encima del suelo. Aunque parecía muy frágil, la burbuja se mantenía firme cuando la apretaba con las manos. Kaz resopló y se quedó boquiabierto. Sus armas habían desaparecido.

—En realidad se trata de un conjuro muy simple, mi bovino amigo. Nada espectacular —dijo la voz, que rezumaba un leve toque de orgullo.

Kaz miró ferozmente a su cazador. Vestía las típicas ropas de color ébano de los hechiceros oscuros, o Túnica Negra, tal como solían llamarse los hechiceros del Mal. Era alto para ser un humano, casi tanto como el minotauro, y además era tan delgaducho que a su lado un espantapájaros hubiera parecido gordo. Tenía la cara como si alguien le hubiera enrollado una venda de piel sobre el cráneo, y el pelo gris, largo y suelto, le llegaba hasta la cintura.

Kaz buscó con ansiedad al huésped «hambriento». Lo habían encarcelado en la cámara de una caverna que aparentemente había sido excavada por una fuerza ajena a la naturaleza. Las paredes y el techo eran uniformes. Una curiosa esfera azul que flotaba por encima de su adusto anfitrión iluminaba la cámara. Unas estanterías se alineaban en las paredes de la cueva. En ellas, se amontonaban pergaminos, libros y artefactos que, incluso Kaz, que no tenía ni idea de magia, los reconocía como poderosos talismanes.

Debajo de su burbuja se veía un dibujo en el centro del suelo: se trataba de un conjunto de triángulos y pentáculos unidos por un círculo superpuesto de un diámetro de casi el doble de la altura de Kaz. Justo debajo del minotauro, en el centro del círculo, había un pequeño pedestal de metal cuya parte superior parecía una calabaza hueca.

Kaz respiró con más tranquilidad, pues no había signos del huésped «hambriento». El mago había permanecido callado mientras inspeccionaba a su prisionero, pero entonces volvió a hablar:

—¿Cómo te llamas, minotauro?

—Me llamo Kaz.

—Yo soy el maestro hechicero Brenn. —El larguirucho personaje se inclinó con sarcasmo—. Estás demasiado lejos, en dirección sudoeste, de los de tu raza, mi astado amigo. Te pregunto de nuevo... ¿qué estás haciendo aquí?

Kaz pensó con rapidez. Brenn no debía de haberse molestado en inspeccionar sus bártulos atentamente. Era obvio que había pasado por alto el compartimiento secreto que contenía los documentos y el sello de Solamnia. Mejor. Un Túnica Negra no sería amable con un amigo de los Caballeros de Solamnia.

—He estado vagando desde que cayó la Señora, maestro Brenn —contestó Kaz enérgicamente—. El ejército de minotauros quedó diseminado y las fuerzas de

Paladine bloqueaban el camino de regreso. Maté a un caballero, le robé el caballo y huí al sur.

—¿Por qué no luchaste hasta la muerte como una buena vaca?

Kaz gruñó, y a duras penas pudo controlar el genio. Si Kaz y su hacha hubieran estado libres, la cabeza del maestro Brenn habría salido rodando después de un insulto como aquél.

—La causa estaba perdida —dijo el minotauro—. La batalla había terminado. Pensé que era preferible preservar mis aptitudes para el día en que tuviera algo mejor en que emplearlas.

Brenn sonrió.

—Tu cerebro es más lúcido que el de la mayoría de los de tu raza.

Brenn chasqueó los dedos y, de repente, Kaz se dio cuenta de que estaba sobre el suelo. Miró hacia arriba, pero la prisión mágica se había evaporado. Lo único que quedaba era el dibujo del suelo, el pedestal y, por supuesto, el Túnica Negra.

—Da la casualidad, Kaz el minotauro, de que has venido al lugar adecuado. Voy a tener que hacer uso de tus aptitudes dentro de poco.

—¿Qué lugar es éste exactamente, maestro Brenn? —preguntó Kaz.

—Estás en las montañas cercanas a donde te encontré —contestó Brenn—. Eres afortunado, mi astado amigo. Si hubieras sido un caballero, como pensé al principio, ahora estarías muerto. Estoy demasiado cerca del éxito para permitir que mis secretos sean descubiertos.

El larguirucho Brenn hizo una pausa.

—Dime, minotauro, ¿viste algo... raro... en el bosque?

—¿A qué os referís, maestro Brenn?

Brenn frunció el ceño enfadado.

—Sabrías a qué me refiero si lo hubieras visto.

Kaz estaba seguro de que el Túnica Negra se estaba refiriendo al monstruo, pero decidió no compartir los detalles de su encuentro con su anfitrión. Lo que Brenn desconociera podía beneficiarle a él. ¿Acaso el hechicero tenía algo que ver con el monstruo? Y si así era, ¿qué relación tenían? ¿Dónde estaba el monstruo? Kaz estaba sopesando el riesgo de sonsacar más información cuando el eco de un gemido lúgubre recorrió todo el sanctasanctórum de Brenn. A Kaz, el sonido le recordó a los sollozos de una mujer, pero al mismo tiempo sabía que no tenía nada de humano. Era pavoroso y extraordinariamente triste.

Al oírlo, Brenn, bastante tranquilo, hizo un gesto con la cabeza y dijo escuetamente:

—Está despierta. Ahora debería mostrarse más dócil.

—¿Despierta? —murmuró el minotauro.

—Ven. Te enseñaré algo. —Brenn se encaminó hacia la entrada de la caverna. De

repente se giró, se quedó mirando fijamente al minotauro y ordenó—: Tiende las manos.

Te sentirás más cómodo si tienes esto. Procura tener cuidado.

El hechicero dio la espalda al minotauro y reanudó la marcha. Kaz levantó el arma y, por un momento, pensó en hacerle la raya al pelo largo y grisáceo del mago. Sin embargo, dedujo que era mejor no atacar. Si Brenn le había devuelto el hacha sólo podía haber sido porque no le daba miedo. Las cosas no tenían un aspecto prometedor.

La esfera brillante flotaba por delante de ellos, iluminando el camino. Kaz siguió al larguirucho personaje por un entramado de túneles que conducía de una cámara a otra, hasta que llegaron a una mayor que todas las demás.

Brenn se paró en la entrada, apoyó una mano en la pared rocosa y se giró hacia el minotauro.

—Creo que quizá sería mejor que te quedaras un poco alejado. Se irrita por la cosa más nimia. Hablaré con ella en privado. —Sus ojos se entornaron un poco—. No intentes huir.

Tras esa advertencia, Brenn penetró en la cámara seguido de la luz azul. Kaz estaba más que satisfecho de quedarse atrás, pero también sentía curiosidad por echar un vistazo al otro «huésped» del Túnica Negra, así que el corpulento minotauro se asomó desde un lado de la entrada.

—¡Vamos, vamos, querida! —dijo Brenn—. Creo que a partir de ahora las cosas tendrán mejor cariz, ¿no crees?

La cabeza de un reptil descomunal emergió del suelo de la caverna. Los ojos centelleantes de una hembra de Dragón Plateado estaban clavados sobre Brenn. Kaz nunca había visto tanto odio y repulsión en una mirada.

—¡Quiero... a mis hijos, vil... vil monstruo! —gritó la hembra Plateada con voz baja y angustiada.

En Krynn no quedaban dragones. Todos habían desaparecido poco después de la derrota en combate de la malvada Takhisis en manos del caballero Huma. Todos los dragones, tanto los seguidores de la Diosa de las Tinieblas como los sirvientes del brillante Paladine, su victorioso enemigo, habían dejado de existir.

Kaz, el minotauro, pensaba que a lo mejor alguien había olvidado decirle a esa hembra en concreto que se que no debía estar allí.

La hembra de Dragón Plateado era enorme; Kaz nunca había visto una tan grande. Brenn no representaba más que un bocado para una criatura tan inmensa y, sin embargo ella no hacía ningún movimiento hostil hacia el maestro hechicero. Kaz se atrevió a acercarse un poco y pudo ver mejor a la hembra bajo la luz. Estaba gravemente herida. Unas cicatrices profundas e infectadas marcaban el voluminoso cuerpo. Tenía las alas rotas, le colgaba un párpado, y el ojo, medio tapado, no tenía

buena visión. La mayoría de las heridas no eran recientes y, aun así, no habían sido curadas. Si no se trataban urgentemente, lo más probable es que provocaran una muerte lenta y dolorosa.

El respeto del minotauro por los malvados poderes de Brenn aumentó enormemente, porque él no podía haberle causado tanto daño... al menos, Kaz pensó que no... pero incluso tan malherida, la hembra Plateada tenía que ser un enemigo terrible.

—Como puedes ver claramente, tus hijos están a salvo, señora —dijo Brenn señalando con la mano derecha hacia un lado. Kaz intentó distinguir lo que era, pero desde su posición no podía ver nada. ¿Acaso el hechicero tenía también una jaula llena de pequeños dragones?

—¡Monstruo! —gimió la hembra Plateada.

Brenn se cruzó de brazos.

—¿Cómo puedes decir eso, señora, si tan solícitamente te permito echar un vistazo a tus preciosos huevos siempre que quieres? Pensé que era un detalle por mi parte.

—¿Un detalle? —La hembra se debatió contra unas ataduras mágicas invisibles que la mantenían inmóvil, tal como le había ocurrido antes a Kaz. Tras hacer intensos esfuerzos, finalmente la brillante cabeza de la hembra de dragón se hundió en el suelo.

Kaz temió que se estuviera muriendo.

—Un detalle... —suspiró ella—. ¡Una tortura... eso... eso es lo que quieres decir, mortal! ¡Colocar mis huevos en un lugar en el que los puedo ver... pero no... tocar! ¡Los huevos que... que has robado de mi... mi guarida!

—Bueno, señora, parecía que nadie se ocupaba de ellos. Pensé en proporcionarles un buen hogar. —Brenn soltó una risita—, querida, sabes muy bien que te he hecho ^{la} suculenta oferta de devolverte a tus hijos dentro de, quizá dos o tres días como máximo. Sólo tienes que darme lo que quiero y te prometo que te devolveré los huevos.

—¿Cómo... cómo puedo creerte?

El hechicero se encogió de hombros.

—Cree lo que quieras, señora, pero o aceptas mi oferta o...

Brenn debía de haber realizado algún hechizo con los huevos escondidos, porque de repente la hembra herida reanudó sus esfuerzos por liberarse.

—¡No! ¡No les hagas daño!

—... ¿Y bien?

—¡Sí! —dijo precipitadamente, y luego clavó sus ojos llenos de ira sobre el hechicero vestido de negro—. ¡Tú ganas, demonio! Haré lo que desees, pero... —los espasmos de dolor sacudían el cuerpo de la hembra de dragón— si le haces daño a

mis hijos, ¡encontraré la manera de destruirte!

Brenn soltó una carcajada.

—Para alguien de tu especie sería una comida pobre, señora. Todo cartílagos y nada de carne, por decir algo.

—Tienes... ahora tienes mi palabra, humano. ¿Qué quieres de mí?

—Lo sabrás mañana, señora. —Brenn hizo una reverencia—, por ahora otros asuntos requieren mi atención. Te aconsejo que descanses. Seguramente necesitarás todas tus fuerzas.

La hembra Plateada ya no le escuchaba, sino que su mirada se había posado sobre la zona que Kaz no podía ver, donde estaban sus huevos. A pesar de su debilidad, el brillante reptil estiraba el cuello en esa dirección.

Kaz miró al hechicero. El minotauro agarraba su hacha con fuerza y estuvo a punto de levantarla, pero se contuvo por temor a Brenn.

—Ya verás cómo en algún momento bajarás la guardia, maestro Brenn —murmuró Kaz. Sólo tenía que sobrevivir hasta entonces.

De vuelta por los pasadizos, Brenn empezó a flaquear y se apoyó en la pared para descansar. Aparentemente, el encarcelamiento de la hembra de dragón le estaba costando un gran esfuerzo. El hechicero respiró profundamente un par de veces y luego se irguió y siguió andando delante de Kaz.

—Vamos —ordenó Brenn.

Tras recorrer un trecho, Kaz se aventuró a hablar de nuevo.

—Habéis capturado a una hembra de dragón.

—Fue fácil porque estaba muy débil. La capturé mientras estaba entretenida en otras cosas. Eso es todo lo que tengo que decir sobre el asunto. —Después de un momento de callada contemplación, Brenn cambió de tema—. Te enseñaré dónde está tu caballo. Será tu alojamiento también. Si tienes hambre, te mostraré dónde puedes encontrar comida. Creo que estoy siendo bastante generoso. A cambio, te pido que seas obediente. ¿Te parece justo?

Kaz hizo una mueca. No podía hacer nada más que seguir interpretando el papel de prisionero agradecido.

El minotauro comió y se ocupó de su caballo. El alojamiento consistía en una pequeña cueva a la que se podía acceder desde el interior de la montaña a través de un túnel pero también desde el exterior. Kaz consideró la posibilidad de escapar, pero cuando se acercó a la entrada de la cueva vio que el borde terminaba en un abrupto risco de varias decenas de metros de altura. No era posible escapar por esa salida.

Estaba afilando su hacha con la mente concentrada en el entramado de túneles por el que había pasado cuando el mago entró en la estancia. Brenn parecía aturdido.

—Ven conmigo. Necesito tu destreza física. Tráete el hacha.

Haciendo su papel de soldado obediente, Kaz siguió a Brenn a través del laberinto

de corredores subterráneos. A medida que andaba, el minotauro iba grabando meticulosamente en su mente todos los caminos y desvíos que él y su anfitrión tomaban. Si tenía alguna posibilidad de escapar, iba a ser esencial conocer la ruta correcta por los dominios del hechicero.

Volvieron otra vez al sanctasanctórum del cadavérico Brenn. Kaz ojeó con disgusto el dibujo mágico del suelo y el aparato metálico que se erguía en el centro. Todavía recordaba la burbuja en la que había estado encarcelado.

También Brenn examinaba el dibujo, y las palabras que pronunció iban dirigidas más a sí mismo que al minotauro:

—Ahora que tengo su palabra, no puedo esperar más. Ha conseguido evitar todas las trampas que le puse. No hay manera de saber si todavía sigue con vida. Tendré que emplear medidas más extremas e intentar atraerlo aquí ahora. —Sin mirar a su compañero añadió—: Ponte a un lado y haz exactamente lo que te diga.

El hechicero levantó sus huesudas manos.

Se formó una burbuja de la misma forma que aquella en la que había estado encarcelado Kaz justo sobre el extremo del aparato metálico. Al principio, la burbuja no era mayor que un huevo, pero luego aumentó hasta alcanzar el tamaño de una sandía, y después más, hasta que su diámetro fue mayor que la longitud del brazo de Kaz. Éste sintió un estremecimiento y levantó su hacha, aunque no estaba seguro del efecto que podía tener el arma bajo esas circunstancias. La burbuja seguía expandiéndose. Kaz pensó que quizás acabaría llenando toda la cámara.

Pero entonces Kaz vio algo en el centro de la burbuja y aguzó la vista para distinguirlo mejor. En el interior de la burbuja había un cofre de madera, un sencillo cofre de madera sin ningún ornamento que crecía a medida que aumentaba el tamaño de la burbuja.

Cuando el cofre alcanzó un volumen similar al del minotauro, Brenn golpeó suavemente con el dedo la burbuja mágica. La esfera transparente flotó por encima de él y fue a parar justo a los pies de Brenn. Sin embargo, cuando entró en contacto con el suelo de la caverna, la burbuja se fue disolviendo poco a poco hasta que sólo quedó el cofre.

Brenn dio otro golpecito con el dedo y abrió la tapa. Luego, sacó del cofre varios fragmentos deteriorados de, aparentemente, piezas de cerámica. Examinó cuidadosamente cada trozo, en especial los bordes, y a continuación, cogió firmemente todos los fragmentos entre los brazos y se apartó.

Al cerrarse la tapa, el cofre se empezó a elevar. La burbuja volvió a formarse otra vez a su alrededor y todo el proceso que Kaz acababa de presenciar se repitió, sólo que a la inversa. La burbuja y el cofre volvieron a su lugar sobre el dibujo y el aparato metálico. Pocos instantes después cofre como la burbuja se redujeron hasta que desaparecieron por completo.

Justo en el momento en que se esfumó la burbuja, Brenn penetró en el dibujo y empezó a colocar todos los fragmentos en el interior del gran bol que había en el extremo del talismán. La forma real del objeto resultó visible enseguida. No era una pieza de cerámica como Kaz había supuesto al principio.

¡Un huevo! ¡Estaba reconstruyendo un huevo roto! Era un huevo tan grande y de un aspecto tan peculiar que sólo podía ser de...

—¡Un dragón!

Kaz no se percató de que había hablado en voz alta hasta que oyó sus propias palabras. Afortunadamente, Brenn estaba tan absorto en su trabajo que no se dio cuenta. El mago colocó las últimas piezas en el huevo, luego se apartó del dibujo y se volvió hacia el minotauro.

—Ahora quizá sean necesarias tus habilidades, amigo mío. Prepárate.

Kaz no tuvo tiempo de pensar en lo que Brenn estaba haciendo con la cáscara de huevo de un dragón, porque en ese mismo momento algo empezó a ocurrir en el centro del dibujo: alrededor de la cáscara se estaba formando otra burbuja, ésta de color rojizo, que iba aumentando de tamaño, cada vez más, hasta que al final podía haber engullido fácilmente a Kaz y a Brenn juntos.

Brenn estiró un brazo raquítico señalando a la burbuja y murmuró unas palabras. En sus ojos brillaba una mirada feroz. La piel de su rostro, ya de por sí tirante, se tensó tanto que Kaz pensó que se rajaría y dejaría al descubierto el cráneo.

La cáscara de huevo empezó a moverse.

Brenn estiró también el otro brazo. El sudor le corría por la frente y sus ojos hundidos centelleaban.

—¡Dondequiera que estés —gritó— debes venir a mí! ¡La llamada de tu nacimiento no puede ser rechazada!

La cáscara reconstruida despedía humo en el interior de la burbuja. Unas volutas surgieron por encima del huevo y empezaron a girar en un torbellino formando una nube.

Kaz parpadeó. Por un momento hubiera jurado que vio un brazo en el interior de la nube.

Empezó a surgir lentamente una silueta sobre la cáscara que parecía disolverse a medida que la cosa que había encima cobraba consistencia: no era humana, eso era obvio ya desde el principio. No se parecía a ninguna de las criaturas que Kaz había visto jamás. Tenía alas y una cola larga y robusta; estaba inclinada en el interior de la burbuja y parecía no saber si debía erguirse sobre dos patas o sobre cuatro. Una vez de pie sería más alta que Brenn y posiblemente que Kaz, y pesaría probablemente el doble que el minotauro. Kaz observaba anonadado y confuso a la criatura.

¡Era el monstruo que lo había atacado! Lo reconoció por el hocico magullado y cubierto de sangre. Sí, era contra lo que había luchado... pero ¿qué era?

La monstruosidad del interior de la burbuja de Brenn abrió sus fauces de reptil y soltó un rugido... o al menos lo intentó, porque el sonido quedó atrapado dentro de la burbuja. La criatura arañó en el interior de su celda con unas garras que parecían casi humanas.

Era un dragón... y no lo era. Kaz conocía la capacidad de los Dragones Plateados para cambiar de forma, pero esa cosa parecía que hubiera cambiado de idea a media transformación y no hubiera podido regresar a su estado natural.

Brenn se colocó en un punto desde el que el monstruo pudiera verlo. Su odio hacia el Túnica Negra era evidente. Afortunadamente para el hechicero, la burbuja era más resistente que el monstruo.

—Ruge todo lo que quieras, mi hombre-dragón —replicó Brenn—. No sólo vas a quedar encerrado en esta prisión, sino que tu madre nunca podrá oírte.

¿Madre? Kaz miró más atentamente la piel escamosa del monstruo. Al principio creyó que era de color gris, ¡pero en realidad era de un plateado claro!

¡La cosa era uno de los hijos de la hembra Plateada! No podía haber otra explicación y, sin embargo, Kaz no había visto nunca un dragón como ése. Tal como Brenn había dicho, parecía más un hombre-dragón... Kaz se preguntó qué era lo que el hechicero había hecho, qué clase de malvada brujería había puesto en práctica.

—Bien. Al parecer, la cáscara aguanta —comentó Brenn. Luego, se movió alrededor de su creación examinándola como un niño que observa a un animal de compañía recién comprado—. Alguna deformación adicional, pero el conjuro todavía no ha terminado. Unos días más, aunque... creo que después de todo estaba en lo correcto —murmuró Brenn.

Kaz no pudo aguantarse más.

—¿Eres tú el responsable de esta criatura?

—Es un poco decepcionante, ¿verdad? Interesante, pero no es exactamente lo que esperaba, y odio dejar una cosa a medias. Además, tengo el problema de que no consigo que el hechizo sea duradero. Si lo dejáramos tres o cuatro días más, el conjuro se rompería y no tendríamos ni esta criatura, ni una cría de dragón; sólo sería un revoltijo repugnante. Antes de que ella aceptara, estaba dispuesto a dejarlo ahí suelto hasta que el hechizo se deshiciera y acabara rompiéndose en pedazos, pero ahora que tengo su colaboración, puedo remediar la situación: ya puedo comenzar con los demás.

—¿Así que era uno de los huevos del dragón?

Brenn interrumpió su examen del hombre-dragón y miró atentamente al minotauro.

—Por supuesto. De hecho estaba casi recién puesto. Era mi primer intento y debo decir que es muy fuerte, pues rompió la celda de hierro en la que lo tenía encerrado y huyó hacia el bosque. En ese momento yo estaba en otra parte.

—¿Ésta es la razón por la que has robado los huevos? ¿Esta cosa? —preguntó Kaz.

—La idea fue de otra persona, de un viejo compañero que se había hecho clérigo de la Reina de la Oscuridad. Una vez me comentó lo maravilloso que sería poder engañar a los más fervientes servidores de Paladine para que lucharan a favor de Takhisis, y ¿qué mejor manera de destruir su moral que convirtiendo a sus hijos en criaturas dedicadas a la oscuridad? —La expresión de Brenn era casi triste—. Sin embargo, su poder no fue suficiente para llevar a cabo la labor y murió en el proceso... el muy estúpido.

El hechicero movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Clérigos! Están demasiado limitados por su fanática devoción. En cambio, un hechicero... bueno, ¡ya ves lo que he logrado!

—No lo que querías —gruñó Kaz. La observación pareció no molestar a Brenn.

—No, pero al contrario que Augus, mi pobre amigo no llorado, yo me doy cuenta de mis limitaciones... y luego discuro la forma de superarlas. Ella me proporcionará la fuerza adicional que necesito.

Brenn rodeó el dibujo del suelo y se puso junto a Kaz. El hechicero andaba mucho más despacio que antes, lo que indicaba que estaba exhausto.

—Mañana tenemos un día muy ajetreado, minotauro. Tengo que reservar mis fuerzas para el conjuro que estoy planeando. Tú te encargarás del esfuerzo físico. Por eso, es mejor que ahora te vayas a la cama. Te llamaré cuando sea la hora.

El minotauro se inclinó obedientemente.

—Sí, maestro Brenn.

—Como todavía no conoces el camino, te voy a dar esto para que te guíe hasta tu aposento. —La esquelética figura levantó el dedo señalando la luz azul. El globo emitió una leve vibración y luego se dividió en dos esferas idénticas. Una de ellas flotó por encima del guerrero, que observaba perplejo—. El globo se mantendrá hasta que llegues a tu alojamiento. Después se desvanecerá y quedarás en la más completa oscuridad.

Kaz pensó que eso era una advertencia para que no se atreviera a salir a ninguna parte, pero asintió para indicar que había comprendido. Brenn se volvió hacia su monstruosa creación y dijo:

—Puedes irte.

Kaz se disponía a marchar, pero entonces sintió algo extraño en su espalda que lo hizo estremecerse. Se giró hacia Brenn. La mirada del hechicero estaba clavada en la cosa aprisionada en el interior de la burbuja mágica. El minotauro frunció el ceño y luego levantó la vista casualmente hacia el hombre-dragón. Éste estaba mirando a Kaz.

El minotauro salió a toda prisa en dirección al pasadizo sin mirar hacia atrás.

Hasta que no estuvo en el interior del túnel, lejos de los pavorosos ojos del monstruo, no se atrevió a pararse. Hacía muchos años que nada lo había perturbado tanto, pero la mirada consciente y hambrienta del hombre-dragón le había llegado al alma. Brenn había creado un ser maligno, cuya oscuridad interior, quizá, ni siquiera el hechicero había llegado a captar.

A Kaz no le gustaba la magia. Un hacha no podía destruir nada que fuera mágico. Sin embargo, éste sabía que no podía marcharse sin haber acabado antes con la creación de Brenn, por lo que estimó sus posibilidades de éxito en una empresa tan alocada y suspiró frustrado.

Desde luego, las posibilidades eran mínimas. Tenía que ser un estúpido suicida para estar pensando seriamente en hacer algo que no fuera escapar a la primera oportunidad.

—¡Que Paladine me proteja! —murmuró Kaz entre dientes. Pero justo cuando había tomado esa decisión, se dio cuenta de que no había ninguna determinación que tomar. No podía permitir que Brenn continuara con sus experimentos sobrenaturales. Tenía que actuar.

Allí, y en ese momento, Kaz pensó que los dioses se habían confabulado para atraparlo... y que, probablemente, esta vez iban a conseguirlo.

Su memoria era buena. Kaz se alegró al descubrir algunas horas después que, a pesar de la total oscuridad, era capaz de recordar el camino. Hasta entonces, sólo había girado en el lugar equivocado una vez, y se había dado cuenta del error casi enseguida.

El minotauro estuvo tentado de improvisar una antorcha, pero la luz le hubiera puesto en peligro. Aunque estaba completamente seguro de que el cansado Brenn estaría dormido, el minotauro no quería correr ningún riesgo: contaba con que la oscuridad le ocultara.

Kaz pensó en atacar a Brenn durante la noche, pero nunca había conocido a ningún hechicero que se fuera a dormir sin algún conjuro protector y, en el caso de Brenn, sería uno muy poderoso. No, lo mejor que el minotauro día hacer era llevar a cabo lo que había decidido: sólo ella podía ayudarlo.

Al girar una esquina, vio una pálida luz a lo lejos. Al principio, temió haberse equivocado y que Brenn todavía estuviera despierto, pero enseguida se percató de que la claridad procedía de la cámara en la que la hembra Plateada estaba encarcelada. Más confiado, se aproximó a la boca de la cueva y miró hacia el interior.

La hembra yacía inmóvil, tan quieta que el minotauro tuvo miedo de que hubiera muerto mientras dormía. Pero entonces, Kaz vio que se agitaba en su evidente agonía. Después de haber visto sus heridas y lesiones no pudo evitar sentir una fuerte admiración por su determinación de vivir.

Los demás dragones habían huido, pero ella se quedó allí, sin dedicar ni un momento a curarse, y todo por el amor que sentía hacia sus hijos.

Kaz se sintió ultrajado al pensar en lo que Brenn había hecho con una de esas crías. El minotauro tenía que contarle la verdad a la hembra Plateada... siempre que ella creyera algo de lo que un minotauro pudiera decir. Eso último era la parte del plan que no había podido resolver a satisfacción.

Kaz se encaminó hacia la hembra del dragón... y chocó con una pared invisible, a la que golpeaba con el puño mientras profería insultos de rabia.

—¿Y ahora qué? —murmuró.

El minotauro, frustrado, cambió de posición en un intento de ver si podía haber otra entrada más cercana a la prisionera. Al moverse, apoyó una mano en la pared de la caverna y, de repente, se levantó una corriente de aire. Kaz sintió un escalofrío y, perplejo, quitó la mano de la roca. Recordó que Brenn había hecho algo raro tanto al entrar como al salir de la prisión de la hembra de dragón: había tocado dos veces la pared con la mano. De hecho, Brenn se había desviado de su camino para hacer ese gesto.

Kaz intentó tocar la pared invisible, pero había desaparecido.

Rápidamente, penetró en la cámara y se aproximó, vacilando, a la descomunal prisionera.

—Vienes... calladamente... por la noche —susurró una voz suave de repente—. El mago... se ha buscado un nuevo sirviente. No deberías estar aquí sin tu amo, minotauro. Debería... debería acabar contigo.

Entonces, movió la cabeza. La hembra Plateada miraba amargamente con el ojo sano a la diminuta figura que tenía a su lado. Sin embargo, los planes de Kaz no contemplaban que la gran bestia a la que había ido a rescatar lo devorara.

—Yo también estoy aquí prisionero, gran señora. Juro por mis antepasados que lo que voy a contaros es Tenéis mi palabra de honor.

—Todo el mundo sabe que... los minotauros mienten vez en cuando. Para ser un prisionero, llevas unas... unas cadenas muy largas.

Kaz soltó un bufido.

—Brenn ha sacado sus conclusiones, como vos.

—¿Por qué... has venido... a verme? —Quizá la hembra no le creía, no todavía, pero evidentemente sabía lo suficiente sobre el honor de los minotauros para, al menos, tomarse la molestia de escucharle.

—Para sacaros de aquí. —Incluso al decirlo, el mismo Kaz se dio cuenta de lo ridículo que sonaba. Estaba intentando salvar a una hembra de dragón—. Tenéis que ayudarme con vuestro poder a terminar con esto.

—Aunque... aunque te creyera, no puedo... marcharme sin mis hijos, minotauro. No me marcharé... sin... sin ellos. —La hembra Plateada vaciló varias veces durante

su respuesta. Giró la cabeza y señaló la pared que tenía delante, la que Kaz no había podido ver desde la entrada—. Mira, allí, más allá de mi... mi alcance.

Kaz miró hacia la dirección indicada y sus ojos se abrieron de par en par: allí, en un rincón de la pared rocosa, había seis huevos grandes y correosos, idénticos al huevo roto que Brenn había logrado recomponer. Le pareció extraño que el hechicero hubiera puesto los huevos en ese lugar, pues de ese modo tenía forzosamente que trasladarlos para sus experimentos. Además, ¿cómo esperaba que la hembra de dragón siguiera cooperando si los iba viendo desaparecer uno tras otro?

La prisionera acercó la cabeza con un balanceo.

—Hacía sólo unos días que los acababa de poner cuando él... él... los robó, y aunque ya ha pasado un tiempo, su maldito conjuro los ha... mantenido tal como estaban entonces.

—¿Cómo los cogió? —gruñó Kaz.

Una batalla nos obligó a abandonarlos durante un tiempo. Como puedes ver, fue una lucha terrible. Luego volví, con la ayuda de mi compañero, ¡y descubrí que ya no estaban! —El dolor se reflejaba en la mueca de su rostro—. Mi compañero y yo juramos que sólo la muerte nos separaría de... nos separaría de nuestros hijos. —La hembra hizo una pausa para retomar el aliento—. Y parece que yo tendré que cumplir... esa promesa. A mí ya nadie puede ayudarme pero, si quieres hacerme un favor, minotauro, salva a mis hijos.

Kaz intentó aplacar la decepción que sintió al descubrir que la hembra estaba demasiado débil para ayudarlo, así que examinó los huevos, pues no podía abandonarlos al fatal destino que había sufrido el otro. No podía permitir que Brenn creara otra monstruosidad tal... incluso aunque esto significara tener que destruir los huevos.

Cuando por fin se atrevió a acercarse a los huevos, comprobó que ocurría algo extraño: no podía llegar al rincón. Su mano chocó contra una superficie de piedra desigual. Si hubiera tenido los ojos cerrados, no hubiera podido distinguir dónde terminaba la pared y dónde empezaba el escondrijo.

Deslizó sus manos por todo el borde intentando encontrar algún dispositivo mecánico para abrirla, por ejemplo, una entrada, pero no halló nada. Consideró la posibilidad de lanzar el hacha contra la pared, pero seguramente el ruido despertaría al hechicero y él sólo conseguiría estropear el arma. Con una sensación de derrota, se acercó de nuevo a la hembra.

—¿Hay algo que vos podáis hacer?

—¿Estaría aquí si lo hubiera? —suspiró—. Mi única esperanza es que mantenga su palabra y me los... devuelva.

—No lo hará —gruñó Kaz—. ¡Lo que pretende es coger los huevos y utilizar vuestro poder para convertir a vuestros hijos en una especie de engendros leales a él!

La hembra levantó la cabeza.

—Aunque pudiera, no lo haría. ¡No se atreverá!

—¿Os habéis preguntado por qué no están todos los huevos aquí? —le preguntó Kaz.

La hembra mostró una expresión de recelo.

—¿Qué clase de truco es éste? Todos mis huevos... están ahí. Los estoy viendo.

—¿Qué? ¡No puede ser! —Kaz estaba atónito.

—Están todos. —La hembra lo miró—. Cualesquiera que fueran tus maquinaciones, han fracasado. Quizá deberías volver con tu amo.

—¡Por Paladine! Escuchad lo que...

Otra voz le cortó antes de que pudiera terminar la frase.

—¡Kaz, sabes que te he ordenado que no atormentaras a nuestro huésped! ¡Sería mejor que aprendieras a obedecer!

Brenn estaba parado en la entrada. Kaz maldijo entre dientes; había sido un estúpido por no imaginar que el hechicero habría ideado algún tipo de alarma mágica.

El minotauro intentó coger su hacha, pero se dio cuenta de que no podía moverse. La hembra Plateada lo observaba con un gran odio. Ahora, ya nunca más podría creerle.

—Kaz, voy a tener que castigarte por haber desobedecido —continuó Brenn.

En torno a Kaz empezó a formarse una burbuja, una esfera flotante idéntica a aquella en la que el hombre-dragón estaba encarcelado.

El minotauro se percató de que podía volver a moverse en el interior de la burbuja, pero ¿adónde iría de esa forma? Luego, esa posibilidad tampoco era factible, pues, de repente, la burbuja experimentó un cambio siniestro: empezó a contraerse. La parte superior casi le rozaba los cuernos y los laterales estaban tan cerca que podía tocarlos con los dedos.

Quedar aplastado lentamente en el interior de una burbuja mágica no era una forma honorable de morir. Intentó romper la burbuja con los cuernos, pero se dio cuenta de que, probablemente, los cuernos se le partirían antes de que la esfera reventara.

Incapaz de hacer nada más, Kaz empezó a maldecir a Brenn en nombre de todos los dioses que le vinieron a la cabeza, y luego le gritó al malévolo hechicero lo que haría cuando quedara libre. No le importaba que Brenn no pudiera oírlo; Kaz estaba seguro de que el mago le entendía.

Y aparentemente así fue, ya que cuando Kaz se paró un momento para recuperar el aliento, el mago le señaló con el dedo y el aire se paralizó en su garganta.

Unos instantes después, el minotauro se desplomó.

Kaz se despertó y miró a su alrededor. Todavía seguía atrapado en la maldita burbuja de Brenn, pero estaba en otro lugar. Ahora flotaba en una esquina del

sanctasanctórum del Túnica Negra, cerca del inmenso dibujo y de la otra esfera que seguía flotando encima. Demasiado cerca. El hombre-dragón de Brenn miraba fijamente al minotauro como si en el mundo no existiera ninguna otra cosa. La criatura parpadeaba de vez en cuando o sacaba su lengua bifurcada y la volvía a esconder rápidamente, pero no se movía.

—Mírame todo lo que quieras, lagarto —gruñó Kaz sin importarle si la bestia le podía oír o entender—. ¡Ya comprobarás que soy una comida que muerde!

El hombre-dragón no hizo caso de los desvaríos de Kaz y siguió mirándolo fijamente. Cuando Brenn entró, Kaz no sabía exactamente cuánto tiempo había pasado, quizás una hora o dos.

—¡Ah, los dos estáis despiertos! —comentó Brenn. Luego, estuvo un rato examinando al hombre-dragón, que de repente volvió a gruñir y a dar zarpazos. Brenn se volvió hacia Kaz. Con un movimiento de su dedo, la esfera del minotauro se acercó flotando hacia él.

—Ahora podrás oír mi voz, pero nada más.

Y era cierto. Aunque el hombre-dragón abrió la boca muchas veces para emitir lo que obviamente era un rugido, la estancia permanecía en silencio, excepto cuando el hechicero hablaba.

El maestro Brenn sonrió a Kaz.

—De algún modo, tú haces que todo esto sea más fácil. Admito que me hubiera sentido culpable de sacrificar a un soldado tan útil como tú si no hubieras resultado ser el traidor que eres. ¡Imagínate! ¡Un minotauro con conciencia!

—¿En realidad sabes lo que esa palabra significa? —gruñó Kaz.

—Sigues insolente. Bien. Eso quiere decir que librarás una cruda lucha cuando llegue el momento. Creo que la batalla será entretenida, aunque el final es inevitable.

¿La batalla? A Kaz no le gustó cómo sonaba.

—¿Qué batalla?

Brenn se giró y se acercó tranquilamente al dibujo del suelo. La esfera del minotauro lo seguía mientras caminaba.

—Cuando dije que tu llegada era muy oportuna, lo dije de verdad. Estaba intentando encontrar una manera de probar la fuerza de mi creación, después de volver a capturarlo cuando caíste en mis manos. Mi primera intención era dejar que te sintieras cómodo, para que, cuando llegara el momento de luchar, estuvieras en forma. Pero luego...

—¿Estás planeando que luche con esa cosa? —rugió Kaz señalando al hombre-dragón, que seguía gruñendo.

—Pensaba que era obvio, incluso para ti —comentó el hechicero mirando a Kaz con cierta sorpresa—. Espero que tu talento se agudice durante la batalla, sobre todo teniendo en cuenta que lucharéis sin armas.

Kaz se palpó la espalda. El hacha había desaparecido. Miró ceñudamente a Brenn, quien señaló una de las mesas cercanas. El hacha de batalla estaba allí encima.

El minotauro miró primero a Brenn, luego al hombre-dragón y después volvió a mirar al hechicero.

—¿Eso es tu idea de un combate justo?

El mago observó a la criatura que había creado, que continuaba rascando la burbuja con unas garras casi tan largas como una sola mano del minotauro. El hombre-dragón abrió sus fauces de par en par mostrando de nuevo sus colmillos afilados como un cuchillo. Brenn se quedó reflexionando y luego se giró hacia Kaz.

—No, pero satisfará mi curiosidad.

—¡Libérame y satisfaré tu curiosidad!

Brenn sonrió.

—Creo que ya es hora de empezar.

La burbuja en la que estaba Kaz retrocedió varios metros. La otra esfera también se apartó del dibujo. Brenn observó el diseño mágico y levantó su delgada mano.

Apareció una tercera burbuja que contenía el inmenso cofre del que Brenn había sacado los fragmentos de huevo. El hechicero dirigió la burbuja hacia él y tal como había ocurrido anteriormente, la esfera se disolvió cuando entró en contacto con el suelo de la caverna y el cofre quedó allí encima. Brenn abrió el arca, metió la mano y, con un ademán de satisfacción, extrajo su trofeo. Al principio Kaz no podía ver lo que era pero, cuando el mago lo levantó, no había duda alguna: era otro huevo de Dragón Plateado.

—¡Una ilusión! —gritó Kaz sofocado—. ¡Ahora lo entiendo! ¡Los huevos por los que ella suspira sólo son una ilusión! Ahora comprendo por qué la barrera parecía de piedra.

Brenn levantó el huevo delante de Kaz para que lo viera.

—Desde luego. Necesitaba un cebo, pero no podía arriesgar mis trofeos. Los huevos de dragón son bastante difíciles de conseguir.

Brenn volvió a bajar el huevo.

—En realidad, es muy simple. Su propia obsesión alimenta la fuerza de la ilusión del mismo modo que su propio poder alimenta el hechizo que la mantiene presa. ¿Por qué desperdiciar mi propia energía si puedo utilizar la de los demás? Además, después de que mi primer intento no tuviera un éxito total, decidí no ocultarme más de ella y, en lugar de eso, atraerla hacia mi dominio. Como ves, si un único tipo de magia no es suficiente, hay que combinar dos tipos diferentes para alcanzar el éxito. Cuando empecé con esto, pensaba formar un ejército, pero ahora que los demás dragones se han ido, me sentiré satisfecho con mi pequeño grupo y con la certeza de que una vez más he triunfado en aquello en lo que otros han fracasado.

—Una vez conocí a un hechicero como tú —gruñó Kaz—. Se llamaba Galan

Dracos y ahora está muerto, gracias a Paladine.

Brenn soltó una carcajada. Luego, volvió a colocar el huevo en el cofre y cerró la tapa. Acercó la mano al cuello de su túnica y extrajo un colgante de piedras preciosas. Kaz pudo apreciar el destello de una esmeralda incrustada en el centro del collar.

Brenn dirigió su atención hacia el hombre-dragón, que había reavivado su ataque contra la burbuja. El hechicero hizo regresar la esfera a su lugar original, encima del dispositivo metálico que se erigía en el centro del dibujo. Después, respiró profundamente, puso las dos manos sobre el talismán que llevaba colgado del cuello y cerró los ojos.

—Ha llegado el momento, señora —dijo Brenn suavemente—. ¡Ya sabes lo que espero de ti!

Kaz sintió una fuerza tremenda, pero Brenn parecía decepcionado. Abrió los ojos y gritó:

—¡Tus hijos, señora! ¡Recuerda nuestro pacto!

Una intensa oleada de magia arrolló a Kaz. Sacudió la cabeza y gruñó de dolor. La enjuta cara de Brenn se iluminó y la esmeralda centelleaba.

En el interior de la burbuja, el hombre-dragón se agarraba el cuello con una angustia evidente. Su piel empezó a arrugarse. Kaz se inclinó hacia adelante hasta que rozó con el hocico el borde de su prisión para poder ver mejor. ¡La piel del hombre-dragón se estaba desintegrando!

La fuerza seguía fluyendo de la hembra dragón hacia Brenn. Los dragones eran criaturas mágicas; Brenn sólo había conseguido capturar a aquella hembra Plateada porque estaba herida de muerte. Para alterar la naturaleza de un dragón, incluso uno que todavía no hubiera salido del cascarón, había que luchar contra la magia propia de la raza legendaria, y eso era un arduo trabajo para cualquier hechicero, aunque fuera muy poderoso.

Al hombre-dragón se le iba desprendiendo la piel a trozos pero, aun así, el tamaño del ser en vez de disminuir, parecía aumentar cada vez más. A Kaz le recordaba a una serpiente joven cuando cambia la piel. El hombre-dragón experimentaba un dolor tan terrible que Kaz casi sintió lástima de la criatura. Sin embargo, su compasión se desvaneció cuando recordó que pronto se vería obligado a luchar contra el monstruo.

El hombre-dragón iba adquiriendo un aspecto cada vez más humano a medida que la piel se iba desprendiendo. El hocico se le redujo hasta alcanzar una longitud sólo algo superior a la del hocico del minotauro. Las patas delanteras se convirtieron en brazos, con unas manos provistas de garras. La cola también se acortó y las alas se redujeron a un mero vestigio. A pesar de las transformaciones, Kaz no creía que ahora tuviera más posibilidades de vencerlo. El hombre-dragón no sólo era más grande que antes, sino que en aquellos ojos de reptil había una mirada astuta; era la mirada de un guerrero.

Kaz se prometió que, ya fuera un guerrero o un monstruo, o ambas cosas, iba a librar la batalla de su vida con el animal. Estaba casi seguro de que la lucha empezaría pronto. La criatura aún estaba mutando, pero ahora los cambios eran sutiles. Por primera vez parecía que el hombre-dragón tomaba conciencia de su propia forma. Se examinó cuidadosamente y se quedó mirando a su creador.

La fuerza seguía fluyendo hacia el talismán y de allí hacia la criatura de la burbuja. Brenn había dejado de sonreír. Su rostro reflejaba la tensión que ejercía para terminar el conjuro. La hembra de dragón seguía enviándole energía a través del talismán. La fuerza era tan aplastante que incluso se sintió aturdido por la intensidad. Brenn jadeaba, pero no desfalleció.

De repente, la corriente de flujo mágico osciló. Brenn miró ferozmente hacia arriba y rugió:

—¡Recuerda a tus hijos!

Su advertencia no surtió efecto. La energía disminuía cada vez más... hasta que se desvaneció. Con un gruñido de dolor, el hechicero perdió la conexión con el conjuro.

—¡Reptil detestable!

Kaz pensó que quizá la hembra había muerto debido al tremendo esfuerzo realizado. Brenn se movió bruscamente y se frotó la pálida cara. Kaz ansiaba salir de su prisión. Si había que esperar a que el hechicero se sintiera lo suficientemente débil como para poder atacarle, ése era el momento.

Brenn contemplaba su creación.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Por fin terminado!

El hombre-dragón estaba erguido dentro de su celda. Su mirada iba de un lado a otro, primero a Brenn, luego a Kaz. Cada vez que miraba al minotauro, el monstruo apretaba los puños con sus afiladas garras.

—¡Perfecto! —proclamó el Túnica Negra—. ¡Perfecto! —Se volvió hacia Kaz, el único testigo de su magnificencia—. Ves...

El hombre-dragón se encorvó bruscamente y aulló. La piel del monstruo empezó a desprenderse a trozos.

—¿Qué ocurre? —Brenn atrajo la burbuja hacia él, se acercó a la celda transparente y observó al hombre-dragón, que se había puesto de rodillas—. ¿Qué te pasa? ¡Ahora tienes que mantenerte firme!

El hombre-dragón levantó los ojos, grandes y teñidos de rojo, hacia su creador e, impulsado por el dolor, intentó agarrar a Brenn. El hechicero se encogió de miedo, pero no se apartó.

El hombre-dragón clavó sus garras en la burbuja con mucha facilidad, como si fuera tela fina. La burbuja reventó y dejó caer a su prisionero en el suelo.

Brenn contemplaba su creación con incredulidad.

El hombre-dragón agarró a Brenn por el cuello, lo levantó y con voz profunda y susurrante a la vez lo acusó:

—¡Me has hecho daño!

—¡Bájame! Puedo hacer que...

El hombre-dragón no hizo caso de la orden.

—¡Ahora te haré daño a ti! —y levantando a Brenn por encima de su cabeza, el hombre-dragón lanzó al hechicero por los aires hasta la otra punta de la caverna.

Brenn, muy debilitado por el esfuerzo del conjuro, no pudo hacer nada. Chocó con gran estrépito contra una estantería, rompió todo tipo de artefactos y recipientes, y, finalmente, cuando cayó al suelo, todas las estanterías se desplomaron encima de él.

Brenn intentó levantarse, pero no pudo. Estaba malherido. El hombre-dragón miró fijamente al mago. El hechicero alzó débilmente un dedo hacia Kaz, pero luego lo dejó caer pesadamente ya que, aunque estaba consciente, se sentía incapaz de hacer cualquier otra cosa para salvarse.

La burbuja en la que estaba encarcelado el minotauro se desvaneció. Al tocar el sólido suelo de la cueva, Kaz emitió un gruñido.

El hombre-dragón se giró hacia el minotauro siseando. Sus garras centelleaban al mirar a Kaz y, entonces, se abalanzó sobre su garganta.

El minotauro se lanzó al suelo y rodó hacia la mesa en la que estaba el hacha. Esperaba poder coger el arma antes de que el ser volviera a atacarlo.

El gesto de Kaz cogió al hombre-dragón por sorpresa. Durante unos instantes, el monstruo se quedó mirando el lugar en el que su preciada víctima había caído. Luego, siseando de nuevo, el animal se giró y, cuando localizó a se acercó a grandes pasos hacia él con las garras extendidas y las fauces abiertas de par en par. Kaz se dio cuenta de que no podría llegar a la mesa, pues el monstruo lo alcanzaría antes.

Entonces, una nueva oleada de dolor sacudió al hombre-dragón, que cayó de rodillas. Su aspecto empezó a transformarse de nuevo, como si se estuviera derritiendo.

Aprovechando al máximo esa oportunidad inesperada, Kaz se precipitó sobre la mesa y cogió el hacha. A sus espaldas, el aullido de dolor iba apaciguándose.

El hombre-dragón estaba detrás de él otra vez. Arremetió contra Kaz con más rapidez que antes. Éste levantó el hacha con una mano y consiguió defenderse del ataque. A pesar de su grotesca apariencia, la criatura era muy ágil. Kaz intentó asestar un segundo golpe, pero el hombre-dragón le agarró el hacha por la parte superior del mango y casi consiguió arrebatársela. El minotauro intentó desesperadamente que el otro soltara el arma. No quería pensar en cuáles serían sus posibilidades en una lucha cuerpo a cuerpo. Se acordó de su enfrentamiento en el bosque y, cogiendo el arma, intentó repetir la táctica que había utilizado entonces, es decir, procuró golpear a la

criatura en el hocico. Sin embargo, el monstruo fue mucho más cauto esta vez, y Kaz por poco vuelve a perder el arma.

Al intentar evitar las fauces y las garras de su adversario, el minotauro no se dio cuenta de que la ondulante cola se deslizaba hacia su pierna. Kaz golpeó la cola con el hacha. La afilada hoja alcanzó la punta y la rebanó.

El hombre-dragón soltó un aullido de dolor y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro. El ataque alcanzó a Kaz mientras intentaba arrancar el hacha del suelo, pues la hoja no sólo había cortado la cola, sino que también había abierto una grieta de varios centímetros de profundidad en la roca. Una punzada de dolor recorrió el cuerpo del minotauro. Consiguió sacar el hacha justo cuando el hombre-dragón volvía a atacar de nuevo. Kaz, herido, se apartó de él dando traspiés. Tenía el brazo izquierdo cubierto de sangre, que manaba de las heridas producidas cerca del hombro.

Entonces, el minotauro sintió una rabia profunda que lo cegó. ¡El ser le había herido!

—¡Ya... ya basta...! —gruñó.

Kaz volteó el hacha a su alrededor y obligó al adversario reptil a retroceder. Al mover el hacha, sentía unos terribles estremecimientos de dolor, pero sabía que no podía desistir. Si se paraba, aunque sólo fuera un instante, el hombre-dragón lo tendría en sus garras.

El borde superior de una de las hojas del hacha abrió una herida en el pecho del hombre-dragón por la que empezó a salir un hilillo de baba verdosa. El ser siseaba y daba bandazos, pero Kaz no pudo aprovechar esa ventaja, pues la criatura se recuperó, miró fijamente al minotauro y luego, de repente, se lanzó directamente sobre él. Si Kaz no hubiera estado herido, en ese momento habría asestado un golpe mortal a su contrincante, pero el dolor que sentía en el hombro le impedía moverse con más rapidez. El hacha alcanzó al hombre-dragón en la parte alta del brazo y sólo lo hirió superficialmente, por lo que el monstruo pudo agarrar con fuerza el mango del arma del minotauro.

Kaz intentó arrebatarla, pero estaba demasiado débil. El hombre-dragón le quitó el hacha y la lanzó a un lado.

—¡Ahora —siseó—, vas a morir!

Sin embargo, Kaz todavía se movía. Incluso para un animal de la fuerza del hombre-dragón, un minotauro adulto era una carga muy pesada y su embestida aún lo era más. Kaz inclinó la cabeza y dirigió sus cuernos hacia el hombre-dragón. Las perversas garras del monstruo se clavaron en su cuerpo y lo desgarraron, pero Kaz no desistió. El hombre-dragón gruñó agonizante cuando los cuernos del minotauro arremetieron cerca de la herida del pecho y le atravesaron la piel dura y acorazada.

Impulsado hacia atrás por el ataque de Kaz, el hombre-dragón se cayó. El

minotauro estuvo a punto de caerse también, aunque consiguió sacar los cuernos justo a tiempo.

El monstruo herido empezó a transformarse de nuevo. Cada vez parecía menos humano y más... más un nada de lo que el minotauro había visto jamás. El hombre-dragón rugía e intentaba desesperadamente levantarse. Kaz se preguntó hasta dónde llegaría la fuerza del engendro. El minotauro herido estaba prácticamente acabado. Apenas podía levantarse y, aún menos, reiniciar la batalla.

El hombre-dragón siseaba. El minotauro intentó sopesar, mirando por el rabillo del ojo, sus posibilidades de atrapar el hacha de batalla. Las probabilidades no eran esperanzadoras, pero si las continuas transformaciones mágicas hubieran debilitado algo al hombre-dragón, entonces él podría...

El ser también miraba en dirección al hacha.

Kaz saltó sobre el arma. El hombre-dragón intentó interceptarle. El monstruo se movía con más rapidez que Kaz; la batalla había acabado con sus fuerzas. Sus patas y brazos eran como pesados trozos de hierro y, a cada paso que avanzaba, toda la estancia le daba vueltas.

Entonces, el hombre-dragón se tambaleó de nuevo. No mucho, pero lo suficiente para que Kaz ganara dos o tres segundos preciosos, el tiempo justo para agarrar el hacha y rodar lejos de la bestia.

Kaz se giró a tiempo para observar una imagen horrible, carne del monstruo se iba desprendiendo a cada movimiento que hacía. La criatura aullaba de rabia y de dolor.

Usando las pocas fuerzas que le quedaban, Kaz levantó el hacha de batalla por encima de su cabeza y luego la impulsó hacia abajo. El golpe alcanzó al monstruo en el cráneo. Para sorpresa de Kaz, el arma partió el cráneo limpiamente y atravesó todo el cuerpo.

El hombre-dragón se desplomó partido literalmente en dos. Luego, desapareció. Kaz sólo vio algunos restos insignificantes de la creación de Brenn. El minotauro examinó la punta del hacha, pero tampoco allí quedaba ningún resto. Por lo que pudo deducir, el hombre-dragón se había desvanecido justo cuando Kaz lo había matado.

El ruido de alguien arrastrándose captó la atención de Kaz. Se giró, pensando que el hombre-dragón había conseguido inexplicablemente resucitar de entre los muertos, pero en vez de eso, vio la silueta maltrecha de Brenn. El hechicero se había arrastrado hasta el centro del dibujo. Tenía el rostro tirante y una pierna le colgaba inerte. Al ver al minotauro, Brenn consiguió esbozar una de sus sonrisas cadavéricas.

—Mil gracias por... por limpiar toda ésta porquería. —Brenn miró con ansiedad a su alrededor como si buscara algo en el suelo—. Tengo que esforzarme para evitar que ocurra algo parecido la próxima vez.

Kaz soltó un bufido.

—¿La próxima vez? —y levantó el hacha.

Brenn señaló a Kaz con el dedo. El guerrero se movía con gran lentitud. Se acordó de aquella vez, durante la guerra, en que él y los demás tuvieron que caminar a través de una zona cubierta de barro espeso. Se movía como en sueños.

Brenn se percató de que su conjuro no había surtido el efecto esperado. Por primera vez, sus ojos reflejaban cierta desesperación.

De repente, Kaz adivinó lo que Brenn estaba buscando.

El hechicero había perdido su talismán de cristal. Debía de habersele caído cuando el hombre-dragón intentó agarrarlo por el cuello. Brenn y Kaz vieron el cristal al mismo tiempo.

El minotauro estaba más cerca; cogería el talismán antes de que Kaz pudiera llegar a él.

Luchando contra la fuerza del conjuro, el guerrero balanceó el hacha hacia un lado justo en el momento que la mano de Brenn se cernía sobre el talismán.

Kaz lanzó el hacha, pero su objetivo no era el mago, sino el objeto metálico que se erguía en el centro de la estancia.

El arma voladora golpeó el aparato metálico provocando unas chispas.

Sobre el centro del dibujo se formó una burbuja. A diferencia de las anteriores, ésta no flotó sobre el suelo, sino que se posó justo donde Brenn estaba cuando intentaba huir a rastras. Sus heridas no le permitían avanzar más rápido y la burbuja acabó tocándolo. De repente, el hechicero se encontró en el interior de la esfera.

Brenn intentaba liberarse, pero sus esfuerzos sólo lograron devolverlo al centro del dibujo y al mecanismo del que había surgido la burbuja. Kaz percibió un miedo terrible en el rostro de Brenn cuando la burbuja se aproximó al dispositivo mágico. Al llegar al centro, la esfera se quedó paralizada y empezó a contraerse. Brenn gritaba, pero no se oyó ningún sonido. En la esfera cada vez quedaba menos espacio para moverse. El hechicero miró fijamente a los ojos de Kaz y señaló el talismán, suplicante.

El minotauro gruñó y sacudió su cabeza provista de cuernos. La burbuja se iba reduciendo y, con ella, también Brenn. Durante un rato, la silueta cada vez más diminuta del hechicero gritaba silenciosamente.

Al final, la burbuja se desvaneció. Kaz cogió el colgante de la esmeralda y tiró el talismán junto al resto de escombros.

—No puedo decir que lo siento, maestro Brenn./p>

La hembra de dragón estaba muerta.

Kaz reunió los huevos que quedaban y los arrastró hacia la cueva donde yacía la hembra sólo para comprobar que ya no estaba viva. También se dio cuenta de que los huevos falsos habían desaparecido. Quizás ella se había percatado de que Kaz decía la verdad: el hechicero la había engañado y estaba utilizando su propio poder para

experimentar con sus hijos. Seguramente, la hembra de dragón, debido a su grave estado, no pudo soportar la conmoción al descubrir la verdad.

Intentó no pensar más en ello mientras planificaba su partida. Kaz tenía muchas cosas que hacer. Debía ocuparse de sus propias heridas, las cuales habían soportado el traslado doloroso de cinco pesados huevos, y había de encontrar la salida de la cueva. Localizar al dragón macho sería difícil, pero tenía alguna idea de dónde buscarlo. Durante su experiencia como jinete de dragón había podido ver qué lugares escogían los dragones como guarida. De una forma o de otra, encontraría al macho y le devolvería los huevos. Kaz pensaba que, igual que hizo la hembra, el macho de Dragón Plateado no abandonaría Krynn hasta que los huevos estuvieran a salvo.

Kaz también tenía que asegurarse de que nadie más podría volver a usar el lugar sagrado de Brenn. El minotauro estaba decidido a eliminar cualquier rastro del malvado hechicero.

La muerte del Túnica Negra alegraba a Kaz. Los experimentos de Brenn se habían perdido de la faz de la tierra. Ya había suficientes monstruos en Krynn para, además, tener que añadir esos horribles especímenes a la lista. Gracias a Kaz, en Krynn nunca se sabría que alguna vez había existido algo parecido a un hombre-dragón.

Por un momento, el minotauro se imaginó un ejército entero de esas criaturas. La imagen fue suficiente para hacer que palidciera.

Kaz sonrió. No valía la pena preocuparse por ejércitos imaginarios. Krynn no tenía por qué temer a los hombres-dragón. Ya no.

Nunca más.

Los mejores

[Margaret Weis]

Una historia de tiempos ancestrales...

Sabía que vendrían los cuatro. Mi petición urgente los había traído. Cualesquiera que fueran sus motivos —y yo sabía que en este grupo tan diverso esos motivos eran muy diferentes—, estaban ahí. Los mejores; los mejores de todos.

Me quedé parado en la entrada de la taberna de la Cerveza Amarga y, al contemplarlos, me sentí mucho más tranquilo de lo que había estado desde hacía mucho.

No estaban sentados juntos. Desde luego, no se conocían, excepto quizá por su reputación. Cada uno estaba sentado a su mesa comiendo y bebiendo en silencio. No se hacían notar; tampoco lo necesitaban: eran los mejores. Sin embargo, aunque no decían nada —usaban su boca para beber la tan famosa cerveza amarga de estos lares —, sus ojos ya se habían puesto en marcha: se estudiaban entre sí intentando descifrar lo que veían. Me sentí aliviado al comprobar que a todos pareció gustarles lo que vieron. Yo no quería que hubiera animosidad entre los miembros de este grupo.

Sentado justo en el centro de la taberna, pequeño en estatura pero grande en valentía, estaba Orin. El enano tenía fama en esta zona por su habilidad con el hacha, aunque casi todos los enanos eran famosos por eso. Su arma, *Cortacabellos*, estaba sobre la mesa delante de él de modo que la tenía a la vista y al alcance de la mano. Según rezaba el dicho: «El verdadero talento de Orin residía bajo una montaña». Había atravesado más cuevas de dragón que cualquier otro enano y nunca se perdió, ni al entrar ni, y más importante aún, al salir. Muchos buscadores de tesoros debían la vida, y aproximadamente un tercio del tesoro, a su guía, Orin Ojos en la Oscuridad.

Sentada cerca del enano, a la mejor mesa que la taberna podía ofrecer, había una mujer de una belleza increíble. Tenía el pelo largo y negro como las noches sin lunas; sus ojos absorbían el alma de los hombres del mismo modo que el enano bebía cerveza. Los asiduos a la taberna, un patético montón de zascandiles, hubieran estado husmeando a su alrededor con la lengua colgando si no hubiera sido por las marcas de sus ropas.

Iba muy bien ataviada. El vestido que llevaba era del terciopelo más fino y más caro de todo el país. Su color azul brillaba a la luz del fuego. Era el bordado plateado de los puños y de los bajos de su vestido lo que mantenía alejados a los que deseaban pellizcarle la mejilla o robarle un beso. El bordado consistía en una serie de pentáculos, estrellas y círculos entrelazados: símbolos cabalísticos. Sus bellos ojos se encontraron con los míos, y saludé con la cabeza a Ulanda la hechicera, que había

venido desde su lejano castillo de fábula escondido en el bosque de la Niebla Azul.

Sentado al lado de la puerta, tan cerca de ella como podía pero aún dentro de la taberna, estaba el único miembro de los cuatro al que conocía bien. Lo conocía porque yo fui el que dio la vuelta a la llave de su celda en la prisión y lo liberó. Era delgado y ágil, y tenía una mata de pelo rojo y unos ojos verdes y traviosos capaces de sacar a una viuda los ahorros de toda la vida con su encanto y, además, dejarla enamorada. Sus finos dedos podían deslizarse dentro y fuera de un bolsillo con la misma rapidez que su cuchillo desprendía de un corte las escarcelas. Era bueno, tan bueno que casi nunca lo cogían. Pero Reynard Manos Hábiles había cometido un pequeño error: intentar robarme la bolsa.

Justo enfrente de Reynard, al otro lado de la sala —igual que la luz se contrapone a la oscuridad en la balanza de la creación—, había un hombre de porte noble y semblante severo. Los asiduos lo dejaban en paz, debido al respeto que inspiraban su espada larga y brillante y el guardapolvo blanco que llevaba, marcado con la rosa plateada. Era Eric de Piedrafiel, Caballero de la Rosa, un paladín virtuoso. Yo estaba impresionado de verlo y complacido a la vez. Había enviado a mis mensajeros a la Torre del Sumo Sacerdote para pedir ayuda a los caballeros. Sabía que responderían porque eran hombres de honor, pero lo habían hecho enviándome al mejor de ellos.

Los cuatro eran los mejores; los mejores de todos. Los miré y sentí respeto y humildad.

—Deberías cerrar, Marian, ya es de noche —dije girándome hacia la bonita muchacha que atendía el mostrador.

Los cuatro cazadores de dragones me miraron, pero ninguno de ellos se movió. En cambio, los asiduos captaron la insinuación. Apuraron la cerveza y se marcharon en silencio. No hacía mucho tiempo que rondaba por estos lares; acababa de incorporarme a mi trabajo y, evidentemente, me habían puesto a prueba. No tuve más remedio que enseñarles a respetarme. Eso había ocurrido la semana anterior y, según me enteré, uno aún guardaba cama. Algunos hacían muecas de dolor y se frotaban la cabeza magullada al pasar a toda prisa delante de mí y todos me dieron las buenas noches con educación.

—Yo cerraré la puerta —le dije a Marian.

También ella se marchó y me deseó las buenas noches con una sonrisa coqueta. Yo sabía bien que a ella le gustaría convertir mis buenas noches en una noche mejor, pero tenía trabajo.

Cuando se hubo marchado, cerré la puerta y corrí el cerrojo. Eso puso nervioso a Reynard, que ya estaba buscando otra vía de escape, así que fui directamente al grano.

—No necesitáis preguntar por qué estáis aquí. Todos habéis venido en respuesta a mi petición de ayuda. Soy Gondar, el senescal del rey Federico. Yo os envié el

mensaje. Os agradezco la rapidez en responder y os doy la bienvenida a todos, bueno, a casi todos —miré severamente a Reynard, que sonreía— a Federicburgo.

Sir Eric se levantó y me dedicó una cortés reverencia. Ulanda me observó con sus maravillosos ojos. Orin gruñó. Reynard hacía sonar unas monedas en su bolsillo. Supuse que los asiduos descubrirían a la mañana siguiente que se habían quedado sin dinero para la cerveza.

—Todos sabéis por qué os he mandado llamar —continué—. Al menos conocéis algunas de las razones. Las que podía revelaros.

—Por favor, sentaos, senescal —dijo Ulanda con un gesto elegante—, y contadnos la parte que no podíais revelar.

El caballero se acercó a nosotros, y también el enano. Reynard iba a hacerlo, pero Ulanda le advirtió con una mirada. Sin haberse ofendido en lo más mínimo, sonrió de nuevo y se apoyó en el mostrador.

Los cuatro esperaban educadamente que yo continuara.

—Lo que os voy a contar es de estricta confidencialidad —dije bajando la voz—. Como sabéis, nuestro buen rey, Federico, ha viajado al norte invitado por su hermanastro, el duque de Norhampton. Muchos miembros de la corte aconsejaron a Su Majestad que no acudiera. Ninguno de nosotros confía en el retorcido y codicioso duque, pero Su Majestad siempre ha sido un hermano cariñoso y partió hacia el norte. Ahora nuestros peores temores se han hecho realidad. El duque tiene al rey como rehén y pide siete cofres llenos de oro, nueve de plata, y veinte de piedras preciosas por su rescate.

—Por el ojo de Paladine, deberíamos quemar el castillo de ese duque y convertirlo en ruinas —dijo Eric de la Rosa y apretó con la mano la empuñadura de su espada.

—Nunca más volveríamos a ver a Su Majestad con vida —dije negando con la cabeza.

—No nos has traído aquí por eso —refunfuñó Orin—, no para rescatar a tu rey. Por lo que sé es un buen monarca, pero... —El enano se encogió de hombros.

—Sí, pero a ti no te importa si un rey humano vive o muere, ¿verdad, Orin? —dije con una sonrisa—. No tiene por qué importarte. Los enanos tenéis vuestro propio rey.

—Y algunos —dijo Ulanda suavemente— no tenemos ninguno.

Me pregunté si los rumores que había oído sobre ella eran ciertos. Se decía que atraía a hombres jóvenes hacia su castillo y los retenía allí hasta que se cansaba y los convertía en lobos obligándolos a guardar su morada. Contaban que, por la noche, se podían oír sus aullidos de angustia. Al mirar esos ojos encantadores, pensé si quizá no valdría la pena.

Me concentré de nuevo en el asunto que teníamos entre manos.

—No os he contado lo peor —dije—. Conseguí reunir el rescate. Estamos en un reinado próspero. Los nobles contribuyeron con parte de sus tesoros y sus esposas sacrificaron sus joyas. El tesoro fue cargado en un carro y, estaba a punto de ser enviado al norte, cuando...

Me aclaré la garganta y deseé haberme tragado una jarra de cerveza.

—Un inmenso Dragón Rojo descendió del cielo y atacó la caravana del tesoro. Intenté plantarle cara y luchar, pero —el rostro me quemaba de vergüenza— nunca había sentido un terror tan paralizador. Lo único que recuerdo es que me lancé al suelo temblando de miedo. La guardia había huido aterrorizada.

»El gran dragón aterrizó en la calzada del Rey, devoró tranquilamente a los caballos y luego, levantando el carro que contenía el tesoro entre sus garras, la condenada bestia se fue volando.

—Pánico al dragón —dijo Orín que tenía una gran experiencia en estas cosas.

—Aunque nunca me ha ocurrido, he oído que el pánico a los dragones puede ser devastador. —Sir Eric colocó su mano sobre la mía con lástima—. Fue la inmundicia la que os acobardó, senescal. No tenéis que avergonzaros.

—La magia del mal —repitió Ulanda estudiando al caballero con una mirada sombría. Imaginé que pensaba en el excelente lobo que podría ser.

—Yo vi el tesoro. —Reynard exhaló un suspiro—. Era una bonita imagen. Y debe de haber más, muchos más, en la guarida del dragón.

—Ésa es la cuestión —dijo Orin—. ¿Crees que este dragón sólo ha robado en tu reino, senescal? Mi gente estaba trasladando un cargamento de pepitas de oro desde nuestras minas en el sur cuando un Dragón Rojo, y me afeitó la barba si no era el mismo, descendió del cielo y se lo llevó.

—¡Pepitas de oro! —Reynard se relamió los labios—. ¿Cuánto valían todas juntas?

Orin le una mirada fulminante.

—No te importa, «Dedos Ligeros».

—Me llamo Manos Hábiles —dijo Reynard, pero los demás le hicieron caso omiso.

—He recibido noticias de mis hermanas del este —estaba diciendo Ulanda— de que este mismo dragón es el responsable del robo de algunos de los artefactos arcanos más poderosos que utilizamos en nuestras reuniones. Os los describiría, pero son muy secretos. Y muy peligrosos para los inexpertos —añadió intencionadamente por el bien de Reynard.

—También nosotros hemos sufrido los desmanes de ese animal —dijo Eric seriamente—. Nuestros hermanos del oeste nos enviaron como regalo una reliquia sagrada, un hueso del dedo de Vinas Solamnus. El dragón atacó a la escolta, mató brutalmente a todos los hombres y se llevó nuestro tesoro.

Ulanda soltó una carcajada e hizo una mueca.

—¡No puedo creerlo! ¿Para qué querría el dragón un hueso de dedo viejo y mohoso?

El rostro del caballero se endureció.

—El hueso estaba montado en un diamante tan grande como una manzana y éste adornaba un cáliz de oro con incrustaciones de rubíes y esmeraldas. El cáliz reposaba en una bandeja de plata adornada con cien zafiros.

—Creía que los virtuosos caballeros hacían voto de pobreza —insinuó Reynard maliciosamente—. Quizá debiera volver a la iglesia otra vez.

Eric se levantó majestuosamente y, mirando con ferocidad al ladrón, desenvainó su espada. Reynard se acercó cautelosamente y se escondió detrás de mí.

—Esperad, señor caballero —dije levantándome—. El camino hacia la guarida del dragón sube por una pendiente escarpada en la que no se ve ni un solo punto de sujeción para las manos o los pies.

El caballero echó un vistazo a los finos dedos de Reynard y a su cuerpo ágil. Enfundó la espada y se volvió a sentar.

—¡Has descubierto la guarida! —gritó Reynard. Estaba tan excitado que temí que me abrazara.

—¿Es cierto eso, senescal? —Ulanda se inclinó hacia mí. Oía a almizcle y a especias. Me tocó la mano con las frías puntas de los dedos—. ¿Habéis encontrado la guarida del dragón?

—¡Ruego a Paladine que la hayas encontrado! ¡Dejaría esta vida gustoso y pasaría la eternidad en el bendito reinó de Paladine si tuviera una oportunidad de luchar con ese animal! —prometió Eric. Luego sacó un medallón sagrado que llevaba colgado del cuello, se lo acercó a los labios y lo besó para sellar su juramento.

—Había perdido el rescate de mi rey —dije—. Hice la promesa de no comer ni dormir hasta que hubiera localizado a la bestia y su guarida. Durante muchos días y muchas noches agotadoras, le seguí la pista, una moneda que brillaba sobre el suelo, una joya que había caído del carro. La pista me llevó directamente hasta un pico conocido con el nombre de montaña Negra. Esperé un día pacientemente, observando, y fui recompensado. Vi cómo salía el dragón de su guarida y sé cómo penetrar en ella.

Reynard empezó a bailar por toda la taberna cantando y chasqueando los finos dedos. Eric de la Rosa no pudo reprimir una sonrisa. Orin Ojos en la Oscuridad acarició cariñosamente la hoja de su hacha con el pulgar. Ulanda me besó en la mejilla.

—Tenéis que venir a visitarme alguna noche, senescal, cuando esta aventura haya terminado —susurró.

Los cinco pasamos la noche en la taberna pues pretendíamos iniciar nuestro viaje

antes de que amaneciera.

La montaña Negra se alzaba ante nosotros con el pico cubierto por una nube perpetua de humo grisáceo. La llaman así por el tipo de roca, negra y brillante, surgida de las mismas entrañas de la tierra. A veces, la montaña todavía ruge para advertirnos que sigue estando viva, pero nadie recuerda la última vez que arrojó llamas.

Llegamos al pie al atardecer. Los rayos de sol brillaban con destellos rojizos sobre la pared que teníamos que escalar. Si estiraba un poco el cuello, podía ver el oscuro agujero que se abría ante mí, la entrada de la guarida del dragón.

—No se ve ni una sujeción. Por Paladine que no exagerabais, senescal —dijo Eric frunciendo el ceño mientras acariciaba con la mano la suave roca negra.

Reynard se rio.

—He escalado muros de castillos que eran tan suaves como aquí la señora... bueno, digamos simplemente que eran muy lisos.

El ladrón hizo un lazo con la cuerda y se lo colocó en el hombro. Luego, cogió una bolsa llena de clavijas y un martillo, pero yo lo detuve.

—El dragón podría haber vuelto. Si es así, la bestia oirá cómo clavas las clavijas en la roca. —Levanté la vista—. No está lejos, pero la ruta es difícil. Cuando hayas llegado, lánzanos la cuerda y subiremos.

Reynard asintió. Examinó la pared durante unos instantes con gran seriedad; ni siquiera sonreía. Después, con gran sorpresa de los que lo observábamos, se pegó a la roca como una araña y empezó a escalar.

Sabía que Reynard era hábil, pero debo admitir que ignoraba hasta qué punto. Contemplé cómo avanzaba pegado a la escarpada pared, hundiendo los dedos en diminutas rendijas, buscando con los pies algún lugar en el que apoyarse; a veces, se quedaba colgando sostenido únicamente por la fuerza de su voluntad. Estaba impresionado: realmente era el mejor. Ningún otro humano vivo hubiera sido capaz de escalar esa pared.

—Los dioses están con nosotros en nuestra sagrada causa —dijo Eric reverentemente mientras observaba a Reynard trepar por la roca negra como si fuera un lagarto.

Ulanda ahogó un bostezo cubriéndose la boca con una mano delicada. Orín rondaba con impaciencia por la base de la pared. Yo seguí observando a Reynard, admirando su labor. Había llegado a la entrada de la caverna y desapareció en su interior. Al cabo de un momento, volvió a salir y nos indicó con un gesto que todo estaba bajo control.

Reynard nos lanzó la cuerda. Desafortunadamente, la cuerda que se había llevado era demasiado corta y no podíamos alcanzarla. Orin soltó a gritos una retahíla de

maldiciones. Ulanda se rio, chasqueó los dedos y pronunció una palabra. La cuerda tembló y, de repente, tenía exactamente la longitud correcta.

Eric examinó la cuerda encantada dubitativamente, pero era la única forma de subir. Se agarró a ella y luego tras reflexionar durante unos instantes, se giró hacia la hechicera.

—Mi señora, me temo que vuestras delicadas manos están hechas para subir por cuerdas ni tampoco vais vestida adecuadamente para escalar montañas. Si me perdonáis la libertad, yo os llevaré conmigo hasta arriba.

—¡Llevadme! —Ulanda se quedó mirándolo fijamente y luego soltó una carcajada.

Eric se puso tenso y su rostro se crispó en una expresión de frialdad.

—Perdonad, mi señora...

—Perdonadme a mí, señor caballero —dijo Ulanda suavemente—, pero no soy una damisela débil y desamparada, y sería mejor si lo recordarais... todos vosotros.

Diciendo esto, Ulanda sacó un pañuelo de encaje de seda de su bolsillo y lo extendió sobre el suelo. Luego, puso sus pies sobre el pañuelo y pronunció unas palabras que sonaron como el tintineo de unas campanas. El pañuelo se puso rígido como el acero, empezó a elevarse lentamente por los aires y se llevó a la hechicera.

Sir Eric abrió los ojos de par en par y rápidamente hizo el signo de protección contra el Mal.

Ulanda ascendió tranquilamente la pared de la montaña flotando. Reynard estaba preparado para ayudarla a aterrizar en la boca de la cueva. Los ojos del ladrón casi se salían de las órbitas y prácticamente babeaba. Todos pudimos oír sus palabras.

—¡Seríais un desvalijador de casas increíble! Señora, os daré la mitad... bueno, un cuarto de mi tesoro por ese trozo de tela.

Ulanda levantó la plataforma de acero y chasqueó los dedos nuevamente. De repente, el pañuelo volvió a ser de encaje de seda y, Ulanda, con cuidado, lo colocó en un bolsillo de su vestido. El ladrón lo observaba todo concienzudamente.

—No está en venta —dijo Ulanda, y luego se encogió de hombros—. De todas formas, tampoco te serviría de mucho. Si alguien lo toca, alguien que no sea yo, el pañuelo se enrollará alrededor de la boca y la nariz del desafortunado y lo asfixiará hasta la muerte.

Sonrió a Reynard dulcemente. Él la miró, pensó que estaba diciendo la verdad, y se apartó precipitadamente.

—Que Paladine me guarde —dijo Eric con gravedad, y cogiendo la cuerda con las manos empezó a subir.

El caballero era fuerte. Ataviado con una pesada armadura de metal y malla, con la espada colgando a un lado, se impulsaba hacia arriba por la pared con facilidad. El enano lo siguió con rapidez, izándose por la cuerda con destreza. Yo me lo tomé con

calma. Casi estaba anocheciendo, pero el sol de la tarde había calentado la roca y tirar de mi cuerpo hacia arriba por la cuerda era una tarea ardua. Resbalé una vez y me llevé un susto de muerte, pero conseguí quedarme suspendido y exhalé un suspiro de alivio al ver que Eric tiraba de mí hasta la repisa y luego al interior de las frías sombras de la caverna.

—¿Dónde está el enano? —pregunté al darme cuenta de que sólo estaban tres de mis compañeros.

—Ha ido delante para explorar el camino —dijo Eric. Asentí feliz por la posibilidad de descansar un rato. Reynard recogió la cuerda y la escondió detrás de una piedra para usarla al regresar. Yo miré a mi alrededor. Por todas las paredes de la cueva se veían marcas provocadas por el descomunal cuerpo del dragón al rascar la roca. Las estábamos examinando cuando Orin regresó. En su barbudo rostro se esbozaba una amplia sonrisa.

—Estabais en lo cierto, senescal. Éste es el camino hacia la guarida del dragón y esto lo demuestra.

Orin acercó su hallazgo a la luz. Era una pepita de oro. Reynard la miró con codicia y entonces adiviné que antes o después íbamos a tener problemas.

—¡Esto lo demuestra! —repitió Orin cuyos ojos centelleaban como el oro—. Es el cubil de la bestia. ¡Lo tenemos! ¡Ahora ya lo tenemos!

Eric de la Rosa, con una expresión severa en el rostro, desenvainó su espada y se dirigió a un inmenso túnel que conducía más allá de la entrada de la caverna. Orin, sobresaltado, agarró al caballero y lo empujó hacia la entrada.

—¿Sois estúpido o qué? —preguntó el enano—. ¿Vais a entrar por la puerta principal de la guarida? ¿Por qué no tocáis la campanilla para hacerle saber que hemos llegado?

—¿Es que hay otro camino? —preguntó Eric un poco irritado por el tono de superioridad de Orin.

—Por la puerta trasera —dijo el enano astutamente— camino secreto. Todos los dragones tienen una salida trasera, por si acaso. Usaremos esa salida.

—¿Estás diciendo que tenemos que escalar hasta el otro lado de esta puñetera montaña? —protestó Reynard— ¿Con el esfuerzo que nos ha costado llegar hasta aquí?

—¡No, «Dedos Ligeros»! —se burló Orin—. Iremos a través de la montaña; es mucho más seguro y más fácil. Seguidme.

Se encaminó hacia lo que a mí solo me parecía una rendija en la pared, pero, cuando todos hubimos pasado a duras penas a través de ella, descubrimos un túnel que se adentraba aún más en la montaña.

—Este lugar es más negro que el corazón de la Reina de la Oscuridad —murmuró Eric cuando habíamos empezado a dar los primeros pasos hacia el interior. Aunque

había hablado en voz baja, el eco repetía sus palabras de modo alarmante.

—¡Ssshhh! —refunfuñó el enano—. ¿Qué queréis decir con oscuro? Yo veo perfectamente.

—Pero los humanos no tenemos esa capacidad. ¿Podemos arriesgarnos a llevar una luz? —susurré.

—No llegaremos lejos si no encendemos algo —se quejó Eric. Él ya casi se había roto la crisma en una roca que sobresalía del techo. ¿Qué os parece una antorcha?

—Las antorchas humean. ¡Y se rumorea que en esta montaña viven otras cosas además del dragón! —dijo Reynard con tono amenazador.

—¿Servirá esto? —preguntó Ulanda.

Sacó una varita bellamente adornada del cinturón y la levantó un poco. No pronunció ninguna palabra, pero la varita, como si estuviera ofendida por la oscuridad, empezó a brillar con una suave luz blanquecina.

Orin movió la cabeza lamentándose por la fragilidad de los humanos y se alejó a grandes pasos hacia el interior del túnel. Los demás lo seguimos.

El sendero iba hacia abajo, alrededor, por encima, por debajo, hacia el interior, hacia el exterior, hacia arriba y al otro lado, a través... en fin, era un verdadero laberinto. Cómo Orin conseguía no perderse o confundirse era un misterio que yo no comprendía. Todos los demás dudábamos e incluso Reynard lo expresaba en voz alta, pero Orin nunca vaciló.

Vagando en la oscuridad de las profundidades de la montaña, pronto perdimos la noción del tiempo, pero diría que pasamos toda la noche caminando. Aunque no hubiéramos encontrado la moneda, hubiéramos supuesto de todas formas la presencia del dragón... por el olor. No era cargado ni fétido, no nos provocaba arcadas ni nos asfixiábamos. Era más bien una esencia, un aliento, un ligero olor a sangre y azufre, a oro y hierro. No era penetrante, pero se extendía por los estrechos pasadizos como el polvo, atormentándonos.

Ulanda arrugó la nariz con una mueca de asco. Acababa de quejarse, entre jadeos, de que no podía resistir ni un momento más en ese «agujero maloliente» cuando Orin nos hizo parar. Sonriendo maliciosamente, nos miró uno a uno.

—Aquí está —dijo.

—¿Aquí está qué? —preguntó Eric en tono dubitativo, después de haber visto ya muchas grietas, mientras contemplaba otra grieta en la pared.

—Conduce a la otra entrada del dragón —dijo el enano.

Nos apretujamos todos para entrar en la grieta y, al otro lado, nos encontramos en otro túnel, mucho más ancho que todos por los que habíamos pasado. No podíamos ver la luz del día, pero se respiraba aire fresco, por lo tanto, el túnel conectaba con el exterior. Ulanda acercó su varita a la pared y pudimos observar de nuevo las marcas del cuerpo del dragón. Para acabarlo de rematar, sobre el suelo brillaban algunas

escamas rojizas.

Orin Ojos en la Oscuridad había hecho lo imposible. Nos había conducido a través de la montaña. El enano estaba muy complacido de sí mismo, pero su alegría fue efímera.

Nos paramos a descansar un rato para beber un poco de agua y comer algo, y así reponer fuerzas. Ulanda estaba sentada a mi lado y me contaba en voz baja las maravillas de su castillo cuando, de repente, Orin se levantó.

—¡Ladrón! —gritó el enano abalanzándose sobre Reynard—. ¡Devuélvemela!

Yo me levanté; Reynard también estaba de pie e intentaba colocarme entre él y el enano furioso.

—¡Mi pepita de oro! —gritó Orin.

—Participamos a partes iguales —dijo Reynard moviéndose de un lado a otro para evitar al enano—. El que encuentra algo se lo queda.

Orin empezó a balancear su condenada hacha demasiado cerca de mis rodillas.

—¡Hacedlos callar, senescal! —me ordenó Eric como si yo fuera uno de sus soldados rasos—. ¡Van a atraer la atención del dragón!

—¡Estúpidos! ¡Voy a acabar con esto! —Ulanda metió la mano en una bolsa de seda que llevaba en el cinturón.

Creo que en ese momento podríamos haber perdido tanto al ladrón como al guía, pero se nos presentaron problemas mucho más graves.

—¡Orin! ¡Detrás de ti! —grité.

Al darse cuenta por la expresión de pánico en mi rostro que no se trataba de ningún truco, Orin se giró.

Un caballero, o lo que antaño había sido un caballero, caminaba hacia nosotros. Su armadura no cubría la carne, sino sólo un montón de huesos. El casco tintineaba sobre un cráneo pelado manchado de sangre. En su esquelética mano llevaba una espada. Detrás de él, vi lo que parecía un ejército compuesto de esos seres horribles, aunque en realidad sólo eran seis o siete.

—¡He oído hablar de esto! —dijo Eric con respeto—. Éstos fueron unos hombres que se atrevieron a atacar al dragón. ¡El animal los mató y ahora obliga a sus cuerpos corrompidos a servirle!

—Voy a liberarle de su suplicio —gritó Orin e, inclinándose hacia adelante, golpeó al guerrero con su hacha. La hoja cortó las rodillas del caballero por la articulación y el esqueleto se vino abajo. El enano soltó una carcajada.

»No os preocupéis por el resto —nos dijo—. Apartaos.

El enano fue por el segundo, pero en ese momento, el primer esqueleto recogió sus huesos, y se los volvió a colocar en su sitio. Al cabo de unos instantes, estaba otra vez completo. El esqueleto golpeó la cabeza del enano con su espada. Afortunadamente, Orin llevaba puesto un sólido casco de acero. La espada no le

causó daños, pero el golpe lo hizo retroceder a tumbos.

Ulanda ya tenía la mano en su bolsa, de la que sacó unos polvos nocivos que esparció sobre el guerrero más próximo. El esqueleto se encendió y formó unas llamaradas tan grandes que casi incineran al ladrón, quien se había acercado para coger una daga ornamentada del cinturón del guerrero. Después de ese incidente, Reynard, muy sabiamente, se apartó de la escena y observó la lucha desde una esquina.

Eric de la Rosa desenvainó su espada, pero no atacó. Cogiendo el arma por el mango, la levantó delante de uno de los esqueletos andantes.

—Apelo a Paladine para que libere a estos nobles caballeros de la maldición que los ata a esta desdichada existencia.

El esqueleto del guerrero seguía acercándose y, con la huesuda mano, agarraba una espada oxidada. Eric bajó la suya hasta el suelo y luego la levantó rápidamente repitiendo su plegaria en sonoro solámnico. El esquelético guerrero alzó su espada para asestar el golpe mortal. Eric lo miró fijamente sin que flaqueara en su fe.

Yo contemplaba la escena con esa fascinación terrible que paraliza a los hombres completamente.

——¡Paladine! —Eric profirió un grito terrible y levantó su espada hacia el cielo.

El esquelético guerrero se desmoronó formando un montón de polvo a los pies del caballero.

Orin, que había estado intercambiando golpes con dos de los cuerpos durante un rato y que ahora estaba sufriendo el peor ataque de la batalla, se batió en una retirada estratégica. Ulanda con su magia y Eric con su fe se ocuparon del resto de esqueléticos guerreros.

Yo había desenvainado mi espada pero, al ver que mi ayuda no era necesaria, me quedé observando, admirado. Cuando los guerreros quedaron reducidos a polvo o a cenizas que ardían lentamente, los dos regresaron. Ulanda ni siquiera se había despeinado, y Eric no había sudado ni una gota.

—No existen otras dos personas en este país que pudieran hacer lo que habéis hecho —les dije, sinceramente.

—Yo soy buena en todo lo que hago —dijo Ulanda sacudiéndose el polvo de las manos—, muy buena —añadió con una sonrisa encantadora mirándome por debajo de sus largas pestañas.

—Paladine estaba conmigo —dijo Eric humildemente.

El maltrecho enano lo miró ceñudo.

—¿Eso significa que mi dios Reorx no estaba?

—El buen caballero no quiere decir nada de eso —me apresuré en zanjar la discusión—. Sin tu colaboración, Orin Ojos en la Oscuridad, ahora todos seríamos pasto del dragón. ¿Por qué crees que los esqueletos nos atacaron? Pues porque

estamos demasiado cerca de la guarida del dragón, y eso es gracias a tus habilidades. Nadie más en este país nos hubiera conducido tan lejos sanos y salvos, y eso lo sabemos.

Al decir esto, miré directamente a Eric, que captó la insinuación y se inclinó cortésmente, aunque con cierta frialdad, ante el enano. Ulanda puso en blanco sus preciosos ojos, pero murmuró algo amable. Luego, le di a Reynard una patadita en el trasero, y el ladrón devolvió de mala gana la pepita de oro, que parecía tener más significado para el enano que nuestras alabanzas. Orin nos dio las gracias a todos, pero su atención estaba puesta en el oro. Lo examinó con recelo como si le preocupara que Reynard hubiera podido cambiar la pepita verdadera por una falsa. El enano la mordió y le sacó brillo con el jubón. Cuando finalmente estuvo seguro de que el oro era real, Orin lo guardó debajo de su armadura de cuero a buen recaudo.

El enano estaba tan absorto en su pepita de oro que no se percató de que Reynard le estaba quitando la bolsa por detrás. Yo sí lo vi, pero no lo mencioné.

Como he dicho, estábamos cerca de la guarida del dragón. Seguimos avanzando con mucha más cautela, atentos a la aparición de cualquier enemigo. En ese momento, estábamos muy adentro de la montaña y todo restaba muy silencioso; demasiado silencioso.

—Pensaba que oiríamos algo —me susurró Eric al oído—, al menos la respiración del dragón. Una bestia tan grande resonaría como un potente fuelle aquí dentro.

—Quizás eso significa que no está aquí —dijo Reynard.

—O tal vez quiere decir que hemos llegado a un callejón sin salida —dijo Ulanda fríamente.

Doblamos un recodo del túnel y nos paramos a mirar. La hechicera tenía razón. Ante nosotros, bloqueándonos el camino, se alzaba un sólido muro de piedra.

La oscuridad aumentaba a cada momento. Hacía tiempo que no percibíamos ninguna señal de que entrara aire del exterior. El hedor a sangre y a azufre era muy fuerte y, además, se mezclaba con un olor húmedo, frío y mohoso: era el olor del oro. Yo lo percibía, y también mis compañeros. Supongo que era nuestra imaginación, o quizá nuestros deseos; pero tal vez no. El oro huele a metal y, además, al sudor de todas las manos que lo han tocado, manoseado, agarrado, y perdido. Ése era el olor que sentíamos y, a todos los que estábamos en la cueva, nos pareció el de un dulce perfume; dulce y frustrante porque, aparentemente, no había manera de llegar hasta él.

Orin se azoró. Se tiró de la barba y nos miró de soslayo.

—Éste tiene que ser el camino —murmuró dando puntapiés en la roca desconsoladamente.

—Tendremos que regresar —dijo Eric con seriedad—. Paladine me está dando

una lección. Tendría que haberme enfrentado al animal en una batalla honrosa. Esto de esconderse como un...

—¿Ladrón? —dijo Reynard ingeniosamente—. Muy bien, señor caballero, si queréis, podéis volver a la puerta principal. Yo entraré a hurtadillas por la ventana.

Y al decir esto, Reynard cerró los ojos y se apretó contra la pared de roca como si estuviera haciendo el amor con ella. Deslizaba las manos por la superficie hurgando y empujando con los dedos. Susurraba incluso unas palabras que parecían arrumacos y zalamerías. De repente, con una sonrisa de triunfo, colocó los pies en dos muescas que había en la base, introdujo las manos en unas rendijas que se apreciaban en la parte superior, y apretó.

El muro de piedra se estremeció, y empezó a deslizarse hacia un lado. Por la abertura, se apreciaba un rayo de luz rojiza. El ladrón saltó de la pared y, con un gesto, señaló la entrada que había descubierto.

—Una puerta secreta —dijo Orin—. Lo sabía.

—Y ahora, ¿queréis entrar por la puerta principal? —preguntó Reynard al caballero maliciosamente.

Eric miró al ladrón pero, al parecer, estaba pensando en su encuentro cara a cara con el dragón en una batalla honrosa.

Desenvainó su espada y esperó a que la pared se abriera completamente para poder contemplar qué había en el interior.

La luz que surgía de la entrada era extremadamente intensa. Todos parpadeábamos y tuvimos que frotarnos los ojos para que se acostumbraran a la repentina claridad tras la oscuridad de los túneles. Estábamos expectantes, intentando oír al dragón. Todos creíamos a pies juntillas que habíamos descubierto la morada de la bestia.

Pero no oímos nada. Se respiraba un silencio mortal.

—¡El dragón no está en casa! —Reynard se frotó las manos—. ¡Hiddukel el Embaucador está hoy conmigo! —Iba a precipitarse hacia la entrada, pero la mano de sir Eric cayó como el destino sobre su hombro.

—Yo os guiaré —dijo—. Es mi derecho.

Con la espada en las manos y una plegaria en los labios, el virtuoso paladín entró en la guarida del dragón.

Reynard se adentró justo detrás de él. Orin, andando con más cautela, siguió al ladrón. Ulanda había cogido un pergamino muy peculiar de su cinturón. Lo agarró fuertemente y entró en la guarida detrás del enano. Yo agarré mi puñal y, mirando a mis espaldas, entré el último.

La puerta empezó a cerrarse con un temblor. Me paré.

—¡Vamos a quedar atrapados aquí dentro! —grité tan fuerte como pude.

Los demás no me escucharon: habían descubierto la estancia del tesoro del

dragón.

La potente luz surgía de un pozo de lava líquida que burbujeaba en una esquina de la gigantesca cámara subterránea. El suelo de la caverna, antaño desigual, era ahora uniforme, probablemente debido al roce del enorme cuerpo del dragón. Un montón de objetos brillantes, de un volumen tan grande como el castillo de Su Majestad, se alzaba en el suelo de la caverna.

Allí se reunían todos los objetos bellos, valiosos y preciados del reino. El oro brillaba con un tono rojizo a la luz del fuego y numerosas joyas de todos los colores del arco iris emitían destellos. La plata reflejaba las sonrisas de los cazadores de dragones. Y, lo mejor de todo, es que la caverna estaba desocupada.

Sir Eric se puso de rodillas y empezó a rezar. Ulanda contemplaba la escena con la boca abierta de par en par. Orin se acariciaba la barba con alegría. Pero entonces, la puerta secreta se cerró de golpe. Ninguno de ellos se dio cuenta.

—¡El dragón no está en casa! —gritó Reynard y se zambulló en el tesoro... en mi tesoro. El ladrón empezó a manosear el oro... mi oro.

Me acerqué a él por detrás.

—Nunca saques conclusiones precipitadas —dije, y con el puñal le di la muerte que un ladrón se merece: lo acuchillé por la espalda.

»Pensé que al menos debía dejaros echar un vistazo —le dije amablemente señalando mi tesoro—. Por algo sois los mejores.

Reynard murió en el acto con la mirada más atónita en un cadáver que jamás había visto. Sigo pensando que ni siquiera entendió lo que pasaba.

Pero Ulanda sí, pues era lista esa hechicera. Adivinó la verdad inmediatamente, incluso antes de que me sacara el anillo para cambiar de forma. De todas formas, era un poco tarde.

Por fin, después de pasar varias semanas atrapado en esa diminuta silueta, pude volver a estirarme. Mi cuerpo creció adoptando lentamente su forma original, una silueta inmensa que casi llenaba toda la caverna. Levanté el anillo delante de su cara.

—Tenías razón —le dije con la joya brillando en lo que ahora era una garra—, tu hermandad de hechiceras poseía muchos objetos poderosos y secretos. Éste es uno de ellos.

Ulanda me miraba fijamente, aterrorizada. Intentó usar su pergamino, pero el pánico a los dragones era demasiado para ella. Las palabras mágicas no acudían a sus pálidos y reseco labios.

Como había sido tan dulce que me invitó a pasar la noche con ella, decidí hacerle un favor. Antes de morir, le hice una demostración de la magia que ahora estaba en mis manos. Con gran acierto, le enseñé uno de mis más preciados objetos, un collar compuesto de dientes de lobo mágicos con el que rodeé su preciosa garganta y le partí el cuello.

Orin Ojos en la Oscuridad me había estado golpeando la pata trasera con el hacha durante todo ese rato. Yo no me inmutaba. Después de todo no se había portado tan mal y había hecho el favor de indicarme cuáles eran los puntos débiles de mi defensa. Sin embargo, cuando parecía que iba a empezar a salir sangre, me cansé del ataque. Lo levanté y lo lancé al pozo de lava candente. Al final, acabó siendo parte de la montaña, un desenlace adecuado para un enano. Espero que supiera apreciarlo.

Al único que quedaba, sir Eric, que durante todo el camino había deseado enfrentarse conmigo en una batalla honrosa, me aseguré de concederle su deseo.

Se encaró a mí con valentía apelando a Paladine para que lo apoyara en la lucha. Pero Paladine debía de estar ocupado en alguna otra cosa en ese momento, porque no hizo acto de presencia. Eric murió con el resplandor de la gloria. Bueno, falleció con el resplandor... del fuego en el que lo quemé.

Espero que su alma se fuera directamente al cielo, donde supongo que su dios tuvo que darle algunas explicaciones.

Ahora todos estaban muertos; los cuatro.

Apagué el fuego y recogí las cenizas del caballero. Luego, tiré los otros dos cadáveres por la puerta secreta. El ladrón y la hechicera sustituirían a los esqueléticos guerreros que me vi obligado a sacrificar para guardar las apariencias.

Me arrastré de nuevo hacia mi tesoro, limpié y arreglé un poco el oro que el ladrón había manoseado. Después subí hasta la cima del montículo, me tendí cuanto largo era y me arrebujé profunda y lujuriosamente entre el oro, la plata y las joyas. Extendí mis alas para proteger el tesoro y me paré a admirar el efecto de la luz del fuego que brillaba sobre mis rojas escamas. Enrollé mi larga cola alrededor de las pepitas de oro de los enanos, estiré mi cuerpo cómodamente sobre las joyas de los caballeros, y apoyé mi cabeza sobre el tesoro mágico de la hermandad de hechiceras.

Estaba cansado, pero satisfecho. Mi plan había funcionado maravillosamente bien. Me había deshecho de ellos, que eran los mejores; los mejores de todos.

Antes o después, por separado o todos juntos, hubieran venido a capturarme y quizá me hubieran cogido desprevenido.

Me instalé sobre el tesoro y cerré los ojos. Me había ganado ese descanso. Ahora ya podía dormir tranquilamente.

La búsqueda

[Kevin Stein]

Galan se incorporó de su frío lecho sobre el lodo. Se había quedado dormido hacía algún tiempo, exhausto de su andadura. Cuando, con gran esfuerzo, se obligó a levantarse, las piernas se le doblaron casi por completo en la húmeda oscuridad.

El pantano no ofrecía ninguna de las comodidades que Galan había conocido antes de iniciar la búsqueda del Dragón Negro, Borac. Finalmente, había encontrado un lugar que los hongos aún no habían empezado a devorar y que las aguas tenebrosas no habían cubierto. No podía recordar cuánto tiempo había estado durmiendo en ese sitio.

Se estiró con un gemido, flexionando los músculos debajo de la armadura. Se limpió la mayor parte del lodo que le cubría la malla y quitó cuidadosamente los últimos restos de suciedad del pantano de las rosas de Solamnia grabadas.

La luz de las lunas se derramaba lentamente a través de la cortina de niebla que colgaba en el aire. Sombras etéreas de color rojizo y plateado danzaban sobre las hojas oscuras y ponían a Galan mucho más nervioso de lo que le hubiera gustado admitir. Una brisa, que apenas podía sentir a través de su armadura de metal, movía los juncos y las cañas, y aun así se estremeció.

La idea del Dragón Negro hizo estremecer de nuevo al caballero, pero de rabia. Esa rabia le había mantenido en la brecha, y le había hecho avanzar durante innumerables kilómetros en la búsqueda. Vio cómo cambiaba el mundo mientras la persecución continuaba, pero no prestó demasiada atención. La Guerra de la Lanza había terminado, pero eso no significaba que el Mal hubiera sido desterrado de Krynn. Como Caballero de Solamnia, era deber de Galan purgar el país de criaturas viles. En su interior, sentía el espíritu de la venganza aguzado por la devastación desencadenada por el dragón.

Sacudiendo la cabeza murmuró entre dientes:

—Pronto, Borac. Pronto.

Galan respiró los vapores de la noche, pero sólo olía a podrido y a esa esencia, demasiado familiar, de su enemigo. Había estado persiguiendo a Borac durante muchas estaciones, le había seguido el rastro, lo había buscado, y finalmente, lo había acorralado. Iba a emprender su último ataque en este pantano antes de que los estragos de la edad le pasaran una factura demasiado elevada a su cuerpo.

—¡Pronto, Borac! —siseó, con una rabia en el alma tan intensa que, impulsado por ella, hubiera podido continuar en busca de su presa durante toda la vida. Olía el aliento corrosivo del dragón. Cortaba el aire con su Dragonlance realizando una serie de movimientos deslumbrantes, con una mano, con dos manos, atacando y

defendiéndose—. Pronto, Borac, te mandaré a la tumba.

Galan miró el mapa, no porque se hubiera perdido, sino porque quería conocer exactamente el lugar en el que iba a morir Borac. Nordmaar quedaba muy lejos al norte de las montañas Khalkist. Según este mapa, que se estaba desintegrando debido a la humedad y a la podredumbre de la ciénaga, la ciudad de Valkinord se encontraba al este.

El olor de su presa hacía avanzar al caballero. Galan apretó la mandíbula con fuerza. La necesidad de cazar a su presa era lo único que lo impulsaba a avanzar. La búsqueda era todo lo que tenía en el mundo. Lo mantenía en pie, y continuaría haciéndolo hasta su último y fatal encuentro.

Galan se paró un momento y recostó su carga en un punto de tierra blanda. Levantó la pierna, también protegida por la armadura, por encima del agua y se sacudió las sanguijuelas que se pegaban ávidamente a cualquier trozo de carne que encontraban. La fría neblina del pantano penetraba a través de la armadura por debajo de la malla, y estaba convencido de que nunca más iba a estar seco.

Al mirar al fondo, el caballero vio que el barro se movía contra las negras aguas del pantano de una forma muy rara. Se quedó observando un rato más, y le sorprendió ver que del agua salían unas burbujas con extraña regularidad. No había ningún indicio de que algún ser vivo estuviera removiendo los sedimentos.

Galan dobló las piernas y tocó el fondo con las manos. La suciedad del pantano le repugnaba, pero hizo un esfuerzo y palpó la oscuridad con las manos. Notó que el contorno del barro cambiaba, hundiéndose del mismo modo en varios puntos. Al final de cada llano, había otra depresión con una forma más o menos triangular.

El caballero se levantó con una mueca salvaje en los labios. Eran las marcas de las garras de un dragón que apuntaban en la dirección que estaba siguiendo. Escupió y se pasó las manos por la cara. El dragón pronto estaría muerto.

Galan se quedó quieto escuchando. En su mano, blandía la Dragonlance de dragón, cuya punta de lengüetas captaba rayos de sangre y plata.

Se oyó un grito. El eco repetía el sonido aterrador desde las profundidades del pantano. El corazón de Galan latía con fuerza apagando los demás sonidos. Haciendo gala de una gran disciplina, intentó calmarse.

El aire soplaba a su alrededor, los juncos crujían ligeramente y del agua continuaban saliendo burbujas. Ni un movimiento. Exhalando el aire retenido, Galan clavó la Dragonlance en la tierra y hundió la punta en el lodo.

Un peso inmenso lo golpeó por detrás, le aporreó la espalda y le abolló la armadura. Él se lanzó hacia adelante, de cara al agua, e intentó liberarse de lo que le paralizaba, pues no lograba quitarse de encima al atacante. Oyó las burbujas que soltaban los gases atrapados mientras la podredumbre le quemaba los ojos. Pateó

aterrorizado a medida que se quedaba sin aire.

El caballero levantó las piernas por encima del agua y se tiró hacia adelante usando al contrincante de contrapeso.

Sacó la cabeza con rapidez de las aguas envenenadas y respiró profundamente, jadeando. La cosa que tenía en la espalda se deslizó por su cuerpo y Galan agarró la Dragonlance y la izó por encima de su cabeza con las manos cerca de la punta. No podía ver nada.

Se hizo el silencio. Galan intentaba ver algo a través del velo de neblina que se extendía perezosamente por el pantano, pero la luz de las lunas ya no se filtraba. De la lanza iban cayendo gotas de humedad sobre la superficie, que sonaban con demasiada intensidad en los oídos del caballero.

El instinto y la técnica se fundían en la postura de Galan. Plantó el pie derecho hacia adelante y balanceó la lanza hacia la izquierda. El mango chocó con algo sólido, y el caballero retrocedió y embistió con fuerza clavando la lanza.

Esa cosa gritó tan fuerte que incluso la neblina pareció difuminarse por el sonido. Galan dejó que la violencia de la batalla lo guiara y empujó hacia adelante, hundiendo cruelmente la lanza en el cuerpo de su desconocido agresor. Éste volvió a gritar, y Galan pudo vislumbrar su rostro, pálido como la muerte y con largos mechones de pelo revuelto. El caballero miró fijamente las brillantes esferas verdes que eran los ojos del contrincante y vio el tormento y el odio, el deseo de matar, la mancha de la maldición: era su propia imagen reflejada en esas órbitas agonizantes.

El espectro se retorció de dolor en la punta de la Dragonlance, el arma de los héroes. De los labios del caballero surgió un gruñido y luego, entre jadeos, escupió. Levantó la lanza de la que colgaba su enemigo y corriendo hacia adelante tan rápido como el denso lodo le permitía, Galan atravesó el centro de un árbol seco, clavando allí a su agresor.

—¡Muere! —murmuró—. ¡Muere y deja ya de extender tu maldición en este lugar!

El cráneo del fantasma se desprendió cuando la criatura intentaba extraer la punta de la lanza de su cuerpo. Galan empujó de nuevo hacia adelante con tanta fuerza que el árbol se quebró. Luego, torció el arma con crueldad.

El caballero extrajo la punta de la lanza de un diestro tirón y embistió otra vez, alcanzando a la criatura en la garganta. La cosa dejó caer su cabeza hacia atrás con un último gemido pavoroso.

La armadura del caballero cayó al agua. Galan pateó la malla furioso. Antes de que se hundiera para siempre bajo las turbias aguas, pudo ver por última vez una rosa grabada sobre ella.

El rostro de Galan reflejaba una rabia casi incontrolable. Había acabado con una criatura tan malvada que se le estremecía el alma de repulsión. Extrajo su arma del

árbol y, poco a poco, fue recuperando el control de sí mismo.

Galan hundió la lanza en el lodo por segunda vez. Las extremidades le seguían temblando por la furia de la batalla con el espectro, pero hizo caso omiso de esa sensación. Volvió a examinar su mapa y vio que el pantano terminaba a casi cien kilómetros en dirección norte. Ésa era la distancia que le quedaba para vengarse.

Galan creía que el sol nunca había brillado sobre el pantano. Llevaba caminando varias horas desde el ataque del espectro y la única señal que le quedaba de ello era el barro de sus botas y el temblor en las piernas. Los vapores del pantano variaban constantemente de lugar y dificultaban la marcha. Tenía una vaga sensación de la dirección en la que andaba, pero no consultó la brújula. Después del tiempo que llevaba tras la pista del dragón, sabía que podía confiar en su instinto, incluso en las Grandes Marismas.

El caballero empezó a sentirse cansado. La andadura a través del pantano era una lucha constante. Parecía que el barro tuviera un apetito malévolos, pues se quedaba enganchado a cada paso; el aire seguía oliendo a dragón, pero había dejado de ser un hedor y ahora más bien olía a podrido.

El mapa indicaba que el límite más lejano del pantano estaba a sólo cien kilómetros. Galan sabía que podía extenderse hasta la eternidad.

La neblina era muy espesa, y Galan no distinguió el estado de descomposición del bosque hasta que tropezó en un tronco muerto. El agua le llegaba hasta la cintura, de hecho tenía que ir vadeando todo el camino, sosteniendo la lanza por encima de la cabeza. Finalmente, la luz de las lunas Solinari y Lunitari atravesó la niebla e iluminó la zona facilitando la visión.

Por todas partes crecían los hongos, que se pegaban con avidez perniciosos a la madera podrida. El caballero sentía cómo las sanguijuelas penetraban por las rendijas de su armadura y se pegaban a su piel. Incluso el agua era negra y salobre, a pesar de la luz roja y plateada procedente de los cielos. No se oía más sonido que el de su paso por el pantano. Respiraba con dificultad debido al esfuerzo que suponía mover las piernas entre los sedimentos.

De repente, el aire empezó a oler diferente. Aguzó la vista intentando distinguir en la oscuridad. Galan sintió el impulso repentino de beber para proporcionar así a su cuerpo algo claro y saludable a lo que aferrarse, pero recordó que se había bebido la poca agua fresca que le quedaba hacía tiempo.

Llegó a un punto en el que el fondo experimentaba una ligera elevación. Las rodillas le quedaban fuera del agua. Poco a poco, se iba adentrando en un bosque viejo y muerto. De repente, el caballero adivinó a qué respondía ese misterioso olor: era el hedor de la vejez y la descomposición de la carne y el espíritu. Era un olor que conocía bien de los campos de batalla lejanos.

Galan se esforzaba por mantenerse de pie entre el lodo y los bancos de maleza

podrida que cada vez eran mayores. Usaba la punta de la Dragonlance para apoyarse. En una ocasión, la punta partió un gran árbol por la mitad, de cuyo interior salió una miríada de insectos venenosos, y casi se hundió en las oscuras aguas al tropezar. El intenso olor a podredumbre le tiró de espaldas.

Galan se detuvo en la cima de una colina. Allí, entre el barro, yacía dormido el objeto de su odio. Borac estaba enroscado sobre sí mismo, y sus negras escamas se confundían con la muerte que se extendía a su alrededor.

Galan siempre había sabido cómo debía actuar. Alcanzaría al inmenso dragón y lo atravesaría con su lanza, eliminando así el Mal del mundo para siempre. Krynn quedaría libre y las injusticias del pasado, vengadas. Pero el olor de la vejez, ahora mezclado con el de la enfermedad, lo obligaron a detenerse un momento.

Al caballero le temblaron las manos pasado el momento de debilidad. Esbozó lentamente una mueca y los músculos de sus piernas se tensaron, dispuestos a pasar a la acción. Con un rugido aterrador, Galan se lanzó desde lo alto de la colina hacia la depresión. El odio y la rabia contenidos, personificados ahora por él mismo, guiaban sus movimientos. Levantó el arma por encima de su cabeza.

Galan se lanzó a la carga por la pendiente, salpicando barro y astillas húmedas a su paso. Borac abrió lentamente el ojo izquierdo. El caballero no estaba dispuesto a darle al malvado dragón la oportunidad de pronunciar un hechizo o emplear el ácido que había destrozado tantas vidas. Se abalanzó sobre el monstruo, y los reflejos rojos y plateados del brillo de su lanza se mezclaban sobre el foso.

Borac cerró el ojo y volvió a reposar la cabeza entre la podredumbre.

Galan se detuvo bruscamente, aunque sus nervios reclamaban venganza y su boca escupía sangre. Quería aplacar sus ansias con la sangre de su enemigo. Borac debía haberse preparado para atacar en lugar de hundirse tranquilamente en el lodo. Éste no era el enfrentamiento que Galan deseaba. Se preguntó si se trataba de algún truco y, por un momento, sintió pánico y levantó su lanza aún más alto para asestar un golpe fulminante.

Pero Borac no se movió.

—Mátame, Galan. Mátame ahora y acaba con esta lucha.

El caballero bajó el arma, pero se mantuvo en guardia.

Borac abrió de nuevo el ojo izquierdo y levantó la cabeza para ver mejor a Galan.

—¿A qué esperas, caballero? Es el final de tu búsqueda. Ya me tienes. Soy Borac, Borac el Descuartizador. —Y antes de que terminara de pronunciar sus últimas palabras, el dragón volvió a recostar la cabeza.

Galan miraba en silencio a la bestia y no podía entender por qué no mataba al animal que había estado persiguiendo durante tanto tiempo. Contemplaba a la bestia y se preguntaba por qué ésta no lo mataba. El olor a vejez era casi inaguantable, pero el caballero estaba concentrado en esas dos cuestiones.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó al cielo retóricamente, y bajó la guardia.

—¿Qué importa, caballero? —respondió Borac con voz cansada. La boca del dragón estaba repleta de dientes, pero casi todos estaban rotos y su voz tenía el tono propio de los ancianos—. Mátame ahora, Galan, y acaba de una vez con esta persecución.

Galan hundió la cabeza. Parecía que en el mundo no había nadie más que él y el dragón, y que la búsqueda sólo hubiera sido una ilusión provocada por su odio.

—Voy a matarte —murmuró el caballero.

—Debería de resultarte fácil —contestó Borac cambiando de postura—. Mírame Galan. Tengo cientos de años. Mis alas están ajadas. Estoy ciego de un ojo. Estas escamas que en su día me protegían están ahora atacadas por la enfermedad, más enfermedad que la que estas marismas pueden transmitir. Mátame ahora y pon fin a mi dolor.

Galan levantó la cabeza de repente y sus ojos centelleaban de nuevo.

—¿Tu dolor? ¡Tu dolor! ¿Y qué pasa con el mío? —El caballero blandió la Dragonlance de modo amenazador y empezó a rodear la inmensa masa del dragón agonizante—. ¿Por qué debería de hacerte el favor de matarte?

Borac se rio.

—¿Qué daño te he hecho, Galan? ¿Acaso maté a tu familia? No recuerdo que matara a ninguno de tus parientes. Lo único que recuerdo es esta persecución.

Los brazos de Galan se estremecían de rabia. La bestia deseaba morir, pero el caballero no quena hacerle el favor de proporcionarle el descanso eterno. Siempre había imaginado este gran momento como un triunfo y no como un dilema.

Galan levantó de nuevo la lanza apuntando al cuello del dragón. En esa zona le faltaban ya muchas escamas y el arma penetraría fácilmente a través de la dura piel de la bestia. Pero, al final, bajó la lanza, pues había perdido la fuerza en los brazos.

Borac miró fijamente al caballero con su único ojo.

—¿Quién eres, Galan? ¿Cuándo empezaste esta búsqueda? ¿Cuáles son tus recuerdos? ¿Tu mujer, tus hijos, tus propiedades? —El dragón levantó levemente la cabeza mientras hablaba—. Cuéntame algo de tu vida, Galan.

Galan se quedó parado, aturdido. Intentó recordar lo que le había llevado hasta allí, intentó rememorar el pasado, el rostro de una mujer... de un hijo... de amigos... compatriotas... Nada. Sólo veía al dragón, sólo recordaba odio.

—Eres un fantasma, Galan; un espectro. Sales de las marismas para cazarme. Llevas muerto tantos años como los que yo tengo. Pronto descansaré, pero ¿y tú?

Borac reposó su cabeza de nuevo y cerró el ojo murmurando:

—Clávame la lanza de una vez, caballero. Quizá mi muerte te libere.

—No —murmuró Galan—. ¡No! ¡No puede ser! ¡Yo estoy vivo! Soy carne y hueso, como cualquier otro hombre.

—Estás muerto, Galan. Ni siquiera puedes recordar tu muerte.

Galan cayó de rodillas y se miró las manos enguantadas. El color rojo y plateado de las lunas se reflejaba en su piel a través de la malla como la luz que se filtra a través de las cortinas.

El dragón tenía razón. No había matado al fantasma porque él era el fantasma. El caballero que había matado era real, estaba vivo, quería cazarlo a él. La armadura que había hundido en las negras aguas no estaba vacía.

Galan se cubrió la cara con las manos. El pantano que se extendía a su alrededor estaba lleno de vida.

—Sólo recuerdo venganza —murmuró Galan para sí mismo con desconsuelo—. Borac vive. Sólo hay odio.

Galan se dejó caer sobre el costado del dragón con la lanza en las manos. Contemplaba su punta afilada, cruel, cubierta de lengüetas: el arma de los héroes. El arma de su maldición.

—Ésta será mi tumba, caballero estúpido. ¿Dónde te enterró tu familia? —preguntó Borac.

Galan respiró profundamente sin saber con certeza si necesitaba respirar. El olor a vejez era muy penetrante, pero no era el suyo. ¿Había envejecido? ¿Cómo había muerto? No podía responder a las preguntas del dragón.

La bestia negra se estremeció a lo largo de todo su cuerpo y a Galan le pareció oír cómo de sus fauces se escapaba una carcajada. Galan se levantó y alzó la lanza a la luz de las lunas. Su presa estaba muerta y ahora sólo quedaba él como testimonio de su vida.

Hundió el arma en la carne de Borac. Y la volvió a hundir una y otra vez sin efecto alguno. La rabia le quemaba por dentro; calentaba su cuerpo y le daba vida, una vida maldita. Levantó la lanza y siguió atacando.